

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Doctorado en Comunicación

Deporte y masculinidades entre sectores
dominantes de la ciudad de La Plata. Estudio
sobre Identidades, Género y Clase.

Tesis de Doctorado. Cohorte 2008
Lic. Juan Bautista Branz
Director: Dr. José Garriga Zucal
Co-Director: Dr. Pablo Alabarces

La Plata, Febrero de 2015

Índice

Agradecimientos	5
Introducción/Justificación: ¿por qué partir desde el deporte, para pensar problemas de sociedades contemporáneas?	8
1. Pensar desde la perspectiva Comunicación/Cultura	12
1.1. El campo de la comunicación y los estudios sobre Deporte. Apuestas y condiciones de posibilidad para investigar	12
1.1.2. Estudios sobre Deporte y Sociedad: preguntas, problemas, objetos. Tradiciones y miradas desde diferentes campos de estudio.	14
1.2 El rugby como foco de análisis	19
2. Anclajes metodológicos	22
2.1. Las preguntas que organizan el enfoque, y la entrada al campo.	22
2.1.1. Sobre los espacios observados	25
2.2. Para qué y por qué hacer etnografía. El proceso y el vínculo con los sujetos de estudio.	28
2.2.1. Apuntes etnográficos y el camino hacia lo posible	30
2.3. Características del rugby	34
2.4. La interlocución clave	36
2.4.1. Entrada al campo	53
3. Reconstruir un campo en clave historiográfica	57
3.1. La Plata, la ciudad “mágica”	57
3.1.1. Trayectorias	62
3.2. Ciudad y ocio	63
3.3. Deporte y sociedades occidentales	65
3.3.1. Los supuestos orígenes del rugby	67
3.3.2 El rugby en Argentina	70
3.3.3. La cultura civilizatoria de los clubes	71
3.3.4. El Rugby en la ciudad de La Plata	74
3.3.4.1. La Plata Rugby Club	81
3.3.4.2. El seven y el horror	89
3.3.4.3. Club Universitario de La Plata	92
3.3.4.4. Albatros Rugby Club	96

4. El concepto de clase social vinculado a la práctica deportiva ____ 99

4.1. Para pensar la clase en la ciudad de La Plata: aproximaciones conceptuales ____	99
4.2. Rugby y clase social _____	107
4.2.1. El rugby, Inglaterra y la reivindicación de las clases _____	107
4.2.2. Francia: del elitismo a la popularización _____	111
4.2.3. Francia e Inglaterra: los modelos a seguir en Argentina _____	113
4.3. La apreciación de los actores _____	115
4.3.1. Heterogeneidades _____	120
4.3.2. Hilario y la “conciencia social” _____	124
4.3.3. Entre la clase y la moralidad _____	128
4.3.3.1. Fabián, el trabajador manual _____	132
4.3.3.2. Sectores dominantes, Sociabilidad y Distinción. _____	139
4.3.3.3. Sociabilidad y distinción _____	148
4.4. Proceso civilizatorio y sectores dominantes _____	150
4.4.1. Sobre el campo _____	154
4.4.1.1. Es hora de entrenar _____	154
4.4.1.2. “¿De dónde sos? ¿Con quién venís?” _____	157
4.4.1.3. El viaje _____	165
4.4.2. El concepto de amateurismo en el Rugby _____	167
4.4.2.1. “Un capital social que es impagable” _____	176
4.4.2.2. La intervención del Estado y la fuerza de las tradiciones _____	177
4.4.2.3. “Los Pumas” y el “Régimen especial” _____	180
4.4.3. ¿Qué es el sacrificio en el rugby? _____	182
4.4.3.1. La administración de las diferencias. Poder y distribución de capitales. ____	188
4.4.3.2. Capital social y relaciones sociales _____	194

5. Construcciones identitarias. Representaciones, símbolos e imágenes en el campo del rugby _____ 199

5.1. ¿De qué hablamos cuando hablamos de identidad? _____	199
5.1.1. Tradiciones institucionales y la invención de narrativas identitarias en torno al rugby _____	202
5.1.2 “Tercer tiempo” _____	206
5.1.3. Imaginarios en torno al profesionalismo _____	207

5.1.4. “Lo Inglés”	209
5.1.5. Lo intergeneracional: sostener el legado	211
5.2. Respetuosos y respetados	215
5.2.1. Animal pero racional	218
6. Pensar el rugby en clave de género	221
6.1. El género como categoría ordenadora del campo del rugby. Corporalidades en juego	223
6.2. Sobre el cuerpo en el campo	226
6.3. La exhibición del cuerpo. El trabajo de la estética	229
6.4. Golpes, marcas, sangre: “lo único que me duele es no poder jugar”	237
6.5. Aprendiendo: el dolor no duele	243
7. Masculinidades. La puesta en escena, las representaciones y las legitimidades sobre qué es <i>ser hombre</i> en el campo del rugby.	247
7.1. Ser macho	250
7.2. Los bordes de la masculinidad	254
7.3. Compartir virilidad	258
7.4. ¿Qué es ser hombre, entonces?	263
7.5. ¿Cómo recuperar la virilidad?	268
7.6. Esto es rugby. “No estamos jugando a las muñecas”	270
7.7. Caballeros y honorables	271
7.8. Los otros. Relatos ¿subalternos? en torno a la masculinidad en el rugby	278
7.8.1. Claudio, el “changarín”	280
9. Reflexiones finales: ¿por qué pensar la clase social, el género y la identidad desde el rugby? Preguntas para abrir el campo de análisis	282
Bibliografía	289
Anexos	299

Agradecimientos

Este trabajo se llevó muchos años de dedicación, de lectura, de observación, de escucha, de escritura, de angustias, de alegrías, de todo un poco. Me permitió confirmar que la producción de conocimiento, pese a los momentos de soledad (propios de la investigación en Ciencias Sociales), es colectiva. Estoy diciendo, casi en forma obvia, que esta tesis no es sólo mía. Es de Lucrecia, mi madre. Corajuda, valiente, cariñosa, lúcida y perspicaz. Es de Pablo Alabarces, que si no fuera por él o, mejor dicho, por aquella lectura de “Fútbol y Patria” en el 2003, nada de esto hubiese sucedido. Un pedagogo extraordinario, un provocador maravilloso, un intelectual brillante y un cariñoso maestro. Sus clases y sus frases desestabilizan, como debe ser: un fuera de serie. Me enseñó a que hay que tener una buena nariz para oler y hacer buenas preguntas, y una boca honesta para intentar dar respuestas dignas. Y que también hay que leer, escribir y trabajar, ni más ni menos. Es de José Garriga, y su extrema sensibilidad. Si Alabarces me enseñó a oler, Garriga me enseñó a escuchar. Generoso, solidario, perceptivo. Otro fuera de serie. Es justo excluirlos de todos los errores de esta tesis, y totalmente sensato darles todo el mérito si este trabajo pudiese aportar alguna pregunta interesante, siendo ese, mi único deseo.

Es de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que me permitieron dedicarme a esta tesis de manera exclusiva.

De mis amigos: Gonzalo, Juan Pablo, los dos “colorados”, Lucho, Leo, Nicolás, los dos “Nacho”, Brian, Nahuel, Manuel, Herlo, Andrés (el “Gato”), Diego, Laureano, los muchachos del fóbal (que son un montón), Alejandra, Marina, Loana, por ser amigos condicionales. Justamente, lo mejor que me pudo haber pasado: no someternos a la incondicionalidad que, tarde o temprano, paraliza, nos lleva a problemas y a desencuentros.

De Gabriel Cachorro, Román César. Martín Scarnatto, Juan Pablo Villagrán y Emmanuel Ferretty, amigos y colegas de Humanidades. Solidarios, cariñosos, grandísimos valores.

De Agustina Ugolini, repito Emmanuel Ferretty y Julia Hang, quienes dedicaron parte de su tiempo a ayudarme –cariño mediante- en problemas específicos de esta tesis.

De mis colegas y amigos del Doctorado: Carlitos, mi gran amigo. Marcelo Babio, de los que merecen el “tipazo” como descripción. Del “Cordobés” Torres Castaños y de Virginia Cáneva.

De mis hermanos, Augusto y Fede, que con ellos “me fui haciendo grande”, en los peores momentos (los de angustia familiar) y en los de alegría (que al fin de cuentas, fueron más que los de tristeza). Que me acompañaron desde el debut en Primera contra Atlanta, hasta mi último partido contra Deportivo Italiano.

Pero también es de mis colegas y compañeros del grupo de estudios y discusión en Deporte y Sociedad: de la sagaz y afectuosa Verónica Moreira, de Alejo Levoratti, de Alejandro Rodríguez, repito Julia Hang, de Nemesia Hijós, de Federico Czesli, de Diego Murzi, de Rodrigo Daskal, repito Emmanuel Ferretty, de Javier Szlifman, de Javier Bundio, de Sebastián Sustas, de Rodolfo Iuliano, de Hernán D’alessio, de Lía Ferrero, de Santiago Uliana, de Juan Manuel Sodo, de Nicolás Cabrera, que se han preocupado y han pensado como suyos, algunos de los pasajes de esta tesis.

Es también de Florencia Saintout, por sus clases en el grado y en el posgrado, allá por el 2002, y más acá por el 2008, donde soñábamos que había un mundo que podíamos dar vuelta. Al igual que el trabajo en su Cátedra, en los años 2007 y 2008 donde ir a dar clase era llenarse de entusiasmo de la maravillosa materia *Comunicación y Recepción*. Mención especial para mi compañera de prácticos, Sabina Crivelli, quien con su dulzura y cariño le puso un poco de luz a mi camino académico.

De María Graciela Rodríguez, que leyó algún borrador cuando esta tesis era un poquito más que un proyecto, y orientó mi mirada hacia algunas preguntas que no hubiese podido llegar nunca. Su brillo, su capacidad y su solidaridad, también me acompañaron.

De Diego Roldán y su valiosísima ayuda, cargada de solidaridad para buscar material histórico. Gracias incalculables para él, y para su compañera Cecilia.

De Pablo Bilyk, con quien arrancamos esto juntos, y luego tomamos caminos diferentes.

De mis compañeros/as de Cátedra, de quien aprendo en sus intervenciones pedagógicas: repito Pablo Alabarces, repito Rodrigo Daskal, repito Pablo Bilyk, Mariano Gruschetsky, Santiago Nogueira, recuerdo a Marina Adamini, recuerdo a Julio Frydenberg, repito Lía Ferrero, repito a Martín Scarnatto y a Daniel Szabón.

De Pilar Martínez, por su profesional y cariñosa ayuda.

De los/as estudiantes, los chicos y las chicas que me crucé en las aulas trabajando como docente. Fundamentales en este proceso. Cada intervención, cada gesto, cada palabra, cada signo pedagógico me enriquecía (y me enriquece). Privilegiados/as y orgullosos/as los/as que podemos trabajar como docentes y compartir un aula con jóvenes de diversas trayectorias sociales, en una Universidad Pública. Aunque todavía nos debemos la lucha de que sea cada vez más plural e inclusiva.

De los amores que no fueron, cuyos aprendizajes me dejaron lo mejor: más amor aún.

Supongo que también es de mi padre, que hace mucho que no veo ni hablo. Tal vez sea él quien me inspiró en pensar en el problema de las masculinidades o, mejor aún, en el problema de las sociedades tan injustas y, la mayoría de las veces, tan poco democráticas.

Sin dudas, esta tesis es de mis interlocutores. Sin ellos no hubiese podido construir este trabajo. Generosos y predispuestos para mostrarme algunos aspectos de su vida, su mundo, me permitieron empaparme de las lógicas que estructuran el rugby en la ciudad de La Plata. Mención especial para Nacho, mi interlocutor clave, que aunque muera por poner su nombre real y reconocerlo como parte fundamental de este trabajo, debo respetarlo como espero haberlo hecho durante toda la tesis. Nos hicimos amigos, otra posibilidad invaluable: multiplicar el afecto porque, en definitiva, de eso vivimos.

Introducción/Justificación: ¿por qué partir desde el deporte, para pensar problemas de sociedades contemporáneas?

El objetivo central de esta tesis fue estudiar y analizar el proceso de construcción de identidades masculinas entre un grupo de hombres que practica rugby en la ciudad de La Plata. Desde allí, exploramos e intentamos explicar la administración de las diferencias por parte de los sectores dominantes, vinculada a la distribución desigual de capitales sociales, económicos y culturales en sociedades contemporáneas.

Para eso, construimos objetivos específicos que posibilitaron la inteligibilidad del objetivo central:

- a) Reconstruir en clave historiográfica el espacio del rugby en la ciudad de La Plata contextualizado en Argentina, para comprender el sentido de distinción de la práctica y el carácter selectivo de los sujetos que participan de dicho deporte.
- b) Explorar y analizar cómo se construyen las identidades masculinas en el campo del rugby en la ciudad de La Plata, configurado como espacio de sociabilidad de los sectores dominantes.
- c) Poner en relación el análisis sobre las identidades masculinas en el campo del rugby platense, con el problema de la clase social y el género.
- d) Interrogar, describir y analizar procesos para hacer visibles las instituciones, agentes y prácticas que vienen disputando la hegemonía social y legitimidad cultural en el espacio social platense.
- d) Rastrear y analizar entre quiénes y cómo se administran las diferencias (culturales, económicas y sociales) en la ciudad de La Plata, para pensar el problema del poder como eje articulador de nuestras sociedades.

Así, establecimos un cruce de problemas, preguntas y conceptos, que enmarcamos en el área temática de **Identidades, Género y Clase**, partiendo desde el rugby como objeto de observación. Desde aquí, definimos como problema a la construcción de masculinidades. Entendimos fundamental esta problemática, pensando cómo se modeló y moduló el espacio del rugby en Argentina, y cuáles son sus significaciones culturales respecto a las representaciones sobre **lo masculino** en nuestras sociedades, emparentadas con la posición **de clase**. Reflexionamos, en términos de creencias, que la producción y reproducción de este *ethos* de clase y de género,

determina ciertas obturaciones, movimientos de deslegitimación (en acciones y desde el lenguaje), de estigmatización, de violencias (material y simbólica), hacia todo lo que no se configurara dentro de lo calificado como *legítimo* por los sujetos investigados. Además pensamos como eje central de la tesis, en cómo se negocia la atribución de poder entre un grupo de hombres, en un espacio modelado por y para hombres.

Esta tesis se basa en un trabajo con enfoque etnográfico destinado, fundamentalmente, a conocer y a analizar las representaciones que un grupo de jugadores de rugby tienen sobre su propia práctica, sobre sus *formas de ser y actuar como hombre* y sobre su posición en el espacio social. Las entrevistas etnográficas nutrieron el análisis, relacionándolas con entrevistas semi-estructuradas, búsqueda de documentos históricos sobre el campo, y observación participante y no participante en espacios cotidianos como gimnasio de musculación, fiestas nocturnas, cumpleaños, entrenamientos, espectáculos artísticos, salidas nocturnas, peña folklórica, viaje de ocio, partidos oficiales, trámites varios, situaciones domésticas familiares, “tercer tiempo”. La intención central radicó en indagar y reconstruir, desde el punto de vista de los actores, las lógicas que estructuran el campo del rugby en la ciudad de La Plata, ampliando el conocimiento específico sobre la práctica y abonando a los **estudios sobre masculinidades**. Sobre este punto, nos preguntamos: *¿Qué implica ser hombre para los jugadores de rugby de la ciudad de La Plata? ¿Cómo se organiza la masculinidad en el rugby? ¿Qué hay que hacer para ser reconocido como un hombre legítimo dentro del rugby? ¿Hay una sola forma de ser hombre para convertirse y ser jugador de rugby? ¿Puede jugar cualquier hombre al rugby? ¿Es una masculinidad dominante la nombrada, practicada y reproducida por los jugadores de rugby? ¿En qué se basa la masculinidad dominante en sociedades urbanas contemporáneas organizadas en torno al sistema capitalista? ¿En qué influye la posición social, económica y cultural en la producción y reproducción de esa masculinidad dominante? Y finalmente, ¿dominante para quién, entre quiénes y para qué?* Estas preguntas atraviesan, articulan y organizan la discusión a lo largo de este trabajo, además de calar en la hipótesis de si el espacio del rugby en la ciudad de La Plata, y en Argentina, ha sido y es, un espacio de **promoción de la civilidad** como forma de percibir, nombrar y actuar en el mundo, como matriz de ideas y valores que configuraron y configuran hombres valientes, vigorosos, caballeros y distinguidos socialmente: **hombres, verdaderos hombres**, cuya modelación corporal y moral tienda a reproducir las ideas y las prácticas de unos sectores dominantes que se sostienen a través de tradiciones estructuradas en torno al proyecto

“elitista” de país, asentado hacia 1880 en Argentina y cristalizado hasta nuestros días, en el marco del sistema capitalista dentro del cual se organiza la producción, la circulación y el consumo de bienes y servicios. Entendimos como **problema a la desigualdad**, en términos de distribución de capitales: culturales, económicos y sociales. Esto tiene que ver con el modo en que se legitiman ciertas prácticas y discursos relacionados con una forma (vista y nombrada como legítima) de practicar el rugby, como actividad distintiva y selectiva.

Las preguntas y la teoría sobre el campo del rugby que de aquí se desprendan, entonces, tienen una sola intención: abonar a las miradas que se han encargado (y se encargan), de volver analíticamente plausible el área de estudios denominado Deporte y Sociedad dentro del campo de las Ciencias Sociales.

Pensando la diversidad de trabajos existentes, es posible poner en tensión conceptos relacionados a problemáticas como las identidades, la sociabilidad, el género, la cultura, la clase, el poder, la nación, las culturas populares, la construcción de hegemonía, la producción entre las industrias culturales, entre otras.

El rugby, en Argentina, no es un deporte de participación masiva. Las lógicas de integración tienen que ver con obturaciones en el espacio de las instituciones dedicadas a la práctica, que establecen que sólo lo practiquen determinados agentes cuyos capitales acumulados –sociales, culturales, económicos–, sostengan y garanticen la inclusión en el espacio. El *prestigio social* atribuido por los propios agentes practicantes de este deporte, será entonces uno de los ejes centrales de análisis. Hemos reconocido, delimitado y nombrado, provisoriamente, a nuestros sujetos de observación como *sectores dominantes*. La categoría alude a los agentes mejor posicionados en las estructuras materiales y simbólicas que se establecen a partir de la distribución –desigual– de capitales. Aunque, en algunos casos, el desnivel entre los jugadores de rugby sea notorio y demasiado evidente. Pero ese desnivel no es la tendencia que caracteriza al espacio, sino sólo algunas excepciones, que en este trabajo analizaremos. Sobre todo para pensar y entender cómo circulan las ideas dominantes en un campo. Esto nos habilita a pensar en cómo se *forma* una clase, más que en dar por constituida *naturalmente* una clase. Pensaremos a la clase, analíticamente en “movimiento”, como experiencia vivida y vivible, como formas de organización que se encarnan en un determinado grupo de personas, se hacen cuerpo en sujetos reales, organizando formas culturales que se traducen en tradiciones, costumbres y valores.

Esta Tesis se encuadra en la profunda convicción de hacer visibles modos y lógicas que entendemos como dominantes en la construcción de identidades masculinas que, no sólo operan en un espacio como el rugby, sino que exceden esa porción del espacio social, y se cristalizan en diversas lógicas de discriminación: *machismo*, *sexismo*, *homofobia*. También en colaborar con los trabajos que siguen pensando en la reproducción desigual de los modos de distribuir capitales (culturales, económicos, sociales y, por añadidura, simbólicos) en Argentina, desde una perspectiva asociada a los sectores dominantes, como colectivos de análisis.

1. Pensar desde la perspectiva Comunicación/Cultura

1.1. El campo de la comunicación y los estudios sobre Deporte. Apuestas y condiciones de posibilidad para investigar

El tema de investigación se encuadra en la línea de estudios sobre Comunicación, Sociedad y Cultura, propuesta por el programa de la Carrera de Doctorado en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es decir, en la perspectiva de abordaje enfocada en las prácticas sociales y culturales históricamente elaboradas y reelaboradas en forma dinámica, en el marco de procesos de construcción de hegemonías y, por correspondencia, de configuración de múltiples identidades.

La intención del trabajo es continuar legitimando el aporte de los estudios sobre Deporte, Comunicación y Cultura, y constituir las bases de nuevos problemas de investigación, para analizar el entramado de lo social, las relaciones de poder y la constitución de los espacios hegemónicos, complejizando el espacio del Deporte e incluyéndolo en la agenda de investigación del campo de la Comunicación. Se fundamentará la importancia que tiene el deporte en los espacios sociales, y la oportunidad de reflexionar desde zonas académicas, esas lógicas de percepción y construcción de visiones de mundo (y al mismo tiempo la obturación de otras) en torno al deporte y, simultáneamente, re-abrir el debate con las concepciones mecanicistas y deterministas que postulan al campo deportivo como mero territorio de acciones automáticas, acabadas e independientes (de forma absoluta) de otras porciones del espacio social.

El deporte no *revela* valores sociales encubiertos. No es un “reflejo” de alguna esencia postulada de la sociedad. Es un espacio con autonomía relativa para reflexionar sobre la sociedad, sobre los procesos microsociales y macrosociales, y sobre las disputas por ocupar material y simbólicamente los territorios en juego. El propósito del estudio será retomar la problemática de las identidades y la construcción de los sentidos históricamente legítimos en torno a la práctica del rugby en la ciudad de La Plata, que generaron y generan desigualdades directamente asociadas a la inequidad en la economía cultural.

Nuevas experiencias, nuevos textos, nuevas miradas, en definitiva nuevas maneras de socializar el conocimiento generarían, como diría Bourdieu (2008[1973]), el

desgarramiento de la trama de relaciones que se entreteje continuamente en la experiencia, y la posibilidad de comenzar a “sustituir las nociones del sentido común por una primera noción científica” (Fauconnet y Mauss en Bourdieu, 2008[1973]: 32). Este ejercicio posibilitaría un camino posible para abordar al deporte como objeto de investigación, logrando romper con las relaciones más aparentes, e iniciar la construcción de otros procesos de relaciones entre los sentidos sociales relacionados al deporte y la vida cotidiana.

Epistemológicamente, se partirá desde la propuesta de los estudios en Comunicación, debido a la posibilidad de encontrar entre sus tradiciones y sus memorias, las diversas perspectivas que nutrieron y nutren los marcos teórico/metodológicos que completan muchas de las disciplinas de las Ciencias Sociales: como la antropología, la sociología, la historia, la semiótica y la lingüística, la filosofía, la literatura, entre otras. Construir un problema de investigación desde la Comunicación, admite entonces, un abordaje anclado en las intermediaciones de las estructuras materiales existentes y sus dimensiones simbólicas (Saintout, 2003). Entendiendo entonces, que en la dimensión de la Comunicación (impensada en forma separada de la cultura) se dirime el sentido por establecer el orden legítimo del mundo social, concibiendo que “la cultura interiorizada en forma de representaciones sociales es a la vez esquema de percepción de la realidad, atmósfera de la comunicación intersubjetiva, cantera de la identidad social, guía orientadora de la acción y fuente de legitimación de la misma. En esto radican su eficacia propia y su importancia estratégica” (Giménez, 2005:17). Reflexionar desde la Comunicación, posiblemente posibilite “unir áreas, responder o construir nuevos interrogantes, y volver grises algunas dimensiones y borrosos algunos límites” (Caggiano, 2007:18)

La cultura es una pista central para pensar las dinámicas y determinaciones de las prácticas sociales. Para Giménez (2005), indica la elaboración de un sentido común, la construcción de la identidad social y nos otorga claves para comprender las capacidades creadoras e innovadoras de una colectividad, y sus posibilidades de intervenir sobre sí, sobre su entorno, y también sobre la constitución de su memoria. La cultura contribuye a la cohesión de sus actores, además de legitimar o deslegitimar sus acciones.

La propuesta es volver a la cultura analíticamente *densa*, es decir, devolverle el sentido histórico –y por lo tanto el carácter de construcción social- desde donde

podamos reflexionar sobre los procesos diacrónicamente desiguales en torno a las prácticas deportivas, y a sus interpretaciones, que exceden el campo del deporte.

Según Jorge González (2007), es imposible que una sociedad organice sus producciones cotidianas sin hegemonía. Por lo tanto, es posible abordar la estructuración de sus relaciones objetivas, desde su dimensión simbólica, en tanto sus formas de administrar y orientar las diferencias.

Prestarle atención a la organización de la cultura fue el objetivo de este trabajo. La cultura que, según Gilberto Giménez es “la organización social del sentido, interiorizado por los sujetos (individuales o colectivos) y objetivado en simbólicas, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados. Así definida, la cultura puede ser abordada, ya sea como proceso (punto de vista diacrónico), ya sea como configuración presente en un momento determinado (punto de vista sincrónico)” (2005:85). En este sentido, la cultura tendría que concebirse entonces, en primera instancia, como un “conjunto de hechos simbólicos” objetivos y cosificados y en segunda instancia, como “modelos cognitivos o interiorizados” sobre los sentidos y símbolos que estructuran la cultura. La cultura no puede definirse solamente en forma abstracta, sino sólo en referencia a contextos históricos y espaciales específicos.

Re-pensar el deporte como espacio estructurado en base a desigualdades de capital económico, político, social y cultural, podría otorgar algunas pistas sobre cómo se negocia el sentido de la vida y cómo se dispone la lucha por nombrar el mundo.

1.1.2. Estudios sobre Deporte y Sociedad: preguntas, problemas, objetos. Tradiciones y miradas desde diferentes campos de estudio.

La historia de los estudios sobre Deporte, dentro de las Ciencias Sociales, tiene más de veinte años de institucionalización en Argentina. La investigación formal sobre las lógicas del Deporte como espacio de conflictos y diferencias no fue reconocida por los intereses *letrados*, justamente por presentarse como una temática *cálida* y sin posibles articulaciones con las problemáticas tradicionales de las Ciencias Sociales.

Para sistematizar los antecedentes sobre la temática abordada organizamos los trabajos rastreados dentro de tres ejes: uno general, denominado *Estudios sobre Deporte y Sociedad*, otro desprendido de éste, categorizado como *Estudios sobre Deporte y sectores dominantes* y, finalmente, otro vinculado a los *Estudios sobre Rugby*.

Una primera aproximación conduce a las líneas fundadoras del campo de estudios en *Deporte y Sociedad* en Argentina y América Latina, que obstinadamente tejieron y legitimaron un lugar propio en la Academia. Pablo Alabarces¹ cita como obra fundante en Latinoamérica al estudio de Roberto Da Matta, *O Universo do futebol* (1982), quien incorpora al deporte dentro de los estudios culturales y, especialmente al fútbol como espacio periférico, tanto en la academia, como en los *lugares oficiales* de la sociedad civil para la construcción de identidades. Trabajos como los de Eduardo Archetti continuaron con la lógica auspiciante y marcarán, desde una mirada antropológica, la problematización del deporte como espacio de producción de imaginarios y símbolos en la constitución de una Nación: la argentina. Pablo Alabarces, desde los años '90s, se transformó en el principal referente del campo, abordando al deporte desde las articulaciones -con desplazamientos y reconfiguraciones- del Estado y de la *maquinaria* mediática, y como nuevo -viejo- lugar para la modelación de las identidades, antes asociadas e interpeladas por una lógica proteccionista de Estado. Acompañando a Alabarces, y dentro del mismo enfoque teórico, María Graciela Rodríguez aportó, con sus trabajos, al análisis cultural del Deporte, desde perspectivas que problematizan la cuestión de los sectores subalternos en Argentina.

Julio Frydenberg y Roberto Di Giano, también forman parte del grupo instituyente en Argentina. Frydenberg desde un enfoque histórico, trabajando el origen de los clubes de fútbol en Argentina, y enfocando el análisis en los conflictos entre elites y sectores populares -en la puja por establecer modelos organizacionales-, que guardan relación con los correlatos sobre la construcción de las identidades de cada grupo. Di Giano contribuyó con el análisis del cruce entre deporte, medios de comunicación y poder político, complejizando (y legitimando) cada vez más el campo con relativa autonomía.

Tanto José Garriga Zucal como María Verónica Moreira, desde la Antropología social y cultural, colaboraron mostrándonos cómo se organizan moral, simbólica y estructuralmente diferentes hombres pertenecientes a hinchadas del fútbol argentino. Sus pautas culturales, su relación con la violencia, la construcción de corporalidades,

¹ En Alabarces, Pablo (2004): "Entre la banalidad y la crítica: perspectivas de las Ciencias Sociales sobre el deporte en América Latina", en *Memoria y civilización. Anuario de Historia de la Universidad de Navarra*, Vol. 7 (2004): "Ocio e historia", Pamplona: Universidad de Navarra, 2005.

constituyen un campo con reglas propias, estigmatizado por los discursos más conservadores que circulan entre el sentido común.

No se pueden omitir, alejándonos de la esfera académica latinoamericana, los trabajos paradigmáticos de Jean Marie Brohm (1982) y su práctica socio-política de abordaje del deporte, y de Norbert Elias y Eric Dunning (1992) y el análisis de los conflictos históricamente anclados en relación a la *deportivización* de las prácticas sociales en el proyecto moderno civilizatorio occidental. El aporte de Bourdieu, desde la sociología de la cultura, y su abordaje sobre las modernas prácticas y espectáculos deportivos han permitido construir las bases de un campo con relativa autonomía, que otorgó la posibilidad de pensar las luchas por determinar las formas legítimas de distinción y de apropiación del capital en juego por parte de los agentes e instituciones sociales.

En definitiva, todos estos antecedentes, marcaron territorio y elaboraron las *leyes propias* de un espacio oportuno para el estudio de las identidades y conflictos sociales en torno a temáticas como el género, el territorio, la nacionalidad, la patria, las culturas populares, las élites, los medios de comunicación, la modernidad, la posmodernidad, el consumo, la violencia, la política en Europa, América Latina y en Argentina.

En relación al segundo eje de búsqueda de antecedentes, *Estudios Sobre Deporte y sectores dominantes*, el aporte más significativo es el de Rodolfo Iuliano con su investigación (dentro del marco de una beca CONICET) titulada *El Golf y las nuevas formas de sociabilidad: prácticas, representaciones y estilos de vida de las clases medias emergentes en la ciudad de La Plata*. Más allá de este aporte al sub-campo Deporte y Elites, no se encuentran otros trabajos relacionados a la temática, ni que se contemple a la ciudad de La Plata como unidad de observación, excepto la tesis de grado de Bilyk y Branz² (2007). La compilación de Branz, Garriga y Moreira, *Deporte y Ciencias Sociales. Claves para pensar las sociedades contemporáneas* (2012), intenta rearmar el mapa sobre estudios sociales y culturales sobre deporte, veinte años después, incorporando nuevos objetos, nuevas preguntas y nuevas herramientas analíticas.

A pesar de esto, reconstruimos algunas características de la práctica a partir de otros trabajos, con un enfoque más historiográfico del campo. Rastreamos cierta

² El objetivo de este trabajo fue explorar el encuentro de múltiples subjetividades y sentidos construidos en relación al fútbol en la ciudad de La Plata, considerado como práctica sociocultural que atraviesa la vida cotidiana de los sujetos. Bilyk, Pablo y Branz, J. B., “Del Bosque no me voy”. *Fútbol e Identidad. Los Hinchas de Gimnasia que resisten al cambio de su Estadio*. Tesis de Grado. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Inédita. 2007

bibliografía que ha sido referencia para pensar al rugby en clave histórica, tanto en sus inicios en Inglaterra, como en Argentina. El trabajo de Tony Collins (2006), aporta información sobre la disputa por sentar las bases del rugby (tal como lo podemos reconocer hoy) desde la Inglaterra Victoriana, situando el eje de análisis en los conflictos de clase: la apropiación de la clase trabajadora y de los sectores medios, y la disputa en clave de género, de nacionalismo y de regionalismo. También pensamos desde Archetti (2001) y desde la observación de Palermo (2010), en la recreación y apropiación del rugby por parte de los sectores dominantes, en Argentina, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Con Philip Dine (2007), situamos al rugby como el espacio que garantizó (y garantiza) la construcción de masculinidad vuelto sistema de significaciones emparentadas con la modelación de los cuerpos, asociados históricamente a las representaciones culturales de las formas de ser “macho” en Francia.

Las respuestas a tener en cuenta son las elaboradas, por un lado, desde las nombradas porciones de la Sociología y Antropología del Deporte que abonaron con sus trabajos, ciertas indagaciones sobre el Deporte como espacio de sociabilidad y construcción de identidades (sobre todo masculinas) en Argentina, en Latinoamérica y en Europa. La relación vinculante entre Deporte y medios de comunicación, la construcción de narrativas periodísticas en torno a la construcción de **Nación**, o de categorías sociales como **Honor, Caballerosidad y Violencia** que han hecho visibles diferentes abordajes de investigación, al pensar la estructuración social y cultural de sociedades patriarcales (masculinas y masculinizantes), donde el deporte operaba (y opera) como espacio de garantías, nos otorga pistas para pensar, no sólo esos tipos de masculinidades construidas históricamente, sino qué significa el deporte en términos de distinción social y cultural. Siguiendo a Badinter (1994) podríamos establecer que la identidad masculina dominante, en nuestras sociedades, está emparentada con el hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse (si es necesario, por la fuerza). Mientras que la identidad femenina, ha de asociarse a las características de docilidad, pasividad, sumisión y a la búsqueda de ser poseída.

También consideramos las respuestas elaboradas por diferentes investigadores/as que, desde la perspectiva de género, indagan (indagaron) cómo se construye el poder en sociedades contemporáneas (sobre todo en América Latina y en Argentina), en otros espacios que no tienen que ver con el deporte. Por ejemplo, establecimos analogías con los trabajos que exploran los modos de construir identidades masculinas en cárceles

(teniendo en cuenta espacios donde sólo hombres comparten procesos de sociabilidad), o entre hombres en un determinado colectivo, pensando en cuáles son las regularidades (y las diferencias, claro) que entre sociedades occidentales se comparten, y que permiten trazar algunas características comunes para pensar a los sujetos que construimos para nuestra investigación hoy, en la ciudad de La Plata.

El trabajo pionero en el área Deporte y Sociedad de Eduardo Archetti (2003) nos permite aproximarnos a pensar la relación entre la formación de una Nación, los mitos masculinos representados a través de diferentes narrativas y su dimensión transclasista en Argentina, a partir de estudiar el Fútbol, el Polo y el Tango.

Pensando en los sujetos investigados, y la vinculación a sus prácticas corporales, expuestas al dolor y a la agresividad, como marca distintiva de su deporte, el trabajo de R. Tyson Smith (2011), nos pone en contacto con el estudio del dolor, para poder comprender y explicar de qué manera hombres dedicados en forma profesional a la “lucha libre” (como espacio masculino) estadounidense controlan y le dan sentido al sufrimiento físico. Las corporalidades, asociadas al género, en este punto, son claves.

Con Silvia Chejter (2011), nos acercamos a pensar, desde una perspectiva de estudios sobre Género, cómo se practica el pasaje *de niño a hombre*. Cómo hacerse hombre, cómo ser hombre y cómo sostener la hombría desde la iniciación sexual -en el mundo de la prostitución-, son preguntas que nos aportan una mirada vinculada a la cuestión de la virilidad, la construcción de un “nosotros” masculino, y los modos de ser “macho” entre hombres de Capital Federal y Gran Buenos Aires.

Referencias como el trabajo de Rodrigo Parrini y Patricio Cabrera *Sexualidad entre Hombres Encarcelados: género, identidad y poder* (1999) situado en Chile, son puntos de partida para indagar cómo se relacionan los conceptos de sacrificio, violencia, poder e identidad masculina. También son de interés las reflexiones que Daniel Míguez establece entre violencia, poder, clase y capital simbólico, para pensar a presos en un penal en Argentina. Uno de sus trabajos referenciales es *Reciprocidad y poder en el sistema penal argentino. Del ‘pitufo’ al motín de Sierra Chica* (2007).

Ernesto La Cecla nos invita a pensar a la cultura masculina dominante, la cuestión de la paternidad, las posturas corporales, las formas de ser “macho”, en el sur de Italia. Desde la antropología cultural construye relaciones que terminaron en su trabajo *Machos. Sin ánimo de ofender* (2005).

Intentaremos también atender al debate que, desde una perspectiva de género, se da en torno a las Ciencias Sociales, y a la vida política de nuestras sociedades. Las

referencias de Judith Butler, Elizabeth Badinter, Rita Segato (con algunos de sus escritos) nos permiten abrir el diálogo con trabajos que piensan al género como perspectiva analítica, situando en el eje central de indagación al poder, la desigualdad, la diversidad y la dominación. Por lo tanto, entraremos en debate con los trabajos que se especializan en pensar la construcción de masculinidades, inscritos en la línea de estudios sobre/desde el género. El trabajo de José Olavarría, *Los estudios sobre masculinidades en América Latina* (2003), es una referencia que actúa, para nuestra investigación, como uno de los puntos de partida para pensar a las masculinidades como problema de análisis en las Ciencias Sociales.

Como antecedentes, también consideramos las propias producciones que, a medida que avanzábamos en el trabajo de campo, fuimos construyendo para pensar los problemas y las preguntas que se iban suscitando. Para repasar la construcción del campo del rugby en Argentina y en la ciudad de La Plata específicamente, elaboramos el documento denominado *Abordajes sobre la práctica del rugby: significados culturales en torno a la construcción de masculinidad* (2010). Allí intentamos reconstruir el campo del rugby en clave sociohistórica, a partir de un rastreo de agentes e instituciones que participaron (participan) de la estructuración del deporte analizado.

También, junto a José Garriga Zucal (2012), exploramos cómo representaciones publicitarias televisivas sobre “Los Pumas” (Selección Nacional de Rugby argentina), intentan construir nociones de civilidad y racionalidad, sostenidas en un relato - complejo y superficialmente contradictorio- donde conviven *lo culto* y *lo animal*.

Para pensar en la categoría de Honor (como categoría analítica clave en el campo), hemos elaborado el artículo denominado *Honor y Masculinidad: el sentido construido en el campo del rugby en la ciudad de La Plata* (2011), en el cual la articulación en el mundo social de los jugadores de rugby de la ciudad de La Plata, desde las problemáticas de la masculinidad, la caballerosidad y el honor, son concebidas como *naturales* en ese espacio, pero también por fuera del campo del rugby. Por supuesto que los trabajos como el de Pitt Rivers (1980), el de Herzfeld (1980), el de Gayol (2008), el de Moreira (2005 y 2001), entre otros y otras, fueron faro para reconstruir la noción de honor entre los sujetos investigados.

1.2 El rugby como foco de análisis

Si la valiosa cantidad de trabajos sobre culturas populares y deporte nos demuestran la importancia de hacer visibles las relaciones, las lógicas de organización, y las representaciones de mundos posibles que se diseñan desde los espacios dominados, la intención de complementar y debatir a partir de un abordaje desde el territorio de la dominación agilizaría, repondría y complejizaría la reflexión sobre las dinámicas -y legítimas- definiciones del mundo.

Pensamos en los modos en que se organizan algunas representaciones sociales, vueltas acciones y relaciones, que sujetos que practican rugby en la ciudad de La Plata, estructuran como formas –naturales- de su mundo social.

La emergencia –relativamente novedosa- de un campo, de instituciones, y de investigadores/as dedicados/as a pensar al deporte como objeto de análisis de las Ciencias Sociales, nos habilitó a pensar que era posible realizar la investigación, dada la agenda de temáticas e intereses que avalan los problemas vinculados al deporte como punto de partida analítico. ¿Para pensar qué? Por ejemplo: en cómo, cuándo y desde dónde se legitiman los modos, en tendencia dominantes y legítimos, de construir una masculinidad que, en términos de género, establece jerarquías y provoca la estigmatización y desjerarquía de otros modos de “ser hombre” entre sectores medios acomodados, en relación a estructuras materiales y simbólicas. Como también pensar en la distinción sociocultural de un espacio como el rugby, para construir distinción en términos de sociabilidad, pensando en quiénes organizan, deciden y administran las diferencias en sociedades tan desiguales como las nuestras.

Hasta el momento, la mayoría de los trabajos dedicados a pensar el cruce temático entre deporte y sociedad, se habían focalizado en pensar a los sectores populares y a los sectores medios (bajos y medios), en relación con la construcción de identidades, las industrias culturales, las culturas populares, la construcción de la Nación, entre otros. Entendimos oportuno pensar y partir desde el rugby, esbozando alguna complementariedad posible de aquellos estudios que pensaban a los sectores populares como sujetos centrales de análisis. ¿Por qué el rugby? Porque en la ciudad de La Plata ha sido -y es- uno de los espacio de garantías para la distinción de los sectores dominantes. Estructuralmente, la ciudad de La Plata no cuenta con campos de Polo o de Pato, pensados históricamente como los deportes practicados por la aristocracia argentina. Por lo tanto, el rugby es un punto de partida viable para tratar de visibilizar (entendiendo la heterogeneidad de la categoría sectores dominantes) a los grupos que administran las diferencias socio/económico/culturales/simbólicas en la ciudad de La

Plata. Claro que, todo esto, no sería eficaz –en términos de rigurosidad analítica- si no se pensara que en esa administración hay negociaciones, disputas, préstamos (materiales y simbólicos) entre clases, teniendo en cuenta al género, la etnia y lo etario, como dimensiones que organizan el mundo social.

2. Anclajes metodológicos

2.1. Las preguntas que organizan el enfoque, y la entrada al campo.

Durante finales del año 2009, todo 2010, 2011, 2012 y parte del 2013, el trabajo de campo se basó en la construcción de datos a través de la vinculación con los sujetos investigados, y con la posibilidad que otorgó la interrelación de métodos, técnicas e instrumentos de investigación:

-La inmersión en el campo, a través del enfoque etnográfico, como posibilidad de observar en tiempo y espacio concreto la práctica de los sujetos investigados: participación en los entrenamientos de rugby³. También realizamos observaciones en un Gimnasio de musculación, coordinado por uno de los interlocutores clave. Este espacio de observación fue concebido, en el marco de la investigación, como lugar de encuentro de los jugadores de rugby. Además, como adelantáramos en la introducción, participamos en fiestas nocturnas, cumpleaños, espectáculos artísticos, salidas nocturnas, peña folklórica, viaje de ocio, partidos oficiales (observación no participante), trámites varios, situaciones domésticas familiares y “tercer tiempo”. El “tercer tiempo” es realizado luego del partido de competencia. Históricamente, como ritual, el equipo local recibe a su rival con un agasajo que puede consistir en compartir desde bebidas como té, hasta alcohólicas, acompañadas de algún alimento dulce y/o salado. Allí ampliamos el espectro de actores conocidos dentro de los clubes.

-Entrevistas etnográficas.

-Rastreo y análisis de documentos históricos en relación a la institución rugby en la ciudad de La Plata y en Argentina, que ampliaron el marco referencial, conceptual y contextual sobre la práctica.

-Entrevistas en profundidad a diferentes jugadores de rugby de las diferentes unidades de observación delimitadas con anterioridad.

-Análisis de artículos periodísticos y de productos publicitarios (gráficos y televisivos) para rearmar las representaciones mediáticas y mercantiles que circulan entre la industria cultural, especializada en rugby.

Las narrativas construidas desde diferentes productos mediáticos, permitieron establecer el cruce analítico con las representaciones que los sujetos investigados

³ En una de las unidades de observación construidas previamente: el Club de Rugby Albatros.

construyen ante el investigador al momento de realizar observaciones participantes y no participantes.

Desde aquí, el esfuerzo analítico y la vigilancia epistemológica, teórica, metodológica y ontológica, para lograr centrar el análisis en las preguntas, los problemas y los objetivos planteados: *la pregunta por la construcción de identidades entre hombres de sectores dominantes en la ciudad de La Plata, pensadas desde el problema analítico y la dimensión de la clase social y el género.*

La indagación sobre el campo del rugby -métodos, técnicas e instrumentos mediante- nos permitió establecer supuestos a partir del análisis de las representaciones que, junto a los sujetos investigados, hemos construido; además de cruzarlo con documentos institucionales y discursos mediáticos que modelaron (y modelan) el campo del rugby como espacio de sociabilidad. Para esto, y como eje organizador, tematizamos la construcción de datos, a partir de lo registrado en campo, de las entrevistas, de los documentos audiovisuales y publicitarios, los documentos institucionales y las fuentes históricas consultadas. Desde ahí, pudimos reconstruir cuáles eran los temas que articulaban la trama discursiva que entendíamos propia del rugby. La tematización de la información se ordenó en relación a categorías como: *Sacrificio - Masculinidades - Jerarquías - Poder-Corporalidades- Lo “inglés” - Tradiciones - Razón/fuerza - Tercer Tiempo - Camaradería - Honor - Tolerancia al dolor - Violencia - Autocontrol - Imaginarios en torno al profesionalismo - Capital social - Relaciones sociales - Meritocracia - Sponsors - Alto rendimiento - Profesionalismo - Semiprofesionalismo - Amateurismo - Capital económico - Condiciones de posibilidad - Capital cultural - Cultura intergeneracional - Identidad - Sociabilidad - Pertenencia - Clase - Capital económico y espacio geográfico - Territorio - Tradición familiar/Trayectoria biográfica - Los “otros” en el rugby.*

La perspectiva comunicacional consiste en una mirada compleja que articula, interdisciplinariamente, elementos de diferentes áreas de las Ciencias Sociales. Este enfoque reconoce las operaciones que realiza el analista sobre los textos decidiendo y explicitando los criterios que utiliza en el proceso de selección, identificación e integración de elementos que constituirán el producto final. No existe neutralidad ni objetividad en los discursos sociales por cuanto los enunciados son producidos por sujetos en determinadas condiciones materiales y simbólicas. El enunciado es la unidad de comunicación verbal. Es más que la palabra: es la palabra contextualizada (Bajtín, 2008[1979])

El enunciado siempre se expresa desde un determinado punto de vista, con un bagaje de creencias, valores y preceptos que configuran un sistema ideológico. Según Mijail Bajtín,

“El uso de la lengua se lleva a cabo en forma de enunciados (orales y escritos) concretos y singulares que pertenecen a los participantes de una u otra esfera de la praxis humana. Estos enunciados reflejan las condiciones específicas y el objeto de cada una de las esferas no sólo por su contenido (temático) y por su estilo verbal, o sea por la selección de los recursos léxicos, fraseológicos y gramaticales de la lengua, sino, ante todo, por su composición o estructuración. Los tres momentos mencionados -el contenido temático, el estilo y la composición- están vinculados indisolublemente en la totalidad del enunciado y se determinan, de un modo semejante, por la especificidad de una esfera dada de comunicación. Cada enunciado separado es, por supuesto, individual, pero cada esfera del uso de la lengua elabora sus tipos relativamente estables de enunciados, a los que denominamos géneros discursivos”. (Bajtín, 2008[1979]:245)

Los géneros discursivos son “tipos relativamente estables de enunciados”, es decir, tienen rasgos que se mantienen de manera más o menos constante, y a partir de ellos es posible distinguirlos y considerarlos en la instancia de análisis.

Un discurso es la lengua, más los sujetos que participan de ella, más el contexto singular, en el marco de un contexto global (Ibíd., 2008[1979]). Nunca un texto surge del grado cero. De acuerdo con Bajtín, un texto es un encuentro diacrónico de textos. La polifonía de voces puede ser rastreada a partir de un minucioso proceso teórico-metodológico.

Tomando la perspectiva de Peirce, Eliseo Verón desde su Teoría de la Semiosis Social (1998), estudia los fenómenos sociales como procesos de producción de sentido. Considera, necesariamente, paquetes significantes espacio-temporalmente producidos como fragmentos de una semiosis infinita, generados bajo condiciones determinadas que producen sus efectos bajo condiciones también condicionadas. Es entre estos dos conjuntos de condiciones que *circulan* los discursos sociales.

Los objetos que interesan al análisis de los discursos no están *en* los discursos; tampoco están *fuera* de ellos. Son sistemas de relaciones que todo producto significativo mantiene con sus condiciones de generación por una parte, y con sus efectos por la otra. En la semiosis, tanto las condiciones productivas como los objetos que se proponen analizar, contienen sentido. Entre las condiciones productivas de un discurso *hay siempre otros discursos*.

“Un objeto significativo dado, un conjunto discursivo no puede jamás ser analizado en sí mismo: el análisis discursivo no puede reclamar inmanencia alguna. La primera condición para poder hacer un análisis discursivo es la puesta en relación de un conjunto significativo con aspectos determinados de esas condiciones productivas. El análisis de los discursos sociales no es otra cosa que la descripción de las huellas de las condiciones productivas en los discursos, ya sean las de su generación o las que dan cuenta de sus efectos” (Verón, 1998:13)

El escenario de disputa por los sentidos sociales y culturales puede rastrearse a partir de los discursos. Se define al discurso como acción social que ocurre en un marco de comprensión, comunicación e interacción que, a su vez, son partes de estructuras y procesos socio-culturales más amplios. Es una configuración espacio temporal de sentido. Así el discurso establece un orden social en el que es posible comprender las condiciones de las distintas formaciones discursivas.

La sociosemiótica abarca procesos complejos de interpretación de discursos sociales: la trilogía discurso, cognición, sociedad se imbrican no sólo en los materiales sino que deben tenerse en cuenta a la hora de intervenir en el proceso de análisis.

En el caso de análisis de documentos periodísticos e institucionales (actuales e históricos), se pueden rastrear e interpretar formas a través de las cuales se pone en juego cierta ideología que constituye una realidad social. En el discurso se plasman elementos que exceden lo meramente lingüístico porque implican materialidad. Esta materialidad es constitutiva de formas culturales que operan en la realidad a partir de sus sentidos simbólicos en determinadas épocas y sociedades.

La ausencia de literatura académica especializada en el rugby como objeto de estudio, nos direccionó hacia la reconstrucción de la posición del rugby en Argentina, y en la ciudad de La Plata, como espacio social y cultural, a partir de literatura ficcional, de narrativas mediáticas, de historias de los propios sujetos históricos de los clubes, quienes reproducen relatos mítico/fundacionales.

2.1.1. Sobre los espacios observados

Las tres unidades de observación construidas para iniciar el trabajo de campo fueron el Club Universitario de La Plata, Albatros Rugby Club y La Plata Rugby Club⁴. Tanto La Plata Rugby Club como el Club Universitario están ubicados en la localidad de Manuel Bernardo Gonnet, aproximadamente a diez kilómetros al norte del centro de la ciudad de La Plata. Se accede por automóvil, ómnibus y ferrocarril, y se conecta

⁴ De ahora en más LPRC.

rápida a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Es una zona residencial, con una densidad poblacional baja, cuyos lotes (en gran parte del barrio) se caracterizan por sus grandes dimensiones y por su particularidad de “casas-quintas”. El Club Albatros se sitúa en la localidad de José Hernández, a aproximadamente treinta kilómetros al noroeste del centro de la ciudad de La Plata. Se accede por automóvil y ómnibus y se caracteriza por ser una zona residencial, con una densidad poblacional media/baja, donde confluyen tanto viviendas como comercios de mediana y gran escala.

La elección, de antemano, supone una diferencia estructural y simbólica entre las instituciones. La Plata es el club de rugby más importante y prestigioso de la ciudad en términos históricos, de conquistas deportivas, de la posición social/simbólica de sus participantes y de posibilidades estructurales. El Club Universitario, se enmarca dentro de la lista de los clubes de la ciudad que contemplan varias disciplinas deportivas⁵, con una fuerte participación en la tradición institucional de sectores medios emparentados a la vida universitaria de la ciudad. Albatros es el club con menor tiempo de vida y se diferencia de las otras dos instituciones, en tanto menores posibilidades estructurales y menor prestigio adquirido en el *ranking* de capital simbólico institucional en el campo del rugby. Construir estos tres espacios como observables, según sus características diferenciales, admite reconocer la intención –inicial- de entender al rugby como un campo complejo y heterogéneo, aunque siempre en la órbita de lo que entendemos por ideas y prácticas de sectores dominantes en la ciudad de La Plata. Suponerlo como un espacio homogéneo, sería un obstáculo epistemológico. Entonces, como punto de partida, presumimos que los tres clubes son diferentes entre sí, en términos de quiénes concurren, sus posibilidades materiales y simbólicas, y de cómo modelan la cultura institucional. Todo esto, situado claro, dentro de las lógicas regulares que estructuran el campo del rugby: que hacen que el rugby, se reconozca como rugby en la ciudad de La Plata y en Argentina. El Club Los Tilos y el Club San Luis completan la lista de instituciones platenses dedicadas al rugby, aunque no serán foco central de nuestros análisis⁶.

⁵ Es comparable, en dimensiones y en caudal de socios con los Clubes Estudiantes de La Plata y Gimnasia de Esgrima de La Plata.

⁶ En el transcurso de la investigación emergieron dos experiencias deportivas vinculadas al rugby en las ciudades de Ensenada y Berisso. Fueron organizadas y puestas en marcha por referentes, jugadores y ex jugadores de los cinco clubes de rugby de La Plata, y enmarcadas bajo la idea de “rugby social”. Esto se emparenta con la idea de “deporte social”, cuyo fundamento estaría basado en la supuesta participación de nuevos actores sociales que, hasta el momento, jamás habían tenido experiencias en el mundo del rugby. Sobre este tema, indagaremos más adelante cuando problematicemos la cuestión de la profesionalización del rugby en Argentina.

Por el año 2008, comenzamos a conocer las características del campo concurriendo a un gimnasio de musculación, cuyo coordinador es jugador de rugby⁷. Desde allí, realizamos tareas de observación no participante (de partidos y de “tercer tiempo”⁸), entrevistas en profundidad con diferentes jugadores, de los tres clubes escogidos para la observación. Además, compartimos entrenamientos en el club Albatros.

A pesar de esto, y pensando las posibilidades y las preguntas por las técnicas, hemos considerado que no alcanzaron para construir relaciones de segundo, tercer o cuarto orden. Existieron diferencias marcadas, de temporalidades y espacios, con los sujetos de investigación que tuvimos que poner en cuestión. Creímos necesario comprender las prácticas de los sujetos investigados, a partir de un registro etnográfico. Es decir, de comenzar a compartir la práctica con los jugadores investigados. Lo cual implicó un alto grado de inmersión en el campo de los sujetos investigados y, también, un profundo nivel de corporeidad puesta en juego, dadas las características del objeto y los sujetos de investigación.

Además, la intención fue construir relaciones en forma de datos estadísticos, como por ejemplo, reconstruir la posición de los sujetos investigados en la estructura socio/económica. Para esto, utilizamos la técnica de la *trayectoria familiar y la historia de vida*, como posibilidad de reordenar los procesos socioeconómicos de los sujetos, para luego construir datos sobre la posición material en el mundo social. Los datos colaboraron para construir categorías como: *profesión, participación en el sistema educativo, titulaciones, profesión de padre, madre y familiares*. Así, establecimos cuántos sujetos de la investigación, por ejemplo, han accedido al sistema de educación universitaria, o a cargos de decisión (en términos laborales) en la órbita del Estado, o del sector privado. Lo cual favoreció para pensar el problema de *los sectores dominantes y el espacio social*, en una de sus dimensiones. Tanto en las entrevistas semi-estructuradas realizadas al comienzo de la investigación, como en las entrevistas abiertas realizadas a los interlocutores, sobre un total de 35 entrevistas, sólo tres sujetos dicen ser, o empresario, o empleado de comercio, o estudiante de nivel secundario. Los demás, o son profesionales egresados de carreras universitarias, o están cursando sus estudios en la Universidad. Por supuesto que aquí ponemos en tensión cuáles son las

⁷ Informante clave para la investigación. Nos permitió las condiciones de ingreso a su campo de acción, referido al rugby.

⁸ Realizamos registro audiovisual de ciertas acciones observadas.

representaciones sociales, en tendencia, pensadas a través de discursos hegemónicos como los del Estado y los medios de Comunicación Masivos, en Occidente sobre las profesiones liberales y sobre la posibilidad (en términos simbólicos) de acceder a la Universidad. Esto, teniendo como parámetro las barreras que, en sociedades desiguales como las latinoamericanas, pueden llegar a marcarnos –analíticamente- la posición de los sujetos investigados.

Pero también, la intención fue cruzar todo tipo de relatos, representaciones, prácticas observadas y discursos en circulación, que dieran cuenta de la posición simbólica de los sujetos investigados. Para esto, fue relevante el aporte de datos del tipo cualitativo. Citando a Gilberto Giménez, y pensando en qué tipo de datos ofrecimos, fue necesario pensar en clave de:

“Se puede decir, por consiguiente, que en la vida social las personas y las diferencias de posiciones (fundadoras de identidad), existen bajo dos formas: una forma objetiva, es decir, independiente de todo lo que los agentes puedan pensar de ellas, y una forma simbólica y subjetiva, esto es, bajo la forma de la representación que los agentes forjan de las mismas. De hecho, las pertenencias sociales (familiares, profesionales, etcétera) y muchos de los atributos que definen una identidad revelan propiedades de posición. Y la voluntad de distinción de los actores, que refleja precisamente la necesidad de poseer una identidad social, traduce en última instancia la distinción de posiciones en el espacio social”(Giménez, 2005:38)

2.2. Para qué y por qué hacer etnografía. El proceso y el vínculo con los sujetos de estudio.

Como puntos de referencia, problematizamos a la etnografía como enfoque pensado, creado y re-creado por antropólogos –fundamental e históricamente-, pero también compartido por muchos campos o, mejor dicho, por muchos investigadores de diversas porciones del espacio de las Ciencias Sociales. Es decir, esto deja de lado la idea de exclusividad del enfoque y de la técnica etnográfica que habilita sólo a la Antropología a ponerla en práctica. Es un debate saldado el de los préstamos de técnicas, de preguntas y de saberes de un campo a otro. Pensamos, sobre todo desde el campo de la Comunicación (tradiciones y discusiones mediante), como la zona de estudios donde “poder llevar y traer” no sólo preguntas y problemas de otros campos, sino también técnicas. Por supuesto que la técnica a poner a prueba en la investigación, tendrá que ver con las preguntas que se le haga al objeto de estudio. En nuestro caso, la

etnografía nos permitió pensar y profundizar la complejidad de las relaciones construidas en torno al objeto, dadas las características (no sólo de nuestro recorte), sino de los sujetos investigados.

Es así que optamos, fundamentalmente, por reconstruir, desde la perspectiva de los actores, lo que nos planteamos como preguntas, como problemas y como hipótesis. Por lo tanto, y siguiendo a Lins Ribeiro (2004) la preponderancia del trabajo de campo es la marca identitaria de este estudio, aunque no sólo desde la etnografía construimos el objeto. La experiencia del extrañamiento fue vivida como posición de conocimiento, dadas las características del grupo de hombres analizados, en relación a las regularidades con el investigador. Vivimos, percibimos, pensamos, actuamos, nos vinculamos dentro de los mismos espacios: compartimos sociedades. Esto es, esquemas de valoración, de acción y de pensamiento, más allá de las diferencias ideológicas y la matriz desde donde creemos que el mundo social y la cultura se organizan. Pero en fin: compartimos cultura. Resultó imprescindible que el extrañamiento sea vivido como experiencia social del investigador (Lins Ribeiro, 2004), para construir el enfoque etnográfico. Como diría el antropólogo brasileiro, la clave es no participar de un código. Y si a eso, le sumamos estar en el lugar de las prácticas del investigado, observando los elementos centrales de esa realidad social, abonamos al distanciamiento tan significativo de la práctica etnográfica (Ibid.). Se desconoce la cotidianidad y se ubica en la perspectiva de un actor “descalificado”, que no participará como nativo, ni se incluirá –de manera intrusiva- en el sistema social y cognitivo del grupo estudiado. El ejercicio fue una constante: aproximarse y distanciarse al mismo tiempo, generando la tensión entre nosotros/otros.

Con el trabajo de campo, diría Guber (2004), apuntamos a que susciten las diferencias: entre los conceptos del etnógrafo y los conceptos del nativo. Y así, darle valor al marco significativo que los propios actores reconocen como sus prácticas y sus nociones, en el contexto de su vida cotidiana y en el complejo de relaciones que establecen y presentan como sujetos cognitivos (Ibid.).

Sin embargo, entendemos que la sola presencia en el campo no alcanza para reconstruir las prácticas y sus significados, siempre y cuando no esté acompañada por una rigurosa y reflexiva vigilancia teórica y epistemológica. Sobre el “estar ahí”, Guber refiere que “la presencia directa en el campo es condición necesaria, pero no suficiente para acceder a la perspectiva de los actores y construirla teóricamente” (Guber, 2004:77). La etnografía y el trabajo de campo etnográfico deben entenderse “no como

un determinado cuerpo teórico o un bagaje técnico especializado, sino como un enfoque totalizador para el cual la perspectiva del actor es, a la vez, punto de partida y de llegada” (Ibíd.)

2.2.1. Apuntes etnográficos y el camino hacia lo posible

“La insistencia casi monomaniaca sobre la necesidad del retorno reflexivo no es pues la expresión de una especie de ‘sentido del honor’ epistemológico, sino un principio que lleva a construir de manera diferente los objetos científicos. Ayuda a construir objetos en los que la relación del analista con el objeto no es inconscientemente proyectada, y que no sufre la adulteración introducida por lo que, siguiendo a John Austin, él ha etiquetado como la ‘falacia académica’ (Bourdieu, 1990e)” (Bourdieu y Wacquant, 2008:71)

Cuando comencé a pensar en el año 2008 en mis problemas y mis preguntas de investigación, dos cuestiones me atravesaron en la elección de los sujetos, las prácticas y sus espacios:

1-Que en el área sobre Deporte y Sociedad no abundaban indagaciones que tuvieran que ver con lo que, provisoriamente, llamo sectores dominantes. Algunas reflexiones de Archetti sobre el polo en Argentina, y de Rodolfo Iuliano en la ciudad de La Plata, sobre el golf, establecían algún tipo de referencia en relación a la pregunta *¿qué deportes practican en Argentina, los sectores dominantes?* (algunos/as autores/as, podrán hablar de “elites”. Pero, *¿quiénes serían las “elites” en la ciudad de La Plata?* *¿En relación a qué otras elites de Argentina, puedo trazar regularidades para categorizar a los sujetos de mi investigación como parte de las “elites”?* Y si establezco regularidades para nombrar como “elites” a determinados grupos sociales, *¿son los sujetos de mi investigación parte de las “elites” de la ciudad de La Plata?* Por eso prefiero hablar de sectores dominantes, como los colectivos mejor posicionados en la distribución de capitales: económicos, sociales y culturales.

2-Que, en principio, mi trayectoria biográfica me tendió una trampa. Creía como sujeto de clase media, intelectualizado a través del tránsito por la Universidad, que los sujetos que iba a encontrar (aquí los supuestos y prejuicios de investigación) en mi campo de estudio, eran parte del colectivo que había dejado sin trabajo a mi padre en la década del ‘90. Esto es, en términos de supuestos: iba a pensar a quienes habían direccionado la política, la cultura y la economía, hacia el neoliberalismo, en Argentina. Y el rugby, para mí, era el lugar de distinción que ocupaban, en La Plata, aquellos/as que, entre otras cosas, habían decidido flexibilizar las condiciones laborales en los años ‘90s. Y cuyas decisiones, había sufrido en *carne propia* (recordando las pérdidas materiales, y

su inevitable añadidura de la pérdida simbólica). Una especie de *revanchismo* se apoderaba de mis decisiones a la hora de construir los sujetos y los objetos de mi estudio. Lo cual establecía, por lo menos al comienzo del proceso, un orden imaginario basado sólo en el odio, y en el desafío de poder “desenmascarar” aquellos sujetos que, supuestamente, habían contribuido con mis pérdidas materiales y simbólicas, durante mi niñez y mi adolescencia. Todo esto, claro, reconstruido desde una posición academizada y academicista de las condiciones en las que los/as investigadores/as llegamos a construir los objetos que construimos.

En ese momento sentí que debía entrar al campo: al mundo de las prácticas y los discursos de los sujetos. Con resistencia, comencé a indagar en la jerga discursiva del rugby, y en espacios claves (aunque introductorios) del deporte. Mi supuesto antagonismo, mi hipotética alteridad en relación a esos sujetos a quienes investigaba, comenzó a suspenderse y a declinar, cuando entendí una cuestión fundamental: **debía comprender mis diferencias axiológicas (principal obstáculo investigativo)**, ya que sin entender mi relación investigador/investigados, ningún dato sería **reflexivamente** construido. Esto no significaba abandonar la hipótesis que vinculaban mi autobiografía con la elección de los sujetos y objetos. Todo lo contrario: tenerla en cuenta y poner atención para que no me determine el velo que, justamente, debía quitarme, ya que ningún intento de establecer condiciones de relativismo, serían posibles. Para eso, invertí la estrategia reflexiva: no ingresé al mundo de los sujetos investigados, a partir de las diferencias que, supuestamente, me separaban (en términos sociales, económicos y culturales) de ellos, sino que partí de las similitudes que compartía. Allí comprendí que esos “otros” que estudiaba, no estaban tan distantes (en términos de clase, sobre todo) a mi posición en la estructura social. Al comenzar a contactar a diferentes interlocutores, advertí mi proximidad en tanto ubicación en el mundo social, en relación claro, con esos “otros” contruidos por mí. Allí rompí, ante la “sorpresa” de estar “más cerca” del mundo de los sectores dominantes (de cómo yo me situaba y me pensaba), y allané el hiato que consideraba irreconciliable en términos éticos y morales. Ahí comencé, por primera vez, a ubicarme desde un enfoque relativista, y a concebir el mundo de los sectores dominantes como heterogéneo y relativamente menos autónomo a mis espacios de sociabilidad.

Al comenzar la investigación, el mundo de los jugadores de rugby me parecía lejano a mi mundo. Tal vez mi biografía, en tanto datos que relaciono y reconstruyo para volver legítima, verdadera y eficaz mi posición en el mundo social, me tendía una

trampa. Esto vinculado a mis deseos de cómo pretendo ser visto y nombrado por los demás. Entonces, la ilusión de mi propia percepción sobre mi lugar en las estructuras materiales y simbólicas, condicionaba mi acercamiento al campo del rugby. Estaba reforzando mis prejuicios (de sentido común) sobre los sujetos investigados. Pensaba al grupo de *rugbiers* a analizar como una grupalidad homogénea. Mis prejuicios tenían que ver con la clase: con mi posición en la estructura social, y con su correspondiente construcción subjetiva. Creía que todos los *rugbiers* era iguales: arrogantes, presumidos, y todo el conjunto de adjetivaciones que se relacionen con el mundo de quienes dominan (con una concepción negativa sobre la dominación). Claro, ese es un prejuicio de partida: pensar el mundo social con dominados y dominantes, sin ver los posibles cruces, préstamos, negociaciones y complicidades entre diferentes colectivos en la dimensión material, cultural y simbólica. También el prejuicio de pensar que en el mismo colectivo, no haya diferencias entre los sujetos. Eso me condicionaba, y estiraba la brecha imaginaria que me separaba del mundo social del rugby. Logré pensar que no estaba tan distante como creía, más allá de mantener mi conceptualización sobre la postura ideológica de los sujetos a investigar, en relación a la mía, claro.

Cuando comencé a incursionar en el campo, yendo a observar los partidos (los sábados), y a compartir los denominados “tercer tiempo”, aquella imposibilidad imaginaria de acercamiento comenzó a desvanecerse. Primero, porque aquel mundo ya no me parecía tan *extraño*. Comencé a comprender las reglas de juego, y el deporte me pareció atractivo. Esto influyó en romper mi sesgada mirada, que condenaba a *los rugbiers* a ser partícipes de un juego “estúpido”, donde el objetivo sólo era golpearse, y apoyar la pelota detrás de una línea marcada como perímetro. Me familiaricé con el juego, con sus lógicas, y con las destrezas técnico/corporales que hay que poseer para jugarlo.

También empecé a vislumbrar que el mundo social del rugby no era absolutamente homogéneo como yo lo imaginaba: siempre pensando, complejizando y partiendo desde el concepto de clase. Hay sujetos, que fui des-cubriendo, cuyas trayectorias biográficas son disímiles, aunque no sean la tendencia en el campo. Esto me situaba en un lugar menos hostil, en relación a aquel todo homogéneo que había imaginado.

El atractivo del juego, la posibilidad de poder jugarlo (desechada luego), las prácticas compartidas (salidas nocturnas, cumpleaños, tercer tiempo, entrevistas, etc), marcaron mi nueva posición respecto al rugby.

Claro que, luego de los años de investigación en campo, el vínculo fue intensificándose, y las trayectorias familiares, institucionales, políticas, ideológicas (todas pensadas en interacción) podrían entenderse como más distantes, con menos puntos de contacto, como creí imaginar luego de inmiscuirme en el mundo del rugby y tratar de entenderlo. Esto, comprendiendo que los puntos desde donde parto para pensar y vivir el mundo, son más o menos la contrapartida de las vivencias del mundo de los sujetos investigados. Me refiero a una cuestión central de mi trabajo marcado, sobre todo, por mi reflexión (que intenta ser crítica) de los modos masculinos recreados por los *rugbiers*. Si bien considero que soy parte de la producción y reproducción de esos modos masculinos de “ser hombre”, las diferencias comenzaron a volverse insoportables para mí. Empecé a pensar como un gran problema (y a la vez obstáculo para mí) que los sujetos que investigaba eran los encargados de ordenar el mundo legítimamente, por ejemplo, en términos de identidad de género. Lo cual produce enormes inequidades en relación a otros modos de masculinidades presentados según la pertenencia de clase, étnica o etaria. El sexismo, el machismo y la homofobia puesto en práctica -todo el tiempo- por los *rugbiers*, establecían un modelo masculino legítimo de nombrar, sentir y vivir la masculinidad. Pensaba en intervenir en cada charla, pero hacía consciente mi lugar como investigador, a la vez que pensaba mi relación con la clase y el género, como sujeto que construye su identidad. Pero mis núcleos identitarios (imágenes, símbolos, vueltos representaciones) cada vez más se alejaban de los nudos que entiendo como centrales en la constitución de la identidad masculina entre jugadores de rugby. Esto, también, pensando en la dimensión política, cultural e ideológica que recubre a cada porción del espacio social. No estábamos en sintonía. La pregunta que cabe aquí es *¿por qué habríamos de estarlo?*

Por un momento sentí que debía hacer la tesis para hacer visible y “denunciar” los procesos desiguales, en tanto distribución de capitales (culturales, económicos y sociales). Y la categoría “denuncia” implicaba romper con el contrato (más o menos explícito) que había construido con los sujetos investigados. Esto es, creía que tenía que “traicionarlos”⁹ para probar ante los posibles lectores de mi tesis, que lo que yo entendía como sectores dominantes, eran los mayores culpables de haber generado sociedades tan desiguales como las nuestras. Me di cuenta que estaba exagerando, más allá del

⁹ En términos de exponer ante otros, toda la información sobre los *rugbiers* construida en campo (sea cual fuere la información). Aquí nos situamos en dilemas éticos: ¿qué decir? ¿qué no decir? ¿para qué decir lo que decimos?

rechazo que sentía por el mundo social que investigué: caí en la trampa de pensar, desde una mirada instrumental, ingenua y simplista. Primero, porque calmé la angustia de pensar que “traicionaba” (sobre todo) a mi interlocutor clave, y a tantos que me habían brindado algo de información sobre sus vidas. Justamente ahí entendí que yo me había presentado como lo que creo ser: investigador social que pretende entender los modos en que se organiza la cultura de lo que nombro como sectores dominantes, partiendo desde el rugby como objeto de análisis. Entonces ellos, sabiendo de mi estadía en el campo, me mostrarían lo que creyeran necesario mostrarme, entendiendo que, toda identidad es relacional, compleja, y puede ser construida según el vínculo que tenemos con un “otro”, y el momento que nos relacionamos con ese “otro”: comprendí los vínculos de reciprocidad, ni más ni menos. Lo cual tranquilizaba mis miedos de “traicionar”, y colaboraba con romper mi idea imaginaria del investigador que *debe denunciar, porque todo lo puede, porque todo lo sabe y porque produce conocimiento verdadero*. Otra vez caí en la ingenuidad, con tintes sociocéntricos y *academicocéntricos*. Tal vez la interpretación sobre la pregunta de “qué es y qué hace un investigador social”, cambió en mí. Sobre todo, porque comprendí que no lograré conocer y entender la totalidad del mundo social que abordo, dada la complejidad y la multicausalidad de las prácticas sociales y culturales. Y además —y principalmente— porque entendí que comparto más símbolos, imágenes y representaciones, de las que creía compartir con los sujetos que investigué.

2.3. Características del rugby

El rugby es un deporte de equipo. Un partido oficial contempla a dos equipos de quince jugadores cada uno, con una pelota ovalada como elemento a disputar durante los ochenta minutos que dura el encuentro (dos tiempos de cuarenta minutos). Las dimensiones del campo de juego son de cien metros de largo, por setenta metros de ancho, siendo el césped la superficie predominante. Las reglas que organizan el juego a nivel mundial están gobernadas por la *International Rugby Board* (IRB). El ente regulador nacional es la Unión de Rugby Argentina (UAR), mientras que a nivel provincial, la Unión de Rugby de Buenos Aires (URBA) controla todo lo concerniente a lo que suceda en el ámbito Bonaerense.

Los quince jugadores que componen un equipo se disponen posicionalmente de acuerdo a la táctica y la estrategia predeterminada. Según la ubicación en cancha y los

objetivos de juego, las categorías generales asignadas por puestos son: *forwards* y tres cuartos. Los *forwards*, a su vez, se dividen en primera, segunda y tercera línea, conformando un grupo de ocho jugadores que, principalmente, participan en la secuencia denominada *scrum*¹⁰. En tendencia, los *forwards* se caracterizan por su gran volumen corporal, en relación a los tres cuartos. Denominados como *pack de forwards*, son medidos y comparados de acuerdo al peso total del grupo. En un *scrum* se coteja los kilajes que suman los ocho jugadores de cada equipo, para determinar cuál de los dos *pack* pesa más para oponer fuerzas al *pack* rival. Existen otras circunstancias de juego como los *rucks*, los *mauls*, que son situaciones grupales donde se disputa, con técnicas de lucha y de agarre al rival, la posesión del balón. Cuando se trata de un *ruck*, la pelota está en el piso. Y en el *maul*, la bola es tomada por un jugador mientras el resto lo rodea intentando defenderla (sus compañeros) o robarla (los oponentes). También se realizan formaciones de disputa del balón, denominadas *line out*. Esto se realiza cuando la pelota sale del perímetro (de la parte lateral. Línea llamada *touch*), y uno de los jugadores del equipo que no la envió afuera repone la pelota al campo con sus brazos para que la disputen dos hileras (una de cada equipo. Que pueden constar desde 2 a 14 jugadores) separadas por un metro. El balón viajará por el aire y nuevamente estará en juego.

El objetivo del juego es marcar puntos, a través de *tries* que son las jugadas que culminan con el apoyo de la pelota en la zona llamada *in-goal*. Esta es la franja que excede a los cien metros de largo, con un máximo de veintidós metros, detrás de los denominados postes. Los postes son estructuras que hacen las veces de arcos, destinados a la conversión de puntos. Están posicionados en forma vertical, y separados por cinco metros aproximadamente entre poste y poste. Éstos, están empalmados por un tercer poste que hace las veces de travesaño, a la altura de tres metros de los otros dos postes, formando la imagen de una Hache. Por supuesto que hay dos en cada cancha, enfrentados a cien metros de distancia, en donde cada equipo intentará sumar puntos. También se pueden ampliar el tanteador mediante las jugadas denominadas *try-penal*, *drop goal*, conversión o penal. Todas estas con la utilización del pie para ejecutar la jugada y anotar en la parte superior del travesaño de la denominada Hache.

¹⁰ El scrum es una situación de juego, donde cada equipo dispone una formación de ocho jugadores, logrando el enfrentamiento de dieciséis (ocho de cada equipo), donde disputarán la pelota oponiendo sus fuerzas y empujando hacia delante, agazapados y agarrados entre sí. El grupo que más empuje, tendrá mayores posibilidades de obtener la pelota. En esta formación se requiere y se valora el peso de cada jugador, y el kilaje total de los ocho jugadores, puesto que se supone que obtendrán mayor potencia para arrastrar al grupo adversario hacia su campo.

El *tackle* es la técnica corporal defensiva utilizada por excelencia para recuperar la pelota. Consiste en sujetar al rival por debajo de la línea de los hombros, e intentar derribarlo y llevarlo al suelo, para luego disputar la ganancia de la pelota. Generalmente suele darse con un alto nivel de agresividad, ya que el impacto cuerpo con cuerpo produce una escena naturalizada en el juego. Si el jugador que lleva la pelota rumbo al *in-goal* lo hace con potencia y velocidad, el o los *tackleadors* deberán doblegar esfuerzos para derribar al atacante que no podrá pasar la pelota hacia delante, sino que podrá pasarla a sus compañeros, pero hacia atrás. Si lo hace hacia delante, será penalizado. Tampoco podrá soltar el balón o permitir que se le caiga de las manos, ya que también será sancionado por el árbitro.

La indumentaria de los equipos consiste en camisetas (todas iguales) con sus numeraciones correspondientes, pantalones cortos, medias deportivas y botines con tapones con una altura providencial, según el largo y la humedad del campo de juego. En todo momento el juego se nutre de situaciones de contacto corporal y de aguda inmersión física. La lógica radica en avanzar en bloque (cuando se posee la pelota), mientras que el equipo contrario, intentará de todas las maneras posibles (que el reglamento contemple) quitarle la bola. Para pasar la pelota y/o conducirla, se pueden utilizar las manos y los pies, aunque mayoritariamente se utilicen las manos. Salvo excepciones, los treinta jugadores que participan del juego están en constante contacto corporal entre sí, con un alto nivel de agresividad. Si no fuese por la aprehensión histórica de técnicas corporales de cada jugador, durante su trayectoria como deportista, el nivel de lesiones sería alto. Sin embargo el rugby, en tendencia, no es un juego con lesiones recurrentes, ni lesiones graves, más allá que se expongan –en todo momento- la integridad de las rodillas, los hombros, los codos, el cuello, la cintura y los traumatismos severos en la cabeza. La técnica de *tackle* y la fina destreza para impactar contra el cuerpo del otro, minimizan los riesgos de lesiones. Pues entonces, podemos afirmar que la cooperación antagónica es esencial en el rugby, pese a su alto grado de agresividad y exposición a lesiones de gravedad.

2.4. La interlocución clave¹¹

Nacho

¹¹ Todos los nombres de los sujetos con los cuales interactué en campo, son de ficción. Esto resguarda y respeta su identidad. Además, las transcripciones de lo que han dicho los interlocutores se expondrán entre comillas.

Nacho fue el interlocutor clave para este trabajo. Fue quien me permitió aproximarme a lo que pude entender y conceptualizar como el mundo del rugby en la ciudad de La Plata. O, por lo menos, su participación en el mundo del rugby. Lo conocí en el año 2001, cuando compartimos algunos entrenamientos de fútbol en divisiones juveniles de un club de tercera división del fútbol argentino. Yo continué con mi carrera hasta convertirme en jugador profesional del mismo club, mientras que Nacho decidió abandonar el fútbol, impulsado por la voluntad de entrenadores que no creyeron que debiera firmar un contrato para practicarlo profesionalmente.

Nuestra relación era amena. Un vínculo sin demasiada cercanía e intensidad afectiva, pero con mutuo respeto y cordialidad. De vez en cuando compartíamos bromas, que no eran excepción dentro del equipo: el humor organizaba las prácticas grupales. En varias ocasiones, Nacho me trasladaba desde el entrenamiento hasta mi casa en su auto. Él era uno de los pocos en el grupo que tenía vehículo. Su auto era uno de los tres que tenía su familia. En aquella época cursaba sus estudios en Educación Física en la Universidad Nacional de La Plata¹². Siempre transitó por instituciones educativas del Estado, tanto durante la primaria como la secundaria. Jacinto, su padre, nació en Capital Federal y se radicó en La Plata. Es ingeniero agrónomo y reconocido docente de la UNLP, promotor de la participación democrática de sus alumnos en la vida política de la Universidad y de la conciencia ciudadana como motor fundamental de nuestras sociedades¹³. Ese es el signo distintivo que Nacho destaca de su padre: su importancia para *iluminar* su camino y el de muchos otros, vehiculizando valores como el respeto, la tolerancia, el civismo y la honestidad. Marta, su madre, nació en Formosa: es abogada, profesora de teatro, de letras y mantiene inconclusa su carrera de Ciencias Económicas. Realiza tareas administrativas en una escuela secundaria pública. Se conocieron en Formosa, en un viaje de trabajo de su padre. Desde ese momento están juntos y tuvieron tres hijos: Nacho¹⁴, Martina y Pedro. Martina es la más grande de los hermanos y se dedica a la investigación académica. Es abogada y convive con su pareja. Pedro es el más joven y también es abogado. Ejerce su profesión en un estudio que montó gracias a la ayuda de su padre, muy cerca de la casa paterna. Los tres nacieron en

¹² De ahora en más, UNLP.

¹³ He compartido varias instancias de diálogo con Jacinto, intercambiando ideas acerca de la función de la Universidad en la ciudad de La Plata. Él reconocía –siempre– su simpatía por la gestión de gobiernos radicales (tanto en la Universidad como en la política municipal, provincial y nacional)

¹⁴ Nacho nació en el año 1980.

La Plata y mantienen un vínculo estrecho priorizando el valor de la familia, como unión afectiva y eje constitutivo de sus vidas. Así les enseñaron sus padres, indica Nacho.

La familia posee varios inmuebles: viviendas, un local comercial, un galpón, un campo a las afueras de la ciudad y una casa-quinta cercana al Río de La Plata. Esta última funciona como lugar de reunión y encuentro, sobre todo, desde primavera hasta el verano. Allí disfrutan del sol, de la pileta y de asados familiares. Las parejas de los hijos son invitadas, integrándolas al núcleo familiar. Si bien todos colaboran con el mantenimiento de la casa-quinta, es Jacinto el responsable principal de los quehaceres domésticos¹⁵. Nacho dice que es porque le gustan las manualidades y porque así mantiene ocupado su tiempo. Jacinto está por jubilarse de su trabajo como docente y dedica su tiempo libre a restaurar autos antiguos en el galpón mencionado, cerca de su casa. Tanto él, como Nacho, dicen que los autos de antes “son un fierro”, que son una “máquina”, y que ahora, expresando cierta nostalgia con la cabeza oscilando para los costados, los autos “son todo plástico”. Con ese gesto, Nacho también se refiere a los “chicos de hoy” (sin distinguir qué chicos) y a lo “mal que estamos como sociedad”. Y enseguida repone la palabra “antes” referenciando la temporalidad de un supuesto bienestar, construyendo los pares antes/mejor y ahora/peor. Aunque, más adelante, entenderemos que esas semejanzas no son estancas, según la temática abordada, y el contexto de enunciación.

Jacinto y Marta no registran ninguna actividad deportiva más o menos regular en sus biografías, pero el mandato estuvo siempre muy claro para Nacho: lo que hiciera, lo debería hacer bien y con mucha seriedad. Las expectativas sobre Nacho recalcan sobre su desempeño en el mundo laboral y académico. Él siente haber cumplido: obtuvo su título universitario y es dueño de un gimnasio de musculación y actividades físicas, también montado con ayuda de su padre, y también ubicado cerca de su casa paterna. Nacho convive con su pareja, a dos cuerdas de la casa de Jacinto y Marta. Su actividad como profesor de Educación física y como comerciante es un éxito. La rentabilidad de su negocio es óptima, y Nacho ocupa su tiempo entre el gimnasio, los entrenamientos y partidos de rugby, clases en una escuela secundaria pública y en un curso del profesorado en Educación Física de la Universidad Católica de La Plata¹⁶, y diferentes eventos sociales. Nacho atribuye su pasión por los deportes al estímulo generado a

¹⁵ He compartido tardes en la casa-quinta, y he colaborado con algunas tareas domésticas como acomodar muebles, limpiar la pileta u ordenar el sector interior de la casa.

¹⁶ De ahora en más, UCALP.

partir de la admiración que sintió por un primo más grande que él, que jugaba al fútbol y al rugby en el Club Universitario. En ese sentido, Nacho expresa que en relación a su actividad deportiva no siguió los pasos de sus padres; para él “no es una herencia”. A pesar que los describe como “estéticamente agradables y delgados, mantienen una vida saludable y nunca realizaron deportes”, sus prioridades fueron la familia y el trabajo.

En un cuento que escribió y compartió conmigo, Nacho cuenta que su trayectoria como futbolista fue dificultosa: por las inclemencias lógicas de la vida de un futbolista que pretende ser jugador profesional, y porque sentía que para sus padres, jugar al fútbol, era perder el tiempo. Nacho no contaba con la compañía de sus padres en su vinculación con la práctica futbolística. A los diecinueve años sintió que debía decidir cómo seguía su vida: abandonó el fútbol y se dedicó de lleno a sus estudios. Hizo cuerpo el deseo de sus padres y concentró sus energías en su carrera universitaria. Sin embargo, consideró que era un buen momento para probar otro deporte.

En el trayecto del profesorado de educación física se cruzó con un compañero que lo invitó a jugar al rugby. Allí comenzó su participación en el Albatros Rugby Club. Un deporte totalmente novedoso para él, en su dinámica y en la disposición corporal que requiere. Trazó algunos paralelismos con su etapa como arquero en fútbol, sobre todo pensando que en el rugby la utilización de las manos es fundamental. Nacho recuerda que eligió Albatros porque “tenía gente conocida, a parte porque me parecía que era una manera interesante de entrar a un deporte distinto y totalmente nuevo para mí, es como que vos juegues al voley y digas de repente me voy a jugar al fútbol y me voy a probar a River: ¡no!, anda a probarte a un club de barrio primero, y después anda a River si sos bueno”. Albatros, en relación a los otros cuatro equipos de rugby de la ciudad de La Plata, es el de menor envergadura, en tanto infraestructura y en la obtención de logros deportivos. Este motivo y su conciencia sobre su nula experiencia en el deporte, fueron trascendentales para la elección del nuevo espacio deportivo. Él reconocía que para jugar al rugby hacía falta más que un cuerpo potente, musculoso y fibroso. Había que asimilar algunas técnicas específicas que el juego requiere.

Nacho mide un metro con ochenta y siete centímetros aproximadamente, tiene el pelo ondulado, largo hasta antes que comiencen los hombros. Tanto su cabello como sus ojos son color castaño claro. Dedicaba bastante tiempo al cuidado de su cuerpo, de manera prolija y rigurosa: es precavido en la ingesta de comidas y bebidas para no alterar su delgadez y su armónica relación entre peso y estatura; cuida mucho la textura de la piel, mediante la colocación de cremas hidratantes. En épocas de altas temperaturas, al

esquema de las hidratantes, Nacho suma las que aceleran un bronceado de tono moreno, que se diferencie de la palidez. Él asocia el tono del bronceado a una mayor o menor inserción a la estética de tendencia: a mayor tonalidad morena –lograda por los rayos del sol o de cama solar- mayor congruencia con una estética dominante, en tendencia, entre su colectivo de pertenencia y adscripción social y cultural. Por supuesto que la aceptación estética no sólo se resuelve por el grado del bronceado. Más adelante, veremos qué otras variables operan en la construcción de legitimidad estética entre Nacho y sus compañeros de equipo; mantiene siempre aroma perfumado, gracias a fragancias de marcas comerciales reconocidas y posicionadas en lugares de jerarquía en el mercado. Nacho siempre bromeaba con el aroma de mi ropa¹⁷. Decía que yo olía a “rancio”, a “viejo”, acompañado con la expresión del rostro donde fruncía sus cejas, cerraba levemente sus ojos y curvaba la boca hacia abajo, formando un semicírculo. Nacho es muy astuto para desplegar sus estrategias de humor: él sabe que yo no podría bromear con su fragancia; por un lado, porque siempre olía a perfume (si yo le hacía referencia al aroma de tal o cual fragancia, me contaba qué marca era y dónde lo había comprado, sin que yo le preguntara) y porque supone que yo también comparto su estándar estético que incluye “el buen aroma” y, por lo tanto, al cumplir él con ese estándar, yo no podría argumentar nada en su contra referido a su aroma. También bromeaba sobre mi vestimenta, haciendo referencia a la suya. Nacho compra y usa ropa de alta calidad y alto precio, también de marcas reconocidas en el mercado. Mi ropa oscila entre la que mantengo de hace muchos años, y la que me regalan amigos y familiares; lo cual indica que resigné elegir, en forma directa, la ropa que uso. Nacho se reía de eso, y enseguida me enseñaba qué es “vestirse bien”. La estética es una temática recurrente en Nacho, y fue el borde que nos diferenciaba o, mejor dicho, donde él delimitaba -todo el tiempo- el estándar estético legítimo entre sus grupos de pertenencia. Por supuesto que no era lo mismo entre sus alumnos del gimnasio, que entre sus compañeros de rugby. Para estos últimos, como para mí, la sanción era inmediata. Aunque para sus compañeros había más gestos de aprobación que para mí.

Nacho posee gran masa muscular. Sobre todo en sus brazos (en bíceps y tríceps), en sus trapecios¹⁸ y en sus pectorales. Precisamente en relación a estos últimos, Nacho, en sus etapas de mucho entrenamiento y su correspondiente inflamación muscular, se

¹⁷ Yo no cumplía con el proceso completo de lavado, secado, aromatizado y planchado de mi ropa. No perfumaba ni planchaba mi ropa y, en la mayoría de los casos, concentraba cierta fragancia a lo que podríamos emparentar, en términos olfativos, con olor a “humedad”.

¹⁸ Los trapecios son los músculos que se insertan en el cuello, por la parte posterior.

autopercibía con la expresión “estoy muy tetón”. Hacía referencia al aumento de tamaño de sus pectorales, con agrado y satisfacción por haber logrado el objetivo. La relación entre los trapecios de los jugadores de rugby que he conocido e interactuado y los trapecios de gente que no practica rugby, es notoria. A tal punto que podría diferenciar quién juega al rugby de quién no, sin establecer diálogo alguno. Más adelante analizaré la concordancia entre los músculos trapecios, su fortalecimiento, su aspecto estético y su relación simbólica con el cuello de quienes juegan al rugby y la función de “sostener” la cabeza.

A Nacho lo contacté cuando decidí estudiar el mundo del rugby platense; tenía referencias de que él, luego de su incursión en el fútbol, estaba practicándolo. Además, Nacho es muy conocido en espacios de sociabilidad de sectores medios y altos en la ciudad de La Plata. Su pasado como promotor y habitué de comercios bailables y bares de circuitos de sectores medios y altos, también hacía de Nacho un buen gestor de redes sociales que me abriera el espectro de relaciones en el campo del rugby.

Tato

Tato toca el bombo en un grupo que hace música folklórica. Lo conocí por intermedio de Nacho. Juega de apertura¹⁹ y se caracteriza por su inteligencia táctica, su lectura del juego, y sus acertadas decisiones para gestionar los ataques del equipo. Es delgado y mide aproximadamente 1,80 mts. No exhibe gran masa muscular: un poco porque su puesto no lo exige tanto, y también porque Tato no duplica el entrenamiento en el gimnasio. Tiene el pelo corto, casi rapado, con entradas pronunciadas. Está soltero y tiene treinta años. Estudia en el Conservatorio, y dice que la música (y en especial la percusión) es su “otra gran pasión”. Además de ser el capitán, es el hijo de uno de los fundadores del Club Albatros²⁰, y uno de sus hermanos²¹ también fue un símbolo de la institución. Es reconocido en el Club y en el ámbito del rugby platense. Su voz y sus decisiones son –casi- incuestionables, tanto dentro del campo de juego, como en lo concerniente a las gestiones institucionales. Tiene un negocio donde se encarga de enmarcar cuadros, y se traslada en un automóvil *Ford Falcon* de los años setentas, siempre con su perra “Yerbita” a cuestas. En relación a Nacho y sus compañeros, se presenta con poco interés en la estética corporal y textil. Es, de los sujetos con los cuales

¹⁹ El puesto de apertura está identificado con el grupo de jugadores denominados “Tres cuartos”.

²⁰ Su padre era médico cirujano y falleció hace más de una década.

²¹ También médico.

interactué en el campo, quien me mostró un discurso cercano a lo que podríamos entender como progresista. Si bien es arriesgada la asociación, merece ser rescatada y ponerla en relación con los relatos de la mayoría de los sujetos investigados -en la dimensión política, ideológica y social- más emparentados con posiciones conservadoras. Tato reproduce el discurso de la diversidad cultural, el respeto por la “Madre Tierra”, y la revalorización de los “otros”, los que no tienen voz, a quienes el sistema capitalista ha dejado a un costado o abandonados. Lo hace desde su música, con una fuerte impronta regionalista latinoamericana. Sus vacaciones suelen repetirse, eligiendo el norte argentino como destino. No milita en ningún partido político de manera formal. Pero sus diálogos muestran cierto interés en la dimensión de lo político, vinculado a lo cultural y a lo social de, por ejemplo, el mundo del rugby. En cierta oportunidad, me ha expresado que “el rugby es un espacio de caretas, pero con unos valores humanos impresionantes”. Fue uno de los pocos interlocutores que, en todo el trabajo de campo, categorizó como “careta” al espacio del rugby. Junto a Tato compartimos salidas nocturnas, “tercer tiempo”, momentos pre y post partido, cumpleaños y reuniones varias. Logramos afinidad temática y empatía, sobre todo, cuando charlábamos de su música y de sus proyectos de vida. Esto fue central para manejarlo con el grupo de jugadores de Albatros.

Gerardo

Gerardo es un referente del Club Universitario. Tiene veintiocho años, está casado con Virginia y está esperando su primer hijo. El pediatra ya le confirmó que será un varón: “otro pantera más”²², me cuenta entusiasmado. Virginia juega al Hockey también en Universitario. Sus estadías -casi todas sus vidas- en el Club, permitieron que se conozcan y contraigan matrimonio años después.

Por su calidad en el juego y por sus condiciones de líder, fue capitán del Plantel Superior durante un par de años. Mide aproximadamente 1,80 mts. y posee una masa muscular importante. Tiene el pelo corto, enrulado, y un paso contundente cada vez que se mueve o se desplaza. Se desliza de una manera particular: firme, sin titubeos. Los movimientos son seguros, como si se estableciera un puente entre un punto y otro de desplazamiento. No hay detenimiento en, por ejemplo, un movimiento y juego de brazos. Recuerdo cómo me recibió uno de los días que visité su casa. La forma en que

²² “Pantera” es el apodo del equipo de rugby del Club Universitario.

salió a la vereda, me esperó, y luego con su palma de la mano derecha apoyada en el medio de mi espalda, me llevó hacia adentro de su casa. En el camino, abría las puertas (sin soltarme) con el otro brazo y luego me lo extendía para que pasara. No hubo, de parte de él, ni un solo titubeo típico de un encuentro de dos personas que poco se conocen.

Juega de primer centro, y necesita potenciar sus movimientos al tener que combatir con la línea defensiva rival. Su juego, básicamente, reside en romper líneas adversarias para generar espacios que serán aprovechados por el medio *scrum* y el apertura, e intentar el avance ofensivo. Cuando era niño vivía en la ciudad de La Plata, en la calle 37 entre 10 y 11 (en el denominado Barrio Norte del casco urbano). A los cinco años se mudó junto a su familia a la localidad de Gonnet, muy cerca del Club Universitario. Las familias paterna y materna vivieron siempre en Gonnet. Hoy Gerardo vive con su esposa en una casa heredada de su abuela por parte del padre, también en Gonnet, a tres cuadras del Club. Es la casa donde vivió su padre durante la infancia.

Su iniciación en el rugby se remonta, justamente, a la llegada a Gonnet, a los seis años. Su padre, hasta los dieciséis años, jugaba en Universitario, llegando a integrar el Plantel Superior. Es por él, dice Gerardo, que hoy juega en Universitario. Podría haber integrado el equipo de Albatros, ya que su padre fundó y es el tercer socio del Club Albatros. Dice que siente orgullo por lo que hizo, “un orgullo extraño”, y que tal vez haya sido la cercanía a Universitario y su desarrollo como institución lo que decidieron al padre de Gerardo, llevarlo al Club de Gonnet.

Gerardo es Arquitecto, estudió en la UNLP y trabaja en el Ministerio de Cultura de la Nación, en el área de Patrimonio Histórico. Viaja todos los días a Capital Federal. Dice que el viaje lo desgasta pero “por suerte vivir en Gonnet, tiene el privilegio de tener un acceso más rápido a Capital”. Transitó la primaria en la escuela N°18 de Gonnet, y luego hizo la carrera secundaria en Bellas Artes de La Plata²³. Tuvo un paso fugaz por las artes plásticas, para terminar –decididamente- en Arquitectura.

Su padre también es Arquitecto y actualmente está separado de su madre, “una gran maestra jardinera”, afirma Gerardo. Él es el más grande de cinco hermanos. Luego se ubica un hermano varón de veintiséis años, que tiene capacidades diferentes. Lo cual demanda una atención particular, cuenta Gerardo, “porque no hace nada, no puede hacer nada”. Luego están sus hermanas de veintidós, veinte y diecinueve años. La primera

²³ Colegio dependiente de la UNLP

estudia Psicología, la segunda Ciencias Naturales y la más joven se prepara, como su madre, para ser maestra jardinera.

Gerardo cuenta que comenzó jugando en lo que se llama “escuelita”, y luego pasó las categorías “Pre”, hasta llegar a juveniles. Hizo toda su carrera en juveniles hasta llegar a Plantel Superior, donde tuvo que parar un año debido a la rotura de ligamentos de una de sus rodillas.

Para Gerardo el rugby significa una distracción, un espacio donde conoció a sus amigos que aún hoy sigue viendo. Es un hombre mesurado al expresarse. Posee un amplio caudal lingüístico y articula cada frase de forma pausada. Sus tonos de enunciación son medidos y contundentes. Sostiene cada una de sus ideas con convicción retórica y fuerza argumentativa. Se esfuerza por extender cada hipótesis sobre el campo del rugby o sobre su trabajo. Hemos intercambiado ideas sobre política y sobre la gestión pública que realiza en el Ministerio de Cultura. Aprecia su trabajo, aunque su perspectiva arquitectónica (inescindible de su postura ideológica) le permite cuestionar algunas gestiones que realiza su área, en relación a algunos monumentos declarados Patrimonio Nacional, y catalogarlos como “innecesarias”. También es consciente de su posición como futuro padre. De cómo cree que será padre y de administrar energías para confluir como familia. Racionaliza los tiempos en que si “todo anda bien, buscaremos nuestro segundo hijo”. Dice que a veces le cuesta administrar su tiempo: entre su trabajo, la dedicación a su pareja y a su futuro hijo. Cuenta que es muy difícil llevar adelante ese proceso, aunque dice estar feliz por eso y pronto cambiará su auto: de uno de tres puertas a otro con cinco, “por una cuestión de comodidad, por el nene más que nada”.

Con Gerardo tenemos dos amigos en común. Ellos me cedieron su contacto y así establecimos el vínculo. Que luego se transformó en asiduo, ya que lo veía tanto en el Club, como en su casa y, también (las menos), en alguna reunión de los amigos en común. A partir de la relación con Gerardo, pude acceder al rugby de Universitario, a realizar observaciones no participantes, y a permanecer en el Club los días y el tiempo que yo dispusiera. Otros actores (secundarios en el primer acceso al campo) también, luego, colaboraron conmigo.

Damián

Damián es el capitán del Plantel Superior de La Plata Rugby Club. Es el símbolo

de una camada de jugadores que se formó desde infantiles hasta mayores. Es un emblema dentro de la institución: por sus destrezas dentro de la cancha, como por su trayectoria familiar, más específicamente, por la historia de su padre. Puede ocupar el puesto de apertura y el de *Fullback*. Lo hace de una manera elegante en su juego y también se destaca por su lectura de juego y capacidad de liderazgo. Varios de sus compañeros me expresan -y coinciden- en que Damián es un “tipo pensante. Sabe qué hacer en todo momento”.

Lo conocí en los primeros años de la Licenciatura en Comunicación Social. Compartimos cursada de algunas materias, y nuestro vínculo era casi nulo, de no ser por un saludo cordial: al entrar al aula y, si coincidíamos, al salir. Damián mide 1,82 mts, aproximadamente. Desde aquella época universitaria hasta ahora, su cuerpo cambió considerablemente. De una delgadez concordante con su altura en aquel tiempo, hoy su masa muscular es mayor y su fisonomía cambió: su cuello, su espalda, su cadera, sus brazos, sus pectorales, se ensancharon y crecieron en volumen, de forma notoria. Hoy tiene el pelo corto, pero supo tener “rastas” cuando rondaba los veinte años. Exitoso entre las mujeres, Damián tiene incorporado “ser jugador de rugby”. Su presencia en algún lugar, en contextos laborales o recreativos le indican -ante la pregunta de los otros- sobre “si es jugador de rugby”, el alcance de su “fama” en la ciudad de La Plata, dentro de un círculo determinado. Es consciente de su notoriedad en el campo deportivo y social en la ciudad.

Nació en el año 1982 en City Bell, pero en 1989 se trasladó a Villa Castells²⁴. Hoy convive con su pareja en el casco urbano de La Plata. Hizo el jardín y la primaria un año en la Escuela Pública N° 38 de Gonnet, aunque confiesa que le resultaba “duro” el traslado desde City Bell, ya que dependía de la ayuda de alguna de sus hermanas que lo llevaban en automóvil o lo acompañaban en colectivo. Ese fue motivo suficiente para cambiarse de colegio. El Concilio Vaticano de Villa Castells lo recibió hasta primer año de la secundaria, y luego rindió equivalencias para ingresar al Colegio Nacional²⁵, donde culminó esa etapa.

Damián encarna el legado que dejó su padre²⁶. Promotor de un método y un

²⁴ Villa Castells es una localidad aledaña a Gonnet. De características similares, está separado por el Camino Centenario, una de las arterias que conduce, de manera directa a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

²⁵ Más adelante, reflexionaremos sobre las trayectorias educativas y el vínculo con el prestigio atribuido socialmente.

²⁶ En la historia de La Plata Rugby Club está referenciado de manera significativa para la vida social del Club.

estilo de juego nuevo en la ciudad, y de una “manera seria de hacer las cosas”, dice Damián convencido. Pero además, el legado de su padre representado por Damián para el resto de los actores del Club. De manera tal que Damián hace cuerpo las tradiciones que su padre motorizaba, en relación al “espíritu del rugby” y al sentimiento de pertenencia hacia el Club. Él lo sabe y es reconocido por eso, además de sus capacidades lúdicas dentro de la cancha.

Con entusiasmo, me cuenta que su padre jugó en el mismo equipo –o por lo menos eso dice la leyenda- que el “Che” Guevara, antes que Guevara juegue en el San Isidro Club (SIC)²⁷. Luego su padre pasó a Asociación Alumni²⁸, hasta que se casó con su madre y se radicaron en la ciudad de La Plata. Jugó en La Plata Rugby desde el año 1967 al 1970, mientras se hacía cargo de la concesión de los motores *Perkins*. Luego fue propietario de un supermercado y después de sortear los vaivenes de la economía de las décadas de los '80s y los '90s, montó una empresa de entrega de frutas y verduras a grandes y medianos restaurantes (muchos de propiedad de gente de LPRC o el Club Los Tilos), *buffets* de colegios privados y también de Ministerios de la ciudad de La Plata. Eso fue posible, explica Damián, “gracias a los contactos del club y gente del ambiente del rugby en general”.

Antes de morir²⁹, su padre organizó varias giras por Europa. Hacía hincapié en que los menores de diecinueve años debían conocer la cultura europea. Desde 1994 hasta el 2000 (cada año par) se realizaban los viajes. Damián participó en la de 1996, donde conoció, en un mes, países como Inglaterra, Gales, Escocia y Francia. Con una gestualidad y un tono de lamento, Damián explicó que “Eso sí, en la época del 1 a 1 valía 2.500 pesos/dólares un mes, 27 días a Europa”. Aquella gira del 2000 fue la última de su padre. A su vuelta muere de un paro cardíaco en las mismas instalaciones del Club, luego de una reunión con varios entrenadores. Damián lo recuerda, con tono firme y sostenido, como venciendo a la tristeza y reivindicando su legado, “ahora se cumplieron diez años. Pero bueno, fue él el que me inculcó y que me trajo acá a los 4 años, que yo a los 4 años ya jugaba al rugby”. También recuerda con emoción cómo mucha gente del club los ayudó proponiéndoles, a él y a su familia, hacerse cargo de las cobranzas de la zonas norte de La Plata, City Bell, Gonnet, Villa Elisa; cada uno de los

²⁷ Uno de los Clubes más prestigioso y de mayores posibilidades materiales y simbólicas de la URBA. Está ubicado en zona norte del conurbano Bonaerense.

²⁸ En sus comienzos, la actividad rugby estaba ligada al desarrollo del Buenos Aires English High School. También es uno de los equipos más prestigiosos y tradicionales de la URBA, y se ubica en la localidad de Tortuguitas (ubicada en el centro-norte del conurbano bonaerense).

²⁹ Damián expone como problema a la obesidad, como la causa de la muerte a su padre

hermanos tenía cincuenta casas a cargo para cobrar la cuota, de un número de socios caudaloso, como es el de La Plata Rugby Club³⁰.

Desde lo que ahora se llama escuelita, pasando por lo que antes se decía octava, novena y décima (ahora se llaman M10³¹, M9, M11, M12, M8, M7, hasta M14 que antes era sexta, la última categoría de infantiles); luego por las M15 y M16; Damián hizo todo el trayecto hasta convertirse en jugador del Plantel Superior. Recorrió cada categoría interiorizando saberes corporales, técnicos, tácticos, pero también de la cultura institucional. Sabe detalles del Club que muy pocos conocen. Además de trabajar en la Dirección General de Cultura de la Provincia de Buenos Aires, es uno de los encargados de publicar la revista institucional del Club. Lo hace con pasión: ejerce su título de periodista y dice que, de paso, “agarra algunos mangos vendiendo publicidad”.

Su madre, al igual que su padre, tampoco es profesional. Recién casada comenzó a trabajar en la Caja de Ahorro de Buenos Aires, y luego pidió el pase cuando la familia se radicó en La Plata. Trabajó en la Caja de Ahorro hasta que fue privatizada. Algunos empleados, incluida su madre, pasaron a trabajar al Banco Hipotecario. Luego sufrió los despidos provocados por la crisis económica de la década del '90 y fue despedida en el año 1999. Cuenta Damián que una de sus cuatro hermanas ya estaba casada, viviendo en Brasil. Él es el más joven de la familia. Su hermana más grande trabaja en la Zona Franca, desde los años noventa, y le falta poco para recibirse de Administradora de Empresas. La que le sigue es Profesora de Historia del Arte, y trabaja de profesora en un colegio de Avellaneda, y en el Colegio Nacional de La Plata. La tercera es maestra jardinera y vive junto a su pareja y su hija en Capital Federal, mientras que la cuarta (siempre en orden descendente) trabaja en la Agencia de Recaudación de la Provincia de Buenos Aires (ARBA) y debe algunas materias para recibirse de Trabajadora Social. Los cinco hermanos han accedido a la enseñanza universitaria. Es un valor que Damián pone de manifiesto, sobre todo cuando expone la historia de sus ancestros y de su apellido³²: dice Damián que su apellido sufrió una variación gramatical durante la época que vivía su bisabuelo, un general francés que fue perseguido y logró escapar hacia Irlanda. De allí que una rama de su familia se dividiera entre tierras irlandesas, tierras uruguayas y tierras estadounidenses (donde existe, según Damián, un pueblo en Nueva

³⁰ Fluctúa entre 5000 y 7000 socios activos.

³¹ La M significa menores, y el número indica la edad.

³² No pondré el apellido para preservar su intimidad.

York que lleva como nombre su apellido, al igual que una calle cercana a la Torre *Eiffel*, en París).

Damián experimentó un tiempo la oportunidad de jugar en la tercera división de Francia. Fue un contrato con visa de trabajo, como deportista profesional. Le pagaron con un sueldo, una casa y un auto. Decía que “lo único malo es que no tenía pasaporte, por eso tuve pocas posibilidades de quedarme”.

Orgullosa de su Club, expone una especie de *ranking* de clubes, donde coloca a La Plata Rugby y San Luis por sobre Los Tilos. Luego ubica a Universitario, y más abajo a Albatros. Sus criterios de clasificación se corresponden por el nivel de juego alcanzado por los planteles superiores y por sus condiciones estructurales. Con Damián he aprendido mucho sobre el mundo del rugby, y he podido acceder al Club La Plata Rugby sin restricciones. Me ha facilitado un valiosísimo conjunto de documentos y fuentes históricas que me permitieron comprender de qué tratan las tradiciones del rugby, y entender los correlatos con los cuales se anudan en la actualidad.

Agustín

Agustín juega en La Plata Rugby Club. Nació en el año 1984, y es el más chico de tres hermanos. Es profesor de Educación Física y vive en Villa Castells. Llegó al Club de la mano de Damián. A pesar de un par de años de diferencia, Agustín y Damián mantienen una amistad que nace en el barrio y continúa en el Club (fundamentalmente) y en demás circuitos de sociabilidad. Lleva como segundo nombre el primero de su padre, que es abogado y ex jugador de Básquet: “nada que ver con el rugby”, dice Agustín. Su hermano, el que le sigue en orden ascendente, lleva el segundo de su padre, y es estudiante del conservatorio de música. Su hermana más grande es también abogada, y su madre es Profesora de Inglés. Agustín mide aproximadamente 1,87 mtrs. Juega de *wing*, y sus características son la potencia y la aceleración que le ofrece al equipo. Además de ser un destacado jugador, Agustín -al igual que Damián- son reconocidos en diversos círculos de la ciudad de La Plata, y también su estética atrae a muchas mujeres de esos espacios donde transitan³³. Tiene el pelo corto (casi rapado), ojos color celeste, y es reconocido por su carisma, por su forma simpática de hablar (verborrágico, siempre con una sonrisa completa o a medio completar). Fue integrante

³³ Desde la Universidad, los días de competencia, los “tercer tiempo”, a los bares donde concurren jugadores de rugby de diferentes clubes.

de una banda de cumbia que realizaba *covers*. La formación estaba compuesta por compañeros del Club y por su hermano. La mayoría, aficionados a la música y a algunos instrumentos. Además de heredar uno de los nombres de su padre, repitió la profesión de uno de sus abuelos: un prestigioso profesor de educación física, que brillara en la década del '60 y del '70 en el campo del rugby pero, sobre todo, en el campo del fútbol, innovando en métodos de entrenamiento. Agustín también es *coaching* de divisiones menores del club, donde enseña a los más jóvenes las técnicas de *Hand off* y del *Tackle*.

Fabián

Fabián tiene veintitrés años. Juega de segunda línea en el Club Universitario, aunque aclara que siempre jugó de tercera línea (en el *pack* de *forwards*). De gran textura física, con su casi 1,90 mtrs., dice que no tiene problema de jugar donde lo pongan. Es un apasionado por el rugby, pasión transmitida por su tío, ex jugador del Club Universitario y activo participante de la institución en la actualidad. Fabián completó nivel secundario de enseñanza y estudió hasta segundo año del Profesorado de Educación Física en la UNLP. Vive en el Barrio Las Quintas³⁴ con su madre y dos hermanos más grandes. Uno es camionero, y el otro electricista matriculado. Aunque explica Fabián que ellos serían sus “hermanastros”: él sería único hijo. Su madre está jubilada del Colegio de Escribanos. Cuenta Fabián que ni bien salió del secundario, entró al Colegio de Escribanos y no paró hasta los sesenta años. Se separó de su padre (cuando Fabián tenía tres años), quien tiene un negocio donde repara lavarropas y heladeras, desde hace mucho tiempo. Entre su madre y su padre, y sus respectivas nuevas parejas, Fabián tiene siete hermanos más: cuatro por parte de su madre, y tres por su padre. Su padre vive en Gonnet, cerca de lo de su tío (ese es el motivo de las “idas y venidas” desde Las Quintas hacia Gonnet para entrenar o para visitar a su padre, cuenta Fabián). Actualmente, trabaja en el negocio de reparación de lavarropas.

Todos sus hermanos están estudiando en el nivel secundario. Lo hacen en escuelas públicas al igual que lo hizo él. Fabián cuenta que fue al jardín número 38 de Gonnet, y luego concurrió a la escuela General San Martín, en el casco urbano de La Plata, terminando el secundario en otra escuela pública: el bachillerato de la escuela de

³⁴ El barrio Las Quintas puede asociarse, en sus características habitacionales, a la del Barrio de Hernández. Alejado del casco urbano de la ciudad, es reconocido por la gran cantidad de quinteros dedicados a la agricultura y donde vive parte de la comunidad Qom residente en la ciudad de La Plata.

Enseñanza Media Número 2. Su trayectoria está signada por la multiplicidad de desplazamientos, por diversos motivos: la separación de sus padres, concurrir al colegio, ir a trabajar e ir a entrenamiento.

De adolescente cuenta que “tuvo que empezar a laburar”. Lo hizo en la casa de su madre arreglando lavarropas en una especie de taller por el Barrio de Hernández. Aplicaba los saberes que había aprendido con su padre. Dice que en ese momento le costaba mucho ir a entrenar y jugar. El viaje hasta Gonnet luego de trabajar, con el cansancio que implicaba, “eran una combinación fatal”, explica Fabián. Era la época de juveniles, y Fabián se trasladaba en bicicleta. Fue cuando decidió interrumpir la práctica por un lapso de medio año aproximadamente.

Pero su tío, radicado en Gonnet y propietario de una *PyME* dedicada a las perforaciones, riego a presión y plomería de obra cero, le ofreció acompañarlo y así conjugar, espacial y temporalmente, el entrenamiento y el trabajo. Eran él y su tío: nadie más. Cuenta que fue sacrificado, pero fue lo que le permitió seguir entrenando rugby, ya que la insistencia de su tío también se convertía en una presión para que continuara jugando. Es que había mucho trabajo, dice Fabián: “Pensá que la mayoría de los chicos del Club tiene pileta y nosotros le hacíamos las perforaciones. Estábamos llenos de laburo”.

Fabián jugaba al fútbol, y según cuenta atajaba muy bien. Pero la insistencia de su tío (que ya jugaba al rugby desde al año 1998) logró convencerlo de probar el rugby: “Vos tenés tamaño. ¡Probá, probá, probá!”, le decía su tío. Recuerda que iba con su primo (el hijo de tío) a ver los partidos de Universitario, y ya de pequeño colaboraba en alcanzar el *tee*³⁵ para patear a los palos. Se acuerda de su tío como el motorizador de su práctica y su estadía en el Club Universitario, recordando que a los 18 años (luego de solucionar el tema de las distancias), debía entrenar y rendir al máximo, porque de manera contraria “mi tío me mataba”.

Sábado a sábado acompañó a su tío al Club, hasta convertirse hoy en jugador del Plantel Superior del Club Universitario. Fabián cuenta con una gran potencia y calidad en su juego. Y a pesar de su resistencia inicial, confiesa que hoy es “como que no puedo, tengo que estar, tengo que ir. No sé, como que necesito estar, ir al club. Aunque no diga nada, necesito estar ahí o entrenando o golpeándome, o no sé. Me encanta.”

³⁵ El *tee* es un objeto utilizado especialmente para apoyar la pelota y mantener la posición fija para un remate.

Él fue alentado y acercado por su tío, y su tío por un profesor de Educación Física de la Escuela secundaria (en las épocas en que Universitario reclutaba jóvenes entre las instituciones educativas de Gonnet). A Fabián lo conocí gracias a uno de los preparadores físicos del Club, luego de verlo jugar en varias ocasiones. Él siente que en el Club le tienen mucho respeto, porque lo asocian con su tío, que jugó mucho tiempo en el Plantel Superior y que actualmente colabora con el Club.

Sabrina

Sabrina es entrenadora de la escuelita de rugby del Club Universitario. Tiene treinta años y es una de las pocas mujeres integradas como parte de un grupo pedagógico dedicado al rugby en la ciudad de La Plata. Sus colegas de LPRC, y ella, son las únicas entrenadoras de la ciudad encargadas del aprendizaje de los niños más pequeños. Es de la ciudad de Lobos, a cien kms. de la ciudad de La Plata y llegó a los dieciocho años para estudiar Informática. Se alojó en una pensión de monjas, porque su familia no podía mantener un alquiler de un departamento y, además, dice Sabrina sonriendo “Debe haber sido para tenerme un poco más controlada (por su madre)”. Recuerda que la pensión tenía normas muy estrictas: abría a las siete de la mañana y cerraba sus puertas a las veintidós horas.

Al segundo año de estudiar Informática, se dio cuenta que su vocación era la Educación Física; carrera que inició, abandonando informática y la pensión de monjas. Para esa altura ya vivía con su primo de Lobos, en un departamento monoambiente. Su trauma, confiesa, siempre fue rendir finales para aprobar las materias. Hizo hasta cuarto año de la carrera y decidió abandonar nuevamente. En ese momento se enteró, por intermedio de una amiga, que necesitaban una secretaria en un consultorio odontológico. Comenzó a trabajar allí, y a cuidar al hijo del dueño que jugaba al rugby en el Club Universitario. Fue cuando le propusieron si quería formar parte de la escuelita, dada su pasión por la enseñanza deportiva. Sabrina me cuenta con un gesto de asombro y gracia que ella no entendía nada de rugby. Que “ni sabía que la pelota era ovalada. Es más, veía rugby en tele y pensaba: ‘No, esto es muy complicado’, y cambiaba de canal. Pero no de burra, no me interesaba. Para mí eran tipos que se golpeaban y no tenía sentido. Pero bueno, para empezar a laburar, club Universitario de La Plata, club conocido”. Sabrina necesitaba trabajar y el Club era una oportunidad. Enseguida fue aprendiendo las reglas y algunas técnicas. Necesitaban, de forma urgente una ayudante para los más niños (cuatro y cinco años), pero rápidamente comenzó a

enseñarles a los chicos de ocho años. En el Club era un acontecimiento. Ella reconoce el apoyo del manager general quién la “hizo sentir una más, entre todos hombres”.

Sabrina me cuenta que hizo su secundaria en uno de los viejos colegios Nacionales, allí en su ciudad. Habla sin demasiada pausa y expresa de forma verborrágica cada anécdota adjetivándola según su posición en la historia. Cada vez que nos encontrábamos yo no hablaba demasiado. Ella lo hacía en abundancia, y yo sólo le preguntaba sobre cuestiones que quería saber sobre su trabajo y sobre su posición en un mundo de hombres.

Mientras les enseña juegos con la pelota a los más niños, me cuenta que el padre comenzó a trabajar a los dieciséis en una cerealera, debido al fallecimiento de su abuelo. Allí, cuenta Sabrina que su padre “pudo hacer unos mangos”. Hijo menor de cinco hermanos, emprende el trabajo con un camión de transporte hasta formar, años más tarde, una pequeña flota de camiones. Su madre era maestra, pero dice Sabrina que “dejó todo y se dedicó a ser ama de casa, también un poco por ella y un poco por papá, porque papá no quería que trabaje y menos teniéndonos a nosotros en casa. Era como otra cultura también, manejaban otras cosas”. Su hermano siguió los pasos de su padre, ayudándolo con la flota. También recibían el apoyo de su abuela (también ama de casa) y de su abuelo, dueño de una de las antiguas panificadoras de Lobos; “hoy ya no existe, se convirtió en un boliche”, dice Sabrina.

Sabrina me cuenta con tono dramático y gestos de tristeza lo que recuerda de lo que ella nombra como el “Alfonsinismo”: “fue cuando que hubo una devaluación muy grande. Bueno, ahí perdió dos camiones enteros. Mi viejo empezó otra vez de cero, pobre. Empezó a dedicarse más al campo, empezó con motoniveladora, retroexcavadora, camión y bueno, empezó con eso a trabajar en los campos y se dedicó toda la vida a eso. Mi vieja no laburaba”.

Arrancaron nuevamente, dice Sabrina, aunque por suerte (cierra los puños y los junta en el pecho, agradeciendo a “Dios”), ellos eran dueños de una casa quinta, reformada por su padre, que cuenta con pileta y comodidades varias. Hoy sus padres están jubilados y dice Sabrina que “viven tranquilos. ¿Viste que en el interior se vive más tranquilo?”, me interpela.

Conocí a Sabrina a través de uno de los preparadores físicos de Universitario. Actualmente ella se reconoce como una agente especializada en rugby. Se formó capacitándose en cursos dictados por la URBA, aunque lamenta que no la dejen entrenar a los juveniles o al Plantel Superior.

El vínculo con Nacho, con Tato, con Gerardo y con Damián me introdujo profundamente hacia el conocimiento del mundo del rugby en La Plata. Me posibilitó multiplicar las relaciones con los actores de las unidades de observación construidas y me permitió compartir las experiencias vividas en las formas de crear y recrear un espacio.

2.4.1. Entrada al campo

Durante el año 2009, 2010 y 2011 concurrí periódicamente al Gimnasio que Nacho coordinaba. En sus comienzos, realizábamos ejercicios de musculación (con las máquinas correspondientes) en uno de los espacios perteneciente al galpón que posee la familia. Era todo muy precario, pero la profesionalidad de Nacho era demostrada en la exigencia en los ejercicios y en la calidad de las indicaciones. Ya en el año 2012, convirtió el Gimnasio en un comercio formal, habilitado legalmente. Desde 2009 aprendí con Nacho y sus compañeros todo lo vinculado a las técnicas corporales referidas a lo específico del rugby, o de algunas de las situaciones sucedidas durante el juego. Tanto las destrezas necesarias, por ejemplo, para avanzar con la pelota o para *tacklear*, como la manera en que debía protegerme de golpes o lesiones severas, tanto en las caídas al suelo o en el impacto con un contrario.

Hacia varios meses que los sujetos de mi investigación me habían orientado hacia la posibilidad de hacer una observación participante en tiempo y espacio concreto: su práctica de rugby. En una de las tantas salidas nocturnas a bares de la ciudad de La Plata, cuando coincidimos con la mayoría del plantel de jugadores de Albatros (había acordado con Nacho encontrarnos en ese mismo bar, habitual recinto de jugadores de rugby de varios clubes de la ciudad). En ese entonces, estaba en etapa clave de ingreso al grupo. Nos estábamos “conociendo”. Yo intentaba lograr empatía con algunos integrantes del equipo y ellos, dada mi intromisión, pretendían –justificadamente- saber cuál era el objetivo de mi acercamiento. No ocultaba nada. Explicué que trataba de entender sus pautas culturales construidas en grupo, para un trabajo de Doctorado. Cuestiones que necesitaba comprender, y que ellos podrían ayudarme a comprenderlas. Los conocía porque compartíamos el gimnasio de Nacho. Allí me encontraba con varios

compañeros de club, y comencé a interiorizarme, sobre todo, con el lenguaje construido en torno a las prácticas del rugby y a las corporalidades puestas en juego en ese espacio.

Volviendo a aquella noche de bar, en uno de los diálogos con uno de los *Forwards* del equipo, ante mis preguntas relacionadas al partido suscitado esa misma tarde, me tomó con fuerza de uno de mis brazos (como si me envolviera todo mi cuerpo) y me propuso el siguiente desafío: “¿Vos querés saber de nosotros?, el lunes a las 21 horas te esperamos en el club”. Eso indicaba que me esperaban a entrenar. Fue un pasaje marcado: por un lado, la propuesta demostraba que era aceptado para compartir el entrenamiento con el grupo. Por el otro, me señalaba que para ellos, hay cosas que “sólo me las podrían aclarar jugando”. Aunque seguía haciendo entrevistas para tratar de desentramar algunos conceptos relacionados a la práctica, sentía que mis preguntas o las respuestas durante las entrevistas realizadas no significaban el insumo suficiente para comprender lo que yo quería comprender. En esos momentos, esforcé mi análisis poniendo en juego una definición de Identidad que Gilberto Giménez (2005) retoma de Alberto Melucci, como la “capacidad de un actor de reconocer los efectos de su acción como propios y, por lo tanto, de atribuírselos” (Giménez, 2005:39). Recordé el trabajo de Rodolfo Iuliano (2008) y su etnografía sobre la práctica del golf, cuando mi interlocutor se posicionaba, en ese instante, en actitud pedagógica, reconociendo tanto sus atributos identitarios como jugador experto y sus competencias sobre el juego, al mismo tiempo que me ubicaba en el rol de *aprendiz*.

Había logrado, además, una cordial relación y un reconocimiento por parte del capitán del equipo que, para mi entrada al grupo, consideré fundamental.

El sábado 14 de mayo de 2011, Tato organizó una peña folclórica en un salón de fiestas en la ciudad de La Plata. Invitado por Nacho, asistí al evento. Al ingresar a la peña, me cruzo con Tato, y con un gesto de sorpresa me comunica: “Juancito, gracias por venir”. Pasadas unas horas, y ante la eventual falta de cerveza en la peña, Tato decide mandar a comprar más bebida. Le faltaba algo de plata para llegar al monto necesario. Es ahí donde me pregunta: “Juan, ¿me prestás plata?”. Yo le presté, y seguimos hablando sobre la peña, y sobre la posibilidad que en la semana entrante, empezara a entrenar con ellos. El lunes siguiente, Nacho me comenta que Tato estaba muy agradecido con mi préstamo, y que había pedido mi teléfono para agradecerme. Ahí entendí que esa semana debía comenzar a participar de los entrenamientos. Sentí que era el momento adecuado, que me habilitaba para compartir los espacios cotidianos de los sujetos de mi investigación. Esto lo consideré fundamental en el ingreso al

campo. Había asistido a varios partidos, y a sus correspondientes “tercer tiempo”, pero practicar rugby en tiempo y espacio con los sujetos, aumentaría mi visibilidad en campo y, además, mi posibilidad de *ver* y *estar* en campo.

Coincidiendo con Wacquant (2006[2000]), y su *inmersión en el campo*, el objetivo era poner prueba el enfoque etnográfico, mis posibilidades ante el enfoque, y la capacidad de descripción a través de mi relato de las acciones, en el formato escritura. Al igual que Wacquant –en algún punto–, mi trabajo asumía un alto grado de inmersión en el campo de los sujetos investigados, y también un profundo nivel de corporeidad puesta en juego, dadas las características del objeto y los sujetos de investigación. Wacquant comienza su experiencia analítica en un Gimnasio de Boxeo tratando de registrar, para luego analizar, el sentido práctico de ese deporte, y las disposiciones del *gusto* hacia determinadas acciones corporales. Como diría Wacquant:

“Debía estudiar el boxeo en su aspecto menos conocido y menos espectacular: la rutina gris y punzante de los entrenamientos en el gimnasio, la larga e ingrata preparación –física y moral al mismo tiempo–, preludio de las breves apariciones bajo las luces, los ritos ínfimos e íntimos de la vida del gym que producen y reproducen la creencia y alimentan esa economía corporal, material y simbólica tan particular que es el mundo pugilístico” (2006[2000]:23)

En mi caso, no se trata de transpolar la experiencia de Wacquant sobre el boxeo hacia el rugby. Pero sí de trazar algunas analogías en relación, sobre todo, al punto de reflexión sobre el enfoque etnográfico y el objeto, y el grado de corporeidad del investigador, puesto al servicio del enfoque.

Tanto el boxeo como el rugby requieren de técnicas corporales y destrezas lúdicas específicas. Los dos deportes mantienen un profundo nivel de agresividad que obliga a determinadas percepciones sobre el juego, los rivales, y las acciones durante la competencia. Son actividades que se basan en un sistema de fidelidades entre compañeros y rivales. Para ello es necesaria la cooperación, sobre todo antagónica. No sólo de los saberes corporales propios depende la seguridad (ante lesiones, sobre todo), sino de la contribución de los contrincantes al entrar en contacto “cuerpo a cuerpo”. Esto implica la incorporación de competencias prácticas que fueron modeladas y moduladas históricamente sólo por –y para– los hombres. Es decir, dentro de lo que se entendería socioculturalmente como *lo masculino* (marcado por las gestualidades, posturas corporales, lenguajes, acciones determinadas asociadas históricamente al mundo de *lo masculino*)

Es decir, lo que estoy intentando argumentar, en cuanto a la experimentación del registro etnográfico, tiene que ver con el mapa construido en relación al diseño y el camino de investigación:

-Si en principio, comencé preguntándome sobre cómo se estructuran los sentidos hegemónicos relacionados a estilos de vida, gustos, trayectorias familiares entre los sectores dominantes de la ciudad de La Plata, y el rugby fue objetivado como espacio analítico, para pensar esos modos hegemónicos, las preguntas fueron cambiando a medida que iba ingresando al campo.

-Fui haciendo visible un problema empírico que también tenía que ver con las desigualdades (en términos de distribución de capitales). Pero esto tenía que ver con el modo en que se legitimaban ciertas prácticas y discursos relacionados con una forma de *ser macho*. Esto implicaba, para mí, un descentramiento en las preguntas y una reorientación de la problemática. Comencé a construir nuevas hipótesis (a medida que reconstruía información) sobre la construcción de masculinidad entre lo que yo denomino sectores dominantes.

-Casi todas las respuestas compartían un vector que indicaba que debía entender, dentro del campo del rugby qué significaban las categorías de *honor y caballeridad*. Esos eran los atributos (autopercebidos como positivos por los sujetos de mi investigación) que enmarcaban a la práctica como diferenciadora del resto. Intentaba, todo el tiempo, construir abstracciones³⁶ y definir conceptualmente lo que me decían. Pero no lo lograba. No interpretaba qué me estaban diciendo. Hasta que uno de mis interlocutores me allanó el camino: me insinuó que debía comprenderlo con el cuerpo (con mi cuerpo). Como diría Wacquant, mi intento deviene a partir de aproximarme con el *cuerpo*, “de forma casi experimental” (2006[2000]:24) a la práctica –y a los sentidos socioculturales atribuidos a esa práctica- de los sujetos de investigación.

³⁶ Revisando trabajos como por ejemplo los de Pitt-Rivers, Julian (1980). *Antropología del honor o política de los sexos*. Editorial Crítica, Barcelona. También las producciones de María Verónica Moreira, quien indagó sobre la construcción del honor entre los integrantes de una hinchada de fútbol.

3. Reconstruir un campo en clave historiográfica

En este apartado trazaremos líneas de análisis que nos permitan pensar si las tradiciones sobre las cuales se fundó la ciudad de La Plata, colaboraron y colaboran en la institucionalización del espacio del rugby platense. Sobre todo, pensando en cuál es la cultura que organiza ese espacio y cuáles son las lógicas sociales y culturales que se reproducen entre ciertos sectores de la sociedad platense, vinculadas a aceptar procesos de distinción de esos grupos.

3.1. La Plata, la ciudad “mágica”

La Plata es una ciudad que tomó “vida”, principalmente, desde una idea ambiciosa: el proyecto político que diseñó, modeló y organizó la nueva Capital de la provincia de Buenos Aires fue pensada como “uno de los ejemplos más relevantes, a nivel mundial, del urbanismo del siglo XIX”³⁷. Fue la “Ciudad mágica, ciudad modelo, ciudad grandiosa, ciudad de la pacificación nacional” (Ibid.), creada como paradigma y estándar.

El principal organizador de la ciudad fue el gobierno bonaerense que, a través de la creación de un Estado, debió instalar no solamente las instituciones sino seducir e inventar a su población. La arquitectura grandiosa, los avances tecnológicos, y las facilidades para la radicación no resultaron suficientes para concretar una ciudad habitada: resultaba una ciudad fastuosa pero desierta, sin sujetos que la doten de pertenencia ni identidad. Identidad soñada y configurada sobre los valores constitutivos del proyecto sustentados en los postulados de la Generación del '80: la razón iluminista, la ciencia, el progreso, la felicidad, el orden, la belleza. Dice Losada (2012) que las inquietudes de las clases altas y gobernantes de Argentina pasaban por renunciar al provincianismo y modelar la vida cotidiana bajo los usos y costumbres de la matriz eurocéntrica del momento, asociado a *lo civilizado y a lo distinguido*.

La población se fue asentando a partir de créditos para vivienda otorgados a los obreros y técnicos que participaron en la construcción de los edificios gubernamentales.

³⁷ Según explica la arquitecta Silvia Portiansky en *La construcción de la ciudad. La Plata contada. Historia y arquitectura*
<http://www.laplataproyectos.com/notas/silvia%20portiansky/la%20plata%20contada/segunda%20parte.htm>

La aplicación de la Ley de Residencia³⁸ implicó la instalación en la ciudad, estableciendo domicilio permanente. Para facilitar ese proceso se impulsó la distribución de tierras fiscales a funcionarios y empleados que debían viajar ida y vuelta a la ciudad de Buenos Aires. Los modos de repartir y privatizar las tierras marcaron fuertemente las particularidades del negocio inmobiliario: la mayoría de esas tierras terminó concentrada en manos de grandes terratenientes (Adamovsky, 2012)

Estos primeros habitantes fueron imprimiendo sus trayectorias tan distantes como diversas: contingentes migratorios europeos convivieron con miembros de familias patricias porteñas. Claro que estas divergencias, cuya base se fundamentaba en el modelo del “progreso”, condenó a la desidia a pobladores de pueblos originarios, a campesinos, a gauchos y pastores (Ibíd.)

A partir de la radicación de estos sectores se desarrollaron, muy rápidamente, múltiples actividades que fueron gestando y articulando campos especializados en la política, la educación, la salud, la alimentación, la cultura, los servicios, el ocio, el transporte, el deporte, la construcción y las finanzas. Cada campo fue fundando tradiciones a través de instituciones, agentes y prácticas que contribuyeron dinámicamente a poner en acto a “una leyenda” sobre la identidad platense:

“Ya en 1885 el joven Santiago de Estrada dedicaba a La Plata emocionados párrafos: ‘El ideal de La Plata se ha incorporado a las cosas reales, como el sueño de la Armórica. Llegamos a La Plata dudando y hemos salido soñando’ [...] Es una ciudad ideal, de amplitudes grandiosas donde antes había estrecheces; dotada de palacios para cada función del organismo. Pero plazas, estaciones, avenidas, capitolios, bancos, bibliotecas, tan vastos, que se ve que no es para el presente que se construyeron, y esto lo decía el hasta ayer hipercrítico Sarmiento.”³⁹

La sensación de que se ponía en marcha una ciudad, un país, alimentaba lo que Adamovsky llama “el mito de la modernización social”, acompañado por una política pedagógica que caló bien hondo en el imaginario argentino, que sostiene que en 1880 se pone en marcha el país. Asistimos al mito fundacional de las bases de una sociedad justa e igualitaria para todo poblador del suelo argentino, donde la prosperidad y el “progreso” son la característica inaugural de nuestra Nación:

³⁸ La Ley de Residencia fue promulgada por el Congreso de la Nación Argentina en 1902. Permitía que el Estado argentino expulsara a inmigrantes sin que estos pudieran apelar su exclusión del país. La ley fue impulsada por el escritor Miguel Cané y fue derogada en el año 1958. También se conoce como la Ley 4.144 de Residencia.

³⁹ El profesor de Historia Daniel Chiarenza publicó documentación en *"Historia General de la provincia de Buenos Aires"*. <http://profesor-daniel-alberto-chiarenza.blogspot.com.ar/2009/11/19-de-noviembre-de-1882-fundacion-de-la.html>

“De este modo, el proceso de ‘modernización’ que comenzó con fuerza en la década de 1870 desembocaría en esa sociedad abierta, próspera, democrática y en rápido progreso de las décadas de 1920 o 1930, tan parecida a las naciones más adelantadas, que prometía convertirse en una gran potencia mundial. Se nos induce así a pensar que el proyecto de país que las clases dominantes del siglo XIX pusieron en marcha fue algo positivo en general para todos los habitantes de este suelo: la ‘modernización’ –nadie podría dudarlo- es mejor que el ‘atraso’” (Adamovsky, 2012:42)

Previamente a la década de 1880, la sociedad argentina se dividía en dos clases: “la gente decente” y “la plebe”. Los primeros eran los militares y funcionarios españoles y criollos, los grandes terratenientes, comerciantes a gran escala, curas, abogados, médicos, quienes se encargaban de trabajos intelectuales, y los pocos “industriales” de la época especializados en saladeros y curtiembres. El resto, era la “plebe”: gauchos, campesinos, pastores, peones de campo, artesanos de las escasas manufacturas, los pulperos, quienes se dedicaban al negocio ambulante, los carniceros, los transportistas de carretas, el servicio doméstico, las prostitutas y las lavanderas (Adamovsky, 2012). Dice Adamovsky que las “diferencias sociales coincidían bastante con las diferencias étnicas o de ‘castas’, como se decía entonces” (Ibíd.:20). Lógicamente, dados los parámetros dominantes, la clase “decente” era blanca. En el medio, no había nada: se era o no se era “decente” (Ibíd.)

Sin herencias ni lazos monárquicos de sangre, pequeños artesanos, técnicos o profesionales lograron ocupar y modelar espacios claves en la nueva sociedad platense. El arraigo, como “virtud legitimadora” permitió el acceso a determinados bienes (tierras, instituciones, empresas) que facilitaron el ascenso dentro de las jerarquías sociales, instalándose como “familias tradicionales” y la fusión de apellidos como creación de “linajes platenses”. Rubén Mario de Luca, contador, escritor y funcionario público en la Administración provincial, realizó un minucioso trabajo⁴⁰ “sobre la gestación de la sociedad platense”⁴¹

⁴⁰ *Familias Platenses*, presentado en Concurso del Fondo Nacional de Artes. Finalmente lo editó en forma particular en el 2003.

⁴¹ De Luca toma como principales fuentes el trabajo del Arq. Alberto S. J. De Paula, la colección del diario El Día (se creó dos años después de la fundación formal de la ciudad de La Plata y fue la primera circulación oficial de prensa de la región) y las actas de matrimonio, nacimiento y defunción de la Iglesia San Ponciano. También realizó consultas sobre documentos en las Actas del Concejo Deliberante de la Municipalidad de La Plata, los diarios de Sesiones de la Legislatura y el Registro oficial de la provincia de Buenos Aires.

De Luca explica que los apellidos derivados de uniones matrimoniales se produjeron después de la instalación de las oficinas públicas y la aplicación de la Ley de Residencia, imitando la costumbre impuesta en la aristocracia porteña, con el propósito de “jerarquizar la estirpe” (De Luca, 2003:98). Desde esa concepción refiere a la idea de linajes. Allí se dedican treinta y seis páginas a la detallada nómina, ordenada alfabéticamente, de apellidos compuestos en grado de sucesión y considerando el aporte de la rama femenina. Se hace hincapié en la asociación de un determinado linaje, a través de dos o más generaciones dedicadas a una misma actividad.

La idea de “linajes” encierra sentidos de jerarquía, prestigio y reconocimiento que se vinculan a la visión del positivismo que encuentra en la clase letrada como la poseedora del derecho a conducir el país y la adhesión al pensamiento liberal. El liberalismo sostuvo la fe en el progreso y la creencia en que el desarrollo económico sólo se alcanzaría mediante el juego libre de las fuerzas comerciales y con gobiernos limitados a respetar la libertad individual. El positivismo representó la vanguardia ideológica de una burguesía identificada con el avance sostenido de la ciencia y de la técnica, como forma de desarrollar las fuerzas productivas y de terminar con las secuelas de la "barbarie" tanto en el orden material como el cultural. El proyecto que se instala finalmente en el país, es el proyecto “elitista”, orientado, discutido y construido por los sectores dominantes, dándole sentidos concretos a la idea de Nación. Adamovsky (2012) explica que el proyecto de la “civilización” o “el progreso”, en Argentina, consistía en aprovechar las coyunturas del capitalismo mundial. Para esto, se necesitaron reformas que promovieron cambios sociales profundos y traumáticos, bajo la construcción de un Estado, cuyo poder político estaría en manos de las elites argentinas.

Entre las reformas profundas y radicales, se establece la distinción étnica y social, que estructura y modela la idea de “gente decente”, y la idea de los “otros” bien marcada. En palabras de Sarmiento:

“Cuando decimos pueblo entendemos los notables, activos, inteligentes: clase gobernante. Somos gentes decentes. Patricios a cuya clase pertenecemos nosotros, pues no ha de verse en nuestra Cámara [se refiere al Congreso] ni gauchos, ni negros, ni POBRES. Somos la gente decente, es decir, patriota” ⁴² (En Adamovsky, 2012:35)

⁴² Adamovsky retoma la cita de Sarmiento del trabajo de Nicolás Shumway, *La invención de la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Emece. Pp. 170, 1993

Queda así asociada la decencia a la clase alta, como marca patriótica, como característica inescindible, como sinécdoque: la clase alta es la patria. El patriotismo se construye desde la decencia de la clase alta, excluyendo a las clases bajas de toda esa virtud (Ibíd.). La dominación no se trata sólo de ideas. La élite controla exclusiva y efectivamente el Estado hasta principios del siglo XX, limitando y deslegitimando toda acción popular de participación política. Claro que entendemos a las “élites” como producto social, histórico y dinámico y no como una esencia derivada de la *naturaleza*. En el medio de los procesos, tenemos en cuenta los conflictos y los combates por nombrar la legitimidad del mundo social y cultural. Sobre todo, como afirman Ziegler y Gessaghi (2012), que en Argentina no existe una modelación de las posiciones de élites, previas a la constitución y conformación del Estado Nacional, como sí es el caso de Francia e Inglaterra, donde la formación de las élites se configuró –previo a la emergencia de la República- a través del sistema educativo e instituciones especializadas para la formación de clases dirigentes:

“En contraposición, en la Argentina no existe un circuito de instituciones que, con el aval del Estado, garanticen el acceso a posiciones de élite –aunque no faltaron intentos de promoverlas-. Es decir, no hay continuidad entre el pasaje por determinadas escuelas y el ingreso a posiciones dentro del Estado u otros ámbitos de conducción y ejercicio del poder. Sin embargo, si el Estado no ‘certificó’ la conformación de espacios restringidos a unos pocos, tampoco los disuadió ni los reguló, sino que delegó a la ‘libre competencia’ la consagración de las élites.” (Ibíd: 12)

Las familias enumeradas en el trabajo de De Luca se fueron ubicando en los espacios destacados de las estructuras sociales, políticas y culturales que aspiraban al desarrollo de un estilo europeo. En coincidencia, el diario *El Día*, en la Sección “Ciudad”, reconoce a “determinados personajes” en su fallecimiento, resaltando ciertos atributos legitimadores a la hora de la definición de “prestigiosos”: nivel de educación alcanzado, títulos obtenidos y cargos desempeñados en instituciones públicas y privadas, actividades artísticas ligadas a las bellas artes, deportivas en instituciones tradicionales, solidarias/caritativas en organizaciones “de bien público”, o al tiempo dedicado a viajes de placer. Si bien Bourdieu en *La Distinción* (1998 [1979]) demuestra un “efecto de inculcación” ejercido por la familia o por las condiciones de existencia originales, que termina reproduciendo un dilema determinista sobre las posibilidades de los agentes, retomaremos (más adelante) el efecto de la trayectoria social y su relación

con las disposiciones hacia las experiencias de ascenso social (en particular, en tres casos indagados en el trabajo de campo) o de la decadencia. Por supuesto que hemos vigilado lo que Bourdieu trabaja como punto de origen y que metodológicamente hemos rastreado, sin establecer relaciones mecánicas que vinculen un punto de partida social y una supuesta trayectoria determinada exclusivamente, por ejemplo, por el capital económico acumulado. Aunque sí evaluamos los capitales acumulados y la relación posicional en el campo del rugby, junto a la posibilidad de acción de los sujetos indagados dentro del campo o en relación a otros campos. Veremos más adelante, cómo se configuran las trayectorias sociales de los hombres que juegan al rugby en la ciudad de La Plata, y la relación con su posición social y su relativa percepción sobre esa posición, sobre todo pensando en su disposición a ocupar espacios de poder (y dónde y cómo volver eficaz ese poder)

3.1.1. Trayectorias

Recorriendo las diferentes trayectorias de los linajes y de las clasificaciones que los sustentan en los trabajos citados, pueden volverse visibles las tramas que enlazaron los capitales económicos, culturales y simbólicos que disputaron (y disputan) el sentido del prestigio platense. El espacio social, entendido a partir de sus soportes materiales y simbólicos, parece haber dado cuerpo a los ideales fundantes: la institución familia quizás es la que reorganiza las identidades en tanto asegura la previsibilidad en el acceso a determinados bienes, la estética que confiere el reaseguro de permanencia en el estilo (europeo, lujoso, grandioso), la geometría en la disposición de prácticas y espacios, el progreso y el sacrificio vigentes -como tradición individual- ligados a la “pasión” desplegada en torno a actividades vinculadas a la solidaridad, el deporte o la recreación. El sostén y el prestigio de las posiciones de las élites, en Argentina, según Ziegler y Gessaghi (Ibíd), estarán dadas a través las relaciones informales, el capital social (relaciones, contactos, conocidos en lugares clave) y en la lucha por distintos recursos en diferentes espacios. Además, claro, de considerar a la “familia” como el lugar de consagración de esas élites, en tanto la trascendencia que implica la reproducción de las jerarquías sociales. Los trabajos de Rodríguez Moyano, Ziegler, Aguiar, Nogueira, van Zanten y Méndez, citados por Ziegler y Gessaghi dan cuenta:

“...de la centralidad de las estrategias familiares a la hora de movilizar recursos que permitan la cooptación de determinadas instituciones que, al garantizar una

socialización ‘entre nos’, posibilitan un capital social interesante para participar en la competencia por el acceso a las posiciones de élite. La ‘socialización familiar’...es, para estos sectores, una estrategia de distinción social” (Ziegler y Gessaghi, Ibíd:15)

Roberto Abrodos⁴³, en su Portal La Plata Ciudad Mágica⁴⁴, describe algunas imágenes y momentos significativos de la ciudad, exponiéndola como territorio de vanguardia y ejemplo de urbanismo:

“El impulso con que había surgido la ciudad se debió a varios factores, entre ellos, la premura con que se abrieron los concursos internacionales para proyectar los edificios públicos. El carácter monumental que se infundiría a la ciudad, la preocupación por los espacios verdes, las calles anchas, las plazas numerosas y el trazado original, susceptible de ensancharse o prolongarse como en las exigencias higiénicas del proyecto, evidenciadas en el requisito de que el diseño brindara facilidades para la limpieza diaria, la extracción de residuos y la provisión de agua. Mientras se iba convirtiendo en realidad, La Plata cobraba dimensión y vida propia, a pesar de haber nacido sin infancia previa. Comenzó a tener conciencia cultural y a elaborar su leyenda. Hacia fines del siglo pasado, la ciudad ya era una sólida realidad urbanística, política y económica. Tenía una sociedad propia, orgullosa de su radicación, que se jactaba de sus calles iluminadas con electricidad y de su Teatro Argentino. Una sociedad nueva sin la carga de tradiciones anteriores que hicieran difícil su fluidez, en la que se destacaban algunos hombres que le daban lustre como Pedro B. Palacios (Almafuerte) o, años más tarde, el novelista Benito Lynch. Una comunidad que incluso podía alimentar su memoria con hechos de armas, como los que ocurrieron en 1893, cuando la revolución organizada por Hipólito Irigoyen ocupó el gobierno por unos pocos días. Así, ennoblecido por los tilos y refrescado por el hermoso bosque el paisaje urbano de La Plata tenía características únicas en el conjunto de las ciudades argentinas.”

Veremos en los próximos capítulos cuál es la relación entre la socialización familiar y los sujetos que transitan por las instituciones de rugby, recuperando el supuesto valor de una tradición familiar, indiscutidamente prestigiosa. Analizaremos las trayectorias sociales de los jugadores de rugby, vinculadas a la pretensión y atribución del prestigio social conseguido -o por conseguir.

3.2. Ciudad y ocio

⁴³ Reconocido periodista platense, especializado en investigaciones referidas a la ciudad de La Plata.

⁴⁴ La Plata Ciudad Mágica, portal creado por Roberto Abrodos, declarado de Interés Municipal por Honorable Concejo Deliberante el 8 de septiembre de 2010 por intermedio de los concejales José R. Arteaga, J. "Poly" Triten y la mediación José M. Sobrado Ferreira por Decreto del Honorable Concejo Deliberante en su Sesión Ordinaria N° 21 fue declara de Interés Municipal con la firma del Presidente del Concejo Deliberante Prof. Javier Pacharotti el Portal de Internet denominado "La Plata Mágica". <http://www.laplatamagica.com.ar/web/?q=node/37>

Para el ocio, explica De Luca, se arreglaron los paseos públicos como la Plaza de la Municipalidad (Moreno), la de la Policía (Rivadavia), los parques Saavedra y San Martín (actual parque Vucetich) y se construyó un portal que representaba el “arco de entrada” al Paseo del Bosque, en el casco de la estancia de los Iraola y que, junto al Pabellón de Música estilo “Art nouveau” instalado en la Plaza de la Legislatura (hoy Plaza San Martín) constituyeron centros de esparcimiento con mayor atractivo.

El hipódromo se inauguró el 8 de setiembre de 1884. La organización de carreras estuvo a cargo del Club Hípico o Club de Carreras que antecedieron al Jockey Club. En sus instalaciones de 7 entre 48 y 49, en el hipódromo y en el balneario de Punta Lara se nucleó a lo más granado de la sociedad platense (De Luca, 2003).

En enero de 1885, un grupo de vecinos se reunió en el local de Aquiles D’Atri, en 49 entre 4 y 5, con la intención de fundar un club dedicado a la práctica de dos deportes “de moda”: la gimnasia y la esgrima. La convocatoria se publicó en el diario *El Día* (edición N° 259) y aunque no hay documentación fehaciente que la acredite, se considera que allí se iniciaron las actividades del Club de Gimnasia y Esgrima La Plata, con relación directa a la política de difusión del Club de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires que pretendía “inducir a caracterizados vecinos de las ciudades más importantes del país a fundar clubes deportivos de igual denominación, regidos uniformemente por el apotegma ‘mens sana in corpore sano’”. Justamente el secretario de la institución porteña, José María Penne, se radicó (cumpliendo con la Ley de Residencia) como funcionario del Consejo de Higiene Pública y fue uno de los impulsores de aquella asamblea del 1885.

Luego de dos meses, y debido a ciertas desavenencias entre dirigentes, se conformaron dos grupos que derivaron en la creación de dos entidades independientes. El Club Social de La Plata (1887) y el Club Belgrano (con perspectiva política) que antecedieron a la fundación del actual Club de Gimnasia y Esgrima La Plata. En 1905 nació el Club Atlético Estudiantes (actual Estudiantes de La Plata).

Los fracasos del sector empresario en las instituciones, favorecieron el desarrollo de las asociaciones sin fines de lucro –clubes de barrio– que fueron ganando espacio desde principios del siglo XX. En el campo deportivo, se enumeran las instituciones Gutenberg, Everton, Universal, Atenas, Asociación Coronel Brandsen, Deportivo La Plata, Unión Vecinal, Círculo Cultural Tolosano, Platense, Riachuelo, Sud América, La Plata Rugby Club, Los Tilos, Tacuarí, Villa Ribera, Juventud, Meridiano V, Asociación Mayo, Chacarita Platense, Deportivo Villa Elisa, Estrella de Berisso, Villa Albino,

Náutico Ensenada. En el ámbito del desarrollo social y cultural, Asociación Sarmiento, Biblioteca Euforión, Asociación Alborada, Centro de Fomento Los Hornos, Club Atlético City Bell y las transnacionales Club de Leones y Rotary Club Internacional.

Se menciona al club “El Círculo”, institución cerrada y exclusiva de un determinado estrato social que estableció, y continúa estableciendo vínculos permanentes entre las familias de mayor arraigo, como “se advierten en las reuniones sociales que habitualmente se realizan en sus instalaciones y que ha permitido la participación de los miembros de familias caracterizadas como Artola, Ballvé, Cieza Rodríguez, Condomí Alcorta, del carril, Jáuregui, Lanusse, Mercante, Molina Salas, Pachano, Rivarola, Sánchez Viamonte, Saraví Cisneros y VillaAbrille, entre otras” (De Luca, 2002:89).

La lógica asociacionista atraviesa a las instituciones deportivas de la ciudad, conformando espacios destinados al ocio de diferentes grupos sociales. La *deportivización* de la vida cotidiana comienza a naturalizarse entre los habitantes de La Plata, y unos pocos clubes se erigen como parte de un círculo de sociabilidad entre los sectores dominantes, donde se reproducen las “buenas costumbres” y los modos refinados de pensar, sentir y vivir el mundo social.

3.3. Deporte y sociedades occidentales

Si historizamos muy brevemente el proyecto de lo que hoy conocemos como deporte, su estructuración guarda relación directa con otros procesos sociales, culturales políticos y económicos. El deporte fue diferenciándose de los juegos y práctica antiguas, según Dunning (1994), a partir de su incorporación dentro del marco del *proceso civilizatorio* occidental europeo (Elias, 1993). Esto es, el deporte como un espacio propicio para la interiorización de modelos sociales destinados a regular las pasiones y las emociones. El sentido *civilizatorio* procura colaborar con la emergencia de las naciones estados modernas, su crecimiento económico y su acelerada pacificación, mediante el control hacia las prácticas violentas y agresivas, de las sociedades pre modernas.

Las características del deporte moderno, en relación a sus antecedentes, se reafirman en la paulatina incorporación de un sentido secular de la práctica (despojándose del sentido religioso de los juegos de la Antigüedad), de la aparente tendencia a la igualdad y a la democratización en las competencias, de la

especialización (proceso hacia la profesionalización), de la racionalización en busca de mejorar las técnicas y la organización, de una burocratización con el objetivo de regular las prácticas, de una cuantificación que asegure la medición de toda acción deportiva y de la búsqueda del récord para fomentar la competencia y el camino a la excelencia de los participantes.

La historia de la *invención* del deporte como regulador de las emociones y los cuerpos, según José Ignacio Barbero González, guarda inmediata relación con una génesis estrictamente masculina. Desde las *Public Schools*⁴⁵, a lo largo del Siglo XIX, se controlaron las actividades de tiempo libre de los jóvenes (hijos varones, futuros dirigentes sociales), buscando regular las prácticas del cuerpo individual y colectivo. Siempre inscritas en la necesidad demandada por el nuevo orden social/político/económico/cultural vaticinado por la revolución burguesa, las *Public Schools* situarán al deporte⁴⁶ como fundamental en el diseño de su programa curricular, y como principal modelador y modulador del carácter de aquellos futuros dirigentes sociales: “se construía un nuevo ideal que desdeñaba la erudición y exaltaba la virilidad, se adquiriría la hombría y el coraje...” (Barbero González, 1993:16)

No sólo asistimos a la escena política masculina por excelencia, sino también, a la conformación diacrónica del hombre en su dimensión genérica. Nada más, ni nada menos, que a través del deporte como uno de los espacios fundamentales donde la diferencia se visibiliza como jerarquía; como el lugar del poder instituido.

La mayoría de los deportes que hoy se conocen (fútbol, boxeo, tenis, etc.), fueron reglamentados, en forma escrita, por los ingleses. El rugby no es la excepción, y la predilección por parte de los alumnos de las escuelas preparatorias inglesas le otorgó, históricamente, el carácter aristocrático a la práctica (Mandell, 1988). En América, se incorpora también a través del sistema educativo (Colegios y Universidades). El rugby moderno se diferencia de sus juegos precedentes por su organización racional, demostrada en su número de jugadores y en el cada vez menos nivel de violencia física del juego, mediante la restricción de estrategias agresivas contra el rival, como por ejemplo las patadas. Un ejemplo significativo es el *knappan*⁴⁷. El *knappan* era un juego

⁴⁵ Centros educativos elegidos por la aristocracia británica

⁴⁶ La concepción de deporte, según Barbero González, es inherente al proyecto moderno, y se contrapone a los pasatiempos tradicionales pre deportivos. La incorporación de leyes en el deporte significaría una gran diferencia con los juegos pre deportivos, en especial las relacionadas a regular las técnicas corporales.

⁴⁷ Según Elias y Dunning (1992), retomando a Owen, el *knappan* puede establecerse como antecedente del rugby

con un alto grado de violencia física, donde podían participar más de dos mil jugadores (algunos montados a caballo), utilizando palos para golpear a los rivales, sin un control, ni reglamento, sin restricciones ni límites espaciales. El objetivo –supuesto–, debido al elevado nivel de violencia, derivaría, según Elias y Dunning, en que la práctica constituiría una oportunidad para producir dolor en los otros, y así convertirse en una fuente generadora de placer.

A pesar del grado mayor de agresividad relativo a otros deportes de contacto, en el campo del rugby se encarnan valores que le dan continuidad al ideal del “*fair play*” vaticinado por la aristocracia inglesa (y criolla en Argentina), o construyendo moralidades asociadas al honor, la caballería, la lealtad, la amistad, etc.

Esto lo configura al rugby, en el plano de los imaginarios, en una posición dominante en el campo deportivo, argumentada sobre éticas que neutralizan a otros deportes (en la lucha por el capital en juego), en sus pretensiones de disputar el monopolio del “*fair play*”. Vinculando esto, a los argumentos de Mosse (2000) quien revisa el concepto de caballería, no podemos dejar de mencionar que el rugby tiene entre sus variados objetivos exhibir la caballería de los jugadores, como virtud principal. Pensaremos, más adelante, la noción de caballería compartida por los jugadores de rugby estudiados.

Así, luego de pujas históricamente establecidas, en el campo del deporte se instituyen las posiciones, los ordenamientos, que se inscriben, según Bourdieu (2007[1980]), como una “naturaleza biológica”, que legitima una relación de dominación, la cual se traduce en el funcionamiento oficial del campo, y en la adhesión y creencia por parte de los agentes participantes.

3.3.1. Los supuestos orígenes del rugby

La instauración del capitalismo en Europa y, especialmente en Inglaterra, a principios del siglo XIX modeló -para siempre- la vida cotidiana. Los modos de transitar las ciudades, con sus respectivas modificaciones urbanas (del paisaje y su nueva configuración), fueron también delimitando las formas de recreación y de experimentar el ocio como contrapartida al tiempo ocupado en la producción, y demarcando las posibilidades de los sectores populares en relación al espectro de actividades posibles.

“By the early 1800s, the growth of industrial capitalism had begun to undermine the traditional social basis for folk football. The anti-Sabbatarian Horatio Smith, writing in 1831, described the way in which the urbanisation of London had driven out the possibilities for popular recreation: Every vacant and green spot has been converted into a street; field after field has been absorbed by the builder; all scenes of popular resort have been smothered with piles of brick; football and cricket grounds, bowling greens, and the enclosures or open places set apart for archery and other pastimes have been successfully parcelled out in squares, lanes or alleys”⁴⁸ (Collins, 2006:25)

Hay un indicio y una base mítica del primer encuentro del rugby. Es en 1823, y en una placa de la escuela Rugby⁴⁹, se recuerda lo siguiente: “La proeza de William Webb Ellis, quien con un magnífico desprecio por las reglas del fútbol, tal como se jugaba en su tiempo, fue el primero en tomar el balón en sus brazos y en llevárselo corriendo, con lo que creó el carácter distintivo del juego del rugby”. El recordatorio del gesto distintivo exhibe cierta rebeldía a las reglas pensando, sobre todo, en el uso habitual y utilitariamente más eficaz de las manos, antes que los pies; se pone de manifiesto el aparente uso racional del cuerpo.

Todas las modificaciones y ajustes que se sucedieron tendieron a diferenciar a lo que hoy conocemos como rugby, de lo que hoy conocemos como fútbol: la pelota sería ovalada, se jugaría con las manos (fundamentalmente), las anotaciones se lograrían por encima del travesaño (y no por debajo), no habría límite de altura para los postes, y el juego propiciaría caídas por parte de los contrarios a quien lleve la pelota, asegurando un vistoso espectáculo basado en el encuentro, contacto e impacto duro de los cuerpos.

Las primeras crónicas describen encuentros entre sesenta estudiantes del colegio, donde la furia expuesta por los participantes en el juego, en la conquista de la pelota, era la característica que distinguía al evento. Así lo describe Collins:

“In 1845, a levee, or general meeting, of the sixth form published the rules of Rugby school football, highlighting the essential difference between their game and those of the other leading public schools: running with the ball. Whilst other schools did not totally forbid handling the ball, only Rugby allowed a player to catch the ball and run with it. How this point of difference arose has become

⁴⁸ “A principios del 1800, el crecimiento del capitalismo industrial había comenzado a socavar la tradicional base social del fútbol popular. En 1831, el antisabatariano Horatio Smith describió cómo la urbanización de Londres había eliminado las posibilidades de recreación popular: zonas verdes y predios baldíos fueron convertidas en calles; terrenos y más terrenos fueron absorbidos por el constructor; todas las áreas de recreación popular fueron cubiertas con ladrillo; canchas de fútbol y *cricket*, campos de bolos, así como los recintos o lugares abiertos destinados a practicar tiro con arco y otros entretenimientos fueron delimitados exitosamente, convirtiéndolos en plazas, paseos o calles”. Traducción propia.

⁴⁹ Colegio ubicado en la ciudad de Warwickshire, del municipio de Rugby, en Gran Bretaña.

possibly the most famous example of myth-making in British sport. Ostensibly, as recorded in a plaque at Rugby school erected in 1900, one William Webb Ellis ‘with a fine disregard for the rules of football as played in his time, first took the ball in his arms and ran with it, thus originating the distinctive feature of the Rugby game’ sometime in late 1823. Unfortunately, no facts can be adduced to support this proclamation. The Rugby game had originally not allowed carrying the ball but by the early 1830s it had become an accepted feature of the game.”⁵⁰ (Collins, 2006:28)

En 1857 se realiza la primera demostración pública del deporte, en la cancha del *Liverpool Club de Edghill*. Años después, se funda en Inglaterra la *Rugby Football Union*, precisamente el 26 de enero de 1871, que actuaría como federación que enmarcaría las reglas creadas por Leonard J. Maton; estas aseguraban la prohibición de prácticas peligrosas: puntapiés, zancadillas, etc.

Sin embargo, las primeras reglas del rugby institucionalizadas, fueron promulgadas en 1846 por estudiantes de la “Casa Bigside”, nombre de uno de los dormitorios de la escuela Rugby. Fueron las denominadas “Leyes del Football según se juega en la escuela Rugby”.

También le siguió el Código destacado como “Leyes de Cambridge”, que sería aceptado por los jugadores de rugby, y constituiría la base para fundamentar las reglas del fútbol inglés, avalado por la *Soccer Football Association*. Aquí, la prueba que desde el mundo del rugby se expone para comprobar que la reglamentación del rugby, es anterior a la del fútbol.

En 1877, se disputó un cotejo con representantes de distintos países: Inglaterra e Irlanda. El primero venció al segundo y los equipos estaban compuestos por quince jugadores cada uno.

Según Collins,

⁵⁰ “En 1845, una asamblea, o reunión general de la sexta clase publicó las reglas del fútbol de la Escuela de Rugby destacando la diferencia esencial entre su juego y aquel de otras principales escuelas públicas: correr con la pelota. Mientras que otras escuelas no prohibían completamente tener la pelota, sólo la Escuela de Rugby permitía a un jugador agarrar la pelota y correr con ella. La manera en que esta diferencia surgió, se convirtió posiblemente en el ejemplo más famoso de la generación del mito en el deporte inglés. Aparentemente, tal como surge de una placa de 1900 de la Escuela de Rugby, un tal William Webb Ellis ‘con una delicada indiferencia hacia las reglas del fútbol jugado en sus tiempos, fue el primero que atrapó la pelota con sus brazos y corrió con ella, dándole origen al rasgo característico del juego del rugby’ hacia finales de 1823. Desafortunadamente, no existen hechos que respalden esta declaración. En sus comienzos, el rugby no permitía llevar la pelota pero, hacia 1830, esto se habría convertido en una característica aceptada del juego.” Traducción propia.

“Of the little that is known about William Webb Ellis, we can be certain of one thing: he did not invent the game of rugby football. An unremarkable schoolboy, he lived his life in dutiful obscurity as an Anglican clergyman until his death in 1872. Four years later, however, a second life began for him when Rugby School old boy and benefactor Matthew Bloxam suddenly named Ellis as the boy who in 1823 first picked up the ball and ran with it. Bloxam offered no evidence for his claim. Nor did he provide any in 1880 when he reiterated his view. At the height of the war that split rugby apart in 1895, the Old Rugbeian Society set up a committee to investigate the true origins of the Rugby football.”⁵¹ (Collins, 2009:7)

Más allá de los datos históricos con sus fechas correspondientes, el mito sobre *Webb Ellis*, permanece tambaleando y aún no hay pruebas de que haya subvertido la lógica de un juego, cimentado sobre las bases de otro.

3.3.2 El rugby en Argentina

Los antecedentes de la práctica de rugby en Argentina se remontan a 1871, coincidiendo con la fundación de la asociación inglesa de rugby. En 1899 se crea la *River Plate Rugby Union*. Es la etapa formativa del rugby argentino, siendo el 14 de mayo de 1873 el primer partido realizado en el Buenos Aires *Cricket Club*⁵², sin utilizar las reglas establecidas por la federación inglesa. Un equipo denominado Bancos y el otro Ciudad, se enfrentaron. El primero lo hizo con once jugadores, mientras que el segundo lo afrontó con trece competidores. Un año después, y el mismo día, se comenzaron a aplicar las leyes de la *Rugby Football Union*⁵³.

Años más tarde, se disuelve el Buenos Aires Cricket Club, emergiendo en 1882 el *Rosario Athletic*, equipo que retoma la práctica de rugby en Argentina. La promoción fue impulsada por un grupo de ingleses ferroviarios que extendieron la actividad mientras participaban de la construcción del ramal que unía Rosario con Córdoba. En 1886 se constituye el Club Buenos Aires *Football*, mientras que en 1891 se funda la tercer institución de rugby del país denominada Lomas *Athletic*.

⁵¹ “De lo poco que se conoce sobre William Webb Ellis, podemos estar seguros de una cosa: él no inventó el juego de fútbol rugby. Siendo un alumno apenas notable, vivió su vida en la oscuridad obediente como un sacerdote anglicano hasta su muerte en 1872. Sin embargo, cuatro años después, su segunda vida comenzó cuando, el niño ya crecido y benefactor de la Escuela de Rugby, Matthew Bloxam mencionó a Ellis como el primer chico que en 1823 atrapó la pelota y corrió con ella. Bloxam no aportó pruebas de su declaración, ni tampoco lo hizo en 1880 cuando reiteró tal comentario. En el apogeo de la guerra que divide al rugby en 1895, la Old Rugbeian Society formó un comité para investigar los verdaderos orígenes del fútbol rugby.” Traducción propia.

⁵² Es la ubicación actual del Planetario de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

⁵³ Enfrentamiento entre los equipos del “Sr Hogg” (Hijo de Thomas Hogg, dueño de una fábrica textil en Inglaterra, e instalado en Argentina a principios de los años 1800) y del “Sr. Trench” en la cancha del Buenos Aires Cricket Club.

En 1899 inicia sus actividades el Belgrano *Athletic* quien, junto a los otros tres clubes, forman la *River Plate Rugby Union*. Los cuatro equipos son los encargados de organizar las competencias, y son los denominados “clubes fundadores” del rugby argentino, aunque todos estaban integrados por miembros de la colonia inglesa.

En 1907 se funda una de las instituciones más tradicionales y prestigiosas del rugby argentino: el Club Atlético San Isidro. Un año después, y colaborando con algún aspecto del espíritu nacionalista, se redactan las actas de la *River Plate Rugby Union* en español por impulso, entre otras personalidades, de Bernardo Houssay.

Es 1910 el año de festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, y también el momento de la presentación, en Argentina, de un combinado de jugadores británicos, impulsor de sucesivas giras de diferentes equipos extranjeros; sin embargo hay algo que comienza a demostrarse y marcará la historia del rugby argentino: los ingleses en el rugby eran los admirados maestros de los aprendices argentinos.

También durante la década de 1910 es donde se produce un desplazamiento que resulta significativo para la historia de la práctica del rugby en Argentina. Los equipos británicos de fútbol se retiran de las competencias para modelar, definitivamente, el espacio del rugby. Las emergentes clases populares se reapropian y conquistan el territorio de la práctica futbolística, reemplazando el esquema ideológico y de clase inglés (Alabarces, 2002)

3.3.3. La cultura civilizatoria de los clubes

El impulso de los clubes sociales de las élites porteñas, como el Jockey o el Club del Progreso, marcaron, como afirma Losada (2006:553) el pasaje de la “civilidad” a la ‘distinción’ como propósito y criterio central subyacente a la alta sociabilidad⁵⁴. En estos espacios se reforzaba un modelo aristócrata y europeo de los gustos y las prácticas sociales desprendidas de la *belle époque*, que intentaba sensibilizar y superar el pasado “bárbaro” o “criollo” (Losada, 2006). En síntesis, la lógica de estos clubes sociales era la de separar la cultura (y reafirmar la de “alta cultura”) de otros campos, y ofrecer a los

⁵⁴ Para profundizar sobre los modos y prácticas de sociabilidad de las elites porteñas durante el siglo XIX y XX ver Losada, Leandro (2006), *Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la elite porteña*. En Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales. Departamento editorial del IDES. Vol. 45, N° 180, enero-marzo.

sectores mejor acomodados en la estructura socioeconómica de la época servicios que se traducían en el “soporte de prácticas simbólicas de diferenciación social” (Ibíd.:554).

La diferenciación entre la “superioridad” de las élites y la “inferioridad” de los criollos del común estaba sustentada en una causa biológica, según Sarmiento. Esta carga racista y antipopular de construir las diferencias era necesaria para sustituir los modos de legitimidad que hasta el momento imperaban. La adopción del nuevo proyecto moderno (y sus correspondientes cambios traumáticos) necesitaban de un relato distinto y distintivo (Adamovsky, 2012).

El incremento del modelo capitalista y su adaptación en Argentina, generaron modos de vida “más europeos” (Ibíd.), reubicándose mucha población en centros urbanos, y eligiendo las instituciones sociales, culturales y deportivas, para reproducir aquellas prácticas de sociabilidad europeas.

El club de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires (G.E.B.A.)⁵⁵ y el Buenos Aires *English High School*⁵⁶ fueron instituciones sociales (en el caso del B.A.E.H.S en el campo escolar) que colaboraron también en el proceso *civilizatorio*⁵⁷ distintivo protagonizado por las elites porteñas. La incorporación del deporte, garantizada por las instituciones de la sociedad civil, favorecía la internalización de una masculinidad moderna y el desarrollo moral de los jóvenes; es decir, una “relación entre ‘cuerpo y alma’ de la moralidad y la estructural corporal”⁵⁸

El club G.E.B.A. resultó el modelo fundamental que inspiró la formación de uno de los clubes más importantes y tradicionales de la ciudad de La Plata: el club de Gimnasia y Esgrima de La Plata, nacido en 1887. Sus bases fundacionales se materializaron en el primer estatuto del club, identificándose con la tarea de profundizar las ideas de una “*cultura superior*” y distinguida sobre la plataforma edificada en torno a moralidades construidas a favor de la “*caballerosidad, la tolerancia y la honradez deportiva*”. Entre los puntos que marcaron la fundación del club, se encuentran:

“Mantener y demostrar siempre un nivel de cultura superior, estrechar vínculos de amistad y solidaridad social, difundir el prestigio de la institución, alentar a sus atletas, contribuir a la conservación y aumento de las comodidades sociales, colaborar en la formación de una juventud fuerte de cuerpo y sana y alegre de

⁵⁵ Fundado en 1880. La historia oficial del club indica que entre los presentes en la fiesta de inauguración, se encontraba el ex presidente de la Nación, Domingo Faustino Sarmiento.

⁵⁶ Fundado en 1884.

⁵⁷ Siguiendo a Norbert Elias y su definición de proceso civilizatorio. En Elias Norbert (1993): *El proceso de civilización. Investigaciones sociogénicas y psicogenéticas*. Buenos Aires, FCE.

⁵⁸ Mosse (1996:26) en Archetti, Eduardo (2001), *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. Buenos Aires, FCE. Pág. 12.

espíritu, demostrar que un ‘mens sana’, es cumplido caballero y correcto deportista, demostrar que practica la gran virtud de la ‘tolerancia’, demostrar que es siempre digno exponente de la honrosa tradición del club de Gimnasia y Esgrima”⁵⁹

A decir de Adamovsky (2012), ya desde la década de 1820, con el impulso de las políticas de quien pronto se convirtiera en el primer Presidente argentino, Bernardino Rivadavia, se había promovido una auténtica cruzada para “europeizar” las tradiciones locales. La influencia de Francia e Inglaterra estaban muy marcadas entre los círculos aristocráticos argentinos:

“Los salones aristocráticos y algunas publicaciones que florecieron entonces promocionaban todo lo que viniera de Inglaterra o Francia. La prédica europeizadora tendría un efecto profundo: no sólo se adoptaron las palabras y valores políticos de los liberales del viejo continente, sino también la moda, los bailes, la arquitectura y los criterios del ‘buen gusto’ de las élites británicas y francesas” (Adamovsky, 2012:36)

El nacimiento del club de Gimnasia y Esgrima de La Plata es decisivo para materializar el espíritu europeizante: es la primera institución que promueve al rugby como práctica deportiva. Desde allí, ante la incorporación del fútbol profesional a Gimnasia, un grupo de jóvenes decide fundar, en 1934, el Club La Plata Rugby. Los antecedentes en la práctica fueron reconocidos por la Unión Argentina de Rugby⁶⁰ (U.A.R.) de clubes.

Tanto La Plata Rugby, como el Club Universitario de La Plata, y el Club Albatros fueron incorporándose a la Unión Argentina de Rugby gracias a la garantías que otorgan los padrinazgos a la hora de otorgar una membresía. Es decir, La Plata Rugby, fue aleccionado e impulsado por el Club Atlético San Isidro (CASI)⁶¹ para entrar a las competencias oficiales. El club Universitario, fue apoyado por el Club Universitario de Buenos Aires (CUBA)⁶² y también por el CASI. Por último, el club Albatros, fue respaldado por La Plata Rugby Club y el Club Pucará⁶³.

La estructuración de un sistema a base de padrinazgos revela, en términos generales, la organización del espacio deportivo en torno a la institución rugby. Para

⁵⁹En Beluardo, Federico Andrés y Díaz, Alejandro Roberto (2005), *Los significados socioculturales que tiene el Club de Gimnasia y Esgrima La Plata para sus socios, comparando la actualidad con la época fundacional*. Facultad de Periodismo y Comunicación Social (U.N.L.P). Tesis de grado. La Plata, Septiembre.

⁶⁰ Fundada en 1899.

⁶¹ Fundado en 1902.

⁶² Club Universitario de Buenos Aires. Fundado en 1918. Es también un club tradicional de Buenos Aires.

⁶³ Fundado en 1943.

participar del espacio institucionalizado (compartir reglas de juego, modos de disponer dentro del campo, formas de construir vínculos de socialización, etc), es necesario lograr que otra institución avale la trayectoria del nuevo miembro de la Unión. El sistema se basa en responsabilidades y fidelidades recíprocas: quien apadrina se supone que reconoce previamente el trayecto del club que respalda. Por lo tanto, es garante antes que ningún otro club, y se compromete a responder ante cualquier contingencia sucedida con el nuevo integrante. El club ingresante debe mantener lealtad con su padrino, devolviendo la confianza recibida en el pasaje institucional que lo convirtió en miembro participante. Esto indica que sin la posibilidad de ingresar a este sistema de dependencias, que otorgue la pretensión de aspirar a ocupar un lugar en la competencia oficial de rugby, es probable que nunca se pueda participar de la práctica hegemónica del rugby. La entrada (y por consecuencia la salida) de equipos se regula a partir de los méritos necesarios (en el caso de un aspirante, el umbral que debe alcanzar), contruidos como legítimos, por los agentes participantes del campo. Esto es, responder a las normas y a la filosofía institucional que recubre al rugby históricamente.

Eran tiempos de invención de nuevas formas de asociarse. Los clubes fomentaban el encuentro y operaban como espacios de una nueva sociabilidad, cuya promoción de valores como la solidaridad y la cooperación eran fundamentales. Sin embargo, instituciones administradas por grupos aristocráticos, como pudieron ser clubes que incorporaron la práctica del rugby, reforzaban la jerarquización social, funcionando como “vitrinas” del progreso individual (Adamovsky, 2012). En tal sentido, ese tipo de asociacionismo dejaba en claro una lógica distintiva y segregativa:

“si por un lado fortalecía los lazos sociales, por el otro lo hacía de un modo que tendía a marginar los vínculos de tipo más igualitarios y socialmente ‘desprejuiciados’ a favor de los más jerarquizantes y disciplinarios” (Adamovsky, 2012:107)

Instaurar el modelo de “ciudadano ideal” (Ibíd.) era uno de los propósitos más relevantes de este tipo de instituciones.

3.3.4. El Rugby en la ciudad de La Plata

Los orígenes del rugby en la ciudad de La Plata, coinciden con la génesis de La Plata Rugby Club. Aunque ya en 1913 el Club Estudiantes de La Plata organizaba el primer equipo de la ciudad compitiendo hasta 1916, y luego durante el año 1922. En

1925, Gimnasia y Esgrima de La Plata decide crear un equipo. En 1927 integra a sus filas a jugadores provenientes de Estudiantes.

La necesidad de un grupo de remeros del Club Regatas, de practicar un deporte colectivo en invierno, despliega el proyecto de desarrollar rugby en el Club de Gimnasia y Esgrima de La Plata. El entusiasmo no sólo era mantener la integridad del físico, sino también promover valores como el compañerismo y la solidaridad.

El 2 de agosto de 1924, un contingente proveniente del CASI, llegaría a la cancha de *foot-ball* de Gimnasia y Esgrima, con el objetivo de formar y organizar un equipo de rugby. En una especie de clínica deportiva, los integrantes del CASI enseñaron, por primera vez, a doce jóvenes varones platenses las reglas y las técnicas del deporte. En 1925, Gimnasia y Esgrima de La Plata, se presenta en el campeonato de tercera división de la Asociación, apadrinado por el CASI y por GEBA

En 1927, Gimnasia y Esgrima de La Plata se enfrenta con un combinado inglés con el apoyo de la UAR. El partido se disputa en la cancha principal del Club, y los ingleses se quejan del alambrado perimetral, argumentando que el espacio les resultaba una “Jaula”⁶⁴. Como dato particular, la visita de los británicos fue gestionada por Frank Chevallier Boutell, capitán del CUBA, organizando una colecta para financiar el viaje y la estadía de los visitantes. Para eso, colaboraron diversos clubes de Argentina, comercios de origen inglés como Gath y Chaves, y empresarios de ferrocarriles.

En 1933 ocurre un fenómeno decisivo que cambiaría el destino del rugby en el club Gimnasia: se profesionaliza el *foot-ball* y la UAR no permite que el rugby se practique en instituciones donde haya deportes profesionales. Muchos jóvenes practicantes del rugby se separan de la institución formando una nueva, denominada Gimnasia y Esgrima La Plata Rugby Club, aunque continúan jugando en la misma cancha y con los mismos colores.

Una anécdota es excluyente en este proceso de génesis del rugby platense. Algunas líneas que Antonio Bilbao La Vieja, ex jugador del CASI y promotor del rugby en La Plata, expone en una carta enviada al Dr Adolfo Rivarola, ex capitán del rugby de Gimnasia:

“...el sábado 2 de agosto irá a esa el Sr. Ortuño González con el fin de dirigirles y organizarles los teams de rugby que deseen actuar en la próxima temporada... **no se deberán preocupar del viaje ni gasto alguno, pues en el Rugby –se**

⁶⁴ En la actualidad, ninguna cancha de la URBA tiene alambrado en su perímetro.

considera el sport de los caballeros-cada cual forma con sus propios gastos. ”
⁶⁵ (el resaltado es mío)

La distinción entre practicar un deporte en forma profesional, y hacerlo de manera amateur (solventando los gastos que implique la actividad), comienza a esgrimirse como argumento diferenciador, sobre todo del fútbol⁶⁶.

El crecimiento del rugby en la ciudad

A principios de la década de 1990, se esgrime una discusión sobre la disputa de trasladar imaginariamente la capital del rugby: de San Isidro hacia La Plata. El crecimiento de los clubes platenses⁶⁷ ponía en tensión la idea de un prestigio en disputa con los clubes del norte del conurbano bonaerense: instituciones de larga tradición y reproductores de las más ortodoxas tradiciones inglesas vinculadas al rugby.

Los éxitos deportivos logrados por los clubes platenses incentivaron la modelación del rugby bajo una lógica intergeneracional: los “veteranos” que alguna vez habían jugado volvían a los clubes, y ese incentivo arrastraba a las siguientes generaciones. Esto motivaba, también, el acercamiento de nuevos aficionados y espectadores de rugby⁶⁸.

El Diario *El Día*, principal periódico, de mayor tirada y más antiguo de la ciudad, mediante sus artículos, editoriales y crónicas, promovía y hacía circular información especializada sobre el rugby, logrando la incorporación de nuevos lectores sobre el deporte. Significaba la exhibición masiva del rugby platense en los medios de comunicación⁶⁹. Justamente, en un suplemento especial, el Diario *El Día* expone y

⁶⁵ Del Suplmento “La historia del rugby platense...y su futuro. Suplemento Diario *El Día*. Edición especial Año 1992

⁶⁶ Si bien dedicaremos un apartado para pensar el problema del profesionalismo, advertimos que el rugby en Argentina no es una práctica declarada como profesional. Más allá de algunos esbozos por lograr el profesionalismo, el deporte sigue dentro de las lógicas amateurs. Es decir, en un primer análisis, podemos advertir que la práctica no es rentada, lo cual obliga a encontrar los recursos de subsistencia en otro espacio. El tiempo para entrenamiento (los equipos de rugby entrenan entre tres o cuatro días por semana, más el partido de competencia los días sábados) debe estar disponible. Si a esto le agregamos las horas ocupadas en los gimnasios (la mayoría de los jugadores de primera y segunda división concurren a gimnasios para complementar con pesas su preparación) a contraturnos con el entrenamiento formal, podemos establecer que para jugar al rugby no sólo es necesario el tiempo, sino también una posición en la estructura socio/económica que permita la compatibilidad de practicar el deporte y financiar los gastos relativos a la actividad.

⁶⁷ El crecimiento relativo al incremento de niños y jóvenes practicantes, y al rendimiento en los torneos de lo que luego sería la Unión de Rugby de Buenos Aires, fundada en 1995.

⁶⁸ Las referencias de esta descripción sociohistórica del rugby platense fueron retomadas e interpretadas de “La historia del Rugby Platense...y su futuro” – Suplemento especial Diario *El Día* – Año 1992

⁶⁹ Más adelante, reflexionaremos sobre la función de jugadores y ex jugadores de rugby y su rol de

refuerza las narrativas históricamente construidas en torno al rugby, exaltando sus supuestos valores y el espíritu del rugby:

“...el rugby es una de las manifestaciones que mejor permiten a la juventud la expresión de motivaciones y de empeños que se consustancian con aquella íntima vibración. Siempre se ha dicho que, independientemente de una aptitud física, hay una sola condición indispensable para la práctica de rugby: la honestidad. Allí se refleja aquella raigambre espiritual y el trasfondo moral de una práctica que, felizmente, se está difundiendo en nuestro país[...]Y la ciudad de La Plata siempre ha aportado a esta rama deportiva con la generosidad de su juventud ansiosa de proyectar en esa práctica su inquietud interior. En nuestra ciudad advertimos en plenitud aquella definición tan acertada del sudafricano Izak Van Heerden⁷⁰, que vivió para y por el rugby, y que quiso reflejar todas las vivencias, todas las motivaciones y todas las fecundas consecuencias de tan estimulante deporte: ‘Es –dijo– una forma de vida. Porque jugar rugby es darse sin esperar nada, hacer amigos, sentirse sano física y espiritualmente, ser capaz de ganar y perder, conocer gente, aceptar reglas; reglas que invariablemente traducen lealtad y nobleza, rechazando lo que pudiera significar una vil ventaja o falta de hombría’[...] Quienes sienten el rugby en toda su latitud física, espiritual y moral, quieren difundirlo, sabedores que comportan una escuela de vida. La grandeza de este deporte también se ha basado en la independencia total que ha mantenido desde las primeras prácticas. El sentido de unidad contribuyó a preservar el rugby de toda influencia negativa y, más aún, de cualquier interés espurio”⁷¹

analistas y escritores de productos gráficos vinculados al rugby. Los análisis se construyen desde el seno del propio campo de jugadores, y no desde un periodismo especializado. Es decir, el capital cultural adquirido admite que los propios jugadores reflexionen y escriban sobre su propia práctica. Poseen un capital lingüístico que les permite la elaboración de artículos para diarios de tirada masiva, o libros sobre historia y presente del rugby platense o nacional. Y lo que es más importante aún, la legitimidad para hacerlo, que jamás ha sido cuestionada. Diferente es, pensando en forma comparativa, el campo de locución sobre el fútbol y quiénes son los que producen la noticia, en relación a quiénes adquirieron la legitimidad para hacerlo.

⁷⁰ Se lo reconoce a Van Heerden como el impulsor y el revolucionario de un nuevo estilo de juego argentino y de una novedosa metodología de entrenamiento. El 19 de junio de 1965 participó como colaborador de los entrenadores Alberto Camardón y Angel Guastella, en el partido que años después fuera recordado como el nacimiento de “Los Pumas”, como marca distintiva de la Selección Nacional, donde el combinado argentino venciera 11 a 6 a los Junior *Springboks* en el estadio *Ellis Park*.

⁷¹ Del Suplmento “La historia del rugby platense...y su futuro”. Suplemento Diario *El Día*. Pág 5 y 6. Edición especial. Año 1992.



El espíritu del rugby hace gala de la camaradería incluso entre dos tradicionales equipos rivales. Como La Plata y Los Tilos en 1966.

El espíritu de rugby

Siempre se ha asociado el deporte, por encima de los intereses mezquinos de algunas de sus ramas, a la vigencia del espíritu. Es que nada mejor que la competencia sana, entendida como expresión de solidaridad y como trasunto de auténticas inquietudes interiores, para encarecer las más preciadas virtudes del hombre, de ese hombre que busca la superación a través de la mente y el cuerpo sano.

Y dentro de ese contexto, el rugby es una de las manifestaciones que mejor permiten a la juventud la expresión de motivaciones y de empeños que se constatación con aquella íntima vibración. Siempre se ha dicho que, independientemente de una aptitud física, hay una sola condición indispensable para la práctica de rugby: la honestidad. Allí se refleja aquella raigambre espiritual y el trasfondo moral de una práctica que, felizmente, se está difundiendo en nuestro país. Es el producto de una obra paciente, casi silenciosa y anónima, pero que rinde frutos fecundos porque quiere exaltar las virtudes esenciales de la juventud animosa, afanosa por acreditar el producto del esfuerzo personal y de la conjunción de aportes en los casos en que, como el rugby, se requiere la función del equipo.

Y la ciudad de La Plata siempre ha aportado a esta rama deportiva con la generosidad de su juventud ansiosa de proyectar en esa práctica su inquietud interior. En nuestra ciudad advertimos en plenitud aquella definición tan acertada del sudafricano Izak van Heerden, que vivió para y por el rugby, y que quiso reflejar todas las vivencias, todas las motivaciones y todas las fecundas consecuencias de tan estimulante deporte. "Es -dijo- una forma de vida. Porque jugar rugby es darse sin esperar nada, hacer amigos, sentirse sano física y espiritualmente, ser capaz de ganar y perder, conocer gente, aceptar reglas; reglas que invariablemente traducen lealtad y nobleza, rechazando lo que pudiera sig-

3

"La historia del Rugby Platense... y su futuro" – Suplemento especial Diario *El Día* – Año 1992. Pág. 5.

nificar una vil venaja o falta de hombre".

El rugby argentino está a punto de cumplir 100 años y la ciudad de La Plata comporta un capítulo vibrante y muy calificado del rugby argentino. Es el producto de una tarea sin pausa: de la práctica del dirigente del concurso restringido de jóvenes que lo juegan, lo difunden y más tarde lo encarnan y proyectan a través de una labor conductiva que alienta las mismas emociones y sentimientos que guiaron los primeros pasos. Y también han contribuido a lograr la expansión que hoy luce, los aficionados también imbuidos de la responsabilidad y del sentido de convivencia que los domina. Quiénes sienten el rugby en toda su latitud física, espiritual y moral, quienes difundirlo, sabedores que

comportan una escuela de vida. La grandeza de este deporte también se ha basado en la independencia total que ha mantenido desde las primeras prácticas. El sentido de unidad contribuyó a preservar el rugby de toda influencia negativa y, más aun, de cualquier interés egoísta.

Hoy, el rugby platense tiene motivos sobrados para exultar de quienes lo engrandecieron. Desde los lejanos años en que por primera vez se lo jugó en campos de la capital bonaerense, hasta nuestros días, sus exponentes fueron invariablemente ejemplo dentro y fuera del campo.

Ese fondo noble que tiene el hombre, se ha reflejado en toda su magnitud en los rugbiers, que se han



El tackle, el arma defensiva por excelencia. Toda la fuerza puesta al servicio de derribar al adversario para poder ganar la pelota para su equipo. La síntesis del rugby.

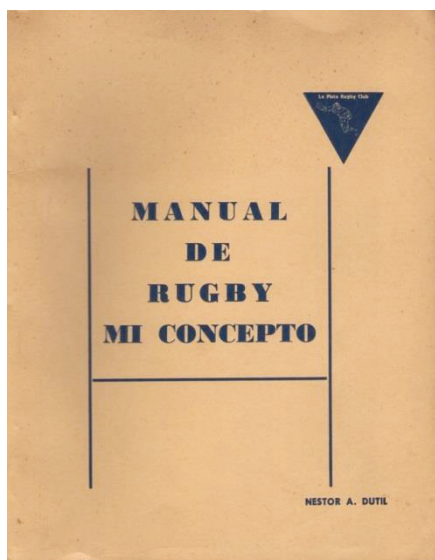
6

"La historia del Rugby Platense" – Suplemento especial Diario *El Día* – Año 1992. Pág. 6.

Nestor “Baby” Dutil⁷², en esa misma publicación del Diario *El Día*, amplía los elementos identitarios (con tintes esencialistas) que se organizan imaginariamente en torno al rugby, pensándolos como inherentes al hombre y a la humanidad y que han tomado cuerpo en el rugby como espacio que los exhibe y los pone a disposición de “una sociedad que los necesita”:

“Ese fondo noble que tiene el hombre, se ha reflejado en toda su magnitud en los rugbiers, que se han encargado de dar entidad a aquellos valores que realmente exaltan la condición humana[...]Un juego concebido en el siglo anterior y que hoy se ha constituido en un deporte viril, fuerte y que siempre ‘va de frente’. El espíritu del rugby es más que la mera búsqueda de una victoria, también se aceptan ‘las derrotas honrosas’. El carácter amateur ha mantenido inalterable una importante escala de valores que se pueden sintetizar en palabras tales como el culto a la amistad; el apretón de manos con el silbato final; el tercer tiempo y la confrontación llana, desprovista de toda naturaleza mal intencionada, porque el rugby es una forma de vida”⁷³

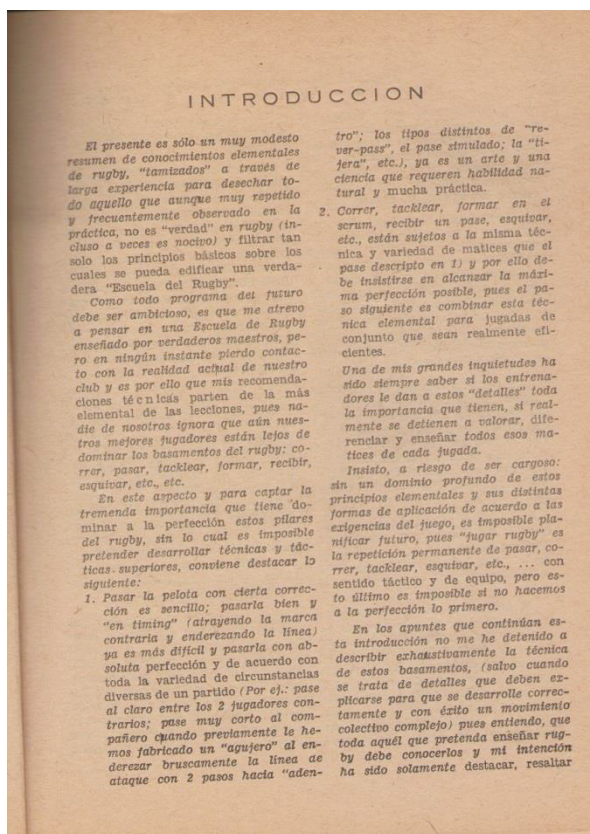
El amateurismo es aquí asociado a lo *moralmente correcto y a valores superadores*, según las virtudes que simbolizaría el rugby. El apego y el respeto a la ley es encarnada en la figura del árbitro, sosteniendo la convivencia de las diferencias. En los próximos apartados, reflexionaremos sobre cuáles serían esas diferencias, entre quiénes, y qué significa la narrativa del amateurismo en el rugby.



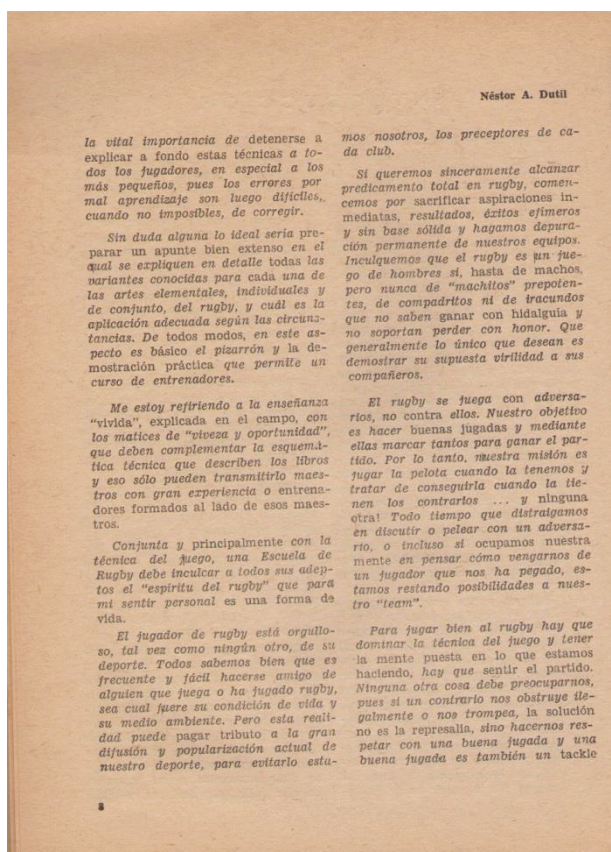
Manual de Rugby “Mi Concepto”, de Néstor Dutil.

⁷² Dutil fue un reconocido jugador de La Plata Rugby Club. Promotor del rugby en La Plata, ex alumno del colegio Nacional, se destacó ocupando cargos en la U.A.R. como presidente de la Comisión de Disciplina. Escribió el “Manual de Rugby: Mi Concepto”, impreso en 1974, con una tirada de 1200 ejemplares, y cuyo dinero por sus ventas donó al club.

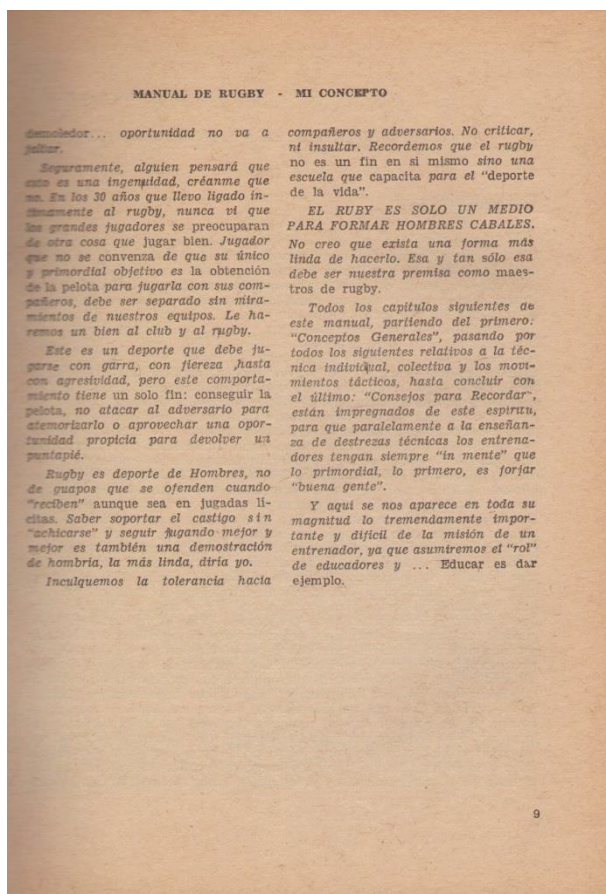
⁷³ Del Suplemento “La historia del rugby platense....y su futuro. Suplemento Diario *El Día*. Pág 6 y 7. Edición especial Año 1992



Introducción. Manual de Rugby “Mi Concepto”, de Néstor Dutil.



Hoja 8. Manual de Rugby “Mi Concepto”, de Néstor Dutil.



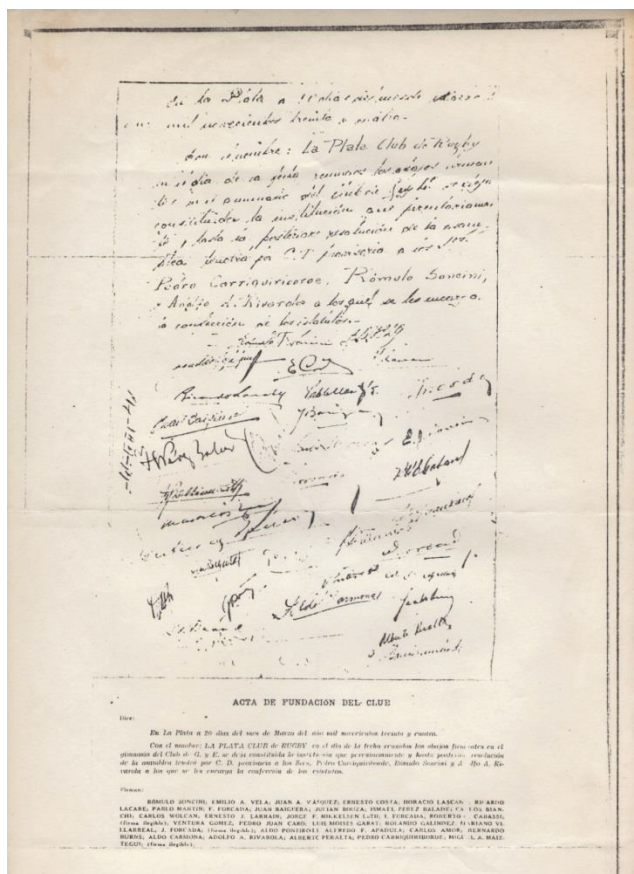
Hoja 9. Manual de Rugby "Mi Concepto" , de Néstor Dutil.

3.3.4.1. La Plata Rugby Club

Luego de los movimientos entre los jóvenes jugadores de rugby de Gimnasia y Esgrima de La Plata, el 20 de marzo de 1934 surgirá el primer Club especializado en practicar rugby: La Plata Rugby Club.

Enseguida el Club se organiza con buenos planteles que forjarán exitosos rendimientos deportivos. Experimenta un proceso de crecimiento, incorporando jugadores de las canteras de juveniles como los hermanos Jorge y Miguel Ángel Maiztegui, hijos de un diputado yrigoyenista y reconocidos como miembros de una familia tradicional en La Plata. Recorrieron las prestigiosas instituciones educativas como la Escuela Anexa, el Sagrado Corazón, el Colegio Nacional, hasta transitar por la UNLP. También se incorporó al club a Juan Bigi, quien había vivido en Italia y había practicado rugby en ese país, demostrando que La Plata Rugby comenzaba a jerarquizar sus plantillas.

En 1939, debido a sus buenas actuaciones, LPRC es invitada por la UAR a competir en el torneo de Primera División, estrenando su camiseta de color amarillo, que lo distingue en la actualidad. Pero en ese mismo año, se produce un hecho de difusión trascendental en la Capital Federal y en las principales ciudades del país, incluida La Plata: se difunde la película “Modem Rugger”, que consistía en un film cuyo propósito era estimular la mayor difusión de técnicas del juego, donde participaban los más prestigiosos jugadores británicos. La cinta fue elaborada por la empresa Kodak, y fue conseguida por la comisión directiva de la UAR en uno de sus viajes a Gran Bretaña. La Película fue exhibida en diferentes clubes de rugby, debido a que el estallido de la segunda guerra mundial había imposibilitado, momentáneamente, las visitas de los equipos británicos.⁷⁴



Copia del acta fundacional del Club La Plata Rugby

En 1941 se produce el traslado de la cancha, de la de Gimnasia y Esgrima a las instalaciones del Colegio Nacional (Calles 50 y 115). Pero en 1943, el club se muda a

⁷⁴ Datos de la Memoria y Balance correspondiente a la temporada de 1939 de la Unión de Rugby del Río de La Plata, presentado a la Asamblea anual el 27 de marzo de 1940 en el local de la Asociación de Aseguradores Extranjeros.

55 y 122, al terreno denominado “el Bosque”, donde desarrolla la práctica durante veinte años. Ese predio pertenecía a la Provincia de Buenos Aires y era codiciado por el club, ya que se encuentra cerca de las vías del ferrocarril y próximo al centro de la ciudad. Al mismo tiempo que se realizaban pedidos a la Dirección de Vialidad para tomar posesión del terreno, se iniciaron trabajos de nivelación de la tierra que, ante la negativa del Gobierno de cederlo, culminaron en vanos intentos.

Es a través de las gestiones de Rómulo Soncini, funcionario del Ministerio de Obras Públicas, quien motiva nuevamente la repartición de esas tierras. Esta vez, acompañado de dos prestigiosos abogados: Julio Cueto Rúa y Alberto Canestri, ex jugador de rugby del Club Universitario. Soncini toma cargo en la Dirección de Vialidad y le pide al Subsecretario de Obras públicas (también ex jugador de LPRC), que acompañara la nivelación del campo de deportes, comenzada años atrás. Soncini, Jefe de Despacho de Vialidad, logró instalar una cuadrilla en el predio del Bosque, asegurando el trabajo en el terreno pretendido.

Dice Jorge Caffaso⁷⁵ en su libro *Los canarios vuelan alto* (2005), que fue mucho el esfuerzo para lograr la posesión del terreno del “Bosque”. Cuenta la historia del expediente que estaba por firmarse en el despacho del Gobernador Manuel Fresco, y describe las contingencias para que se lograra la cesión de las tierras, sosteniendo que la misma se detuvo por obra de alguna “mano negra” (sic). Luego del golpe de Estado a Fresco, el 4 de junio de 1943, la Provincia fue intervenida y la firma del decreto corría peligro. Caffaso transcribe un relato de Soncini, calificando de “epopeya” lo realizado por los dirigentes de La Plata Rugby Club. En palabras de Soncini:

“A Diego Argüello, que vivía en la calle 5 entre 46 y 47, a una cuadra de casa⁷⁶, lo fui a ver porque era Secretario Privado del Ministro de Hacienda y me trajo el santo que entre los expedientes que habían quedado a la firma del Gobernador, con el decreto hecho, que estaba el expediente de nuestro pedido, pero con una anotación a mano de Raúl Díaz que anulaba el Decreto, pues había cruzado el texto del mismo y en la parte de atrás había puesto una nota de puño y letra y con caracteres bien grandes ‘la zona del Bosque no debe ser más entregada a terceros o instituciones’”

Y continúa la transcripción:

“Cuando nos enteramos no podíamos de nuestra bronca porque dos años antes, el propio Raúl Díaz, que había sido hinch y jugador de Estudiantes, cerró la calle

⁷⁵ Caffaso pertenece a una tradicional familia platense y fue, además del escritor del libro, presidente de La Plata Rugby Club y de la Unión de Rugby de Buenos Aires.

⁷⁶ Es una de las zonas más céntricas de la ciudad.

55, hizo levantar las vías del tranvía 16 que pasaba por allí e iba por dentro, con la finalidad de darle una manzana más de bosque y la calle a Estudiantes. Y a nosotros nos negaban un terreno que era el desagote del arroyo de la limpieza del zoológico, una zona que había que trabajarla, desmontarla, donde no había nadie, donde era un abandono total. Ese señor no tenía derecho a decirle a una institución una cosa de esas cuando él había talado el bosque para hacer una cancha, había clausurado una calle, sólo puede entenderse en virtud **de que nosotros no éramos nadie** y Estudiantes era mucho, por lo menos para él...⁷⁷”(el resaltado es mío)

Debido al problema en la gestión explica Cafasso que, desde el Club, se organizó un “operativo comando” que consistió en retirar el expediente del despacho del Gobernador, provocando “la involuntaria y no querida” pérdida de la última foja (la que determinaba la negativa de la cesión de las tierras). Así, sigue Cafasso, “Como ello arrastró el propio proyecto de Decreto y al dictamen de Fiscalía de Estado, **-que nos resultaba favorable- se debió conseguir una reproducción del mismo firmado por el Fiscal.** Sobre la base del mismo se rehizo el Decreto, el que, en definitiva, fue firmado por el interventor de la Provincia, otorgando la concesión del predio” (Cafasso, 2005:71. El resaltado es mío.)

Durante la década comprendida entre 1953-1962, el club crece en número de jugadores, debido a su gran desarrollo estructural y sus logros deportivos. Por primera vez consigue el ascenso a Primera División y, además, en 1953 debe cambiar su nombre: de llamarse “La Plata” pasa a ser nombrado como “El Bosque Rugby Club”. En todas las fuentes consultadas, el cambio sólo se argumenta por “razones políticas”, sin profundizar cuáles. Sí, asistimos a un hecho histórico vinculado a que muchos clubes que llevaban en su nombre los vocablos “La Plata”, debieron cambiar su nombre, pues la ciudad pasó a llamarse “Ciudad Eva Perón”⁷⁸. Tres años después, la institución volvería a llamarse La Plata Rugby Club.

En 1953, algunos integrantes de la institución deciden lanzar un boletín de información sobre el Club, donde exhibían algunas características del “espíritu del rugby” y de su club, vinculado a la *formación integral de las personas*:

⁷⁷ Relato de Rómulo Soncini en Cafasso, Jorge, *Los canarios vuelan alto. Historia de La Plata Rugby Club. Setenta años de rugby y poco más. 1934 -2004*. Págs. 70 y 71. Buenos Aires: Papiros, 2005.

⁷⁸ El 26 de junio de 1953, mediante el Decreto número 5.892 del Poder Ejecutivo, se modifica el escudo de la ciudad colocando la silueta de Eva Perón con el escudo peronista de fondo. La ciudad y el partido cambian de nombre: pasan a llamarse “Eva Perón”. Lo mismo ocurre con clubes como Estudiantes y Gimnasia, que pasarán a llamarse Estudiantes Eva Perón y Gimnasia y Esgrima Eva Perón.

“Alentados entonces, por el ejemplo de nuestra historia lanzamos este puntapié inicial con el que conocemos la luz, para bregar por la difusión y desarrollo de las ‘cosas’ del rugby, que es como decir, para bregar siempre **porque se vitalice el respeto por la pureza de la personalidad humana**”⁷⁹ (el resaltado es mío)

El crecimiento del club en infraestructura, en logros y, por lo tanto en prestigio, es percibido por las instituciones que regulan el deporte en Argentina, y el capital social de los integrantes de La Plata Rugby da sus frutos: el Dr Juan “Bebe” Pelitti⁸⁰ es designado vocal titular y Presidente de la Comisión de Asuntos Legales de la UAR, y Jorge Bernard, vocal suplente y miembro de Comisión de Selección. La incorporación de LPRC a la UAR, seguiría abonando con la suma de nuevos integrantes en el año 1962. Esto significaría una marca distintiva en relación al prestigio conseguido, como institución, hasta el día de hoy.

Juan Pelitti expresaba que los asuntos de Comisión Directiva en LPRC, se sostenían bajo formas de una “bohemia” que se convirtió en “tradición” a respetar. Se inventaban actas y órdenes del día porque nunca habían sido realizadas. Eso, para Pelitti, significaba una forma “bohemia” de conducir el Club, lejos de una organización que se basara en el ordenado registro de actividades institucionales. Asimismo, recuerda el lugar y los días de reunión como “más que bohemio fue el lugar en que se realizaban las reuniones de la Comisión Directiva: el bar “El Modelo”, de la calle 54 y 5. Siempre ocupábamos el mismo lugar, los días martes, al extremo que cuando alguien pretendía tomar ‘nuestras mesas’, los mismos mozos lo prohibían: ‘Hoy es martes, y esas mesas son de los muchachos del rugby’”⁸¹. Pelitti, además recuerda un episodio que lo marcó como integrante del Club y como partícipe de una lógica institucional. Es su intercambio con el vicepresidente en aquel momento, cuando éste sugiere de LPRC que “es el mejor club del mundo”⁸². Con sus 17 años, Pelitti refuta la afirmación del vicepresidente argumentando que la falta de cancha, de vestuarios, de sede social propios, no son dignos de una institución modelo. A lo cual, el experimentado dirigente

⁷⁹ En editorial de tapa del Boletín Informativo Número 1, Año 1, Mayo 1953. De “El Bosque Rugby Club”. La Publicación está diseñada en una hoja oficio, doblada a la mitad, de tal manera que consta de una tapa, una contratapa, y dos páginas internas. El boletín contiene información sobre la composición de la comisión directiva del Club, sobre descargos por algún altercado en el partido anterior donde se exaltan virtudes como la honradez al reconocer errores por parte del público; comunicados administrativos; formación de equipos de primera división y divisiones menores; crítica de partido; y fixture.

⁸⁰ Pelitti fue un ex jugador de LPRC, durante las décadas de 1940 y 1950. Fue Presidente del Club en el año 1972. Entre 1953 y 1956 fue vocal titular del Consejo Directivo de la UAR y Presidente de la Subcomisión de Asuntos Legales. Fue reconocido como uno de los mejores gestores de la institución.

⁸¹ Extractos de “La historia del Rugby Platense...y su futuro”. Suplemento especial Diario *El Día*. Pág. 23. Año 1992.

⁸² *Ibíd.*

le responde contundentemente: “**Mirá mocoso, cuando en lugar de esos pocos pelos tengas barba de verdad; cuando en lugar de esa cara de niño, tengas aspecto de hombre maduro**, sabrás por qué el nuestro es el mejor club del mundo”⁸³(el resaltado es mío).

El Club continuó su crecimiento e impulsó la creación de una segunda cancha en el complejo de 55 y 122. Pero la institución “Amigos del Bosque”⁸⁴ la denegó. Era la hora de buscar nuevos rumbos. Otra vez la figura de Soncini, ya radicado en la ciudad de Mar del Plata, aparece como iluminadora en la historia del Club con una carta archivada, fechada el 9 de enero de 1949, en la que advertía:

“El gobierno compró el Swift Golf Club; muevan a todos y propónganse canjear lo que hoy tenemos por algunas hectáreas de ese campo. Se puede hacer también que con el mismo objeto se expropie alguna tierra bien ubicada; por ejemplo esa hermosa fracción entre Ringuelet y Gonnet que da a la calle 13 y casi llega al Camino General Belgrano y de que tanto les hablara antes [...] hay que agitarse, hay que aspirar y soñar, hay que luchar para vivir como Club [...] porque éste será el refugio de nuestros recuerdos, el descanso de nuestra vejez y la herencia de nuestros hijos”⁸⁵

La carta de Soncini demuestra pericia sobre la gestión pública en relación a las tierras estatales y su distribución. Es una exposición de un agente especializado dentro de un ámbito de privilegio en tanto información propicia para realizar trámites de este tipo. Tal es así que, a comienzos del año 1960, gestiones mediante, el Director General del Ministerio de Asuntos Agrarios, Pablo Casani, le otorgaba al club, lo posesión simbólica de las tierras de Gonnet, esperando la ley que autorice la propiedad definitiva.

Una Subcomisión de Obras de Gonnet se conforma con ex jugadores y profesionales vinculados al campo de la Ingeniería y la Arquitectura, tales como: Pedro Maestri, Ing. Jorge Bustillo, Ing. Pablo Martín, Arq. Ubaldo Sorarraín, Agrimensor Aníbal Ferrando, entre otros. En el boletín informativo del Club de junio de 1962, se informaba que:

“terminado el gran movimiento de tierra de 7 hectáreas de superficie, que insumió aproximadamente \$250.000 y mucho trabajo, las 4 canchas han sido aradas: dos de ellas ya están sembradas (\$ 45.000 en semillas) y a la espera que crezca el

⁸³ Ibid.

⁸⁴ Agrupación de fomento y defensa forestal.

⁸⁵ En Cafasso, Jorge, *Los canarios vuelan alto. Historia de La Plata Rugby Club. Setenta años de rugby y poco más. 1934 -2004*. Págs. 137 y 138. Buenos Aires: Papiros, 2005

césped. La pileta de natación de 25 x 12 metros ya está hormigonada, colocado el motor a diesel para el llenado y vaciado y quedará terminada dentro de pocos días...Inmediatamente se construirá la pileta de bebés y niños, los vestuarios, reacondicionamiento de un quincho y lugar para asados y las canchas de tenis criollo y volley-ball. De la sede social y buffet se hará zapata...”

La década de 1970 está signada por la continuidad con las obras, pero además, se prolongan las “tareas de ‘lobby’ necesarias para lograr que el trámite del expediente por el cual se transferirían las tierras tuviera el impulso necesario” (Cafasso, 2005:140). El encargo recae en los hombres que tenían mayor influencia en diversos ámbitos de la gestión pública: José Roán, el Presidente Pedro Aymonino⁸⁶, Juan M. Maiztegui y Roberto Scorcelli, son los elegidos. La operación debía realizarse rápidamente: el Gobernador bonaerense Victorio Calabro⁸⁷ estaba por otorgarle las tierras de Gonnet a dos sindicatos. El 25 de marzo de 1974, una comitiva integrada por varios hombres fuertes del Club visitó al Gobernador. Entre los representantes de LPRC se encontraba Pedro Gomis, un viejo militante peronista e integrante del Sindicato Unido Petroleros e Hidrocarburos (S.U.P.e.H), que había sido convencido en 1972, por el presidente del Club (en ese entonces), Juan Pelitti, para acercarse al Club y gestionar la cesión de las tierras de Gonnet. Gomis, apodado el “Marinero”, había colaborado con la transferencia de las tierras del Bosque, de la Gobernación de Buenos Aires a LPRC. Su influencia política era trascendental, aunque su militancia peronista era motivo de rechazo entre los miembros de la comisión directiva.

Cafasso (2005) rememora el encuentro con el Gobernador Calabro, según las actas que registraron la visita:

“ante el desconocimiento del Gobernador sobre los aspectos básicos del juego, los presentes debieron formar un precario ‘scrum’ con traje y corbata incluidos para mostrarle como era esa faceta del rugby. El Gobernador –que había reemplazado en el cargo a Bidegain y que gozosamente se sumó al scrum- se comprometió a darnos todo su apoyo y realmente fue así.” (Cafasso, 2005:141. El resaltado es mío)

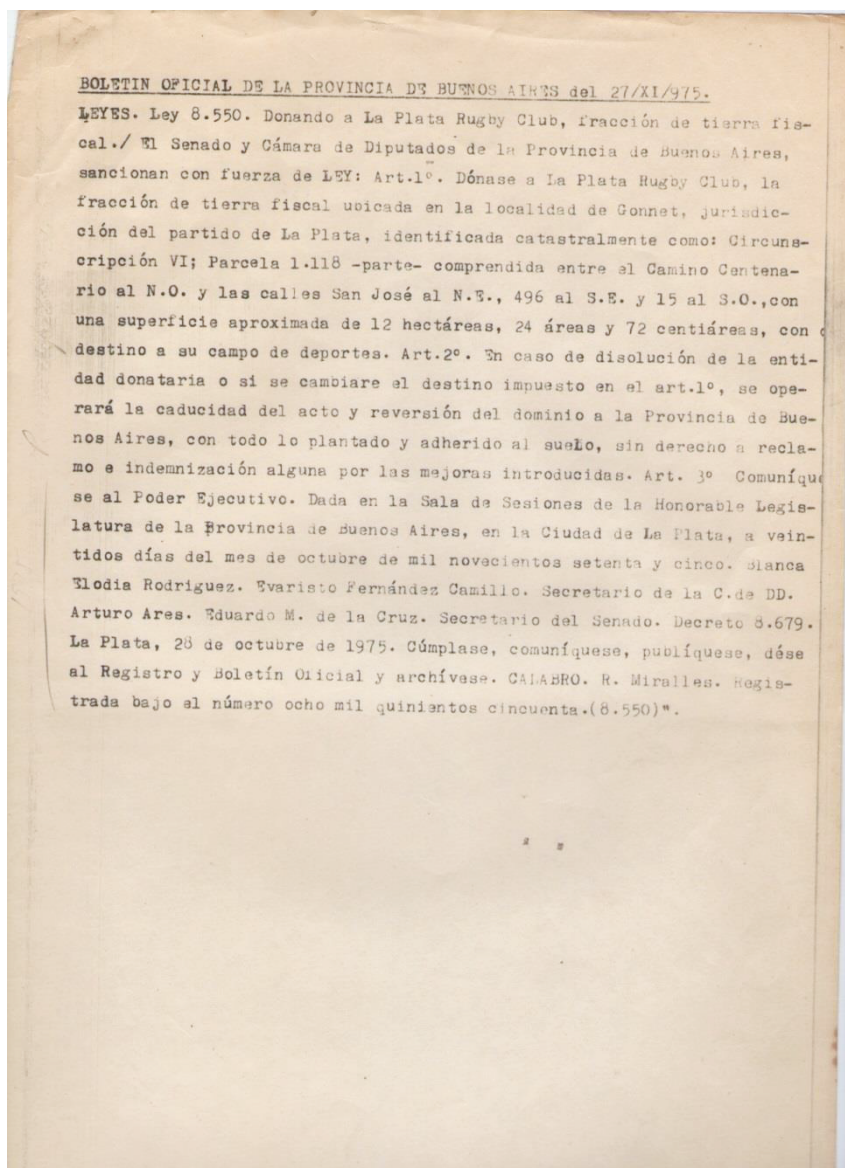
⁸⁶ Pedro Aymonino, entre otras cosas, fue reconocido por la fundación Konex, por su labor en el campo de la Fisicoquímica y Química Inorgánica, recibiendo un diploma al Mérito en el año 1983.

⁸⁷ Calabro fue Gobernador de Buenos Aires desde 1974 hasta 1976, siendo desplazado por la dictadura militar. Fue sindicalista de la Unión Obrera Metalúrgica de la República Argentina (UOMRA), contemporáneo de José Ignacio Rucci y Augusto Timoteo Vandor, entre otros, en la escena sindical argentina de los años sesentas y setentas.

La visita fue exitosa. Los trámites pasaron al Ministerio de Hacienda para confeccionar el proyecto de Ley, y luego ser enviado por el Poder Ejecutivo a la Legislatura para su sanción⁸⁸. Días después, el Sub Secretario de Hacienda, el Dr. Antonioli (“destacado vecino de City Bell”, lo presenta Cafasso en su libro), visitó el Club junto a Gomis, y el 2 de octubre de 1975 el Mensaje del Poder Ejecutivo con el Proyecto de Ley ingresó a la Legislatura Bonaerense, con una “elogiable y poco usual celeridad” (Cafasso, 2005:141). El Proyecto fue sancionado en ambas Cámaras y promulgado por el decreto N° 8679 del 28 de octubre de 1975, apoyado por el Gobernador Calabró y por el Ministro de Economía, Dr Ramón Miralles⁸⁹. Así, se sancionó con fuerza de ley número 8550, el otorgamiento de fracciones de tierras fiscales (de la localidad de Gonnet) al Club La Plata Rugby.

⁸⁸ Esto fue comunicado por el presidente Aymonino, en el informe de Comisión directiva el día 28 de agosto de 1975.

⁸⁹ Miralles fue secuestrado el 23 de junio de 1977 de la sede del juzgado Federal número 2 de Capital Federal y fue torturado junto con otros familiares. En el año 2014, el ex juez Sarmiento, quien participó de la denominada “Revolución Libertadora”, fue ampliado en su imputación por haber sido responsable de privaciones ilegales de la libertad. Entre ellas, la de Ramón Miralles.



Copia del Boletín Oficial sobre donación de tierras al Club La Plata Rugby

3.3.4.2. El seven⁹⁰ y el horror

Hacia el año 1973, un grupo de jugadores decide entrar en huelga para, según Jorge Cafasso (2005)⁹¹, cambiar el entrenador de primera: sustituir a Aníbal “Nile”

⁹⁰ El seven es una variante del rugby tradicional, exceptuando que cada equipo se compone con siete jugadores y se juegan dos tiempos de siete minutos cada uno. Las dimensiones del campo son las mismas, al igual que las reglas del rugby de quince jugadores.

⁹¹ Aquí es necesario una aclaración: no pretendemos hacer una historia sobre las ideas y posturas ideológicas de Jorge Cafasso. Damos cuenta del relato de Cafasso primero, para citar parte de su reconstrucción histórica, y luego sí, exponer el marco ideológico e interpretativo de ese texto (casi el único que permite reconstruir algunos hechos históricos y la historia de algunos personajes del Club La Plata Rugby y, tangencialmente, del rugby platense). Aunque en este pasaje, tendremos en cuenta su manera de abordar un hecho traumático para la vida institucional del Club. Esto nos permite inferir, en términos de representaciones sociales, la concepción que se construye en torno a la militancia política y la juventud, entre ciertos sectores que participan de la institución. Vale recordar que Cafasso es miembro de

Ferrando, por Martín Suffern Quirno⁹², aunque Cafasso advierte que la intención de subvertir el orden no era en detrimento de Ferrando, sino contra la Comisión Directiva. Afirma Cafasso que aquel grupo de jóvenes entusiastas “encaraban su inserción en la vida institucional del Club [...] cuestionaban el ‘establishment’” (2005:155), sosteniendo que los jóvenes Mariano Montequín, Jorge Santander, Mariano Mendy, Raúl Barandiarán, Hernán Rocca, Otilio Pascua, Juan Mendy, Jorge Copello, Gonzalo Sánchez Viamonte y Santiago Sánchez Viamonte⁹³, habían generado de aquella huelga una especie de disputa generacional con los jugadores más antiguos⁹⁴. Dice Cafasso que se negaban a participar del equipo de primera división, en épocas de pelea por el descenso, “imbuidos de un fuerte espíritu de grupo y **teñidos de una creciente ideología progresista**” (Ibíd. El resaltado es mío). La lógica que articulaba a los jóvenes con ciertas prácticas de militancia y causas que consideraban justas, dice Cafasso, no estaba reducida al ámbito del rugby. Dice que formaba parte de un “estilo de vida, de la forma contestataria que habían elegido para reprobar, criticar un estado de cosas **poco recomendable que se estaba viviendo en nuestro país.**”⁹⁵ (Ibíd.:156. El resaltado es mío).

Dice Barandiarán que sus primeros pasos como militantes los practicaron en el Colegio Nacional y en la Universidad de La Plata⁹⁶, que era “un verdadero caldero

LPRC desde la década de 1950, integrando equipos de primera división, siendo presidente de la institución (entre los años 1992 y 2001), y de la Unión de Rugby de Buenos Aires a mediados de la década del 2000, entidad que, por Estatuto, posee el cuarenta y tres por ciento de los votos a la hora de dirimir diferentes cuestiones, en relación a otras Uniones provinciales.

⁹² Merece una mención especial la figura de Martín Suffern Quirno. Es considerado, entre los participantes de LPRC y del rugby platense en general, una figura determinante en la manera de organizar y pensar el rugby local, provincial y nacional, innovando en métodos y técnicas de entrenamiento, y en el ámbito de la gestión deportiva. Nació en Mar del Plata el 8 de abril de 1942. Padre de cuatro mujeres y un varón (actual referente y símbolo del Club), llegó a la ciudad de La Plata en el año 1967 como representante de ventas de motores Perkins. Fluctúa entre jugador, colaborador de entrenadores, entrenador (tanto de LPRC, como de seleccionados juveniles de la URBA). Era un hombre que se había formado en Alumni y que sostenía el espíritu del rugby como ninguno (dicen los que lo conocieron). De duro carácter y de fuertes convicciones hacia el trabajo de entrenamiento, Suffern Quirno muere el 9 de marzo del año 2000, dejando un legado que los integrantes de LPRC sostienen como tradición y que se corporiza, también, a través de su hijo. En el año 2010, El Concejo Deliberante de La Plata, a través de un proyecto presentado por el Concejal José Arteaga, se designó con el nombre de *Martín Suffern Quirno a la calle 496* entre el camino Centenario y la calle 21 de la localidad de Gonnet. El proyecto de Ordenanza contó con el aval de La Plata Rugby Club y el Club Universitario.

⁹³ Todos integrantes de una excelente formación de Seven, campeón de varios torneos, cuyo desarrollo del juego era virtuoso y novedoso para la época.

⁹⁴ Entre ellos, Cafasso.

⁹⁵ Se refiere a la época previa al golpe cívico/militar del 24 de marzo de 1976, y a los años de convulsión político/institucional entre diferentes sectores de la sociedad civil y de la política tradicional. La lucha armada era una opción concreta e importante, entre otras, para intervenir en el campo de la política.

⁹⁶ Todos los personajes históricos que hemos mencionado hasta aquí y que han ocupado cargos jerárquicos en el Club o han practicado rugby en LPRC, han transitado por el Colegio Nacional, Escuela Anexa, Liceo y/o la UNLP. Más adelante pensaremos la relación entre la educación y las trayectorias

político, era muy difícil mantenerse al margen.” (en Cafasso, 2005:156). A pesar de la convulsión política y de la iniciativa de diversos grupos dedicados a la lucha política, desde la “extrema derecha hasta las más radicalizadas, de orden marxista-leninista, que se arraigaban especialmente en Arquitectura y Humanidades” (Barandiarán en Cafasso, 2005:156), no tenían registro, inclusive entre sus amistades, de la actividad política desplegada por “el otro” (Ibid.). Esto los obligó a desplegar sus estrategias militantes con plena discreción y recaudo, ya que, según Barandiarán eran “perseguidos por el aparato estatal represivo” (Ibid.).

Para Cafasso, las prácticas militantes (algunas traducidas en prácticas como quemar neumáticos, estallar una bomba en el hall de algún cine), no hacían más que generar la “acción represiva de las fuerzas policiales **y en consecuencia, una sensación cada vez mayor de inseguridad en el conjunto de la población**” (Cafasso, 2005:156). Según cree Cafasso, fue decisiva la gira que realizó el equipo por Europa, argumentando que quienes eligieron participar del viaje salvaron sus vidas, distanciándose del escenario de lucha política local. A la vuelta de esa gira, Hernán Rocca ya había sido asesinado. Jorge Santander comienza a reflexionar cuál sería su destino, y el de sus compañeros militantes. Varios, como Otilio Pascua, pasan a la clandestinidad, y continúan practicando y predicando sus ideales. Cafasso vuelve a exponer en su libro, argumentos que intentan exhibir que la militancia de aquellos jóvenes era una excepción en el Club, como si fuese un capítulo equivocado, errado en la historia del Club:

“Hay muchos cuentos, muchas anécdotas, algunas tal vez sean ciertas, otras no, pero de lo que estamos todos seguros es que estos pibes, de excelente formación y cultura, de buenas familias, buscaban mejorar las condiciones de vida en nuestro país [...] El germen de este episodio estuvo en sus profundas convicciones, decididamente arraigadas en el seno de nuestra maravillosa Universidad, **pero mucha gente lo asoció a nuestro Club y no dejó de haber detractores o miedosos que no hesitaron en difundir que nuestro Club era, en esas épocas, una ‘escuela de guerrilleros’**. Naturalmente que muchos padres –en un clima de terror como el que se había instalado e influidos por esa falacia- eludieron por algunos años llevar a sus hijos a jugar rugby a nuestra institución [...] **La desaparición física de muchos de ellos (de los jóvenes militantes) nos privó institucionalmente de que el despegue y consolidación fuera anterior**, pero seguramente su espíritu siguió flotando en nuestras canchas y resultó la fuente de inspiración que se materializó algunos años después” (Cafasso, 2005:157. El resaltado y el paréntesis es mío)

Cafasso encuadra las gestiones políticas realizadas para conseguir la cesión de las tierras como algo naturalizado en la política tradicional. Pero se encarga de distinguir que la práctica de los jóvenes militantes recurre en un error, alejándolos de la esfera de lucha política, y de la política tradicional. Para Cafasso, eso no es política, y se encarga de aclararlo.

Otra mirada sobre el mismo suceso, es la de Gustavo Veiga, quien en *Deporte, desaparecidos y dictadura* (2010) sostiene una hipótesis⁹⁷ sobre el porqué de los deportistas desaparecidos durante la dictadura militar: el deporte, según Veiga, es una matriz forjadora de espíritus solidarios y combativos; y los militares sabían que tenían que disgregar todo espacio donde se construyera ese tipo de subjetividades. Se apoya en una anécdota propiciada por Raúl Barandarian:

“cuando el Club Champagnat ofreció postergar el partido en la Semana Santa de 1975 por el asesinato del medio scrum Hernán Rocca. Primero de los 19 jugadores muertos del La Plata Rugby Club, Rocca, militante de la Juventud Universitaria Peronista, apareció el 28 de marzo de 1975, Viernes Santo, con 21 balazos y los ojos vendados en Magdalena. Lo mató la Concentración Nacionalista Universitaria (CNU), ultraderecha peronista. Los compañeros de Hernán decidieron jugar igual, como homenaje. El minuto de silencio se estiró a diez. Y La Plata terminó ganando con dos jugadores menos.”⁹⁸

Además, completa Veiga,

"Impresiona que haya 19 desaparecidos en un mismo club. Es cierto que el rugby era un deporte de clases acomodadas, pero también abrazaron la militancia revolucionaria muchos hijos de familias acomodadas. Que además eran estudiantes y, además, estudiaban en La Plata, acaso la ciudad más castigada por la represión" (Ibíd.).

3.3.4.3. Club Universitario de La Plata

El 17 de agosto de 1928, el diario *El Día* rememora lo que un año antes sucediera en el campo de deportes del Colegio Nacional de La Plata:

⁹⁷ *Deporte, desaparecidos y dictadura*. Buenos Aires: Alarco Ediciones, 2010. Veiga reconstruye la historia de los deportistas desaparecidos durante la última dictadura cívico/militar argentina donde, de los 40 deportistas desaparecidos, 24 jugaban al rugby; convirtiendo al rugby en el deporte con mayor cantidad de desaparecidos y asesinados.

⁹⁸ En Fernández Moore, Ezequiel, “Vale todo”. <http://canchallena.lanacion.com.ar/1612570-vale-todo>. 21/08/2013.

“en el Colegio Nacional el profesor de gimnasia don Benigno Rodríguez Jurado⁹⁹, militante por ese entonces en la primera división del Club Universitario (CUBA), difundía las reglas del rugby entre un grupo de noveles aficionados. Ese fue el comienzo del que ahora es el Club Universitario de La Plata, equipo sin disputa, el mejor que poseemos, en lo que a la técnica respecta”

Habría que esperar hasta 1934 -como narrábamos más arriba- para asistir a la fundación de LPRC, segundo club de rugby de la ciudad. Los jugadores del Club Universitario son quienes impulsan el deporte en La Plata, y quienes alientan las visitas de equipos como CASI o como un combinado de jugadores profesionales ingleses, en 1928. La institución, recién nacida¹⁰⁰, acompañaba los primeros pasos de los *rugbiers*. El Doctor Manuel Brunet, presidente del Club y Rector del Colegio Nacional, conseguía –en carácter provisorio- el campo de deportes del Colegio para la práctica activa del rugby. Ese mismo año, la Rugby Unión acepta a Universitario en su liga. Benito Jurado había sido fundamental en el padrinazgo ofrecido por el CUBA y por el Atlético de San Isidro.



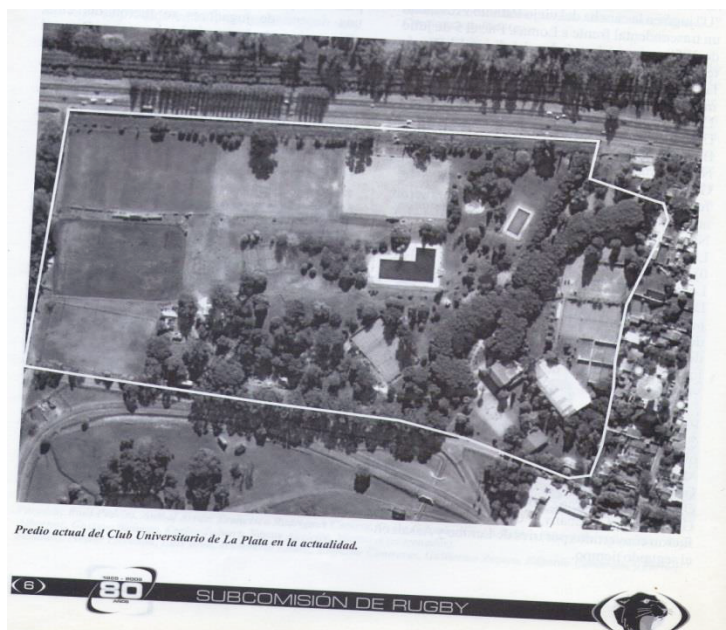
Fotos del primer partido. *Revista Institucional CULP: 1928-2008. 80 años de rugby.* Pág. 3.

⁹⁹ Rodríguez Jurado fue reconocido promotor del rugby en Argentina durante la década de 1920. Padre de Arturo, destacado deportista ganador de la medalla de oro en boxeo (la primera para Argentina) en los Juegos Olímpicos de Amsterdam 1928, símbolo del San Isidro Club (S.I.C) y del seleccionado argentino.

¹⁰⁰ El Club Universitario ofrecía, hasta el momento, actividades como grupos de teatro, coro y otras disciplinas juveniles.

En el año 1937, a pedido del Concejo Superior de la Universidad se refunda el Club y se esgrime la necesidad de que la institución sea exclusivamente una entidad universitaria. Esto implicó la incorporación de otras actividades sociales y culturales (como por ejemplo bailes y eventos artísticos) que fueron en detrimento del impulso y el crecimiento del rugby en el Club. Universitario se convirtió en un reconocido Club social, que no mantuvo a las disciplinas deportivas como sostén fundamental de la institución. Es por esto, que en 1942, un grupo de jugadores de Universitario decide fundar un Club exclusivo de rugby. Se separan y fundan el Club Los Tilos, lo cual provoca el debilitamiento del rugby en Universitario.

En 1959, y motivados por el impulso de haber conseguido las actuales tierras del campo de deportes de Gonnet, cedidas por el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, el rugby vuelve a ser una actividad considerada por el Club. Unos años antes, un combinado formado, en su mayoría, por jóvenes del Colegio Nacional lograba el campeonato de la quinta división, demostrando la fuerte vinculación en las trayectorias que se movían entre una institución educativa, tradicional y prestigiosa como el Colegio Nacional, y el Club Universitario. A su vez que integraba a jóvenes que provenían de familias de profesionales de carreras como medicina o abogacía, esos mismos jóvenes, se vinculaban con actividades artísticas y la “bohemia” platense. Es el caso de Solari, un joven de casi 1,90 metros de altura, hermano del “Indio”, creador y líder de la banda de rock “Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota”. Cultura, deporte y sociedad eran los núcleos desde donde el Club Universitario fomentaba la integración de sus socios.



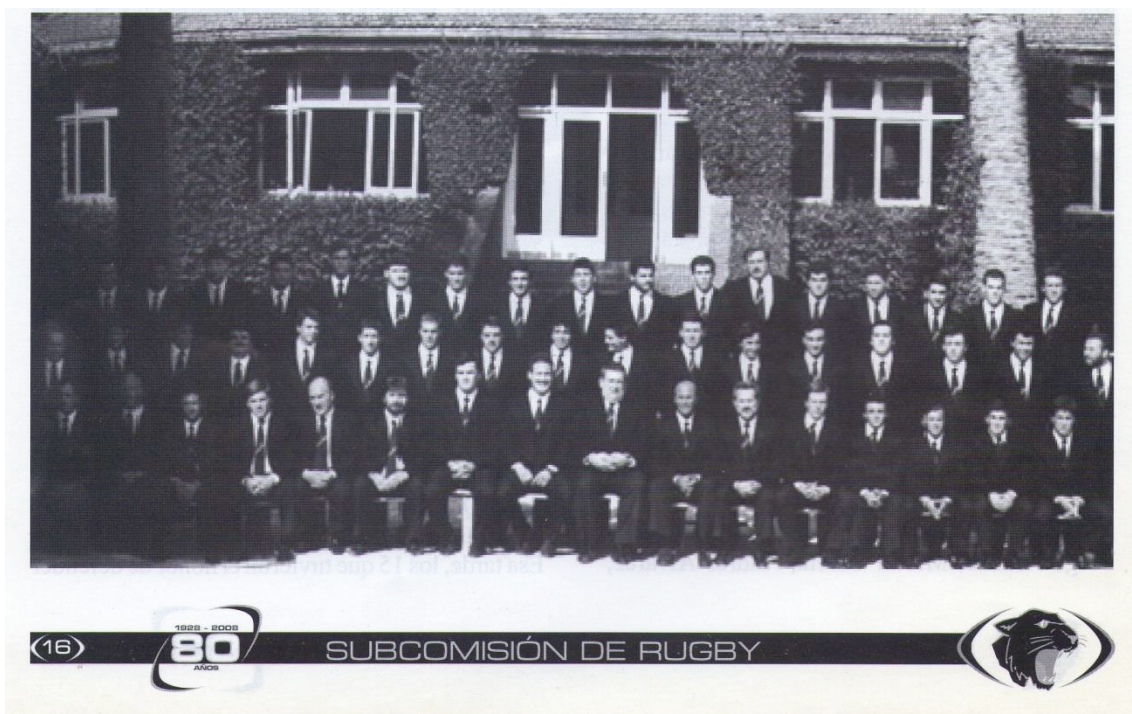
Predio actual del Club. Revista Institucional CULP: 1928-2008. 80 años de rugby. Pág. 6.

La década de 1970 no resultó auspiciosa para el rugby de Universitario. La ausencia de preparación y logística en divisiones menores (en contraposición al modelo exitoso de LPRC) repercutía en la ausencia de buenos jugadores para la división mayor, y en los malos resultados obtenidos. A fines de 1971, algunos jugadores en disconformidad con la dirigencia, deciden formar un Club únicamente de rugby: nace Albatros Rugby Club. Es otro caso de los varios clubes de rugby que emergen de desprendimientos de integrantes de otras instituciones. Dadas estas circunstancias, Universitario inicia una campaña de promoción por los colegios de la zona, para fomentar el rugby infantil, e incorpora nuevos entrenadores y preparadores físicos reconocidos en la ciudad. Es una etapa de recuperación de la disciplina, sellada e impulsada por la primera gira internacional, realizada en 1976, recorriendo ciudades como Mendoza, Santiago de Chile, Valparaíso y Viña del Mar.

El recambio generacional comienza a dar sus frutos en los primeros años de 1980, a pesar de no conseguir grandes logros deportivos. Es en la temporada de 1987 que la dirigencia del Club decide convocar a Martin Suffern Quirno (símbolo de LPRC¹⁰¹) logrando, luego de un arduo trabajo, el regreso a la denominada Tercera de Ascenso. Mientras tanto, la estructura del rugby se iba incrementando: muchos niños comenzaban a practicar rugby en el Club en las categorías infantiles. Las cruzadas en los colegios privados de la zona, y en los públicos más tradicionales de la ciudad, había sido eficaz.

En 1993 el rugby del Club Universitario ratifica su momento de despegue y éxito. Lo hace visitando las tierras de los profetas del rugby y de su espíritu: una numerosa delegación llega a Gran Bretaña con ansias de empaparse de las tradiciones británicas. En 1996, ante una reestructuración de la URBA que permite a varios equipos acceder a la Primera Categoría, Universitario debuta en la primera liga del Rugby Bonaerense.

¹⁰¹ Otra vez es notable la circulación de personajes entre los clubes platenses, generando la promoción y su respectiva jerarquización, ya pensando en una dimensión regional, más allá de las particularidades de cada club. Movimientos como estos permiten imaginar, y luego materializar la existencia de un “rugby platense”; abastecedor de notables jugadores a diferentes seleccionados: provinciales, juveniles y nacionales. Aunque los celos entre los cinco clubes de la ciudad, se mantienen hasta el día de hoy.



Delegación Gira Gran Bretaña, año 1993. *Revista Institucional CULP: 1928-2008. 80 años de rugby*. Pág. 6.

Lo que siguió fueron descensos y nuevos ascensos, aunque se destaca otra gira internacional. Esta vez el destino fue Sudáfrica, tierra de buen rugby. El objetivo, como en toda gira, sería copiar algunos métodos de entrenamiento y aspectos del juego tan exitosos en la historia del rugby mundial¹⁰².

3.3.4.4. Albatros Rugby Club

El 11 de noviembre de 1971 nace el Club más joven de la ciudad de La Plata. Es denominado Albatros Rugby Club, y emerge con la fuerza y el entusiasmo de unos jóvenes que provenían del Club Universitario y que pretendían conformar una institución dedicada solamente a la práctica de rugby. En relación a los otros cuatro equipos de la ciudad de La Plata, el caso de Albatros es significativo: comienza a desarrollar sus actividades en un predio cedido por el Municipio de Berisso, localizado en el denominado “Barrio Obrero”. Es decir, es un club perteneciente y reconocido como parte de la ciudad de La Plata, pero que se localiza en otra ciudad. El color de su

¹⁰² Más adelante, reflexionaremos sobre el sentido de las giras de los equipos de rugby y la reproducción de tradiciones dentro del campo

camiseta (rojo, blanco y celeste) se configura por el apego del Club hacia el Municipio de Berisso, llevando los colores del distrito.

El empuje de los jóvenes fundadores y la realización de obras básicas para la práctica (como cancha y vestuario) es frenado dos años después, cuando la Municipalidad decide expropiarle las tierras al Club¹⁰³; aunque ya en 1972, la dirigencia del Club había iniciado los trámites para obtener la personería jurídica y había sido incorporado por la UAR, luego de cumplir con el requisito de disputar varios partidos para comprobar la capacidad competitiva del equipo¹⁰⁴. El Club no contaba con cancha disponible para jugar como local, ni tampoco con divisiones juveniles que nutran los planteles superiores. Sin embargo, el 8 de abril de 1973, Albatros disputa su primer partido oficial. Fue en la cancha del San Luis, quien cedió sus instalaciones hasta el año 1974. Luego, y hasta el año siguiente, Albatros hizo las veces de local en el campo de deportes del Colegio Sagrado Corazón. Pero en el año 1977 se traslada nuevamente: esta vez, a las tierras donde estaba ubicado el Estadio Provincial¹⁰⁵, prolongando su estadía hasta el año 1988. La figura del “Negro” Ovidio Santín es trascendental para el Club. El médico cirujano, padre de una mujer y dos varones (los dos jugadores símbolo de Albatros) fue uno de sus fundadores y presidente durante varios mandatos. Respetado en las decisiones dirigenciales, y junto a otros actores influyentes en la escena institucional platense, logró la compra de las dos primeras hectáreas del campo de deportes (y el alquiler del campo aledaño, donde hoy se emplaza la vieja casona del Club; una edificación del Siglo XIX. Lote que también hoy es propiedad del Club), ubicado en el Barrio de Hernández, en las calles 515 y 135. A medida que se realizaban las obras de nivelación del terreno y demás obras estructurales, Albatros (al igual que Universitario) iniciaba una campaña por distintos colegios de la ciudad de La Plata, incrementando así, el número de niños y jóvenes que se acercaban al Club. En 1989 se inaugura oficialmente la cancha disputando un amistoso frente a LPRC. El desarrollo del club es visible y se sustenta en el trabajo de Santín, que decía años más tarde en una entrevista, “No puedo decir si soy bueno o si soy malo. Pero creo que como presidente y

¹⁰³ Una inspección de la Dirección de Geodesia ya había revelado, en 1971, la necesidad de realizar los ajustes cartográficos de la zona y los trámites correspondientes a los juicios practicados en relación a la propiedad de las tierras. La mayoría fueron repartidas al Parque Industrial (donde ya existía una curtiembre, una fábrica de productos químicos y otra de autopartes). Y otra parte de las tierras fueron vendidas al Sindicato de Obrero y Empleados de la Industria de la carne, para construir viviendas. Registrado de Diario El Día, el 19 de noviembre de 1971.

¹⁰⁴ Y también con la garantía que LPRC y el Club Pucará le otorgaban como padrinos de membresía dentro de la Unión.

¹⁰⁵ Actual Estadio Ciudad de La Plata.

con la gente con la que me he juntado, el club ha crecido mucho en los últimos años y en una época económicamente muy difícil”¹⁰⁶.

La regularidad en los tres clubes analizados en dimensión histórica (y en algunas de sus particularidades) confluyen en la idea de una trama de relaciones que ha sido aprovechada positivamente por los actores que intervinieron en las instituciones para obtener beneficios, tanto materiales como simbólicos. Trabajaremos sobre esta idea a lo largo de la tesis.



*Campo de deportes Albatros Rugby Club. Foto tomada de la página web oficial de la institución.*¹⁰⁷

¹⁰⁶ Ovidio Santín en “Sólo por mi nombre es que no soy perfecto”. Entrevista Diario Hoy. 31/01/2000. Ese año, el 13 de junio, Santín fallecería convirtiéndose en un mito para el Club. Actualmente, el campo de deportes de Albatros lleva su nombre en reconocimiento a su trayectoria.

¹⁰⁷ <http://albatrosrugbyclub.com/web/>

4. El concepto de clase social vinculado a la práctica deportiva

4.1. Para pensar la clase en la ciudad de La Plata: aproximaciones conceptuales

Marx, reflexionando sobre los ciclos de la denominada revolución burguesa, pensó que lo que separaba a las fracciones en pugna no era lo que se reconoce como principios, sino lo que dividía a cada grupo de poder,

“eran sus condiciones materiales de vida, dos especies distintas de propiedad; era el viejo antagonismo entre ciudad y el campo, la rivalidad entre el capital y la propiedad del suelo. Que, al mismo tiempo, había viejos recuerdos, enemistades personales, temores y esperanzas, prejuicios e ilusiones, simpatías y antipatías, convicciones, artículos de fe y principios que los mantenían unidos a una u otra dinastía [...] Sobre las diversas formas de propiedad y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los forma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se le imbuye la tradición y la educación podrá creer que son verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta” (Marx, 1975:117)¹⁰⁸

Marx repasa en este trabajo el problema de la disputa por el poder del/en el Estado, y el papel de los partidos políticos en la vida social y en la organización de las alianzas, sobre todo, del campesinado con la clase obrera para una futura revolución. Asimismo, Engels, le confiere al Estado (en su génesis) la necesidad de contener los antagonismos de clase, nombrando como criterio general, que el Estado es de la clase más poderosa y dominante: en términos económicos y, desde ahí, se convierte en la clase política dominante. Le confiere la legitimidad y la *naturalización* de los medios de represión y explotación de la clase oprimida (Engels, 1975)¹⁰⁹.

Brevemente expuesto, es el problema de la dominación y las relaciones desiguales, focalizado en la lucha de clases, como Marx y Engels lo direccionan, y donde radica su punto de interés. A nuestros fines, resulta relevante partir de estas ideas, pero no nos bastaría -dado nuestro enfoque sobre el análisis de las prácticas culturales- una visión de clase economicista que reduzca la organización de la cultura al problema de la producción de bienes y servicios en nuestras sociedades: es decir, el esquemático

¹⁰⁸ Este pasaje pertenece al texto *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, publicado en Marx, K. Engels, F., *Obras escogidas*. Editorial Progreso: Moscú. 1975

¹⁰⁹ Estas ideas son expuestas por Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, publicado en Marx, K. Engels, F., *Obras escogidas*. Editorial Progreso: Moscú. 1975

enfoque donde la cultura estaría solamente determinada por la economía. Como punto de partida es necesario, pero intentaremos discutirlo, teniendo en cuenta nuestro tema, nuestro objeto y nuestro problema de investigación. Sobre todo, para pensar la utilización de la categoría de clase: en qué momentos y en qué coyunturas teórico/prácticas, se le echó mano para responder a qué tipo de problemas.

Adrián Piva (2008) dice que Marx conceptualizó la categoría sólo en determinados momentos para describir ciertos antagonismos de clase, para detallar los diferentes modos históricos de producción. Además agrega que Marx, en *El Capital*, sólo plantea el problema de las clases, más que cerrar, concluir y dar solución a la discusión. Piva retoma a Althusser, para afirmar que el concepto de clase, en la obra Marx, se encuentra en *estado práctico* (Ibíd.). Lo cual nos exige pensar y desarrollar, aún más, el problema de la clase según nuestra referencia empírica. Más que nada, y siguiendo a Piva, porque la pregunta sobre ¿qué es una clase?, ha tenido pocas respuestas. Si bien el uso de la categoría es muy anterior a Marx¹¹⁰, las dificultades para asir elementos que expliquen la formación de las clases, por fuera de una visión economicista, siguen vigentes.

A decir de Williams, en *Palabras Clave* (2003), una clase es en ciertas coyunturas una categoría económica, que contempla a quienes se encuentran objetivamente dentro de una situación económica determinada. Pero también, siguiendo a Marx, conceptualiza a la clase como una formación históricamente determinada, donde se desarrollan conciencias de situaciones y de organización para enfrentar la posición hostil en que puede colocar una clase a otra, en relación a los modos de vida, a los intereses y sus culturas.

Gerth y Wright Mills en *Carácter y Estructura Social* (1963), ponen énfasis en el concepto de estratificación para pensar las clasificaciones que organizan la reflexión sobre el orden social. Así, según el criterio de clasificaciones donde se ponen en juego qué cosas y qué experiencias son valoradas por diferentes grupos sociales, se pueden delimitar cuáles son las expectativas que la gente tiene regularmente, qué valores circulan, y el porqué de esos modos de circulación. Esto determina la posibilidad de pensar en la estratificación social como criterio analítico. Dicen Gerth y Wright Mills:

¹¹⁰ Dice Piva que su uso ha circulado previamente a los trabajos de Marx, entre historiadores burgueses de la Revolución francesa de las primeras décadas del siglo XIX. También fue utilizada entre los socialistas utópicos y en el campo de la economía política clásica.

“Cada jerarquía o estrato de una sociedad puede ser visto como estrato en virtud del hecho de que todos sus miembros tienen oportunidades similares para alcanzar las cosas y experiencias que son valoradas: objetos como automóviles, ingresos estables y altos, juguetes o casas; experiencias, como el ser respetado, tener un cierto nivel de educación, o el de ser tratado amablemente. Pertenecer a un estrato significa compartir con las otras personas de ese estrato comodidades similares” (Gerth y Wright Mills, 1963:289)

Nos detendremos en el mundo del rugby, y en las formas de ser hombre en el rugby que implican la probabilidad de vidas similares (o modos compartidos), y a reflexionar sobre su formación y persistencia. Gerth y Wright Mills encuentran en su estudio, cuatro claves del fenómeno de las sociedades estratificadas, que llamarán “dimensiones de la estratificación”. Estas son: la ocupación, la clase, el estatus y el poder. La ocupación entendida como la acumulación de las actividades realizadas como fuente de ingresos. La situación de clase, en relación a la cantidad y la fuente de ingresos (que puede traducirse en propiedades o trabajo), dispuestas a otorgar a la gente las posibilidades de conseguir otros valores que circulan. El estatus como el resultado directo entre el cumplimiento exitoso de las expectativas en relación a obtener prestigio social; la referencia que hacen Gerth y Wright Mills, es directa a la distribución del respeto en una sociedad. Y el poder, como ejecución de la voluntad de uno, aún si ésta depende de la intransigencia de otros. Aclaran Gerth y Wright Mills, que lo que conceptualizan en torno al estatus, también se aplica al poder. Es decir, comprende todos los roles instituidos en diferentes campos (económico, religioso, familiar, político) que impliquen relaciones de autoridad. Por eso, el estatus dependerá de la diversidad de roles que una persona asuma, según en las instituciones que participe y el grado de poder que administre en cada una de ellas. En términos de roles, definen al rol económico como parte de lo que denominan ocupaciones, determinada por el conjunto de actividades destinadas a la subsistencia material orientadas a un mercado de trabajo que proporciona el intercambio de bienes y servicios. Para nuestro estudio y nuestros criterios de clasificación socioeconómica de los sujetos investigados, fue de importancia la conceptualización de ocupación, ya que nos permitió marcar una cierta regularidad y un vínculo estable entre lo que los sujetos hacen para vivir. Es lo que Gerth y Wright Mills nombraron como “rutina”, y cuando esa “rutina” se hace para obtener un ingreso regular. De ahí, nuestra preocupación en agrupar a los hombres investigados, según su ocupación. Porque de esta manera, establecimos una relación entre la posición de clase y estatus:

“Como fuente de ingreso, las ocupaciones se vinculan, de esta forma, con la posición de clase, dado que, normalmente, las ocupaciones tienen una cuota esperada de prestigio, y dentro y fuera del trabajo son importantes para la posición de status (sic). También comprenden ciertos grados de poder sobre otra gente, en forma directa, en el trabajo, y en forma indirecta, en otras áreas sociales. De este modo, las ocupaciones están ligadas a la clase, al status y al poder...” (Gerth y Wright Mills, 1963:289)

De aquí, nuevamente, la insistencia por rastrear la ocupación de los hombres que juegan al rugby en la ciudad de La Plata, aunque nuestra intención fue pensar cómo se produce, se percibe y se distribuye el prestigio, no tanto entre sus esferas de trabajo, sino por fuera de ella: en el mismo campo del rugby, y en otros espacios y situaciones que más adelante analizaremos. Aquí nos detendremos en una aclaración que haremos siguiendo a Parkin (1984), quien revisa la teoría de clases y los alcances del Marxismo para producirla y reproducirla. Parkin cita a Poulantzas para pensar la distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual. El trabajo intelectual sería fundamental en el proceso de vigilancia directa sobre la fuerza de trabajo, sobre el trabajo manual, en el proceso de explotación, ubicándose en la esfera técnica de la producción (Ibíd.). No ratificaremos la división de Poulantzas, ya que entendemos que el trabajo manual implica destrezas mentales e intelectuales, y viceversa. Haciendo esta salvedad, mostraremos que sí hemos tenido en cuenta, en los trayectos y ocupaciones de los investigados, su percepción sobre el trabajo en general, sobre su trabajo en particular, y sobre el trabajo de otros próximos. Aquí sí se vislumbra una clara distinción entre lo que los sujetos investigados asocian a la fuerza (vinculada al cuerpo) y a la razón (vinculada a la mente), y el valor que le otorgan, en virtud del contexto de enunciación y de su posición en la estructura social. Parkin (Ibíd.) también afirma la idea que es Weber y no Marx, quien proporciona el cuadro de referencia para interpretar las clases en relación a las oportunidades de mercado, a las expectativas de vida y de distinción simbólica.

Ahora bien, pensando en combatir la visión instrumental y determinista de clase, que más arriba traíamos a colación, Gerth y Wright Mills (Ibíd.) insisten en que las probabilidades de que una clase dé cuenta y se sirva de las posibilidades, dentro de una estructura de clases, no significa que los miembros de esa clase sean –necesariamente– conscientes de su posición, o de posiciones similares a otro grupo de personas. Piensan que no es indefectible que una clase se sentirá unida, ni que “dará cuenta de intereses

que objetivamente similares se pueden atribuir a su condición como racionalmente convenientes. Tampoco necesita definir intereses similares como intereses comunes, y organizarse para alcanzarlos en un movimiento o partido” (Ibíd.:294). Esto nos permite entender, a los fines de nuestro estudio, que las formaciones de clase no son consecuencia lógica e histórica del hecho objetivo de la estructura toda. Más bien, nuestra intención es indicar regularidades en torno a trayectorias sociales, culturales, económicas y políticas. Que muchas veces se nos presentarán difusas, confirmando que el estudio y la conceptualización sobre las clases, conlleva más imperfecciones en la manera de asir y agrupar elementos que distingan a un grupo de personas de otras. Es por eso que nos interesa abrir las preguntas hacia las heterogeneidades de los espacios sociales, lo que creemos que nos brindará más posibilidades para preguntarnos sobre las dinámicas sociales, culturales y simbólicas, y entender los procesos desiguales en la repartición de los capitales que circulan.

Sin embargo en la teoría y la concepción que circula entre el sentido común -y que le da valor a pertenecer o no a una clase-, muchas veces puede convertirse en una noción que aluda (sobre todo en las clases más favorecidas en su posición en la estructura socioeconómica) a que el éxito de una clase no se deba -muchas veces- a la “buena suerte”, o a las ‘circunstancias’, sino a la inteligencia, la perspicacia y a la excelencia personal, con la implicación concomitante de que otros no tienen rasgos comparables. Consideran la buena fortuna como compensación de la excelencia...” (Ibíd.:295). Esto naturaliza, por un lado, los sentidos sobre una clase y su posición, pero además, fundamenta la desigualdad efectiva en el acceso a posibilidades materiales y simbólicas, cristalizando los lugares que cada clase “merece” o está “destinada” a permanecer. Por eso es necesario -y urgente- abonar a romper con la idea instrumental de la clase. En los siguientes pasajes de esta tesis, reflexionaremos sobre diferentes casos y sus particularidades dentro del espacio del rugby.

Con Thompson intentamos que lo impreciso vinculado a la pregunta por la clase sea una oportunidad, concibiendo a la clase como fenómeno histórico, como la sucesión de acontecimientos en apariencia sin conexión, tanto con lo que entiende como materia prima de la experiencia, como con la conciencia (Thompson, 1989). En ese mismo sentido, rechaza la clase como “estructura” y, aún más como “categoría”, para pensarla como “algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas” (Thompson, 1989:13). Y reafirma que ni “el entramado sociológico mejor engarzado puede darnos una muestra pura de clase, del mismo modo

que no puede dárnosla de la deferencia o del amor. La relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real” (Ibíd.). La experiencia de clase está determinada, como dijéramos más arriba y siguiendo a Thompson, por las relaciones de producción en la que los hombres nacen o entran involuntariamente. Puede surgir la conciencia de clase en algún momento y lugar, pero no de la misma forma para todos.

La conciencia de clase es “la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales” (Ibíd.:14). Pensamos a la clase como experiencia; de lo contrario, caeríamos en el mecanicismo que intentamos discutir y sortear para nuestro análisis: “Si recordamos que la clase es una relación, y no una cosa, no podemos pensar de este modo” (Ibíd.:15)

Es entonces que sostuvimos, en la relación con nuestra referencia empírica y nuestras herramientas conceptuales, un vínculo donde las experiencias fueron percibidas en movimiento, en constante devenir, más allá de la profunda base, más o menos determinada de las trayectorias sociales, culturales y económicas del grupo de sujetos que investigamos. Ahí estuvo centrada la atención; no sólo en el modo de abordar el conflicto entre las clases y los miembros de las clases, sino también, en cómo se modela la cultura: experiencia que ordena, segrega, integra, agrupa, nombra, produce y reproduce símbolos, representaciones e imágenes. Por eso, “si observamos a esos hombres a lo largo de un período suficiente de cambio social, observaremos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia, y al fin y al cabo ésta es su única definición” (Ibíd.:15)

Diría Bourdieu, en ese mismo sentido, que no debemos confundir la clase objetiva con la clase movilizada. Esta reúne a diferentes agentes agrupados sobre la base más o menos homogénea de las propiedades objetivadas o incorporadas que delimitan la clase, pero que sin embargo predisponen a esos agentes a conservar o a subvertir la estructura de distribución de esas propiedades objetivadas (Bourdieu, 1998[1979]). Aquí también aparece como problema, según Bourdieu, la capacidad que tienen estos grupos para definir criterios de legitimidad, no sólo en relación a otros grupos, sino al interior del mismo. Así, se establece un juego de legitimación constante, en el cual los grupos tienden a disputar cuál propiedad está en primera posición de legitimidad (la propiedad legítima) y qué criterios argumentan esa posición. Aunque en algunos espacios, ese juego de legitimidad y criterios, se admitan ciertas excepciones. En nuestro estudio reflexionamos sobre esas excepciones dentro del campo del rugby, y nos

preguntamos sobre la reproducción de ciertos criterios de legitimidad, tanto hacia dentro como hacia fuera del campo, siendo precavidos en no mirar de manera “legitimista” el espacio social analizado. La posición de Bourdieu, pensando a la clase, también nos obliga a preguntarnos (dada la heterogeneidad de un campo como el rugby platense) si es posible construir una clase objetiva en relación al sector indagado. Pero también, entre la relación entre las fracciones de clase, continúa Bourdieu, y sus prácticas se expone y se esconde al mismo tiempo, el efecto de la posición en tanto la distribución de las denominadas propiedades secundarias imputadas a una clase. Esto quiere decir que no todos los miembros de una clase poseen todas las propiedades modales, dice Bourdieu. Es entonces donde la pertenencia social, la identidad social se impone en estos miembros al no alcanzar dichas propiedades de agrupamiento. Ese es el momento de rechazar o asumir esa identidad social, según Bourdieu. Como dijimos más arriba, analizaremos en los próximos apartados la relación entre algunos sujetos que admiten cierta excepción dentro del campo del rugby en La Plata. O, más aún, un Club entero que asume su diferenciación, en términos de posición legítima dentro del campo. Por eso, es necesario aquí reponer la noción de *clase construida*, que Bourdieu advierte para no sujetarse, ni a las propiedades en juego, ni a la suma de esas propiedades, ni a una relación causa-efecto provocada por esas propiedades:

“La clase social no se define por una propiedad (aunque se trate de las más determinante como el volumen y la estructura del capital) ni por una suma de propiedades (propiedades de sexo, de edad, de origen social o étnico –proporción de blancos y negros, por ejemplo, de indígenas y emigrados, etc.-, de ingresos, de nivel de instrucción, etc.) ni mucho menos por una cadena de propiedades ordenadas a partir de una propiedad fundamental (la posición en las relaciones de producción) en una relación causa a efecto, de condicionante a condicionado, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas.” (Bourdieu, 1998[1979]:104)

El ejercicio metodológico estuvo centrado en ejercer -al máximo- el grado de consciencia de cómo llegamos a construir esas clases como investigadores. Y de cómo interpretamos las variaciones que se susciten de acuerdo a los criterios de agrupamiento de las propiedades y de las categorías analíticas diseñadas para vigilar –constantemente- esos mismos criterios de ordenamiento. Podemos encontrar, también en Bourdieu, un síntoma crítico al objetivismo de la teoría marxista clásica que excluía del análisis, la interpretación y la clasificación de las “formas simbólicas” que los agentes expresan

producto de esquemas históricos de percepción y apreciación del mundo social, y que muchas veces, se convierten en “formas de clasificación” inconsciente, más allá del discurso. Esos principios de división son comunes e incorporados por estructuras fundamentales de una sociedad que producen, justamente, una idea de un mundo de sentido común. Aquí es donde hay que desgranar el sentido de las relaciones objetivas de clase, vinculadas a las relaciones simbólicas que establecen diferentes distinciones entre el mundo social; que vuelven doblemente distintiva la relación entre las clases, o entre los miembros de una clase.

Adscribimos, siguiendo la línea crítica, a la postura que retoma Hall (1994) cuando persigue la discusión que dio Raymond Williams contra las operaciones literales de la metáfora base/superestructura. Esto era caducar la creencia que sostenía el marxismo clásico, cuando asignaba las ideas y los significados a la “superestructura”, como reflejo absoluto y determinado de la “base” material. Discutiría contra el materialismo vulgar y el determinismo economicista, poniendo el foco sobre lo que denominaría “formas de organización” que subyacen de las prácticas, definiendo a la cultura como modo de pensar las relaciones sociales de forma compleja. Hall dice de Williams que,

“Define a la cultura como los significados y los valores que emergen entre grupos y clases sociales diferenciados, sobre la base de sus condiciones y relaciones históricas dadas, a través de las cuales ‘manejan’ y responden a las condiciones de existencia; y como las tradiciones y prácticas vividas a través de las cuales son expresadas esas ‘comprensiones’, y en las cuales están encarnadas.” (Hall, 1994:34)

Sigue Hall, pensando las posiciones de Williams y Thompson, sosteniendo que las dos están leyendo las relaciones en términos de cómo son “vividas” y “experimentadas” (Ibíd.). Williams desde las “estructuras de sentimiento”¹¹¹ y Thompson desde el carácter dado –históricamente- de las relaciones en el que los hombres y las mujeres ingresan involuntaria y necesariamente, bajo los signos de la explotación del sistema capitalista. La experiencia de los sujetos y el papel a desarrollar en esas relaciones, será central.

¹¹¹ En el escrito de Hall está referenciada la noción de “estructura de sentimiento” de Williams, como la relación que se establece entre las estructuras mentales. Como las categorías que organizan la conciencia empírica de un grupo determinado relativas a un mundo imaginario creado colectivamente.

4.2. Rugby y clase social

Pensar contextual y relacionadamente es central en cualquier estudio que se pretenda más o menos riguroso. El acercamiento al rugby, como punto de partida para pensar problemas en torno a la clase y al género, necesitó de una mirada histórica y situacional. Las preguntas se enfocaron -todo el tiempo- en porqué construir al rugby como deporte vinculado a una distinción de clase. Hemos recorrido históricamente la relación que determina las características de una ciudad como La Plata, y la cultura que organiza alguna de las prácticas del colectivo que nos interesa estudiar. Y también, hemos articulado esa invención cultural urbana, con agentes, prácticas, instituciones y tradiciones vinculadas al rugby en la ciudad demostrando que, como mínimo, no es un deporte masivo, ni plural, en torno a quienes lo piensan, lo organizan y lo practican. La obsesión de este trabajo (entre otras) fue reponer el concepto de clase y de dominación, para pensar en la desigual distribución de capitales entre nuestras sociedades y, también, demostrar porqué los valores y las prácticas del mundo del rugby confirman y garantizan la reproducción de esa desigualdad que se extiende, por supuesto, más allá del rugby. Pero claro, poner en tensión la teoría con la referencia empírica construida, resultó todo el desafío de este trabajo.

4.2.1. El rugby, Inglaterra y la reivindicación de las clases

Tony Collins describe cómo las clases medias y clases trabajadoras, durante la época Victoriana en Inglaterra, se apropiaron del rugby (de su práctica, de su estilo), pensando en la exploración de los cambios culturales y las conquistas políticas, sobre todo, entre trabajadores del Norte de Inglaterra. Pone en el centro de la discusión la noción de clase, en términos históricos, partiendo de usos y configuraciones de una práctica (el rugby) cuyo valor era determinado, en principio y exclusivamente, por estudiantes pertenecientes a las *Public Schools*.

“It looks at the development of rugby in the social context of late Victorian and Edwardian England and tries to demonstrate how the changing nature of that society shaped the sport and led to the creation of rugby league. At its heart is an exploration of how a game that was initially exclusively restricted to public school

boys was transformed into a sport that became exclusively identified with the working classes of northern England”¹¹² (Collins, 2006:14)

El valioso aporte de Collins, inseparable analíticamente de la noción de clase, radica en mostrar cómo una práctica asociada a la posición de clase (obrero) estimula y opera fuertemente en la estructuración de un deporte. La conquista colectiva tendrá que ver con pensar en conflictos de clase, en plena consolidación del sistema capitalista mundial, y la constitución de identidades asociadas a las diferentes ocupaciones dentro de esa estructura de producción e intercambio de bienes y servicios. En este contexto, y ante la expresión del tiempo libre, como tiempo delimitado fuera del horario ocupado por/para el trabajo, Collins analiza la relación entre las clases medias (las asociadas a las ocupaciones “de cuello blanco”),

“More importantly for the broader perception of the sport, the myth served to anchor the Rugby game as separate from the older traditions of plebeian folk football, creating a distinct middle-class lineage for the sport at a time when the middle classes in general were seeking to create exclusive recreational havens for themselves outside of the prevailing mass sporting culture”¹¹³ (Collins, 2006:6)

El rugby significaba la invención y recreación de un espacio distintivo para las clases medias. Propio de un colectivo y alejado de todo lo que implicara una cultura de masas. Es un momento clave: las tradiciones pre capitalistas asociadas a una cultura plebeya deben ser despojadas y distinguidas de una nueva forma de vincularse, articulando valores que expresen esa distinción que, además de clase, era al mismo tiempo un distanciamiento que operaba en clave de género,

“For example, at various points the relationship between rugby and masculinity is looked at in the context of public school rugby, under rugby union rules and Northern Union rules. I will argue that, first and foremost, definitions of masculinity and violence were defined by class. Acts perceived as manly and character-forming by the middle classes were interpreted differently when carried

¹¹² “Se observa el desarrollo del rugby en el contexto social de la tardía Inglaterra victoriana y eduardiana y se intenta demostrar cómo la naturaleza cambiante de esa sociedad le dio forma al deporte y condujo a la creación de la liga de rugby. En el fondo, es una exploración de cómo un juego, que estuvo inicialmente restringido a niños de escuelas públicas, se transformó en un deporte que llegó a estar exclusivamente identificado con las clases trabajadoras de Inglaterra del norte.”. Traducción propia.

¹¹³ “Aún más importante para una percepción más amplia del deporte, el mito sirvió para anclar al juego del rugby como algo distinto de las tradiciones más antiguas del fútbol popular plebeyo, creando un claro linaje de clase media del deporte al mismo tiempo que las clases medias en general procuraban crear exclusivos refugios recreativos distinto de lo que era la imperante cultura del deporte de la masa.”. Traducción propia.

out by members of the working classes: thus hacking was viewed as courageous between former public school boys, yet outrageous when perpetrated by miners. Conversely, the predominantly workingclass supporters of the NU found tripping and kicking unacceptable. The growth of imperial nationalism towards the end of the nineteenth century had a crucial impact on notions of masculinity...”¹¹⁴ (Collins, 2006:18)

Desde el Rugby se erige una barrera de legitimidades entre lo que significa una violencia tolerada y una inaceptable. Acompañada por la codificación de la práctica y la regulación de las agresiones dentro del juego, las clases medias se identificarán con esa violencia soportable, sostenida y aceptable socialmente. Mientras que la interpretación de las agresiones dentro del mismo juego, pero practicado por la clase trabajadora, resultarían indignantes para las mismas clases medias. Aquí radica la operación simbólica y de su eficacia sobre la misma práctica al asociar el deporte a la clase social, y en asentar una definición y percepción legítima, según la clase, sobre la masculinidad y la conducta varonil justamente, según qué clase la definía y la percibía.

Pero más allá de esta diferenciación simbólica, la disputa de clases representada en el uso y en la configuración de la práctica, tanto de la clase trabajadora como de los dueños del capital, no llegaba a una confrontación absoluta. Collins advierte una posible reducción de las tensiones, en torno al significado otorgado por cada colectivo al rugby, al encontrarse ocasionalmente, trabajadores y dueños de fábricas en un mismo partido (como rivales u, ocasionalmente, como compañeros de equipo). Esto indica que la apropiación por parte de la clase trabajadora tiene aún mayor importancia, más allá del intento de deslegitimar el uso de la práctica por parte de la clase dirigente; porque implica que la distinción no es totalmente excluyente. Hay un registro del “otro” como colectivo que intenta negar, pero que termina siendo positivizado al compartir los mismos espacios. Lo que no implica igualdad en derechos ni en condiciones, ni materiales ni simbólicas. La disputa y la dominación seguían siendo efectivas y reales,

¹¹⁴ “Por ejemplo, en distintos puntos, la relación entre el rugby y la masculinidad se analiza en el contexto del rugby de las escuelas públicas, según las reglas de la asociación de rugby y también de aquellas de la Liga del Norte. Primero y principal, considero que las definiciones de masculinidad y de violencia se definían por clase. Los actos considerados masculinos y formadores de carácter de las clases medias eran interpretados de forma diferente cuando se llevaban a cabo por miembros de las clases trabajadoras: mientras que el pirateo era visto como un acto de valentía entre los primeros alumnos de las escuelas públicas, éste se convertía en atroz cuando era perpetrado por mineros. Por el contrario, los simpatizantes de la Liga del Norte, en su mayoría de la clase trabajadora, consideraban inaceptables los tropiezos y puntapiés. El crecimiento del nacionalismo imperial hacia fines del siglo XIX tuvo un fuerte impacto en las nociones de masculinidad.”. Traducción propia.

“This did not mean that class conflict had been abolished or that the leisure pursuits of the classes were interchangeable. Nor did it mean that harmonious relations between the classes were the norm. Practically, it meant that the reduction in social tensions created a greater possibility of members of different classes playing sports together, certainly when compared to the pre- and post-1848 periods. In rugby, this process manifested itself in factory owners and factory workers playing the same game and occasionally in the same teams.”¹¹⁵ (Ibíd.:24)

La relación entre el tiempo dedicado a la práctica y la remuneración por practicar el deporte fue central para discutir la incorporación de la clase trabajadora al rugby, y definir las categorías de profesionales y amateurs, con los valores asociados a cada condición. La asignación de valores negativos hacia el profesionalismo operaban en detrimento de la clase obrera que recibía dinero por jugar. Allí se jugaba la operación de exclusión, al negativizar la práctica rentada. La distinción entre lo amateur y lo profesional era un recurso para excluir simbólicamente a quienes eran remunerados, aunque encubriese y solape las diferencias, no sólo del tiempo libre disponible entre las clases, sino el significado y el sentido de ese tiempo libre para las clases,

“In the main, the middle-class leaders of the game saw the working-class professional sportsman as a form of prostitute: ‘We shall always view with the gravest apprehensions the introduction of the paid element into a game which up to the present time has been played for sport – or rather for the love of sport – alone’”¹¹⁶ (Ibíd.: 28)

Afirma Collins que el argumento de época, sostenido por las clases medias, se basaba en que la remuneración por jugar le otorgaría a las clases trabajadoras un mejor rendimiento en la práctica, al dedicar mayor tiempo de preparación. La paga profesional convertiría al rugby en un juego “áspero e injusto”, con desprecio hacia a las reglas, sumando el abuso a los árbitros. Esto desplazaría a los verdaderos caballeros que mantenían el amor por el juego (y por el juego limpio), y que ese amor lo significaba

¹¹⁵ “Esto no quiere decir que la lucha de clases había sido abolida o que las actividades de ocio de las clases eran intercambiables tampoco significa que las relaciones armoniosas eran la norma entre las clases. En la práctica, eso significaba que la reducción de las tensiones sociales había creado más posibilidades para que miembros de diferentes clases estén haciendo deporte juntos, sin duda, en comparación los períodos pre -y post-1848. En el rugby, este proceso se manifestó entre los dueños de las fábricas y los trabajadores de las fábricas que juegan el mismo juego y de vez en cuando en los mismos equipos”. Traducción propia.

¹¹⁶ “En general, los líderes de la clase media del juego vieron al deportista profesional de la clase obrera como una forma de prostituta: ‘siempre vamos a ver con los temores más graves de la introducción del elemento pago en un juego que hasta el momento actual se ha jugado para el deporte - o más bien por el amor de deporte – solo’ ”. Traducción propia.

todo; inclusive se sostenía por sobre la idea de ganar dinero por jugar, en relación a ganar un partido.

“Although not articulated as such, rugby football had become a site of conflict between the expression of working-class cultural practices and the dominant cultural codes of the public-school ethos”¹¹⁷ (Ibíd.: 51)

Una relación de distanciamiento con necesidades materiales era lo que definía, según Collins, la posición de las clases medias y su vinculación a la práctica de rugby. Sin dudas, el rugby se había convertido en el vehículo de una disputa simbólica entre los significados y los usos de clase, sobre el tiempo libre y el ocio.

4.2.2. Francia: del elitismo a la popularización

Philip Dine (2007), revisa las inversiones ideológicas que se incluyen en el deporte en Francia, y reconstruye históricamente la relación específica entre la clase, el rugby y el cuerpo, como soporte de significaciones, de representaciones culturales, como “bóveda” de un edificio social donde ciertas clases encuentran beneficios morales, psicológicos e incluso patrióticos.

Concebido en el siglo XIX como el deporte distintivo de los niños de familias dirigentes inglesas, dice Dine que el rugby expresa sus virtudes masculinas tradicionales (coraje, resistencia, fuerza), inspirados en un “cristianismo muscular” en una marco educativo. Pero que lleva a constituir al rugby como la base de un deporte exclusivo de una clase exhibiendo valores dominantes como los asociados a la “patriarquía”, el nacionalismo, el chovinismo y el militarismo, el colonialismo y el racismo. El cuerpo modelado en el rugby es masculino e inglés, imperialista y blanco. De aquí que la aceptación fuera consonante en los territorios británicos poblados en el hemisferio sur que cristalizan y conservan casi como “feudos” el deporte. Es que el rugby se había convertido en un vehículo de las virtudes primeras, expandidas entre los colonos australianos, neozelandeses o sudafricanos antes de permitir la expresión de nuevas identidades nacionales.

Explica Dine que los primeros adeptos al rugby en Francia fueron los alumnos de los liceos parisinos de más renombre, que más adelante serán los miembros

¹¹⁷ “Aunque no fuese enunciado como tal, el fútbol rugby se había convertido en un punto de conflicto entre la expresión de las prácticas culturales de la clase trabajadora y los códigos culturales dominantes del carácter distintivo de la escuela pública.”. Traducción propia

fundadores de los principales clubes como el *Rugby Club de France* (1882) y el *Stade Français* (1883). Al igual que sus maestros ingleses, practican el atletismo en verano y el rugby en invierno¹¹⁸.

Si bien en una primera instancia de expansión del rugby en Francia, se da entre sectores de las elites parisinas, hay un proceso de popularización, que Dine recupera historiográficamente basando el análisis en la importancia de elementos como el sentimiento de regionalismo y las identidades locales, aunque también es notorio el sentido homogeneizante de una identidad nacional.

A través del discurso higienista de la educación física, en algunas zonas del campesinado y del sector obrero, el rugby se convierte en un fuerte operador identitario, promoviéndose en la Liga Girondina, donde los éxitos del equipo *Stade bordelais* motivan hacia la práctica y amplía el número de participantes. El rugby se populariza y adquiere ciertos movimientos democratizantes en la década de 1920, siendo una práctica burguesa hasta 1914. El rugby es representado entre el campesinado francés como disposición típicamente popular y de culto a la virilidad y el gusto por el contacto cuerpo a cuerpo con dureza. Además de ser un espacio de encuentro y celebración (especialmente “el tercer tiempo”) entre hombres tanto de la elite parisina, como de sectores trabajadores de Bordeaux o de grandes regiones del gran sudoeste francés.

Durante los '30, el rugby francés se transforma en un espacio que representa conflictos sociales y políticos, desde el Frente Popular hasta el régimen de *Vichy*. La administración y la visibilidad que adquiere el rugby en sentido político e ideológico es único, y es codiciado por todos los movimientos políticos (Dine, 2007). Pero es el régimen de *Vichy* quien llega a hacer del rugby en el campesinado un pilar de su programa de “vuelta a la tierra”, en el marco de su “Revolución nacional”. Las inversiones morales y materiales de *Vichy* le permiten el éxito al rugby como práctica en el período de post-guerra, siendo adoptado por los gobiernos sucesivos como signo nuevo de eficacia (sobre todo, en una especie de reposición de la virilidad) en un país que intenta reconstruirse tras la segunda guerra mundial (Ibíd.)

Es entonces el cuerpo del *rugbier* un elemento de interés del nuevo culto del “rendimiento” en las esferas productivas, sociales y económicas, al encarnar las virtudes masculinas y productivistas dominantes. La nueva Francia del consumo también produce cuerpos, vinculados a fortalecer un sentimiento nacionalista asociado al

¹¹⁸ La implicancia del Barón Pierre de Coubertain es fundamental en la promoción del deporte en Francia, al movilizar y gestionar encuentros y actividades vinculadas a la difusión de cada actividad deportiva.

sacrificio, a la rudeza, al sufrimiento, y a la proeza atlética. El rugby es el espacio productor por excelencia de esos cuerpos: en muchos casos, significa el cuerpo que se sacrifica por la Nación, sobre todo, en el caso de los seleccionados nacionales.

4.2.3. Francia e Inglaterra: los modelos a seguir en Argentina

En Argentina, la devoción por la cultura europea (especialmente, por lo británico y lo francés) por parte de los sectores dominantes y dirigentes (tal como explicáramos anteriormente) se convirtió, en el campo del rugby, en la copia fiel de la práctica europea. Ya dijimos con Alabarces (2002) que es en la década de 1910 que los equipos británicos de fútbol abandonan los torneos, para organizar y diseñar las tradiciones del rugby en Argentina. Con algunos puntos de contacto con la experiencia inglesa, las clases populares argentinas se reapropian del uso y la configuración de la práctica futbolística, cambiando su sentido cultural y social, en lugar del esquema ideológico y de clase inglés (Archetti, 2001 y Alabarces, 2002). El rugby y el hockey femenino son, durante varios años, un fuerte símbolo de distinción de clase en Argentina (Alabarces, 2006).

La concepción de *Fair Play* guarda relación directa con una noción de honor, respeto y lealtad con el que los *gentlemen* ingleses se diferenciaban de aquellos que no podrían hacer del autocontrol de sus emociones una señal distintiva. Palermo (2010) exhibe cómo la apropiación del rugby por parte de los sectores dominantes, en la Argentina, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX se sostuvo en una reinterpretación de “lo inglés” como elemento distintivo. Si los estudios sobre las representaciones fundacionales de la Nación argentina (de un estilo de juego y de masculinidad) de la Revista “El Gráfico” (desde los años ’20, en adelante) de Archetti (2001) mostraron que desde el fútbol se construía un mundo imaginario donde lo masculino no se relaciona con la pureza del guerrero, con la virilidad y el sacrificio, como la experiencia francesa o inglesa, el mundo imaginario de los sectores dominantes se hará cargo de esos atributos y los asociará directamente al rugby como espacio significativo: pero además le agregará el sentido de la caballeridad, asociada históricamente al espacio de “lo inglés”. Es la operación inversa desarrollada en la historia del fútbol en Argentina. Tal vez porque no haya un sujeto colectivo que disputó e interpeló con su participación al aristocrático rugby argentino. Se trata de la inversión

ideológica que reproduce una forma moral de ser hombre y concentrar atributos como la fuerza, la caballerosidad y la elegancia, en un mismo cuerpo (Branz y Garriga, 2012). Desde el rugby, históricamente, se concibió la oportunidad de conciliar en un mismo espacio, por un lado, la condición de *caballerosidad* (basadas en la tolerancia, la lealtad, el respeto y la disciplina) y, por otro, la *agresividad* (asociada a las características de violencia de la práctica). En apariencia, si remitimos a la condición dualista, de lo dócil y lo agresivo, o lo violento y lo pacífico, estableceríamos una oposición que en el campo de rugby, se presenta como complementaria o necesaria. Es decir, el sistema elaborado históricamente en base a modelos civilizatorios que regularon el espacio del rugby en Argentina, como vínculo deportivo con los sectores dominantes, a través de una lógica apoyada en la *razón* como forma “descubrir” el mundo y construir las propias prácticas, estabilizó y garantizó la necesidad de resguardar un espacio distintivo de clase y, conjuntamente, un lugar seguro para los atributos asociados a una forma tradicional de masculinidad. Una producción y reproducción cultural vuelta naturaleza, vuelta sentido práctico (Bourdieu, 2007[1980]). Como diría Bourdieu, y para comprender el sentido distintivo que le otorgan los actores participantes del rugby en Argentina:

“...la distribución de la práctica de los diferentes deportes entre las clases, sería necesario tomar en cuenta la representación que, en función de los esquemas de percepción y de apreciación que les son propios, las diferentes clases se hacen de los costes (económico, cultural y ‘físico’) y de los beneficios asociados a los distintos deportes, beneficios ‘físicos’ inmediatos o diferidos (salud, belleza, fuerza –visible, con el culturismo, o invisible, con el higienismo- etc.), beneficios económicos y sociales (promoción social, etc.), beneficios simbólicos, inmediatos o diferidos, ligados al valor distributivo o posicional de cada uno de los deportes considerados (es decir, todo lo que concurre en cada uno de ellos por el hecho de que sea más o menos raro y esté más o menos claramente asociado a una clase...), beneficios de distinción procurados por los efectos ejercidos sobre el propio cuerpo (p. ej. esbeltez. bronceado, musculatura más o menos aparente, etc) o por el acceso a grupos altamente selectivos...” (Bourdieu, 1998[1979]:17-18)

En Argentina no hay, en apariencia, un conflicto de clase en relación a la apropiación del rugby como espacio a conquistar. Es un sector, en tendencia, que persigue, conserva y garantiza, lo que nombra como “amateur”¹¹⁹ dentro de las reglas del campo; dispuestas fundamentalmente por instituciones deportivas (clubes) y algunos

¹¹⁹ Veremos, más adelante, la relación entre el rugby y la vinculación con las nociones de amateurismo y profesionalismo.

productos gráficos de circulación selecta. Recordemos que, siguiendo a Losada, no existieron en Argentina instituciones educativas que reprodujeran y experimentaran las lógicas de las *public schools* británicas, donde el rugby era incorporado como actividad deportiva¹²⁰.

4.3. La apreciación de los actores

Muchas de las charlas con Nacho han sido o, mejor dicho, han contribuido para que él me explique, y yo entienda qué significa jugar al rugby en La Plata. Y no sólo eso: qué significa hacerlo en un club determinado, y no en otro. Nacho sabe que no es lo mismo jugar en Albatros que en cualquiera de los otros cuatro equipos de la ciudad. La diferencia, explica, radica en la formación de esos clubes, como clubes de rugby: sus historias, la cantidad de gente que colabora y que asiste al club, sus trayectorias, y la ubicación en la ciudad. En esta última se apoya para fundamentar las diferencias, agregando una caracterización de quiénes juegan en Albatros, quiénes en San Luis, LPRC o Universitario:

“Ya llegar a Albatros Rugby Club es incómodo, digamos, tenés que tomarte un colectivo, te bajas del colectivo y te afanan en la puerta, es difícil. Entonces, un pibe de diez años sino tenés un papá que lleva cinco pibes no va a la escuelita, es difícil, en cambio, capaz que un pibe que va a La Plata Rugby hasta se puede tomar un colectivo para ir, lo toma en el centro y lo deja en la puerta del club, los mismo Universitario y lo mismo pasaría con San Luis, pero ya el nivel que tiene es otro, los pibes a los 17 años tiene camionetas 4 x 4, que en Albatros no pasa, ¿me entendés?”

Nacho resume la distinción a lo geográfico, a la ubicación de los clubes que, indefectiblemente, asocia al traslado hacia el club y a las condiciones de ese traslado. Ya caracterizamos los barrios y las posibilidades de acceder a las instalaciones de entrenamiento. Hablamos de los beneficios de las tierras de Gonnet, en relación a las de Hernández, en tanto la accesibilidad que brinda el sistema de transporte de la ciudad, relativo al punto de partida de cada jugador antes de ir al Club. Ese es el indicio que Nacho muestra como particularidad del imaginario que sostiene sobre la posición de Albatros y la de otros clubes, cristalizando el sentido que, por un lado obtura la llegada de algunos chicos a ciertos clubes y, por el contrario, lo que les permite el acceso. Su

¹²⁰ La experiencia entre el Buenos Aires English High School y lo que hoy conocemos como Asociación Alumni, podría haber sido un ejemplo de vinculación entre el rugby y una institución educativa.

argumento parece radicar en una diferencia económica fundamentalmente: “Entonces llega un momento que por una cuestión totalmente socioeconómica el pibe tiene la posibilidad de manejarse, hasta de tomarse un remise solo, que los pibes de Albatros no, porque los pibes de Albatros se nutren de amigos de amigos, uno de la escuela de Hernández, otro de la zona de las granjas, de las quintas, como del centro también, ¿no?”. Otra vez Nacho asocia el supuesto lugar de residencia con la condición posible para acceder o no, a un club con mayor prestigio. Y también se refiere a los “pibes”. Habla de los jóvenes que integran las juveniles. Si bien es cierto que muchos de los jóvenes mayores de diecisiete años llegan al Club Universitario o a La Plata Rugby Club manejando un auto¹²¹, existe una responsabilidad legal que no permite conducir a menores de diecisiete en Argentina. En Albatros, como era el caso de Nacho, la mayoría de los integrantes del Plantel Superior poseían vehículo y organizaban, según el trayecto, la recolección de los más jóvenes, justamente, para evitar que se movilicen en más de un colectivo.

Con el tiempo Nacho amplió su criterio sobre la diferencia de los clubes, y al argumento socioeconómico sostenido por la geopolítica territorial, le sumó un componente étnico/cultural. De la diferenciación general que ubicaba en la periferia y posición subalterna con respecto a los demás clubes, Nacho redujo y recortó la caracterización (recurriendo, igualmente, a lo territorial como fundamento que organiza cada grupo). La distancia inicial con Universitario¹²², disminuía si los “otros” distantes eran los habitantes de City Bell¹²³; entonces la diferencia se vuelve relativa agregando otros componentes: “No hay diferencia, obviamente la diferencia está dada a que ‘son los negros de Hernández’ o ‘son los negros de Gonnet’ o son ‘los chetos de City Bell’, para los de City Bell son ‘los negros de Gonnet’.” La *negritud*, en este caso, para Nacho, reside en una diferencia de estilo y de clase. La *negritud* tiene correlación en

¹²¹ Detuve la mirada en estas situaciones, en mis períodos de observación no participante de los clubes de Gonnet. He permanecido varios días con uno de los preparadores físicos del Rugby del Club Universitario, observando cómo los jóvenes de 14 a 19 años realizaban ejercicios de musculación en el gimnasio que posee el club.

¹²² En aquel momento, cuando charlábamos con Nacho sobre estas cuestiones, Albatros militaba en el mismo grupo (división, categoría) que Universitario, y se produjo, para los jugadores de Albatros una especie de “clásico”, de rival a vencer, en tanto a ser reconocidos con el orgullo que significa ganarle a otro equipo de la ciudad. Mientras que por parte de Universitario, minimizaban la cuestión o, directamente, omitían algún tipo de expectativas al enfrentar a Albatros.

¹²³ Localidad de similares características a las de Gonnet, que conserva el prestigio al ser el barrio habitado por familias tradicionales de la ciudad de La Plata, o por contar entre sus moradores, con funcionarios con cargos jerárquicos en el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, o empresarios influyentes en la órbita privada. City Bell, se ubica luego de Gonnet, trasladándose desde La Plata hacia Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA).

este caso, según Nacho, con lo que denomina como “grasa”: lo que no es “fino”. Lo que no resiste un estándar refinado de costumbres tales como “hablar correctamente”, “estar instruido”, “vestirse mal” u “oler mal”, “tener mal gusto”. Aunque no sea el caso concreto, en la relación que establece entre Albatros y Universitario, y la comparación con los habitantes de City Bell, sus caracterizaciones se van definiendo a medida que se presenta, dependiendo el contexto y, más aún, cuando cuenta quién es él en el espacio del rugby. Aunque no haya demasiadas diferencias estéticas entre los jugadores de Albatros o Universitario y los de LPRC, Nacho insiste en agudizar la distinción. No es la *negritud* que sí amplía cuando adjetiva, negativamente, a algún joven que solemos cruzar en la calle, vestido con zapatillas deportivas, con un corte de pelo (desairado por Nacho, por los diferentes niveles en el largo del pelo: la conjunción de rapado y algunos centímetros más en el mismo corte, más el accesorio de una gorra), o el color de piel (percibida por Nacho como “negra”). Hemos compartido muchas charlas en la vereda de su Gimnasio y él detenía la charla si algún joven con esas características estéticas pasaba cerca de nosotros, sugiriendo que “estamos cada vez peor”. Como tantos y tantas, Nacho porta con el estigma histórico edificado en Argentina sobre las clases populares: el hecho de asociar, como dice Adamovsky (2012), las condiciones económicas desfavorables con el color de la piel, confirmando el prejuicio que quien mantiene la relación de “piel más oscura” y habita en zonas menos urbanizadas, es “inferior” y poco apto para la “civilización”. La “tez blanca” más las conductas morales y estéticas de la “gente del rugby”, inhabilitan a pensar en la posibilidad de que el rugby fuera “cosa de negros”. Lo cual nos deja ver que la estrategia discursiva que Nacho utiliza al compararse con los habitantes de City Bell, es circunstancial y que la “negritud” no existe. Excepto para estigmatizar y/o desjerarquizar a otros.

Nacho, a medida que transcurre nuestra relación en el campo, oscila entre el relativismo que lo coloca a él y a su Club en un lugar de privilegio, y un absolutismo que lo condena a él y a Albatros a la periferia del rugby platense; aunque jamás duda de que el rugby sea, en La Plata, un espacio donde ciertos actores se distinguen y son distinguidos. Asegura fervientemente que el rugby no es un deporte popular, pero a la vez dice que cualquiera puede jugarlo, apoyándose en lo que el resto de mis interlocutores (cualquiera sea su club) sostiene: “Lo puede jugar cualquiera: el gordo, el flaco, el alto, el bajo. Todos”. Es una pluralidad fisonómica la que construyen Nacho y sus colegas. Y donde excluye a las mujeres, “porque tampoco es un deporte que la mujer entienda mucho, y como el deporte sigue siendo a ese nivel y a todo nivel, el

rugby es un deporte lamentablemente elitista”. Pero esboza cierto margen participativo, pensando en el efecto de lo que llama “Pumamanía”¹²⁴ y admite que, lentamente, hay más gente que va entendiendo el deporte: “Y no es popular, no es un deporte popular porque no todo el mundo lo entiende, hubo una ‘Pumamanía’ por el mundial. Si no, la gente ni sabe lo que es el rugby, ni sabe cuántos jugadores tiene. O sea... ¡vamos! ¡no es un deporte popular!”. En este caso, Nacho reserva el gusto por el rugby a una supuesta cofradía que sí sabe de rugby y que, históricamente, se ha vinculado al campo. Asocia lo popular a una incapacidad de conocimiento, a un acceso limitado de saberes específicos del deporte que, de no ser por la masividad del evento mundial, no hubiese accedido de otra manera.

Pertenecer a un “club grande”, dice Nacho, te otorga otro tipo de facilidades. Allí Nacho establece otro borde que excede el campo del rugby, y amplía el análisis hacia afuera del rugby. Está hablando del prestigio que cree él que le otorga a un jugador de rugby que integra otro club que no sea Albatros. Y expone conscientemente sus prejuicios sobre esos hombres advirtiéndole que “existe lo que es la envidia, lo que es el desprecio porque el otro tiene y yo no tengo. ¡Ojo! cuando te digo ‘yo’, no te hablo de mí. Te hablo de la gente que no está en el rugby y cree que está lleno de cancheros”. Nacho retoma un prejuicio general que reproduce la idea que el rugby es sólo para gente distinguida. Lo hace estratégicamente, primero, retomando lo que “otros” dicen sobre el rugby, para luego expresarme qué es lo que piensa él de sus colegas que ocupan otros lugares en el rugby platense:

“un flaco de un club grande tiene otro tipo de facilidades, porque capaz que el flaco justo tiene facha, juega bien al rugby, juega en la primera de un club y encima tiene guita, entonces es como que uno lo mira con cierto desprecio y decís ‘este es un boludo’. Entonces capaz que tratás de evadir esos lugares”.

Otra vez Nacho distingue a los clubes grandes de Albatros. Pero además le asigna un tipo de conducta a sus miembros, la cual rechaza, aunque inmediatamente

¹²⁴ También, muchos jugadores entrevistados me han hablado de la “Pumamanía”. Se refieren a la consecuencia, en tanto la movilización de entusiasmo generado por el desempeño del Seleccionado Nacional de rugby (denominado “Los Pumas”), el cual culminó en la tercera posición en la Copa del mundo, disputada en Francia en el año 2007. Esto, según mis interlocutores amplió el público que se interesó por el rugby, dado que los partidos fueron seguidos por televidentes no especializados en el campo del rugby, incluso siendo las transmisiones por sistema de televisión privada. Sin dudas, el papel de los medios gráficos dedicados al rugby, los portales web y las secuencias publicitarias sobre “Los Pumas” en los canales de televisión abierta, lograron el incremento en el interés sobre el producto. Sobre todo, en la pregnancia de un relato nacionalista asociado y encarnado por “Los Pumas”. Reflexionaremos más adelante sobre estos casos.

vuelve a apoyarse en la hipótesis de lo que sienten “otros” sobre el rugby: “Algunos sí, yo no tengo problemas, pero hay algunos que les molesta ir a un lado que está lleno de ‘maristas’¹²⁵ o está lleno de ‘canarios’, o está lleno de ‘tilambres’, es una cagada”.

Nacho es un preocupado por la estética, tanto masculina como femenina. Cuando me describe a alguien, lo primero que hace es decirme cómo es físicamente, pormenorizarme sus atributos fisonómicos, ya sean positivos o negativos para él. Y enseguida, los compara con “tipos normales”, como él (señalándose a sí mismo) o como yo, pese a nuestras diferencias. Si hay más participantes en la charla, extiende la comparación hacia todos los integrantes de la tertulia, formando un círculo con sus brazos que se extiende de menor a mayor y que grafica esa circularidad grupal.

Nacho me enseña cuál es la diferencia entre los jugadores y los clubes de rugby. En algunas oportunidades, se exterioriza del relato y pasa a formar parte de esos “otros” que no conocen las lógicas. Y en ciertos momentos, vuelve sobre su posición. Cuando vuelve lo hace para contarme anécdotas sobre su club y sobre su desempeño en la institución. Es ahí donde suspende el relativismo que activa cuando me cuenta qué significan los “clubes grandes” de rugby de La Plata, y qué privilegios se obtiene siendo parte de ellos. Allí me cuenta los beneficios que él obtiene: en una buena jugada que realizó en un partido, en la conquista de una mujer que conoció (gracias, según él, a sus atributos físicos y su condición de jugador de rugby), en diferentes eventos vinculados a la vida nocturna de la ciudad. Nacho, tal vez, sea uno de los jugadores más reconocidos de Albatros; no por su calidad de jugador, sino por las relaciones que mantiene con agentes de otros campos: empresarial, deportivo, nocturno, estatal, etc.

Nacho construye y lleva adelante una imagen que naturaliza en relación al ideal de jugador de rugby, en donde asocia la posición económica con la belleza como condición, estrictamente referida al rugby: gran volumen muscular (de cuellos, trapecios, brazos, pectorales, abdominales), corte de cabellos estándar (el límite del largo del cabello llega hasta por encima de los hombros. No registré jugador que tuviera el pelo más largo de esa medida), rostros que considera de “tez blanca”, y un buen aroma en la ropa y en el cuerpo. Y desde ahí, lo que esa articulación de atributos - supuestamente discriminados y complementados por Nacho- trae aparejado en el beneficio social que otorga en términos de estatus. Condición socioeconómica privilegiada, más un estándar de belleza dominante, enmarcados en la lógica elitista que

¹²⁵ “Maristas” es el apodo del equipo de San Luis, mientras que “Canarios” es el de LPRC, y “Tilambres” el del Club Los Tilos.

organiza el rugby: el rugby sería para gente distinguida. Dice Nacho que él lo percibe como “aires de grandeza, aires de elitismo que genera el rugby. Vos ves un flaco que juega en San Luis y es distinto, es distinto realmente. Yo creo que es una cuestión, yo no lo veía de chico y lo veo de grande, una superioridad total, como que son más”. Nacho transita en un campo al que le asigna la oportunidad de obtener privilegios. Si bien, dentro de Albatros es un actor con mejor posición de acceso a ciertos espacios o bienes, su condición no la determinó su integración al rugby en forma absoluta. Más bien fueron sus relaciones sociales constituidas desde su adolescencia hasta hoy, atravesando diversos espacios sociales, con estrategias eficaces para sostener los vínculos que él considera beneficiosos. Nacho no es un “hombre de rugby” como lo definen quienes, desde muy pequeños, pertenecieron a un club de rugby y aprendieron todo lo que significa jugar al rugby en La Plata, como trayectoria social y cultural. La operación de Nacho al explicar las diferencias entre los jugadores de rugby y los privilegios que, supuestamente, se obtienen al jugar al rugby, están expuestos desde una condición periférica¹²⁶; que en otras circunstancias las narra desde una centralidad, asociada a privilegios obtenidos.

Nacho moviliza, ante mí, y ante otros sujetos circunstanciales, (compañeros de rugby, mujeres, su pareja, su familia, clientes de su gimnasio) su identidad, que le sirve como factor de legitimidad de una posición, justamente de privilegio. Esa movilidad de clasificaciones, a decir de Ziegler y Gessaghi (2012), no son una descripción de la realidad –como construcción social–, sino una posición ante ella. Pensar en desnaturalizar la diferencia es pensar en reponer las relaciones históricas que Nacho expresa como *naturaleza y esencia*. Sobre todo en la producción grupal de esos supuestos beneficios que Nacho caracteriza y distingue como resultado de “pertenecer” o “estar” en relaciones de privilegio, con respecto a otros grupos.

4.3.1. Heterogeneidades

Si para Nacho, LPRC es el lugar de pertenencia por excelencia, donde sus integrantes producen –y obtienen– privilegios sociales, económicos, políticos y físicos, la mirada de Agustín y de Damián será diferente, siendo ellos integrantes de LPRC.

¹²⁶ Con periferia me refiero a la no centralidad del campo. Si partimos de la idea, como lo hace Nacho, de concebir a LPRC, al Club San Luis y a Universitario, como los “clubes grandes” y prestigiosos. Donde sus jugadores mantienen un papel central en términos simbólicos en la ciudad de La Plata.

Agustín realiza la misma operación de diferenciación que Nacho, pero lo hace en relación a los clubes de la zona norte del conurbano bonaerense. Asegura que “ahí sí que hay diferencias sociales, claro que hay diferencias sociales. Son tipos de clubes de zonas de mucha plata. El nivel económico les da muchas facilidades. Hay escalas, obvio que hay escalas; ni hablar que hay escalas (repite). Hay clubes mejor posicionados que otros, como Newman o CASI”. Aquí se hace visible en Agustín otra de las diferencias imaginarias del rugby en la Provincia de Buenos Aires: la competencia simbólica entre los clubes de La Plata y los de la zona norte del conurbano bonaerense. Estos han sido los padrinos –directa o indirectamente- de todos los clubes de la ciudad de La Plata. Son, por sus años de historia, los que reproducen las tradiciones del rugby *como se debe hacer en el mundo del rugby*. El estilo “inglés” que destilan desde la arquitectura y la estética de las instalaciones de los clubes, hasta ser los guardianes primeros del “verdadero espíritu” del rugby. Agustín parece construir lo que Adamovsky (Ibíd.) llama “diques sociales”. Primero lo hace para construir una barrera simbólica entre el rugby de La Plata y el de la zona norte bonaerense. Pero luego lo hace en el plano local: otra vez se echa mano a la localización territorial como signo distintivo. Agustín reconoce que Gonnet es “quizás, en el posicionamiento económico, una zona con gente de mayores recursos. Si bien quizás cruzas la vía y tenés cercanías de gente de menos recursos¹²⁷, pero es una zona de bastante nivel socioeconómico alto”. Ahí se posiciona Agustín y lo ubica a LPRC en relación con el resto de los clubes, pero a la vez elige compararse con los clubes de zona norte realizando, en el mismo gesto de distanciamiento, una maniobra de aproximación simbólica.

Hay un segundo argumento que es determinante para Agustín en relación a las diferencias sociales entre el rugby y otros espacios. Él se declara un fanático del fútbol, porque conoce muy bien que la diferencia entre jugar al fútbol y jugar al rugby tiene que ver con “un tema de educación, ¿no?”, me mira y me invita a que sea cómplice de su hipótesis. Y continúa la explicación diciendo que “no la quiero embarrar pero es un poco de educación, el jugador de futbol viene de otra clase social”. No me aclaró de cuál venía, pero dejó en claro la diferencia. Otro “dique social” erigido para separar a quiénes no integran su espacio, acompañado de la portación de otro de los grandes movimientos referidos a la idea de una alta cultura y de la educación como signo de distinción en la Argentina de fines del Siglo XIX y principios del Siglo XX: junto con la

¹²⁷ Se refiere a un sector de Villa Castells, de condiciones más precarias que el resto del Barrio. Pero que no llega a nombrarse, ni a identificarse con una villa miseria o un “barrio en emergencia”.

buena educación y la cultura letrada vendrán los buenos modales, propias de una persona “civilizada”.

Para Agustín el giro argumental vira otra vez. Ahora hacia la lógica del amateurismo: “es verdad, nosotros tenemos que pagar para jugar. Y vos vas a jugar, y vos estás dando todo, pero no lo entendemos así, nos criamos de esa manera. Es mucho más fácil cuando lo aprendes de chico”. Con naturalidad, maneja la idea de que “hay que pagar para jugar. Y el que no tiene...bueno, que venga a ayudar en algo, que entrene una categoría. Si no podés pagar la cuota, el club te da muchas posibilidades”. Inmediatamente Agustín reconoce que la estructura de entrenadores se está profesionalizando y especializando aún más, inclusive él es entrenador de una de las divisiones menores.

Una anécdota de Damián insiste en que la barrera de ser un deporte caro no impide a nadie jugar al rugby. Más allá que él sienta que no tiene plata “y está todo bien, juego igual”, cuenta que tanto a él como a Agustín le presentan jugadores para integrarse al plantel superior. Dice que como referentes deben presentárselos a ellos, y son ellos quienes integran a los nuevos: “me pasó con un chico que vino de Neuquén. Le hicimos una ronda de bienvenida y no lo podía creer. Me dijo ‘no puedo creer que seas tan bueno. Yo te veía por la tele pero no pensé que era así’”. Le consulté si ese joven aún estaba en el club y Damián me contestó que fue un mes y no concurrió más.

Agustín y Damián naturalizan la lógica de pagar por jugar. La fueron incorporando en sus trayectorias dentro del club, y dentro del rugby. Aunque son conscientes que no cualquiera puede sostener la práctica (que allí radica una de las diferencias del rugby), y que jugar al rugby en La Plata no es lo mismo que cualquier actividad. O por lo menos su autopercepción es clara, tanto como para reconstruir qué significa para los otros que no son parte del rugby, como para suponer una mirada de esos otros sobre ellos. Me cuenta Damián que, cuando ingresó a la Facultad, tenía dos grupos de amigos: los que venían con él del Colegio Nacional y el que había hecho en la Facultad que, según él, “lo odiaban”. Y enseguida me explica por qué: “Claro, porque se enteraron que jugaba, veían y decían ‘este canchero’. Y yo no hablaba con nadie en la facultad... yo me siento humilde y aparte vos ves mi historia y la de mi viejo y mi vieja.... Ni en la clase hablaba, o sea, no es que era quilombero. Porque también hay que ser sinceros, está el rugbier que es quilombero. Yo no tengo problemas con nadie”. Damián dice que es uno más pero me agrega una secuencia laboral que complementa la autopercepción sobre el prestigio que los sujetos le confieren a su campo y que los

convoca continuamente: “Me pasa en el laburo, con gente nueva, que me pregunta si juego al rugby, y me dice ‘ah, te tengo de ahí’. Y por ahí te empiezan a tratar de otra manera”.

Damián y Agustín denotan la importancia de la relación entre el capital de origen y el capital de llegada o, como dice Bourdieu (1998[1979]), entre las posiciones originales y las actuales. Agustín hace hincapié en el aprendizaje inicial de practicar un deporte donde se paga para jugar, y así es, así queda preestablecido. Damián amplía con su trayectoria social -aunque es recurrente entre los jugadores de rugby (excepto algunos casos que analizaremos más adelante)- transfiriendo la posición de partida a la de permanencia, en instituciones educativas. Pero sobre todo, remarca la de partida, donde sabe que todos lo conocían y no debía presentarse. Hay un juego que Agustín y Damián exponen entre una correlación dinámica entre las posiciones sociales y las disposiciones de los agentes (si pensamos en una noción constructivista) que las ocupan, dice Bourdieu (Ibíd). Pero lo que se pasa por alto es cómo lograron ocupar esas posiciones, supuestamente de prestigio o, como mínimo, de notoriedad social. Es así que se establece un vínculo irreductible entre las disposiciones y las posiciones y, conjuntamente, entre las aspiraciones y lo que realmente se realiza en esas posiciones. Para el caso de Damián, quien marca su punto de origen educativo en el Colegio Nacional Rafael Hernández, no debemos olvidar lo que reponen Tiramonti y Zaglier (2008): luego de la segunda mitad del Siglo XX, el Estado participó en la formación de las elites intelectuales y en la diferenciación de nuevos grupos privilegiados,

“A la división planteada en la segunda mitad del siglo XX a través de las modalidades bachiller, comercial, y técnica, hay que sumarle la coexistencia de instituciones que presuponían destinatarios bien diferenciados. Entre ellas cabe mencionar: los colegios nacionales ligados a la formación de ciertas elites intermedias, los colegios religiosos que también compitieron por la formación de las elites [...], los colegios nacionales de dependencia universitaria que procuraron la formación de las elites dirigentes e ilustradas” (Tiramonti y Ziegler, 2008:25)

Lo que practican Damián y Agustín, entre tantos colegas suyos, es lo que Ziegler y Gessaghi (2012) explican con José Luís De Ímaz y su viejo trabajo *Los que mandan* (1964): en nuestro país no puede hablarse de una “elite dirigente”, porque no hay acuerdos (ni explícitos ni implícitos) que la sostengan para hablar de un colectivo con objetivos más o menos similares. Lo que sí se puede evidenciar, es el “desajuste” entre

“*personas con prestigio social*” y también “los que mandan”. De Ímaz explica, además, que el motivo radica en un “déficit de base previa” y de “socialización colectiva”. De Ímaz construye estas hipótesis en la década de 1960, en Argentina, con una fuerte impronta de teorías funcionalistas. Discutiremos a lo largo de este trabajo sobre si es posible o no hablar de una *elite platense* o *clases de elites platenses*.

Agustín y Damián asumen ese supuesto prestigio. Lo dan por condición directa señalando al rugby como eje que funciona de usina para generar la diferencia simbólica ante el resto. Lo que debemos pensar en profundidad, sobre todo en el caso de Damián (que dice “no tener un mango¹²⁸”) es la distancia entre su posición objetiva y su percepción de clase. Porque allí tiramos por la borda toda teoría economicista que ordena los sujetos y las clases sólo por las condiciones materiales de existencia. Pues entonces, ¿desde dónde asumen Agustín y Damián que tienen prestigio social y que son percibidos como tales, fuera del campo del rugby? Pensaremos, más precisamente esta cuestión, en el apartado sobre las tradiciones del rugby.

Con Bourdieu (1998[1979]) podríamos anticipar que Agustín y Damián son conscientes de que poseen un fuerte capital social (que deben conservar y pueden aumentar), en el sentido de sus “relaciones” y lo que garantiza, justamente ese capital, es la mediación institucionalizada que, en su caso, es el Club.

4.3.2. Hilario y la “conciencia social”

Hilario no es jugador de ninguno de los clubes escogidos inicialmente para este estudio. El caso de Hilario es particular. Tiene veintisiete años y es ex jugador del Club Los Tilos. Estudia periodismo y trabaja en el Poder Judicial en el sector de Prensa. Su padre es un famoso preparador físico especializado en rugby, pero particularmente ha trabajado en equipos de primera división del Fútbol Argentino. Su madre falleció y tiene dos hermanos: “somos todos jugadores de rugby. El primero que me lleva es mi viejo, y después lleva a mis hermanos, muy de chicos. Mi tío fue en realidad el que había arrancado un poco con la dinastía en el club. No diría que fue uno de los fundadores pero sí uno de los primeros que empezó a entrenar y después todos mis primos en algún momento jugamos y algunos de ellos siguen jugando.”

¹²⁸ “Mango” es el equivalente a dinero, en el conjunto de palabras y códigos que se conoce como la jerga Lunfardo.

Cuenta que ya con su “vieja”, quien lo tenía en brazos, iban a ver a Los Tilos los días de competencia; lo relaciona así, porque reflexiona que aún su padre seguiría jugando de manera activa. Dice que ir al club lo tiene incorporado. Encuentra a la misma gente, “como una tradición que se repite todos los sábados”. Y me explica con entusiasmo y emoción, “imagínate que arrancamos con cuatro años, quizás con una edad que no te permitía arrancar, pero nosotros ya habíamos arrancado, era algo que ya teníamos muy incorporado”. Hilario, en todo momento, me muestra y me cuenta su grado de pertenencia al club y al rugby en general.

Uno de sus hermanos es abogado y otro estudia arquitectura, y sigue: “pero te repito, somos una familia ligada al rugby. De toda la vida. No había chances de elegir otra cosa”. Hoy, el que continúa jugando es el hermano más chico. Hilario se siente como en su casa cuando va al Club, “entro al club, conozco mucha gente, me siento bien. Es un lugar que cuando estoy con un algún bajón o con algo por el estilo me voy a ver rugby, o me voy a ver un entrenamiento, o me voy al gimnasio mismo del club y me pongo a charlar con los chicos, porque las relaciones te quedan”.

Hilario es un personaje relativamente conocido en la ciudad de La Plata para los círculos de sociabilidad distinguida. Su estadía en el Colegio Nacional, su práctica en Los Tilos, lo marcaron aunque ahora reconozca y crea que se encuentra en otra posición. Hilario sufrió un accidente en la zona de las vértebras que no le permitió seguir jugando al rugby, ni tener contacto con episodios medianamente agresivos. Aunque a veces contradiga a su médico y practique un poco de rugby, dice que no puede parar. Para él es un vicio. Como en las viejas épocas de adolescente, cuando salía a la noche por los bares de la ciudad y provocaba alguna pelea contra quien sea: otro grupo de jugadores de otro club de Rugby o contra quien fuera. Hilario era, y es reconocido, por ser un perseverante peleador callejero, como muchos de sus compañeros, cuando en la nocturnidad generaban algo de adrenalina. Se refiere a eso recordando “yo sé que está mal, pero imagínate que estábamos todos grandotes (expande los hombros, el pecho y abre los brazos) y con ganas de pelear con quien sea. Y bueno, un poco de adrenalina no estaba mal. Además, te daba como un prestigio extra, más en esa edad cuando tenés 17, 18, 19 años, que estás pensando cuánta plata tenés, quién sos”¹²⁹.

¹²⁹ He consultado sobre los reconocidos combates nocturnos y callejeros que ciertos grupos de jugadores de rugby (sobre todo los de divisiones juveniles) habitualmente advierten como expresión de distinción física y masculina. Me cuentan mis interlocutores que es una manera de exhibir un tipo de fuerza que no

Cuenta que el rugby es un ambiente donde se habla mucho del deporte y de nada más: “Es demasiado monotemático. Te dicen ‘viste tal partido, viste otro’”. Reconoce que las charlas se dan así porque el rugby, además de la histórica pasión que cohesiona a quienes lo practican, se ha profesionalizado. Entonces las charlas también se vinculan a temas específicos sobre determinados tópicos relacionados al alto rendimiento. Lo mismo cree, cuando lamenta no poder volver a jugar: “yo sé que lo tengo prohibido, pero las ganas las tengo. Pero tenés que tener un entrenamiento especial...bueno, ya el deporte dejó de ser amateur. O mejor dicho: es amateur, pero no totalmente”.

Al igual que Damián, Nacho y Agustín, Hilario coincide que el “rugby es una escuela de vida. Vos no podés fallarle a tipos que te enseñaron a vivir”, refiriéndose al supuesto valor de lealtad que se destaca en el rugby (o que se adquiere en el rugby). Y siguiendo con la homologación sobre la forma institucionalizada de aprender a vivir, Hilario insiste:

“te enseña cómo comportarte, te enseña a pensar que vos no sos en mi caso ‘Hilario a secas’, vos sos ‘Hilario, un ex jugador de Los Tilos’. Vos mantenés tu quehacer en la vida, pero a la vez tenés que mantener -no digo una responsabilidad-, sino una cierta línea porque perteneces a un club. Sos socio de un club. Entonces, ¿perder y tirar a la borda todo eso? Cuesta. Por eso te digo que se rompería con esto si fuese profesional, para mí, pero bueno es mi idea.”

Hilario asocia los ideales del amateurismo a una forma de enseñanza a vivir, lejos de otra forma profesional que, en términos imaginarios, rompería con lo que se supone que se recrea en el rugby: lealtad, honor, respeto y caballerosidad. Hilario expresa conscientemente que posee un capital y que hay que cuidarlo. La membresía vale demasiado para Hilario, como el criterio que ordena la respetabilidad en sus círculos de sociabilidad¹³⁰.

Asistimos aquí a una trama de relatos que nos guían a pensar cómo se produce y se nombra a la “construcción social de privilegios” (Ziegler y Gessaghi, 2012). Losada, desde una mirada Eliasiana, explica cómo en las esferas de las familias distinguidas en

todos desarrollan. Si bien no cuentan con las técnicas de combate tradicional utilizando en forma ortodoxa los puños, ellos cuentan que la potencia y -la puesta en acción de esa potencia- desplegada desde sus brazos, sus cuellos (esto referido a la tolerancia a recibir golpes en la cabeza) y en las piernas (con la capacidad de mantener el equilibrio ante el impacto de un adversario) son determinantes. Destrezas técnicas y potencia, demostradas por fuera del espacio deportivo. Hablando conmigo, todos reconocen que lo que han hecho no está bien, incluso por aceptar la disparidad de sus contrincantes.

¹³⁰ Vale la aclaración que los datos anteriores no determinan si los sujetos que investigamos son o no respetados socialmente. Lo que estamos intentando reconstruir es el sistema de identificaciones hacia particulares instituciones, según la trayectoria social de los sujetos, y su percepción sobre su posición en el espacio social.

Argentina de finales del siglo XIX y principios del XX, una “buena” educación marcará la imagen de una familia, en términos de proyectar su reputación:

“A tono con un cambio de sensibilidad más amplio que pretendía extender las conductas civilizadas y convertirlas en una marca del comportamiento distinguido (Elias, 1993), la ‘armonía y respeto mutuo’ debían definir la imagen de la familia porque contribuían a edificar su reputación, a forjar la respetabilidad de su nombre” (Losada, 2012:28)

Hilario insiste en la dinastía como lógica (casi natural) de formarse y de responder a lo que exige pertenecer a esa familia con supuestos privilegios. Aunque cree posicionarse, por momentos, en ciertas posturas críticas y reflexivas, movilizando apreciaciones sobre el propio campo. Lo cansan las conversaciones dedicadas a la profesionalización o no del rugby, a la recurrencia de temas vinculados a lo deportivo. Es que Hilario comenzó a militar en el movimiento justicialista kichnerista y dice “me abrió la cabeza ideológicamente”. Y siente, por momentos, la contradicción de querer estar en el club, pero al rato tener ganas de retirarse, aunque mantiene una firme convicción:

“pero... ¿sabés lo que me pasa?, también me siento afuera, por eso que te digo, me voy a un ‘tercer tiempo’ por ejemplo, me pongo a charlar y bueno, un ratito de rugby me gusta, pero una, dos, tres, cuatro, cinco horas de lo mismo, no. ¡Me hincha las pelotas! La verdad que un rato me gusta hablar, después dentro de los grupos tenés distintos tipos con los cuales vos sabes qué hablar, pero cuando son tan, tan cuadrados...”. Y ahí mismo, con una expresión de lamento y preocupación (mordiéndose el labio inferior), me cuenta: “Bueno ni hablar cuando hubo conflictos, por ejemplo ‘la 125’¹³¹, fue terrible eso, era complicado hacerles entender. Tienen otro pensamiento muy distinto”.

Lo que aglutinaba como elemento histórico, emocional y familiar, lo distingue (y lo separa por momentos) gracias a una diferencia en la socialización política e

¹³¹ Hilario se refiere al proyecto denominado Resolución 125/08 que la Presidenta Cristina Fernández envió al Congreso para su tratamiento y posterior aprobación, en el año 2008. La propuesta se basaba en establecer un sistema de retenciones móviles a las exportaciones del sector agropecuario, sujeto a la variación de los precios internacionales. La discusión detonó en un paro del sector agropecuario y en distintas medidas de bloqueo de alimentos para abastecer el consumo interno. A nivel político e ideológico, la disputa se presentaba entre quienes estaban a favor de la resolución y quienes estaban en contra (es decir, a favor de lo que se construyó como “el campo”). Tanto por parte de algunos sectores mayormente asociados a una política progresista, como de los grupos más conservadores, circularon discursos en torno a lo que se entiende por la Nación y por la Patria, llevando la disputa al plano simbólico e imaginario. Finalmente, y por diferencia de un voto, la Resolución fue vetada por el vicepresidente de la Nación, Julio Cobos. Hilario comparte conmigo sus incomodidades a la hora de escuchar los argumentos que él cree más conservadores (en aquel momento), frente a la Resolución, y la impotencia por no haber sido aprobada.

ideológica que Hilario experimentó hace poco tiempo; lo que lo atraviesa y media para construir la idea de su Club como espacio de sociabilidad:

“Yo creo que Los Tilos no es ni lo uno ni lo otro, no es ni el ‘careta’ ni el ‘grasa’. Hay de todo. Lo bueno es que convive gente de mucho poder adquisitivo y gente que no tiene recursos, de hecho varios de los chicos que juegan en divisiones inferiores son de los alrededores, de ahí del Barrio Obrero. También tenés gente con mucho poder económico que conviven continuamente con gente de escasos recursos que, por una cuestión lógica, cuando van creciendo se les va complicando poder seguir en el deporte, que es caro. Es un deporte caro”.

Hilario celebra y positiviza la relación entre gente con mucho poder económico y gente con escasos recursos materiales¹³². Lo supone como un encuentro entre personas diferentes, pero luego naturaliza, cristaliza esas mismas diferencias, asumiendo que los jugadores que “no tienen recursos”, se quedan en el camino. Para Hilario, el factor económico es el principio de exclusión. Discutiremos si es sólo la condición económica la que regula el acceso, la permanencia y la salida en el rugby.

4.3.3. Entre la clase y la moralidad

Sabrina ocupa un lugar de subalternidad –en términos gramscianos-: es una mujer en un mundo de hombres, entrena a los niños en la escuelita de rugby y no ocupa posiciones de poder dentro del Club Universitario. Subalterna en relación a su condición de clase y también, por la situación que le corresponde según la experiencia vivida dentro del rugby, en términos de saberes prácticos. Como toda relación de dominación –pensada desde la noción de hegemonía-, la subjetividad del dominado reconoce esa dominación, adhiriendo al bloque y al esquema ideológico dominante. Aunque podamos evidenciar alguna grieta en la condición subjetiva de Sabrina, vinculada al malestar que a veces dice sentir en un mundo estrictamente gobernado por y para hombres, dice haber interiorizado con satisfacción el sistema de fidelidades, de pautas normativas y de regulaciones morales del campo.

Sabrina dice que su trabajo la apasiona. Al principio no lo entendía y decía, “Es un deporte que no me interesa, que se cagan a trompadas dentro de la cancha, que no

¹³² Se suele dar por sentado o establecer una relación directa entre los nombres de los Barrios y la composición socioeconómica de los pobladores de dichos espacios. Hilario asocia ante mí, el núcleo sintáctico “Barrio Obrero” con una representación de pobreza estructural. El Barrio Obrero de La Plata es un barrio de densidad media, urbanizado, que mantiene una estética similar en todas sus unidades habitacionales, y que no presenta problemas o precariedades para la residencia.

entiendo para qué se hacen mal”. Pero luego comprendió que es un deporte de contacto y a la vez “tiene su parte divertida que es de estrategia, de técnica”. Dice haberlo entendido, porque percibió “el rugby desde adentro. Te vas metiendo y vas aprendiendo todo. Es como que ahí lo empezás a amar”. Sabrina explica qué es el rugby para ella y qué hay que saber para disfrutarlo. La adscripción de Sabrina al grupo de hombres y niños con los que comparte espacio y tiempo en el club es fundamental y constitutiva para que ella elabore esa realidad social, esa visión compartida. Lo que para Durkheim (1971) serían representaciones colectivas, producciones sociales donde se cristaliza esa realidad y se le otorga carácter de objetividad. Allí podemos dar cuenta del elemento simbólico que advierte Durkheim al creer que esa objetividad está dada por estado natural. Debemos discutir la idea de Durkheim, en tanto pensar si esos hechos sociales son independientes y se producen por fuera de las personas; si están dados de ante mano. Moscovici (1989), sustituye lo “colectivo” por lo “social”, teniendo en cuenta la dimensión emocional de las prácticas, el origen tanto de los individuos como de los grupos donde se insertan, pero además incorpora la dialéctica entre lo individual y lo grupal, para reconocer que las representaciones son, al mismo tiempo, generadas y adquiridas, y no tienen una dimensión estática y originaria. De allí que para pensar las representaciones, debemos centrarnos en las interacciones, en el proceso de intercambio que le da, por correspondencia, la característica de “social”.

Con Sabrina veremos cómo opera la fuerza que modela sus juicios, sus valores y sus creencias sobre la clase social y el rugby, dando cuenta del lenguaje que utiliza y reproduce, mostrando también su posición de origen.

Sabrina categoriza al Club Universitario (donde trabaja) como una institución que antes era más “cheta”. Para ella debería bajar la cuota social y “entender que ya no es más un club de alta sociedad, porque lamentablemente está La Plata Rugby Club en frente”. Sabrina compara con LPRC y me explica lo que sí es “cheto” para ella, en relación a Universitario que, según ella, “ya no lo es tanto”. Expone una gradualidad en lo que establece como “alta sociedad” y en qué grado o rango se ubica cada club y la gente que allí concurre. La gradualidad, en la escala imaginaria que construye Sabrina, se basa en la cantidad de jugadores y en el precio de las cuotas sociales. También retoma la idea que ha incorporado según las voces de sus compañeros: “antes el club era un club de la alta sociedad. Eso es lo que he escuchado, yo no vivía acá, vivía en Lobos. Como que antes era muy de la alta sociedad, iba gente muy importante”. Y amplía la explicación, quizás clarificando la categoría de “cheto”, diciendo que en el club había

“Gente de plata, gente de mucha plata, gente que estudiaba. Hoy en día creo que eso ya no existe. Para mí, quieren seguir con eso de ser de la alta sociedad como, no sé, tenés el San Isidro Club. O CUBA, no me acuerdo cuál, o Hindú. Son clubes muy importantes de rugby que se manejan con gente de la alta sociedad, porque son caros”. Sabrina se incorpora a la comunicación de un relato de lo que fue el club, pero a su vez expresa lo que moralmente supone que debe ser el club, en relación (como sostiene Agustín) a los clubes de zona norte. Ella marca su origen como huella del desconocimiento, y da estatuto de verdad a las tradiciones narradas entre los actores del club, de lo que el club ha sido. También pone en cuestión lo que los socios del club dicen y pretenden ser. Sabrina analiza la condición moral en relación a la posición actual del Club, situando a las voces que le han contado lo que era la institución, en un juego retórico, donde se movilizan valores como recursos, como estrategias de posicionamiento frente, en este caso, a la búsqueda de un lugar de privilegio. Herzfeld (1980) piensa a la moral y los valores como elementos de un lenguaje simbólico. Los actores saben cuáles son las exigencias del campo, las formas de actuar, y muestran públicamente un comportamiento acorde de la evaluación esperada. Sabrina reconoce la estrategia retórica y sobre todo, la movilización de valores morales de lo que los actores principales del club, creen que se espera del club. Pero también es conocedora del mapa de prestigio adquirido, y también requerido:

“El SIC es uno de los clubes más ‘chetos’, yo creo que de la provincia de Buenos Aires, pero porque viene de hace años, y viene con toda gente de afuera, o sea, eran todos extranjeros y empezaron así, llevando gente de mucha plata, que vivían en San Isidro. Y, la U (por Universitario), por lo que tengo entendido fue un club que empezó con la Universidad, después bueno, empezó a cambiar, iba la gente adinerada de la ciudad. Eso después empezó a cambiar porque empezaron a haber otros clubes”

Pero no sólo lo presenta como una estrategia del lenguaje: la idea relatada como Universitario “el Club de gente importante” o, por lo menos, lo que creen sus socios que es, o debería ser. Hay una asociación entre la clase y la moral que no sólo la pone de manifiesto Sabrina, sino también el resto de los interlocutores. Como si la condición de ser “cheto” (en el caso de Nacho, de Sabrina y ya veremos el de Fabián) responde no sólo a una cuestión económica, de “alta sociedad”, diría Sabrina. También reviste y se refiere a los valores que enmarcan una estructura particular que constituye al rugby, y como tal, repite sus elementos en cualquier institución del campo. Sólo que es percibido

(y ahí sí, podemos agregar a Agustín y a Damián) en una especie de *ranking*, basado en una meritocracia que tiene que ver con la historia de cada club, las posibilidades materiales y, por supuesto, las simbólicas, que cada interlocutor personifica en “gente con mucho dinero”, o “gente muy importante” o “gente con mucho poder”. Comprender la percepción sobre las posiciones de clase, también implica entender los valores morales que la determinan en un mismo campo (más allá de los intersticios de creatividad que en algún espacio del campo se puedan visibilizar). Sabrina, Nacho, Agustín y Damián reconocen que los valores que rigen en el rugby, inscritos a la posición de clase, supuestamente están atravesados por los valores que los individuos y grupos ponen en acción (Evans-Pritchard, 1977 y Fortes y Evans-Pritchard, 1979) y que le son propios a las reglas del campo. Ser “cheto” y actuar en consecuencia, sería específico del rugby, de acuerdo a una historia institucional compartida. Pero la variación de la forma de ser “cheto”, solo cambiaría en el caudal de dinero y prestigio, según los interlocutores, pero no en la forma de ser “cheto”. Eso no cambia en el campo: todos son “chetos”, algunos más u otros menos, según el contexto relacional.

La evaluación socioeconómica de Sabrina sobre las familias que asisten a Universitario es indisolublemente moral: “Hay gente que vive en country y que llega con un auto cero kilómetro, top, lo último; y tenés gente que pide beca porque no puede pagar”. Mientras que piensa en una posible integración y posibilidad de pluralismo en el espacio: “Hay papás que han llevado a nenes que, por ahí, encontraron en la calle o que por ahí el vecino... a ver, hoy en día tenés una casa gigante, bien hecha, y al lado tenés una chocita y así se maneja, o sea, así está la sociedad”. Porque lo importante para Sabrina es que “que los chicos compartan con los otros nenes. Yo generalmente los hago mezclar con otros equipos, o sentados uno de cada lado, entonces charlan con el de en frente, y todo eso”. El valor del altruismo coincide con una de las máximas del rugby donde cualquiera puede jugarlo. Sabrina es consecuente con eso. Y me explica que es una de las pocas que lo cumple, por ejemplo, en relación a LPRC: “En La Plata Rugby no podés, porque en La Plata Rugby no se sientan a comer...pero también no nos vayamos al otro nivel que es La Plata Rugby”. Sabrina habla de nivel y jerarquiza imaginariamente, e insiste en recubrir esos grados de prestigio en valores morales, como si fuesen intrínsecos al rugby. Porque esos valores se definen, y no se discuten, en relación a su par dicotómico: “el grasa” o “el negro”. Allí está la construcción que distingue lo que Sabrina y Nacho explican como “cheto”. Aunque, más adelante, desarmaremos la categoría.

4.3.3.1. Fabián, el trabajador manual

Fabián es otro caso que podemos clasificar como particular, dentro del club donde participa, el Club Universitario. Él dice que le va muy bien, que se “siente muy fuerte, que jugar al rugby me da una motivación a superarme. Estoy contento, me genera mucha satisfacción”. Ahí una expresión emocional que Fabián expone como significativa.

Un día que realizamos una de las entrevistas (siempre me había encontrado con Fabián en el Club), lo hicimos en el comercio donde Fabián trabaja con su padre reparando lavarropas. Estaba vestido de otra manera de acuerdo a cómo lo veía siempre en el club: tenía un pantalón de *jogging* azul y un *pullover* también del mismo color. Las dos prendas estaban gastadas por, aparentemente, demasiado uso. Primero pensé que era por las actividades que Fabián realizaría en el negocio. Pero luego de compartir más de cinco horas con él, observé que sólo atendía el teléfono y recibía a los clientes. En el Club vestía de otra manera: *jean* holgado, *zapatillas sport* y remeras de reconocidas marcas vinculadas a la práctica de *surf* o buzos de firmas norteamericanas reconocidas, que también usan sus compañeros.

En relación a la forma de vestirse, y a cómo participar en un grupo que juega al rugby, Fabián me explica que “Por lo menos yo, en mi club, me integro bastante bien, me siento cómodo más allá de que por ahí hay gente que sí, que es un poco más ‘careta’”. Con Fabián aparece otro adjetivo, en principio, vinculado a lo que se muestra y lo que no: ser “careta”. Y, excepto Sabrina (por las restricciones que le confiere un mundo estrictamente de hombres), es la primera vez que alguno de los interlocutores me habla de que se “integra bastante bien”. Es decir, Fabián esgrime cierta exterioridad al campo. Si se “integra bastante bien”, es porque no se integra bien o, mejor aún, ¿por qué me aclara, sin que yo le pregunte sobre su integración, sobre el modo de integrarse? Nadie me lo había aclarado hasta ese momento. Todos dan por sentado que pertenecen e integran *naturalmente* el campo del rugby. Pero seguida a la aclaración sobre su integración, aparece otro adjetivo en su relato: ser “careta”. Y enseguida amplía su argumento, mediante una anécdota sucedida mientras participaba de la selección juvenil de la ciudad:

“Entrenamos aquella vez con un entrenador de San Luis, en la cancha de San Luis. Me acuerdo que terminamos de entrenar y yo estaba esperando a que lo pase

a buscar el padre a mi compañero, en la puerta. Yo salí con la bicicleta, y un flaco que salió conmigo, al ratito salió con una *Cross Fox*, ¿viste esas que son como camionetas? Lo saludo y el flaco me miró ‘así’ y no dijo ni ‘A’, y siguió, siguió su camino, y digo: ‘Buaa’ (con expresión de intolerancia e inclinando su cabeza hacia atrás y abriendo sus brazos). ¡Eso me dio una bronca, Dios! Pero sí, yo noto como que hay una cierto ‘caretaje’”.

Nunca habíamos hablado sobre esto en el contexto del Club. Fabián parecía tranquilo, y en consecuencia parecía desahogarse sobre lo que sentía en relación a estas situaciones. Las expresiones de bronca eran un indicio, más el contexto que parecía favorable para que cuente lo que tuviera ganas, por supuesto: su padre, la esposa de su padre y tres empleados del comercio, no escuchaban demasiado, ya que estaban en otra sala trasera del negocio. Fabián me contó con detalles esa anécdota. No fue menor para él. Inclusive, marcó con detalle el modelo del auto e intentó mostrarme otra posición suya, dentro del campo, comparándola con la de otros jugadores de otros clubes. Otra vez aparece la filiación de la clase con lo moral. Fabián me cuenta, en la misma anécdota lo que un “otro” cercano (por su condición de jugador) pero distante (en relación a lo que él marca como diferencias de posibilidades materiales) hace con él, asegurando que el trato de indiferencia fue por su condición de movilidad. Pero a la vez, deja implícito lo que él hubiera hecho: saludar, “yo por ejemplo soy de saludar, soy buena onda, no busco problemas con nada”.

“Careta”, “cheto” y “grasa” parecerían ser adjetivaciones que son transversales para diferenciarse de un “otro”, en circunstancias particulares, y según quién sea el enunciador. No son usadas de igual manera por los distintos locutores. Las trayectorias sociales personales y el prestigio que se les atribuye a los diferentes clubes, marca el momento de la locución. Para Fabián ser “cheto” es poseer bienes materiales de calidad, añadiendo a su apreciación, la conducta moral de quién lo posee. Fabián hace un intento para explicarme quién es él y quiénes son los “otros” en el rugby. Y además, lo refuerza citándome en el lugar donde trabaja que según él, y con risas de por medio, es diferente al de sus compañeros del Club: “ellos la tienen más fácil”. Para José Garriga (2008) la diferenciación entre “chetos” y “negros” en el campo de los públicos que siguen a las bandas de rock, se organiza a partir de las experiencias de vida, que modelan una visión de mundo, un sistema de alteridad de prácticas y de lenguajes: del mundo del “otro” y del propio mundo,

“La distinción con los ‘chetos’ tiene su sustento en las experiencias de vida; los ‘chetos’ quienes tienen un buen pasar económico no tienen problemas laborales y cuentan con el dinero para llegar a fin de mes, y la falta de estos problemas los aleja de las experiencias que son constitutivas de los ‘roqueros’. Estas experiencias se constituyen en una cosmovisión, en una forma determinada de leer la vida” (Garriga, 2008:8)

Pero el campo de alteridades construidas en el rugby es mucho más amplio. Cuenta Fabián que en varias instancias del juego, contra equipos de zona norte del conurbano bonaerense, él nota “esa diferencia como que...no sé cómo explicarte. Como que te me miran de arriba”. Y que se materializa en el lenguaje, según Fabián, cuando en tantas oportunidades ha sido calificado como “negro de mierda”. Y él me explica que porque juegan, por ejemplo, en Hindú Club, tienen autorización para desacreditarlos a ellos que juegan en Universitario¹³³, cuestionando la posición que los ubica a ellos en el *estigma* de la “negritud”. Debemos entender lo que cuenta Fabián, teniendo en cuenta su trayectoria y lo que quiere mostrarme sobre el rugby, pensando que el descrédito, según Goffman, necesita de un lenguaje de relaciones (tal como veníamos suponiendo más arriba). Por eso la “negritud” para construir al “otro” indeseado necesita de una mismidad que confirme la normalidad dentro del campo del rugby (la decencia, la honradez, la caballerosidad): “Un atributo que estigmatiza a un tipo de poseedor puede confirmar la normalidad de otro y, por consiguiente, no es ni honroso ni ignominioso en sí mismo.” (Goffman, 2006:13).

Para Fabián, dar cuenta de una superioridad constante es la manera de operar del campo. Pero no para Nacho, Agustín, Damián, Gerardo y otros interlocutores. La muestra de superioridad, para Fabián, se expresa en términos de clase, de diferencias, de sentir las diferencias. Y Fabián dice haberlas sentido, mientras recuerda otra situación en el seleccionado de juveniles de la URBA, a la hora de comer:

“Qué se yo, una vez nos quedamos a comer y nos dieron, me acuerdo que nos dieron unos canelones con salsa bolognesa que para mí estaban buenísimos, ¿yo sabés cómo los comí? Como nunca en la vida los comí. Y el flaco (un joven de SIC) los miraba así y decía: ‘¿Qué nos dieron, pasto de comer?’ ¡Esas cosas me dan una bronca! ‘Flaco, dame tu plato a mí’, le digo, que yo me lo morfo ya. Te miraba como diciendo... esa miradita como que te miran de arriba a abajo. Por lo menos yo no la tengo, yo no la tengo, no me fijo en nada”.

¹³³ Fabián me explicó toda la situación con la intención de que yo entienda, que para él, “negro de mierda”, significaba un insulto, una injuria. Entonces me permití preguntarle si era sólo a él que le había sucedido, y me contó que no, que a la mayoría de sus compañeros.

Eso me contaba Fabián cuando le pregunté qué era ser “careta”. Él dice haber sentido el descrédito y el desnivel de percibir una comida que para él significaba algo extraordinario, y para el otro joven algo habitual y hasta moralmente agravante hacia Fabián. Un supuesto descrédito de clase: marcado por el gusto por la comida. Por la simpleza o la complejidad, según el comensal. La teoría del estigma, es una construcción ideológica para explicar ciertas acciones, situaciones que colocan a diferentes sujetos en condición de inferioridad y para dar cuenta “del peligro que representa esa persona, racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias, como, por ejemplo, la de clase social” (Goffman, 2006:15). Fabián me explica y da cuenta de esa animosidad. Pero también sabe que el espacio se basa en esas representaciones sobre el “otro”. Él acepta y a veces reproduce ciertas lógicas de diferenciación, porque sabe que es la norma:

“El problema del estigma no surge aquí sino tan solo donde existe una expectativa difundida de que quienes pertenecen a una categoría dada deben no solo apoyar una norma particular sino también llevarla a cabo”(Goffman, 2006: 16)

A pesar de los desaires que dice padecer Fabián, él permanece en el espacio y hasta dice compartir algunos espacios y gustos con sus compañeros: “no tengo ningún problema a ir a un boliche que pasan cumbia, o ir a, no sé, a otro boliche que pasen música electrónica con los chicos del club. O sea, no tengo problema”. Más allá de la aparente tranquilidad que lo caracteriza a Fabián, en su manera de hablar, de caminar y de proceder ante cualquier pedido o mantener diferentes diálogos, cuando hablamos de su participación en el Club, él siempre anticipa y repite “que no tiene ningún problema con nada, ni con nadie”. Inclusive cuando él cuenta que va a “Mileño bailable”, un boliche donde pasan cumbia. “Si les digo ‘¿Vamos a Mileño?’ ¡se me cagan de risa! (y él se ríe). Se cagan de risa, y me preguntan ‘¿Vas a levantar a las ‘rochitas’, las ‘rochas’? Que yo, pasa que yo lo tomo como algo que no tengo drama, no tengo problema. Igual a ellos no les gusta ir ahí. Yo a veces voy a donde van ellos”. Se detiene un segundo y se acuerda “También voy a un boliche que me cargan, a ‘Warning’, que hay pool y después se hace boliche, los sábados se hace boliche. Y me joden porque voy ahí y pasan cumbia. Pero yo me siento bien, yo me siento cómodo”. La diferencia entre “ellos” y “yo” es clara en el relato de Fabián. Y las diferencias entre gustos y estilos

también. Quise entender a qué le llamaban “*rochitas*”¹³⁴ sus compañeros de rugby. Y Fabián me explicó que:

“Que no cuidan su forma de hablar. Yo lo veo por ese lado, no sé cuál es el pensamiento de ellos al decir: ‘Ah, te comiste una ‘rocha’’. O: ‘Te pusiste de novio con una ‘rochita’’. Ellos buscan una mina un poco más arriba, diría yo. No sé, la verdad no sé la forma de pensar que tienen ellos. Yo no tengo problema. La verdad no, como que no... Te identificas cuando uno te baja o te sube la clase social, pero en realidad yo no tengo ningún problema de estar con una mina... Una ‘rochita’ sería un una pibita del barrio.”

Fabián define lo que para sus compañeros significa una “rochita”, pero a la vez define (aunque dice no tenerlo bien claro) a las mujeres que les gustan a sus compañeros:

“Es difícil definirlo, yo no tengo como una definición de lo que ellos piensan, de decir, no sé, de qué es una ‘rochita’. Es una mina que, no sé, debe ser para ellos una mina que no tenga estudio, que sea una mina que tenga que laburar, que sea mal hablada. Creo que debe ser más por ese lado que no, no sé, pero yo lo veo como una mina que por ahí le tocó eso, le tocó vivir eso, que los padres sean laburadores, que se crió en un barrio más bajo, pero no le veo nada de malo. Y... para mí que marcan o recalcan un estilo social de vida”

Fabián diferencia todo el tiempo entre lo alto y lo bajo. Cuando habla de lo alto, lo asocia a sus compañeros y a sus gustos y estilos de vida. Cuando habla de lo bajo, me muestra (con gestos incluidos) algo vinculado a su historia o a situaciones cotidianas de su barrio o de sus amigos. Me cuenta que ha “llevado compañeros de ahí del barrio que no jugaban bien pero que se cagaban de risa cuando estaban conmigo. Pero llega un momento que no sé si...se fueron yendo solos, o bueno, capaz que yo no detecté que los hayan o basureado o discriminado. Como que se van, como que no debe ser su lugar”. Fabián marca diferencias que no admiten cercanía entre su trayectoria y la de sus compañeros. Sin embargo dice no molestarle y no tener problemas con eso. Más allá de otras situaciones de indiferencia que me cuenta que ha superado, como por ejemplo, que las novias de sus compañeros no le hablen durante el “tercer tiempo”: “por ahí vos vas a

¹³⁴ Aquí pongo en duda si Fabián tradujo alguna otra categoría de sus compañeros o si realmente sus compañeros nominalizan como “*rochitas*” a las chicas que concurren a los boliches bailables donde pasan cumbia. Es decir, dudo si la categoría es reproducida por Fabián -y su grupo de identificación barrial- y adjudicada a sus compañeros, ya que en ninguna instancia de campo la había escuchado por parte de otro interlocutor.

charlar y la mina es distante, mira para el costado o agarra su celular”. Sin embargo, Fabián reflexiona sobre cómo se dispone el campo, y cómo piensa su disposición en él:

“Yo creo que están acostumbrados a otra cosa, a otra, a otro estilo de vida, otra forma de hablar. Por ahí que no tengan algún familiar, algún padre que no se haya dedicado al deporte y tengan más una idea de lo que es ir a trabajar solamente, trabajar, trabajar y trabajar, y llegar a la casa y... calculo que deben tener esa idea. Y por ahí tanto sacrificio, no sé.. porque para jugar al rugby, más allá de que haya una discriminación o algo de eso, tenés que tener disposición, salir de uno, llegar, estás destruido en el sillón de tu casa y ver el reloj y decir: ‘Me cambio y me voy’. Y no, a veces decís: ‘¿Para qué?’ Pero bueno, por lo menos a mí me encanta.”

Luego de varias horas compartidas en el club, y de las cinco horas en su negocio charlando sobre su vida, Fabián distingue y discrimina las trayectorias de sus compañeros en relación con la suya. Para él existe una diferencia en las experiencias vividas, de origen, de condiciones materiales de existencia, simbólicas y de sociabilidad. Mientras amplía: “Digo que por ahí, hay otros que tuvieron la oportunidad de estudiar, que está bueno. Está bueno estudiar, pero tuvieron otras oportunidades: de estudiar, de laburar poco y ganar mucho, tener más tiempo libre”.

La distinción entre “gente de barrio, de laburo” como él, y la gente que trabaja poco, gana mucho y tiene más tiempo libre, es lo que Fabián registra respecto a una norma que organiza el espacio del rugby como tendencia. Y manifiesta la concepción de “lujo” vivenciado:

“Y... tengo compañeros que sí hacen guita, hacen mucha guita. Por ahí tienen una empresa o algunos son ingenieros, están estudiando ingeniería y todo eso, y tuvieron la oportunidad que el padre los banca. Por ejemplo yo me podría poner a estudiar, porque mi vieja me va a ayudar: me da la comida, todo, pero no me puedo dar ningún lujo de ir a comprarme ropa, no puedo jugar al rugby porque ella no me puede bancar rugby. Me lo tengo que bancar yo; salir un fin de semana con alguna minita o querer salir de joda. Me la tengo que bancar yo, y no podría darme ese lujo, por ejemplo”

Veremos en el apartado sobre la concepción amateur del rugby como se construye la distancia entre el interés por la práctica y la valoración sobre las necesidades económicas que la práctica requiere. Fabián puede costear su práctica, pero sabe que hay una relación desigual entre la relación con el tiempo libre y la concepción que sus compañeros, y él, sostienen sobre el trabajo manual y el trabajo intelectual o administrativo (la dicotomía no es mía. Es la concepción que reconstruye Fabián cuando

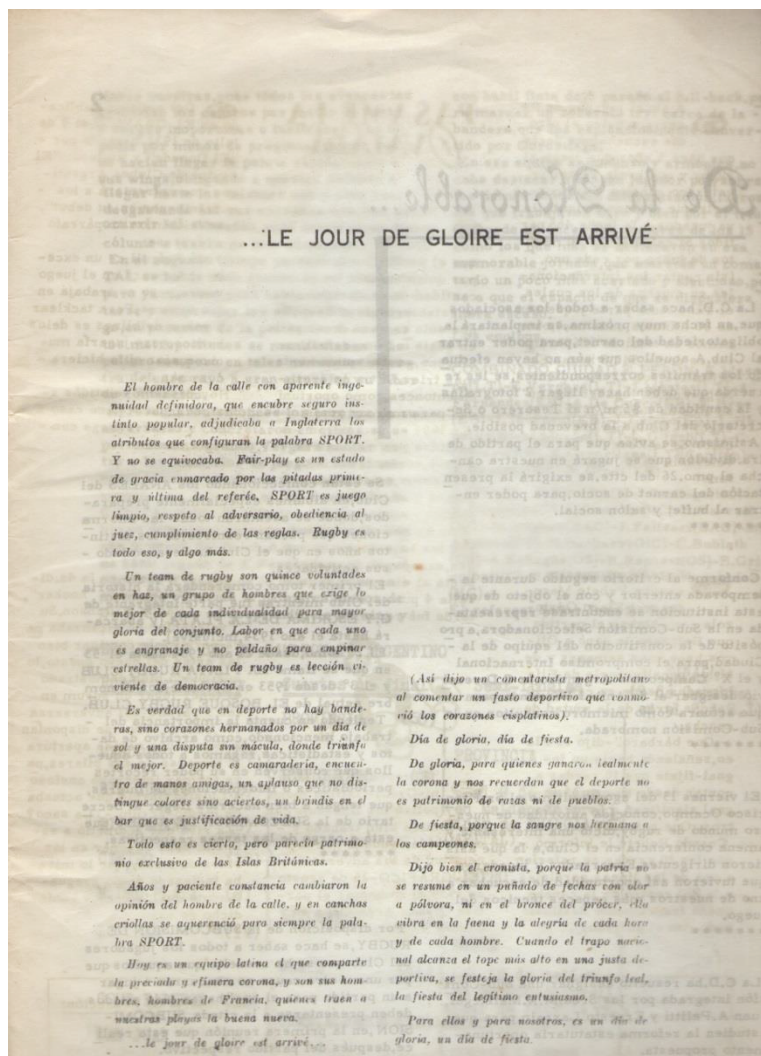
me explica cuánto tiene que trabajar en la reparación de lavarropas para pagar la práctica de rugby, en relación a la formación intelectual de sus compañeros, y la remuneración percibida por cada ocupación). Pero no sólo hay una concepción del “lujo” que Fabián percibe en relación a las prácticas de sus compañeros. También lo que Nacho, Agustín, Gerardo reconocen como un privilegio social, lo que dicen gozar como una posición legítima, no es compartido por Fabián. Él dice que a él lo conocen por su Tío, “que jugaba en el Club, y nada más. Además de arreglarle todas las piletas a los chicos”. Pero no siente que jugar al rugby, para él, sea una práctica distintiva, como lo es para un compañero, que luego de operarse de apendicitis en un Hospital Privado comentó al grupo: “Menos mal que zafé. ¿Sabes lo que hubiese sido para el Hospital que se le muera el sub capitán rugby de Universitario? Salían en la tapa de todos los diarios”. Fabián me caracterizaba el tono de su compañero, recuperando la jactancia con la cual su colega imaginaba su muerte, y lo que provocaría socialmente. Pero Fabián no lo percibe así: a pesar que está regido por esas normas en tanto reconoce la legitimidad de las prácticas del rugby, no comparte las trayectorias de titulación (tan naturalizadas entre los jugadores de rugby: el tránsito por instituciones educativas de prestigio, y la valoración de la titulación académica como modo de legitimar culturalmente las prácticas y adquirir el supuesto privilegio social) como principio legitimador, aunque expone su percepción sobre el espacio,

“No, yo no creo que sea así. Yo lo veo como algo normal. Por ahí en la sociedad se instala que un jugador de rugby es un tipo grandote, duro, y lo toman como que tiene plata porque necesitás comprarte las cosas vos, necesitás pagar la cuota vos, necesitás ir a entrenar todos los días. Demanda mucha plata, sí. Pero no, no, yo no lo veo así que porque jugar al rugby te den un beneficio o ahí un plus. Que tengas una...no sé, como una facilidad. O sea, a mí, por los menos, nunca me pasó. Es alguno que tienen suerte entonces.”

Es indudable que Fabián reconoce los principios de legitimidad del campo, y también es consciente que su trayectoria, al decir de Bourdieu (1998[1979]), no posee el “conjunto de propiedades de los elegidos”. Pero ha sido provechoso de las grietas que los principios de selección de los grupos más selectivos imponen, en tanto escamotear el principio de eficacia de entrada al campo. Fabián y Sabrina son las “excepciones” que admiten esos espacios, al tensionar las propiedades legítimas, y aprovechar algunas propiedades secundarias, definiendo su posición de clase y su disposición en el espacio, por indicadores auxiliares (Ibíd.)

Fabián juega muy bien al rugby, y además está en constante relación con las familias de sus compañeros, gracias al trabajo dedicado a la perforación para colocación de piletas y reparaciones, con su Tío. Pero su tiempo de sociabilidad vinculante y afectiva, dice que lo tiene con sus “amistades allá en el barrio. Tengo un compañero que desde jardín que compartí, jardín, primaria y ahí en el barrio, y como que somos ahí medios ‘socios’ y siempre hacemos todo”. Fabián habla de su amigo como un “socio”. Como parte de un compromiso afectivo que no lo tiene con sus compañeros del club, aunque esporádicamente compartan una cena o una salida. La diferencia entre “la gente del barrio” y “la gente del rugby” expuesta por Fabián, nos marca la tendencia del espacio, y la percepción de un hombre que no lo sostienen las garantías tradicionales del campo. Sin embargo Fabián dice “estoy feliz jugando al rugby. Me muero por jugar”.

4.3.3.2. Sectores dominantes, Sociabilidad y Distinción.



Boletín informativo LPRC - Número 10 – Año 2 - julio/agosto de 1954

Este es el editorial que, desde el Boletín Informativo del Club La Plata Rugby se lanzó en el año 1954, cuando el Seleccionado francés de Rugby visitó tierras argentinas para disputar distintos amistosos. Uno de ellos, contra un combinado de la ciudad de La Plata (denominado “Eva Perón”), jugado el 26 de agosto de 1954. Tres días más tarde, en el campo de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, el Seleccionado galo se enfrentaría con el representante de Argentina, ante la presencia del Presidente de la Nación Juan Perón quien, desde el palco oficial, siguió las alternativas del encuentro junto a otros funcionarios gubernamentales. Antes del encuentro, recibió un Jarrón de Sèvres por parte de la delegación francesa.

Para Argentina la gira de los franceses era significativa: “...le jour de gloire est arrivé...”. “El día de gloria llegó”, dice el editorial. Es que junto al de Inglaterra, el rugby de Francia eran los faros que conducirían hacia el camino correcto. Según los actores del rugby local, la gira de los galos significaba la posibilidad de mejorar el propio rugby, tomar sus enseñanzas para llevarlas a cabo en nuestras tierras. Para el rugby argentino, Inglaterra y Francia son los modelos a seguir, no sólo en la escuela deportiva que arrastra un estilo y unas técnicas de las cuales hay que aprender, sino de la distinción que trae añadido posar la mirada sobre Europa. Dijimos unos párrafos antes que si en el imaginario que se construía en torno al fútbol argentino, asociado contextualmente a una relación directa por entender qué es una Nación, “lo inglés” era lo “otro” distante, lo “otro” a diferenciarse, en el rugby sucede lo contrario. Varios elementos hay que tener en cuenta para asimilar esta construcción histórica vinculada a dos deportes diferentes: el fútbol en las décadas de 1920 y 1930 se había masificado y había sido reappropriado por sectores populares¹³⁵, logrando profesionalizar la práctica¹³⁶, y cristalizar -una década más tarde- la idea de que ser profesional jugando al fútbol posibilitaría ascender socialmente. Argumentos sostenidos y convocantes por los dos primeros gobiernos peronistas, basados en la incorporación de un amplio sector de la población, y su reconocimiento en la participación y la atribución de derechos básicos para la existencia. La idea de profesionalizar una práctica deportiva para los sectores dominantes en Argentina, significa perseguir intereses “espurios”, y romper con el esencialismo que recubre “jugar por amor al deporte” y los valores que del deporte se

¹³⁵ Para ampliar sobre la temática, ver Frydenberg, Julio, *Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires: Siglo XXI editores. 2013

¹³⁶ Discutiremos más adelante, si la profesionalización de un espacio implica su democratización o su conversión pluralista, en tanto diferentes sujetos que puedan practicar una actividad.

rescatan. Las elites argentinas necesitan despojarse de los significados del profesionalismo que, a su vez, son asociados a la idea de masividad y popularización que termina con la exclusividad de un espacio. Hasta la década de 1910, esa distinción estaba garantizada en la práctica del fútbol que, paralelamente, convivía con una campaña de “nacionalización” de las masas populares, fomentando el sentimiento patriótico, justo en épocas del Centenario de la Nación. La promoción de tradiciones nacionales, el conocimiento de la historia argentina, establecían una “restauración nacionalista”,

“...como la llamaba el santiagueño Ricardo Rojas, no significaba una marcha atrás respecto de la campaña de ‘europeización’ que la misma elite había impulsado antes. Los valores liberales de la ‘civilización’ (que venían de Europa) no fueron de ninguna manera descartados.” (Adamovsky, 2012:62)

La profesionalización del fútbol generará, en algunos casos, la aparición de ciertos personajes en círculos de la “alta sociedad”, y la acumulación de dinero seguirá siendo un criterio valorado para lograr prestigio. Pues entonces hay que inventar nuevos espacios, nuevas estrategias y nuevos criterios de distinción. Los sectores dominantes se desplazan al rugby reconstruyendo su espacio de privilegio y diferenciación. En ese movimiento, la matriz del modelo europeo ideológico que eso significaba, atraviesan la modelación del rugby en Argentina, difundiendo los valores desprendidos de las asociaciones colegas, tanto británicas como francesas. La diferencia que explica Adamovsky, entre la “gente decente” y el “pueblo llano”, ya no era tan eficaz como finalizado el Siglo XIX. Justamente, dice Adamovsky, hay que sentar nuevas bases de una jerarquía social, que restablezcan los criterios de respetabilidad. La época del Centenario movilizaba ciertos sentimientos de pertenencia a través de diferentes imágenes promovidas por el Estado, pero también, se había inventado otro de los grandes mitos de la Nación, ante la llegada de inmigrantes provenientes de diferentes países, y dentro de la migración interprovincial local. La “raza argentina”, sigue Adamovsky, era la fusión imaginaria más eficaz producida desde el Estado, ante la gran diversidad étnica. Pero esto no terminó con el racismo practicado en el Siglo XIX, por el contrario,

“...continuó como un racismo velado gracias a la idea de crisol. Porque los intelectuales que la formularon le agregaron una jerarquía racial oculta. Se argumentaba que todas las razas se habían fundido en una sola, pero al mismo

tiempo se sostenía que esa fusión había dado como resultado una nueva era, básicamente, blanca-europea [...] se daba a entender que el argentino era blanco-europeo” (Ibíd:63)

Dice el editorial del principio:

“El hombre de la calle con aparente ingenuidad definidora, que encubre seguro instinto popular, adjudicaba a Inglaterra los atributos que configuran la palabra SPORT. Y no se equivocaba. Fair-Play es un estado de gracia enmarcado por las pitadas primera y última del referee...Un team de rugby es lección viviente de democracia [...] Deporte es camaradería, encuentro de manos amigas, un aplauso que no distingue colores sino aciertos, un brindis en el bar que es justificación de vida. Todo esto es cierto pero parecía patrimonio exclusivo de las Islas Británicas. Años y paciente constancia cambiaron la opinión del hombre de la calle, y en canchas criollas se aquerenció para siempre la palabra SPORT...”

La apropiación de un sistema de valores acuñados en el concepto de *Fair Play* define las diferencias entre un hombre cualquiera y un jugador de rugby. La adjudicación de ese sistema tiene un lugar exclusivo en Argentina para reproducirlo: el rugby. Las supuestas diferencias con el fútbol u otras prácticas, que persiguen y son movilizadas por intereses “espurios” producto, muchas veces, de la intermediación del dinero, han generado modelos de *insdisciplina* que poco tienen que ver con la caballerosidad propia de un *gentleman*, o con las conductas civilizadas de la “gente decente”. Eso no parece suceder en el rugby. El culto a la disciplina, al orden y al modelo civilizatorio, llevan la marca de las dos grandes escuelas: Francia e Inglaterra¹³⁷. Los valores se institucionalizan en la forma que adoptan los clubes de rugby para reproducirlos, y también se encarnan en los relatos y en las prácticas de sus actores.

¹³⁷ Veremos en el apartado sobre las tradiciones, qué significan las giras que los equipos (juveniles y mayores) realizan a ambos países actualmente.

El signo \$ escindió en dos el deporte : juego profesional, juego amateur. Y la diferencia abarca el campo de juego, los jugadores y el público.

El espectador de juego profesional paga por el triunfo de sus colores, exige pleno cumplimiento del contrato, pero como en toda justa, alguien es derrotado, se ha debido levantar contra la salvaje explosión del hincha las alambradas penitenciarias, convocar a policías con gases lacrimógenos y mangueras de incendio.

El espectador de juego amateur es un gentleman, un señor. Calificación que no nace de apollados pergaminos, sino de una serena filosofía de los hombres y de las cosas. El no exige el triunfo a cualquier precio del team de su preferencia, porque sabe que el aplauso es monopolio del mejor, y que la ovación final es para todos.

En el campo de juego amateur no hay amigos ni enemigos, únicamente leales y sinceros adversarios.

Pocos deportes han escapado a la maldición profesional, y entre ellos, ninguno como el rugby combina estas exigencias : está al alcance de todos los bolsillos, enseña el respeto al referee, al reglamento, al contrincante, rinde culto a la camaradería.

Las canchas de rugby no conocen alambradas, ni gases lacrimógenos, ni patrullas policiales.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte, junto a los caballeros del rugby se ha deslizado la siniestra figura del hincha.

Y el hincha no sabe que las decisiones del referee son indiscutibles para jugadores y público. No sabe que el adversario es sagrado. No sabe que las reglas de juego deben cumplirlas propios y extraños. No sabe que un mal arbitraje no debe ser dirimido en la cancha. No sabe, en fin, que el deporte es quintaesencia del ser civilizado.

Debe pues el aficionado al rugger -jugadores, público- velar por la perenne pureza de sus tradiciones y alejar de las canchas la mala hierba.

Este año, en una cancha cualquiera, cuando un hincha reclamó a gritos la muerte de un adversario, sí, la muerte ("Matalo, Matalo"), un viejo espectador que estaba cerca lo amenazó con expulsarlo de la cancha. Así se conjuró un peligro.

Ese hombre hizo bien, porque ejercía el legítimo derecho de autodefensa. Al detener la palabra infame que solamente hería los espíritus, se adelantaba a la violencia de los hechos, que es secuela inevitable.

Si cada rugbier se compenetra de ese deber, de esta sagrada obligación de extirpar al hincha de nuestras canchas, habrá prestigiado el calificativo de honor que siempre mereció el público que, jornada tras jornada, sigue atento la caprichosa trayectoria de la pelota oval. Entonces, hoy como ayer, será recordado como

EL DISTINGUIDO PUBLICO

La distinción se hace cada vez más explícita. El fútbol continúa el exitoso proceso de masificación y popularización de su práctica, basado en un régimen profesional de paga a sus jugadores, sumado a que se le asigna simbólicamente, uno de los accesos de los sectores populares a algún tipo de derechos o círculos de prestigio, vinculados con los que venía ampliando el gobierno peronista. Mientras que desde el rugby, se exhibe una distinción que parte desde Europa y no repara en la posibilidad de pluralizar la práctica o integrar nuevos actores. Dice Di Giano (1999) reflexionando sobre qué significaba el primer triunfo del Seleccionado Argentino de fútbol ante su par de Inglaterra en tierras argentinas, el 14 de mayo de 1953, pensando en el contexto de un evento masivo y en la relación que el fútbol atravesaba con la construcción de una cultura de masas, sobre todo desde medios gráficos, como la revista “El Gráfico” o “Mundo Deportivo”. Dice Di Giano, al respecto:

“Es decir que se verifican muchas coincidencias entre la tradicional revista El Gráfico y la properonista Mundo Deportivo en cuanto a la forma de evaluar la actuación de la selección nacional, que va mucho más allá del mero triunfo deportivo. Es que está referido a un modo específico de jugar que se lleva a cabo en la Argentina (construido por los sectores populares en los primeros años de este siglo mientras era fuertemente desvalorizado por las élites argentinas orientadas culturalmente hacia Europa) y que esta victoria sobre Inglaterra, el rival al cual la mayoría de los argentinos estaban interesados en superar en todos los aspectos, volvió a poner en escena.” (Di Giano, 1999)¹³⁸

Di Giano toma como referencia las reflexiones de Eugenia Scarzanella, quien describe la escena deportiva, vinculada a las políticas públicas, y una posible reestructuración simbólica de ciertos actores (deportistas) provenientes de clases populares o clases medias. Según Scarzanella, asistimos a la gestión de un gobierno que va a percibir (y actuar en consecuencia) el deporte como un derecho universal vinculado a la apropiación de tiempo libre y la configuración del significado del ocio, entre las clases trabajadoras. El expansionismo (como una forma de nombrar las políticas lanzadas por el Peronismo) del deporte obliga al desplazamiento de los sectores dominantes que antes gozaban de dichos privilegios. Y no sólo a desplazarse: sino a

¹³⁸ En Di Giano, Roberto, *Peronismo y fútbol. El triunfo sobre Inglaterra en 1953*. Trabajo presentado en el IIº Encuentro de Deporte y Ciencias Sociales Facultad de Filosofía y Letras – UBA. Organizado por el Área Interdisciplinaria de Estudios del Deporte - 6 de noviembre de 1999.

encontrar el nuevo espacio de distinción y a crear los nuevos criterios de esa distinción.

Dice Scarzanella que,

"...Corredores de automóviles, maratonistas, boxeadores y futbolistas reciben condecoraciones y favores. Se construyen nuevas canchas e instalaciones deportivas. Para los chicos se distribuyen entradas gratis para los partidos y se organizan campeonatos especiales..."¹³⁹ (El ocio peronista: vacaciones y "turismo popular" en Argentina (1943-1955) en *Entrepasados* Nro: 14, 1998)

Aquel partido de fútbol contra Inglaterra sería significativo para la historia del fútbol argentino¹⁴⁰, pero también confirmaría los espacios de sociabilidad y ocio que se disputaban desde hacía algunos años, y que aún eran motivo de impugnación por parte de los sectores dominantes. El dinero era la barrera que dividía entre una práctica decente y una deshonesta. El argumento de la mediación monetaria se completaba y era ampliado hasta definir las diferencias entre el profesionalismo y el juego amateur. Y más aún, la diferencia entre quiénes practicaban el profesionalismo y el amateurismo. Para el mundo del rugby, el amateurismo no sólo define al jugador como un honorable *gentleman*, sino a su distinguido público:

"El espectador de juego amateur es un gentleman, un señor. Calificación que no nace de apolillados pergaminos, sino de una serena filosofía de los hombres y de las cosas. Él no exige el triunfo a cualquier precio del team de su preferencia, porque sabe que el aplauso es monopolio del mejor, y que la ovación final es para todos [...] Pocos deportes han escapado a la maldición de profesional, y entre ellos, ninguno como el rugby combina estas exigencias: está al alcance de todos los bolsillos, enseña el respeto al referee, al reglamento, al contrincante, rinde culto a la camaradería"¹⁴¹

Un año antes, en 1953, la Comisión Directiva de LPRC había presentado un proyecto a la Unión Argentina de Rugby, referido a los pases de los jugadores, de un club afiliado a otro, argumentando:

¹³⁹ En Di Giano, Roberto, *Peronismo y fútbol. El triunfo sobre Inglaterra en 1953*. Del trabajo Scarzanella, Eugenia, *El ocio peronista: vacaciones y "turismo popular" en Argentina (1943-1955)*. En *Entrepasados* Nro: 14, 1998.

¹⁴⁰ Ampliar sobre el encuentro con la crónica *Nada imposible*. En revista "El Gráfico". 14/05/2009. <http://www.elgrafico.com.ar/2009/05/14/C-1527-nada-imposible.php>. A partir de ese momento, y a modo de conmemorar la victoria, el 14 de mayo sería la fecha indicada para celebrar el "Día del Futbolista". La carga simbólica es casi explícita: un seleccionado nacional había derrotado por primera vez a los "inventores y maestros del fútbol". Además, por supuesto, de recordar las hazañas de Ernesto Grillo (mediocampista estrella del conjunto argentino).

¹⁴¹ En Boletín informativo LPRC - Número 11 – Año 2 – Pág. 2. Septiembre/octubre de 1954.

“El deporte amateur se caracteriza no sólo por la ausencia de todo interés material en quienes lo practican y lo dirigen, sino que debe tener, además, un ‘espíritu’ especial de enorme influencia en el individuo el cual se exterioriza en el sentimiento de colaboración y de sacrificio personal que enseña el juego en sí. Esto se aprende defendiendo los colores del club en donde se ha formado, junto con los compañeros que con el correr de los años se han de convertir en sus amigos. Para un rugbier, será siempre un alto honor vestir los colores de su club, al par que una honda satisfacción. El progreso de nuestro rugby solo se operará por medio de aquellos que estén compenetrados de esos sentimientos. Las recientes jiras [sic] de los teams inglés, francés e Irlandés nos han demostrado que a nuestro rugby, para llegar al nivel de aquellos, le falta principalmente una mayor acción de conjunto. De modo que si reemplazamos el modo lógico de constituir los equipos superiores de un club (sus divisiones inferiores), por la incorporación de elementos extraños a la institución, nunca podrá lograrse ese conjunto que solo se obtiene con individuos de ideales, aspiraciones y sentimientos comunes. Nos honra haber practicado el Rugby en esa forma, con ese espíritu. Y por eso nos alarma esa tendencia que se insinúa actualmente de apartarse de esa conducta. Hemos visto con desagrado que el número de ‘pases’ aumenta cada año en forma alarmante; que en los equipos superiores de varios clubes militan cantidad de hombres que han sido formados por otras instituciones y que, en caso de no triunfar en su nuevo club, no tienen inconveniente en pasar a otro. El exitismo, en muchos casos, va desplazando el verdadero espíritu del Rugby. Este proyecto tiende a eliminar esa posibilidad”

“El éxito –dice el Dr. Pelitti, al final de su exposición- es un factor agradable en el deporte, pero no una meta, nunca un fin. A los que no lo entienden así hay que enseñárselo. Este es el objetivo primordial de la reglamentación propuesta”¹⁴²

¹⁴² Boletín Informativo LPRC - Número 2 – Año 1 – Pág.2 - Junio 1953. Para esos años, LPRC, comenzaba a tener peso en las decisiones en la UAR.

NUESTRA ORGULLOSA ALEGRIA

Toda una moral de arrepentidos se cobija bajo aquellas palabras que afirman que un digno morir borra una vida de infamia. Y cuando no se trata de morir, sino de cambiar de botón en la solapa o recordar la escarapela que florecía en los guardapolvos de la niñez, la moral deja de ser de arrepentidos, para convertirse en torpe disfraz de oportunistas y de logreros.

La UNION ARGENTINA DE RUGBY, atacada por todos lados, incluso por órganos de la prensa que hoy invocan clausuras y persecuciones para lucir martirologios, jamás claudicó ante los tiras de quienes no supieron ser deportistas, aunque vistieron a la perfección la librea del lacayo.

No pretendemos enjuiciar a nadie, recordar sí, que el Rugby resistió las presiones, supo padecer penosas injusticias, sin reverenciar la figura erigida en UNO ABSOLUTO. La familia del rugby, prácticamente toda, dió ejemplo y lección.

En momentos en que el país recobra la normalidad, cuando las instituciones deportivas reclaman libertad e independencia avasalladas, puede el Rugby proclamar su independencia de siempre. Por que nunca la perdió. Por que supo resistir a riesgo de extermínio.

¿Dónde están, qué suerte corrieron ciertos campeones que buscaban la ovalada por el camino de la dádiva y del soborno? ¿Dónde aquellas escuelas donde iban a "enseñar Rugby"? Nunca fueron más allá de la letra impresa.

El Rugby no necesitó muertes honrosas ni escarapelas de ocasión. Hoy, como ayer, es y será escuela de hombría de bien, de decencia, de desinterés.

Lejos estamos de suponer que la honra alcance a todos los rugbiers, pero sí a su inmensa mayoría. Ellos supieron que quien no respeta leyes ni adversarios en el field, que quien busca triunfos que no sean por el camino del in-goal contrario, mal podrá invocar limpios fueros cívicos. No se transgreden reglas impunemente. Ya dijimos en otras oportunidades, que el hinchas, el mal referee y el jugador deshonestos eran ajenos al Rugby, que eran sus emboscados enemigos. Eran los menos, por fortuna.

Sea en este renacer, nuestra orgullosa alegría.

Director:	JUAN A. PELITTI	Subdirector:	P. MARIO MAESTRI
14 - 511	T. E. R. 1876	46 - 610 - 4° B	
Sec. de Redacción	JORGE BERNARD	Administrador:	HÉCTOR GÜMIL
47 - 330 Dto. E.		8 - 630	T. E. Paz 0301
Distribuidor:	CARLOS BALLBÉ	Subadministrador:	C. DE LOS SANTOS
115 - 231	T. E. Paz 1876	41 - 769	T. E. Paz 3501

Boletín informativo LPRC - Número 13 - Año 3 - Pág. 1 - Agosto de 1955

Este editorial, además de continuar con la promoción del distanciamiento social nombrado más arriba, insiste en reconstruir un modelo moral basado en normas de

comportamiento que los sujetos adoptarán a partir de señalar esos valores como deseables, y aún más, volverlos deseables para el resto (Benedict, 1967). Las diferencias morales se magnifican y se celebran en tiempos previos (pero ya perceptibles) de instauración de un modelo acorde al disciplinamiento moral de la vida cotidiana¹⁴³. Ni más, ni menos, a la regulación y moderación de los derechos conquistados por el colectivo de trabajadores y por la trascendencia que la cultura de masas tenía en la Argentina peronista: insoportable para los sectores dominantes.

Los círculos de sociabilidad vinculados al ocio (como el tiempo no necesariamente productivo y donde se puede encontrar algún tipo de regocijo en una trama de relaciones sociales), en el rugby, tendrán que ver con la construcción de la diferencia; la distinción de otros espacios moralmente no deseables. El rugby en La Plata será uno de los espacios de acceso y acumulación de prestigio, liderazgo y poder, instituyendo una de las bases para adquirir cierto estatus social, al decir de Joffre Dumazedier (1971), pensando los espacios de sociabilidad y ocio. En este caso, el ocio se vuelve posibilidad de establecer un valor potencial en la vida social de una ciudad y en la influencia que diferentes sujetos, a partir de sus estrategias, desarrollen entre esos círculos de acumulación de poder.

4.3.3.3. Sociabilidad y distinción

La categoría de *trayectoria social* en Bourdieu nos permitió analizar la relación entre el rugby y los sectores dominantes en la ciudad de La Plata. Los actores que constituyeron y reprodujeron las lógicas del deporte, desde finales del siglo XIX, hasta la actualidad, mantienen regularidades (como colectivo) en el peso de la estructura de capital que poseen, el volumen del capital cultural heredado, la localización residencial, las condiciones de esa localización, que producen el efecto de prácticas legítimas entre nuestras sociedades, según su posición y disposición social, económica y cultural. La importancia del origen social en nuestras sociedades reproduce ciertas desigualdades y agudiza la llegada (más o menos rápida) a diferentes posiciones de poder (tanto en la órbita estatal, como en la privada). Así como también, la jerarquía que concede la titulación universitaria y el trayecto por instituciones educativas de prestigio o las

¹⁴³ Nos referimos a la inminente deposición de Juan Perón en septiembre de 1955, a cargo de la luego denominada “Revolución Libertadora”.

profesiones paternas o de los hijos; sumado todo esto, al prestigio acumulado por *herencia social* por parte de la proveniencia de una familia con trayectoria y buena posición social. Dice Bourdieu, pensando en las disposiciones estéticas hacia las obras de arte, en la Francia de los años ‘70s, que también son parte de

“...una expresión distintiva de una posición privilegiada en el espacio social, cuyo valor distintivo se determina objetivamente en la relación con expresiones engendradas a partir de condiciones diferentes. Como toda especie de gusto, une y separa; al ser el producto de unos condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia, une a todos los que son producto de condiciones semejantes, pero distinguiéndolos de todos los demás y en lo que tiene, personas y cosas, y de todo lo que sea para los otros, de aquello por lo que se clasifica y por lo que le clasifican. Los gustos (esto es, las preferencias manifestadas) son la afirmación práctica de una diferencia inevitable. No es por casualidad que, cuando tienen que justificarse, se afirmen de manera enteramente negativa, por medio del rechazo de otros gustos [...] y sin lugar a dudas, los gustos son, ante todo, disgustos, hechos horribles o que producen una intolerancia visceral (“es como para vomitar”) para los otros gustos, los gustos de los otros.” (Bourdieu, 1998[1979]:53-54)

Sigue Bourdieu pensando que los estilos de vida diferentes marcan las barreras más duraderas entre las clases, y lo hace apoyándose en el concepto de *homogamia*.

Pero el gusto por el rugby agrupa y revela los valores que, históricamente, se fueron reconstruyendo desde una matriz que hemos nombrado como el *modelo civilizatorio europeo*. Desde las viejas concepciones técnica-tácticas sobre el juego, hasta las tradiciones reproducidas por los sujetos, desde el lenguaje, las prácticas y la modelación de los espacios, demuestran que la mirada hacia el estilo europeo significó el signo de distinción, por excelencia, en y para el rugby. El gusto es una disposición, según Bourdieu, que es adquirida para “diferenciar” y también para “apreciar”. Otorga un doble mecanismo de operación distintiva que, mediante esa operación de distinción, asegura el reconocimiento legítimo del objeto, aunque se desconozcan sus rasgos distintivos. Funciona involuntariamente, y se manifiesta como valores de expresión o, por ejemplo, en movimientos y gestos corporales, colaborando con el proceso de clasificación y evaluación del mundo social. Esto permite incorporar modos de orientar el sentido de ciertas prácticas y convertirlas, a ellas y a sus reproductores, en espacios de dominación; y por lo tanto, marcar el lugar de los dominadores, en tanto reguladores y ordenadores de esa visión legítima del mundo.

4.4. Proceso civilizatorio y sectores dominantes

El concepto de civilización deriva del francés *civilité*. Ya en los escritos de Erasmo de Rotterdam, se hacía visible el concepto y sus características. Hablamos de proceso civilizatorio siguiendo a Norbert Elias, como proceso socio-histórico, y como proceso de cambio de costumbres, sobre todo basado en la limitación de los impulsos y las emociones. Contextualizado por Elias, desde el Siglo XVI en Europa, las clases nobles y las clases cortesanas construyeron una red de relaciones basadas en modos legítimos (o contruados como legítimos), asentados en el refinamiento de las costumbres. Tanto para la nobleza, como para el Rey Luis XIV, su participación en la vida pública tenía un fin en sí mismo, ya que contaban con el atributo del poder central, del monopolio de la dominación. La etiqueta, como la posibilidad de gobernar y decidir sobre la vida de los súbditos, sintetizaba el sentido que el Rey le otorgaba a su función de administrar las diferencias, las preferencias, los rangos y las jerarquías. A medida que pasó el tiempo, el marco civilizatorio, que no fue concebido por Elias dicotómicamente como racional/caótico, ni tampoco planificado, se profundizó según el grado de complejidades institucionales y la organización de las redes de relaciones sociales que esto implica, entre las sociedades occidentales, marcando y nombrando, claramente “qué es lo otro”, qué es lo “no civilizado”; también aumentó la complejidad en cuanto a la dependencia entre los agentes, más es la coacción externa, a través de instituciones formales y normativas (de los Estados-Nación, principalmente). Esto, según Elias, generará una internalización de esas normas regulatorias, produciendo la autocoacción de los individuos. Es decir, las normas se hacen cuerpo y se naturalizan, a tal punto que se reproducen involuntariamente, pero marcan los criterios y las formas de reproducir modelos legítimos e ilegítimos de concebir las prácticas sociales y culturales. Las formas de actuar en público, y también en privado, serán aceptadas y se basarán en la construcción de umbrales de violencia colectivos menos tolerantes. La violencia para dirimir ciertos asuntos, se restringe, mediante un poder externo, pero también como autocoacción:

“La agresividad se ve hoy restringida y sujeta, gracias a una serie considerable de reglas y de convicciones que han acabado por convertirse en autocoacciones. La agresividad se ha transformado, <<refinado>>, <<civilizado>>, como todas las demás formas de placer y únicamente se manifiesta algo de su fuerza inmediata e irreprimible bien sea en los sueños, bien en las explosiones aisladas que solemos tratar como manifestaciones patológicas” (Elias, 2009 [1977]:283)

Para Elias, el movimiento civilizatorio se orienta fuertemente a alinear el sentido de todas las funciones corporales hacia una privatización intensa, cuyo confinamiento y reclusión se realice tras “la puerta cerrada de la sociedad” (Ibíd.). Lo que generará esa confiscación de las emociones y los sentimientos que se retraen hacia el mundo de lo privado, son los sentimientos de culpa o de vergüenza en caso de no cumplir con los estándares civilizatorios, ligados a las buenas costumbres y a la buena conducta social. A lo esperable y deseable colectivamente. Pero hay excepciones y esferas de la vida social donde sí se tolerarán algunos vestigios de esos impulsos emotivos, dice Elias:

“En cualquier caso, estas emociones, en su forma refinada y racional, también tienen un lugar legítimo y específico en la vida cotidiana de la sociedad civilizada. Esta forma es absolutamente significativa en cuanto al tipo de transformación de la estructura emotiva que se da en la civilización. La combatividad y la agresividad, por ejemplo, encuentran una manifestación socialmente aceptada en la competencia deportiva” (Ibíd.:295)

Hemos repasado cómo en Argentina, a partir de la década de 1860, el país afianza y sostiene al capitalismo (un capitalismo que se expandía desde Europa) como sistema que organizará la vida social de los argentinos. Pero también, dice Adamovsky, la vida cultural estará imbricada por un modelo que, de igual manera, fue exportado de Europa: “La ‘civilización’ y el ‘progreso’ quedaron asociados así en tanto al proyecto político y económico de la élite, como la voluntad de emular al viejo continente” (Adamovsky, 2012:11). De aquí que surja el imaginario sobre el ciudadano argentino “ideal”, piensa Adamovsky. Ideal que no concordaba con los pobladores “reales” del país, debido a las diferentes características y pautas culturales de cada grupo que residía en el territorio argentino. El plan de homogeneizar una imagen ideal del “ser argentino”, suscribía al proyecto de construir un ciudadano deseable, a partir de pensarlo dentro del marco civilizatorio, consecuente para concebir a la “razón” como modo legítimo y correcto para moverse en el mundo social. Dice Adamovsky,

“...el ciudadano deseable era el que actuaba políticamente de manera ‘razonable’ (es decir, no con esas acciones directas o callejeras que solían emplear muchos trabajadores). Era también uno blanco y de origen europeo. Y como los blancos, por obra de las sucesivas oleadas de inmigración, tendieron a concentrarse en la región pampeana, implícitamente se identificaba al argentino ‘típico’ con el de esas zonas. En las partes del interior en las que había una población predominantemente mestiza se hicieron todos los esfuerzos para evitar que se ‘notara’. De lo que estamos hablando aquí es de la formación de una peculiar

identidad nacional que sostenía que el ‘ser argentino’ tenía que ver con determinada cultura (ser ‘civilizado’, ‘europeo’), e implícitamente se asociaba a un determinado origen étnico (blanco) y a una región (la pampeana, particularmente la ciudad de Buenos Aires). Implícitamente, esta definición de ‘lo argentino’ creaba una jerarquía entre los argentinos y servía para disciplinar a las clases subalternas.” (Ibíd.:65)

La exportación del modelo civilizatorio no sólo es impulsado por las elites dirigentes que, desde el Estado, procuran la formación de una Argentina “civilizada” y de un “ser argentino”, consecuente con el modelo europeo político, cultural, social y económico. También la paraestatalidad de instituciones como el rugby expone el deseo de los sectores mejor acomodados en la estructura capitalista. Ya revisamos quiénes fueron los actores protagónicos que modelaron el rugby en Argentina, sus orígenes y sus trayectorias sociales, incorporando al análisis la pretensión de instalar un sistema de valores morales que disten de la emergente cultura de masas. También repasamos el concepto de clase social, de clase social vinculada al deporte y, particularmente al rugby. Nuestro estudio, nuestro objeto, y los sujetos de la investigación están enmarcados en una relación determinada por un contexto capitalista. Con esto queremos dar cuenta y diferenciar nuestro posicionamiento teórico, basado en apoyarnos en la categoría de sectores dominantes, antes que en la de “clases dirigentes” o “elites” que pudimos haber retomado de algunos autores que indagaron, desde otros puntos de partida epistemológicos, otros grupos de análisis, otros problemas de investigación, en etapas históricas diferentes.

Pensar en “elites” en la ciudad de La Plata (dada su configuración histórica) o en “clases dirigentes”, traspolando la teoría de Wright Mills sobre la Nueva York de mediados del siglo XX, o pensar en los grupos de poder que establecieron las bases, según Adamovsky, de la Argentina moderna, sería un error teórico. El rugby en la ciudad de La Plata está conformado por sujetos que acumulan diferentes -y más- capitales que muchos otros sujetos de otros grupos de pertenencia u otro tipo de instituciones. Familias tradicionales, capital escolar acumulado, trayectoria social prestigiosa, capital social caudaloso y de privilegio, son la tendencia de los participantes del campo. El tipo de intervención en diferentes espacios sociales y las instituciones que se conectan en esas intervenciones, dan muestra de lugares de privilegio. Es por eso que optamos por pensar que el rugby, sus practicantes, modelan sectores de privilegio que, pensados desde la noción de distinción y legitimidad social y cultural, se configuran como dominantes en el mundo social.

En un sistema basado en el privilegio de algunos colectivos (en tanto posición y disposición económica, cultural, social y política) que genera desigualdad, justamente, por la pretensión a ocupar esas posiciones, y por la posición efectiva de otros colectivos despojados de ciertos capitales básicos para vivir, podemos hablar de *espacios y sectores de dominación*. En tanto el fenómeno convocante, precisamente, es la desigualdad, la asimetría, resultante de un sistema de dominación, consecuencia de una trama de relaciones entre sujetos (asociados a una o varias clases) que institucionalizan su poder como colectivo (dentro de una relación de fuerzas sociales). Coincidimos con Ziegler y Gessaghi (2012) que la preocupación es pensar y explicar cómo se dan las disputas y cómo se movilizan los recursos vinculados a la distribución social de las posiciones de poder. Y ahí sí, hemos visto y veremos, no sólo posiciones efectivas dominantes (en esas disputas), sino también, las percepciones sobre esos efectos de dominación. El campo del rugby en La Plata podría denominarse como un *sector de dominancia*. Es un espacio donde se aprehenden (en complemento con instituciones educativas) las convenciones y las identidades que caracterizaron a las elites en los períodos históricos referidos a la construcción civilizatoria de la Nación argentina y, por ende, donde se consagran posiciones sociales (Adamovsky, 2012). Veremos en el apartado de las tradiciones articuladas en el campo y la conceptualización sobre el amateurismo, cómo se reproduce social y culturalmente ese modelo vinculado con ese imaginario europeo y de distinción.

Si bien no podemos hablar de los mismos sistemas de dominación, teniendo en cuenta los cambios históricos, según cada época (no es lo mismo hablar de sistema de dominación en Europa de los años '30 con las experiencias fascistas que en nuestras sociedades con Estados coercitivos policíacos, entre otros ejemplos, claro), podemos pensar en la combinación específica de “dominación-participación” institucionalizadas, como sistema vigente (Errandonea, 1985). Según Gerth y Wright Mills,

“Las pretensiones de prestigio se expresan en todos los manierismos, convenciones y formas de consumo que constituyen los estilos de vida característicos de la gente en diversos niveles de status. Las ‘cosas que se hacen’ y las ‘cosas que no se hacen’ son las convenciones de status de los diferentes estratos” (Gerth y Wright Mills, 1963:296)

De esta manera se ejercería el poder dominante. Que no reside solo en la riqueza acumulada, sino también en la dimensión simbólica de esos sectores para construir diferencias o los criterios que definen esas diferencias. Lo importante de esta

conceptualización es contrastar con nuestra referencia empírica, si los sectores dominantes a los que aludimos en nuestra investigación, disponen de los medios que les permiten conservar, mantener, defender y hasta sumar privilegios (que sería su principal posesión, según Errandonea).

4.4.1. Sobre el campo

En las experiencias y en la relación con los interlocutores fui reflexionando sobre el sentido de distinción que el rugby supone en una ciudad como La Plata, y también sobre la percepción y las definiciones que los diferentes actores me mostraban sobre porqué habrían de ser distinguidos al practicar rugby.

4.4.1.1. Es hora de entrenar

El jueves del 19 de mayo del año 2011 habíamos concertado con Nacho en que iba a comenzar a entrenar en su club. Se lo notaba entusiasmado. Me reiteró más de una vez la pregunta “¿cuándo arrancás en el club?”. Ese mismo jueves, a las 17.30 horas, recibo un mensaje de Nacho a mi teléfono celular. Me confirmaba que me pasaría a buscar por el lugar que yo le indicara a las 20.25. 20.20 ya estaba listo, siguiendo todas las instrucciones de Nacho. 20.25, puntualmente, estábamos arriba del auto, rumbo al Club. De donde me recogió, hasta Albatros, hay aproximadamente 15 kilómetros. Mientras él fumaba un cigarrillo, yo le comentaba que estaba un poco nervioso, y le preguntaba cómo pensaba presentarme ante los demás¹⁴⁴. Me dijo “como uno más”. “¿Te parece?”, pregunté. “Sí, como uno más y listo” (con mayor contundencia que la respuesta anterior). Ese “uno más” indica la grupalidad establecida en el espacio del club, como estructura objetiva -y subjetiva a la vez- históricamente constituida, en donde hay delimitaciones que marcan los contornos de acción posible, en términos de qué es lo legítimo acordado por el grupo. Claro que, para ser “uno más”, se necesita mucho más que asistir a un espacio un par de veces. Es necesario comprender las lógicas instituidas como grupo, los relatos que las han construido y asimilar cuál es la dinámica y el proceso pautado por el grupo (más o menos explícito).

En el camino pasamos a buscar por el centro de la ciudad a otro integrante del club. Yo lo conocía porque es el primo de un ex compañero mío de fútbol. No sé si me

¹⁴⁴ Él, más que nadie, conoce el trabajo que hice.

recordaba. El auto de Nacho es de tres puertas. Decidí, antes que venga su compañero, trasladarme al asiento trasero para cederle el del acompañante. Desde que subió, hasta pasados diez minutos, sólo hablaron ellos, y de un solo tema: rugby. Específicamente, de algunas decisiones que el entrenador había dicho que iba a tomar, y que no las había cumplido¹⁴⁵. Trataba de entender entonces, la noción de *pertenencia*. Primero, preguntándome porqué, por ahora, a mí no me interpelaba directamente (más allá de mi interés por todo comentario que se suscitara) la charla. Luego, empecé a pensar con Giménez (2005), nuevamente, que el sentimiento de pertenencia a un espacio social implica compartir un núcleo de símbolos y representaciones sociales, como también una orientación común a la acción. Elementos que traducirían el interés de ellos por el rugby, y las entidades relacionales que, ellos mismos constituyen, como grupo.

Un silencio detiene la charla. Es ahí cuando el compañero de Nacho me pregunta: “¿Y vos? ¿venís a entrenar?”. Le dije que sí, rápidamente, que “iba a moverme un poco”. En ese momento aproveché para preguntarle por su primo¹⁴⁶, si se mantenía en contacto. Era más una estrategia de empatía hacia él, que preocupación por su familiar. Me dijo que de vez en cuando hablaba. Desde ese momento, hasta que llegamos al club, siguieron dialogando con Nacho sobre rugby.

Al bajar del auto, el colega de Nacho me mira, e insiste en la idea que lo llevó a dialogar conmigo, minutos antes. Esta vez, intentó mayor precisión buscando, tal vez, nuevas respuestas: “¿así que venís a moverte?”. “Sí”, repetí. “¿Y jugaste alguna vez?”. En esa pregunta aproveché, no sólo a responderla sino, al mismo tiempo, a compartir un poco de mis nervios. No sólo le expliqué que jamás había jugado al rugby, y que no sabía con qué me iba a encontrar, sino también, aproveché para explicarle, muy llanamente, qué es lo que estaba haciendo con mi estudio. Me miró, lo miró a Nacho y le dijo “¿qué bichos raros traes al club?”. Nacho dejó que su compañero avance unos metros y con un gesto combinado entre su mano y su boca me hizo entender que no hablara más de eso. No volví a repetirlo. Cotejé ese momento con los compartidos con Nacho, en otros espacios y tiempos, y noté que había cambiado su modo de dirigirse hacia mí. Comprendí, nuevamente, aquello de ser “uno más”, y que tal vez algún

¹⁴⁵ Decían que, al empezar la temporada, el entrenador prometió que iba a poner como titulares a quienes cumplieren con las pautas de entrenamiento. El cuestionamiento de Nacho y su compañero era que varios de los jugadores del club no estaban respondiendo a las órdenes del entrenador, y sin embargo éste accedía a excepciones que rompían con las normas que él mismo implantó. Muchos jugadores no asisten a los entrenamientos, o no complementan su preparación con trabajos en el gimnasio, pero los días de competición, son titulares. Nacho y su compañero, durante el viaje, iban construyendo criterios sobre quién merecía jugar y quién no.

¹⁴⁶ El primo no vive en Argentina.

exabrupto mío podría modificar la posición de Nacho en el grupo. Este es un punto importante en mi observación, sobre todo si lo relaciono a las entrevistas realizadas a otros actores: que las identidades, sobre todo personales, se componen de un fuerte recurso retórico, denominado por Bourdieu (1986) como la “ilusión biográfica”. Consiste en atribuir coherencia y orientación intencional a la propia vida, según el sentido que va tomando lo narrado. Giménez (2005), recoge el concepto para prestar atención a cómo se modela una identidad, teniendo en cuenta los gestos de autocensura espontánea de las experiencias dolorosas y traumatizantes, como también la preferencia a hacer armonizar el propio relato, con las normas de la moral que se construye dentro de un conjunto de reglas en determinados espacios. Recordaba lo que me decía Nacho, en una entrevista previa, sobre su club:

“Yo hablo de romperse el culo, por el tema de romper con el elitismo del rugby, el rugby que capaz que se ve como un deporte solamente para gente de guita, sin embargo ahí era un club (hablando sobre Albatros), que funcionaba y todo como club de rugby, pero era gente de diferentes estratos, obviamente estaba el de guita y el de no guita; y todos concordaban lo mismo, juego al rugby, soy amigo y todo lo que implica el rugby en sí. Entonces yo entré en ese lugar.”

Comparé este relato anterior con la censura hacia mí, posteriormente en su espacio de acción. Como en otras entrevistas, la contradicción enunciativa entre quiénes pueden jugar al rugby, y quiénes no, se hacía un poco más clara en mi observación participante. Planteo como contradicción enunciativa, ya que en todas las entrevistas que realicé los sujetos expresan una total apertura en cuanto a quién puede jugar al rugby. La idea de que “cualquiera puede jugar al rugby” entra en tensión no sólo analizando las trayectorias familiares de los jugadores entrevistados (y ver, en tendencia, sus regularidades), sino también, al reflexionar, qué sucedería si no le hacía caso a Nacho con sus indicaciones sobre cómo debo actuar cuando estamos con sus compañeros. Y más aún, cómo hubiera accedido a entrenar, si no hubiera conocido a Nacho y a muchos de sus compañeros, tiempo antes de comenzar a entrenar.

Una cosa había sido el relato sobre su propia vida, en entrevista, y otra cosa era observar a Nacho, en el momento donde tanto él, como yo, estaríamos pendientes de lo que él haga (me refiero a Nacho). Yo, por la necesidad de observar y construir nuevas relaciones en base al registro de los sujetos de investigación y Nacho porque, más o

menos consciente, sabía que todo lo que me había contado sobre “su club”, “su espacio”, tenía que coincidir con lo descrito en la entrevista¹⁴⁷.

4.4.1.2. “¿De dónde sos? ¿Con quién venís?”

Caminamos hacia la cancha donde ya había jugadores entrenando: de plantel superior, de divisiones juveniles y también los denominados “veteranos”. Todos en el mismo espacio, ocupando diferentes porciones. Las instalaciones no cuentan con un gran *comfort*. La iluminación artificial no se corresponde con una buena calidad en cuanto a la potencia de la luz, ni en el campo de juego abundaba pasto. El terreno estaba más bien seco, con mayoría de tierra. Estas condiciones las hago relativas a las otras dos unidades de observación (La Plata Rugby Club y Club Universitario), donde las condiciones estructurales tienen que ver con una mayor disposición de materiales para un mejor entrenamiento (en todo aspecto).

Varios íbamos llegando. Hay un punto de encuentro, en una de las esquinas de la cancha. Allí todos dejaron sus bolsos, y comenzaron a charlar entre ellos, previo al inicio del entrenamiento. Nacho me llevó hasta el preparador físico del equipo y me presentó: “Él es Juan, un amigo, que quiere empezar a jugar”. Nos dimos la mano, y en términos amables, me preguntó si había jugado anteriormente al rugby. También quiso saber cuánto hacía que no practicaba algún deporte. Le comenté que había jugado al fútbol profesional, y que desde el año 2005 no hacía ninguna actividad deportiva, excepto ir al gimnasio¹⁴⁸, y jugar en forma recreativa los sábados al fútbol. Le advertí de mis cuatro operaciones: dos en el hombro izquierdo, y dos en la rodilla derecha. La información sobre mis lesiones, la entendí como una forma de autoresguardo. Pero el preparador físico ni se inmutó, ni hizo ningún gesto. También le dije que técnicamente

¹⁴⁷ Aquí la importancia de la historia de vida como técnica. Es la que me permitió, todo el tiempo, poner en tensión los conceptos y las acciones puestas en juego por los interlocutores. Es la historia de vida, extraída en la entrevista en profundidad, la que me otorgó las pistas sobre las creencias, en términos de representaciones, que los sujetos de la investigación tienen sobre su trayectoria de vida, y cómo la *vuelven* relato coherente y orientado basado en múltiples acontecimientos, atribuyendo valoraciones positivas o negativas a las acciones, según sea la posición que ellos ocupan en el relato.

¹⁴⁸ Desde hacía dos meses venía intensificando mis trabajos en el gimnasio para fortalecer y aumentar mi masa corporal. Teniendo en cuenta el constante contacto corporal basado en la agresividad (para mis percepciones) del juego, y mi casi metro sesenta y cinco de estatura, no podría estar preparado, sin ir al gimnasio, para contraponer mi fuerza con oponentes (algunos) de casi dos metros de altura, y cien kilogramos (o más) de peso. Además, Nacho me proporcionó y yo consumí una preparación de suplementos ergogénicos. La ayuda ergogénica es toda sustancia o fenómeno que mejora el rendimiento. Lo consumí en forma de píldora (4 por día) y en un batido que consumía como una bebida. Las píldoras y el batido eran una combinación de aminoácidos. Estos están directamente asociados a la construcción de proteínas y por consiguiente de masa muscular. Mi cuerpo cambió.

no tenía ninguna destreza, a lo cual tampoco hizo salvedad alguna. Me dijo “no hay problema. No importa”.

Nacho se retiró de la cancha hacia una especie de sala médica –ubicada en el mismo club- porque tenían que realizarle una medición de su masa corporal y otro tipo de controles físicos¹⁴⁹. Rápidamente el preparador físico advirtió la escena y comenzó a presentarme al secretario técnico del club, a los entrenadores, y al manager del equipo. Todos coincidieron preguntándome sobre tres cuestiones: “¿De dónde era?”, “¿Con quién había venido?” y “si alguna vez había jugado al rugby”. Por orden, fui contestando que era de La Plata, que había venido con Nacho, y que nunca había jugado al rugby, pero que tenía curiosidad y me atraía el deporte.

A las órdenes del preparador físico, comenzamos la llamada entrada en calor (o pre-calentamiento). Allí nos reunimos con los demás integrantes del plantel, de los cuales, ya conocía a varios. Se sorprendieron de verme allí, y me lo comunicaban con el interrogante “¿qué hacés acá?”. Yo ya había aprendido: contestaba que venía a “moverme un rato”. Antes de arrancar a trotar para activar los músculos (sobre todo porque la temperatura ambiental empezaba a bajar), coincidimos con la mirada y nos reconocimos mutuamente. Era Tato, que con una sonrisa indicó “qué bueno que viniste”. Corrimos a la par, charlando sobre la peña (así la nombró él) que había organizado, y a la vez, me iba presentando a otros compañeros. Les decía, “Él es Juan, un amigo”. De mis experiencias sobre grupalidad (en fútbol y en ámbitos laborales nuevos), consideré de suma importancia estas escenas con Tato. Tal vez el máximo referente del equipo me estaba habilitando a permanecer (por lo menos en el inicio) en el espacio grupal. Lo cual, también, lo entiendo como una especie de *garantía* hacia los demás integrantes del equipo, en cuanto a que por lo menos, en principio, yo no amenazaría la grupalidad cotidiana.

Todos mis entrevistados coincidieron en la forma en que llegaron a jugar al rugby: por intermedio de un amigo, o llevados por sus padres. Esto indica un dato ejercido en nombre de una “tradición”, sobre todo si analizamos cuánto margen de elección de actividades tienen los sujetos –más que nada durante la niñez-, ya sea por condiciones materiales y/o simbólicas. En ese sentido yo tenía, hasta el momento, las

¹⁴⁹ Luego le consulté sobre este tipo de diagnóstico, y me comentó que el club lo hace periódicamente para seguir el proceso de cada jugador en relación al desarrollo del entrenamiento y el cuidado de su salud. La revisión está a cargo de un médico, y se realiza a través de un equipamiento tecnológico de alta complejidad.

garantías que los propios sujetos me habían explicado en torno a cómo acceder al espacio del rugby.

En el medio de la vuelta, nos cruzamos con “los veteranos”¹⁵⁰. Uno de ellos, mirándonos (más a Tato que a mí), nos dijo con intenciones de saludo: “Chicas, ¿cómo andan?”. Le pregunté a Tato quiénes eran, y me dijo que eran los “veteranos del club”, que se juntan todos los jueves ahí a compartir una “tocata”¹⁵¹, y luego a comer y a beber algo. En la segunda vuelta ya se había incorporado Nacho. Y al pasar, nuevamente, por donde estaban los “Veteranos”, esta vez Nacho tomó la iniciativa y los saludó diciendo “¿Cómo les va a las chicas?”¹⁵². Estaba en presencia de variaciones, según generaciones, y según diferentes momentos. Los dos grupos (los del plantel superior y los veteranos) se apropiaban de la categoría “chicas” para nombrarse mutuamente. En un espacio profundamente androcéntrico como en el que estaba interactuando, la categoría “chicas” probablemente fijara atributos absolutamente despreciativos y discriminatorios. El enunciado se había convertido en un *estigma* (Goffman, 2006) desacreditando la práctica del otro grupo (ya sea el plantel superior hacia los veteranos, o viceversa).

Terminamos las vueltas de precalentamiento y nos pusimos a elongar los músculos, amontonados en un sector de la cancha. Tato tomó la palabra y elevó la voz repitiendo una directiva del preparador físico: “Muchachos. El ‘profe’ dijo en silencio. ¿Es tan difícil hacer silencio? Mantenemos el silencio”. Nadie más habló. Al costado de nuestro grupo, estaban los entrenadores dialogando con el *manager* y el secretario técnico. Iban llamando de a uno a los que estábamos en el grupo. Pude escuchar al técnico preguntarle a un jugador si podía jugar el sábado. Luego de varios diálogos, confirmé que estaban consultando a algunos jugadores sobre la posibilidad de formar parte del equipo titular el día de partido.

El preparador físico retomó con su voz la actividad. Esta vez, para realizar trabajos físicos coordinativos¹⁵³. Nos organizó en cuatro filas de diez jugadores cada una, aproximadamente. El terreno estaba marcado con elementos especiales (una

¹⁵⁰ Así los nombró Tato.

¹⁵¹ La “tocata” es una especie de juego, practicado con la pelota de rugby, que consiste en pasarse la pelota y llegar a una línea de anotación, pero en el que no está permitido *tacklearse*. Es decir, contiene un nivel mínimo de contacto, y de menos agresividad, en relación al rugby tradicional.

¹⁵² Luego del entrenamiento, le comenté a Nacho, mientras tomábamos unas cervezas, que me había llamado la atención cómo se saludaban entre los veteranos y ellos. Utilizaban la misma categoría para referirse mutuamente. Me dijo, sonriendo, que era una broma, y me comentó cuál es la relación con los “Veteranos”. Me dijo que “*con ellos está todo bien, no hay problema. Los días de competencia nos matan. Nos critican. Algunos creen que se las saben todas sobre rugby. Pero después, está todo bien*”.

¹⁵³ Se trataba de diferentes movimientos con el objetivo de potenciar la coordinación neuromuscular.

especie de platos pequeños de plástico, coniformes) delimitando desde dónde, y hacia dónde debíamos realizar los movimientos. Los ejercicios no demandaban gran complejidad, y esto colaboraba en lo que yo consideraba un riesgo: “desentonar” en la grupalidad. Estaba poniendo en juego mis saberes corporales. Ponía mucha atención a lo que indicaba el preparador físico, y miraba a mis compañeros que me antecedian en la fila para copiar los movimientos. Así pude darme cuenta que yo estaba rompiendo con una lógica naturalizada de trabajo. En un ejercicio continuo, al llegar nuevamente al punto de partida, y repetir el trabajo, mi antecesor esperaba a sus compañeros de orden de las filas contiguas. Al llegar, y coincidir los cuatro, uno de ellos gritaba: “Arriba” o “Va”. Y así, recomenzaban la acción. Tardé varios minutos en interpretar esa pauta. Eso organizaba y ordenaba, sin advertencia previa, la dinámica del trabajo. Nadie me lo indicó. Llegó un momento en donde yo recomenzaba el trabajo, sin que nadie estuviese a mi lado. Ahí hice visible esa pauta. Con el paso de los minutos entendí que no estaba desentonando, y que lo que estábamos haciendo tenía que ver con mi historia deportiva.

Luego de los trabajos de coordinación, el preparador físico ordenó que nos cambiáramos las zapatillas por los botines¹⁵⁴. Me miró y me dijo: “Juan, vos también ponete los botines así empezás a conocer el juego”.¹⁵⁵ Le hice caso. En mis intentos de seguir advirtiéndole que nunca antes había jugado, el profesor volvió a insistir diciendo: “No pasa nada, se aprende. Aunque sea mirás”.

Ya estábamos todos listos. El técnico se acercó, y leyó dos listas con sus apellidos correspondientes, de quienes iban a participar del sábado en el partido oficial¹⁵⁶. Todos los jugadores, inclusive yo, se dispusieron en un círculo, abrazados unos con otros. A ambos lados míos, tenía a dos jugadores que no conocía. Me abrazaron igual. Nadie advirtió nada sobre el abrazo grupal. Lo cual podría indicar que es común que cuando el técnico lee la formación de los equipos, todos esperan la lista abrazados.

Luego de la convocatoria, el entrenador dividió el plantel en cuatro grupos. Dos grupos de *Forwards* y dos grupos de *Tres cuartos*¹⁵⁷. Junto con tres jugadores más,

¹⁵⁴ En relación al vestuario adecuado para entrenar, Nacho me había advertido que llevara ropa que esté dispuesta a romperse. Observé que la mayoría de los jugadores tenía ropa de marcas deportivas reconocidas, de telas resistentes, especiales para evitar las posibles roturas ante eventuales situaciones de juego. Me di cuenta que mi vestimenta no era especialmente diseñada para jugar rugby.

¹⁵⁵ Otra vez recordé el trabajo de Iuliano, y la disposición pedagógica de sus informantes, al igual que la de mis informantes.

¹⁵⁶ Los sábados juega el equipo superior (es el equivalente, en fútbol, a una primera división), y el equipo de intermedia (quienes quedan afuera del equipo superior)

¹⁵⁷ Los tres cuartos son también denominados “*Backs*”. Son los jugadores numerados del 9 al 15, y

fuimos los únicos que no realizamos los movimientos de juego. Mis compañeros de espera comenzaron a pasarse el balón de manera recreativa. Yo me quede sentado a un lado observando cómo trabajaba el resto del plantel. Intentaba descifrar cada movimiento y su fundamento táctico. En un momento el *manager* (que estaba cerca nuestro) les recomendó a los tres jugadores que quedaron fuera que me incluyeran a mí en sus actividades. Yo me incorporé. Me dieron un par de pases, y luego, sin decir nada, voltearon para donde estaban trabajando los grupos de *Forwards* y *Tres Cuartos*, y continuaron dialogando entre ellos. Yo decidí volver a sentarme y a observar. Mientras, pensaba y me preguntaba cómo era posible asimilar las técnicas de juego. Cómo harían en el Club, para que nuevos integrantes –en la misma situación y trayectoria que yo, en referencia al rugby–, comenzaran a adquirir competencias sobre el deporte. Entendí, dadas las circunstancias, que primero debía mirar. Tendría que observar hasta entender las secuencias del juego. Esa fue mi tarea del día. Mientras, seguía sin hablar con nadie. Nadie se acercó a mí. Sólo la hija del secretario técnico que también me hizo las tres preguntas repetidas en mi estadía: “¿De dónde era?”, “¿Con quién había venido?” y si “alguna vez había jugado al rugby”. Me contó que tenía trece años, que siempre concurría al club, desde pequeña. Juega al Hockey en el Club San Luis¹⁵⁸. Era la única chica que había en todo el predio. Comencé a preguntarle sobre su trayectoria deportiva, hasta que llegamos al tema del rugby. Allí me hizo algunas sugerencias: “Lo único que tenés que tener cuidado es con la cara”. Enseguida me contó lo que le había pasado a un jugador del club en un partido. Sufrió un accidente en su cara (producto de un golpe) y debieron operarlo, colocándole una pieza ortopédica¹⁵⁹ como solución a su problema. Yo le pregunté si seguía jugando y me dijo que “sí, allá está” (señalándolo), y agregó que también sufrió un accidente en su oreja, donde también tuvo que ser asistido en forma compleja¹⁶⁰. Hablando sobre su colegio, me contaba que entre sus compañeros, quienes no jugaban al rugby eran “así como...gays”, y que jugar al rugby es “lo que corresponde. Lo normal¹⁶¹”. También compartió conmigo sus reflexiones en cuanto a

difieren, habitualmente, de los *forwards*, en las características corporales. En tendencia, son jugadores con menos masa corporal, y más agilidad y velocidad (que los *forwards*).

¹⁵⁸ El Club San Luis, forma parte de la Institución educativa, el colegio San Luis, correspondiente a la congregación de orden católica de los Hermanos Maristas. Tradicionalmente era un colegio donde asistían sólo varones, y el acceso a la institución era restringido -selectivo. Hoy, son aceptadas las mujeres.

¹⁵⁹ Luego corroboré esta situación con Nacho. Me contó, a modo informativo, que la pieza tuvo un valor de 37.000 pesos (9.000 dólares aproximadamente en la relación peso/dólar en ese momento).

¹⁶⁰ Un rival, con su rodilla, impactó sobre su oreja causándole una transformación en su fisonomía.

¹⁶¹ Aquí, como en tantas otras ocasiones, separo analíticamente las representaciones de quiénes juegan/jugaron al rugby, sobre su propia práctica, de las representaciones de quienes no juegan. En este

las diferencias entre el fútbol y el rugby. Me dijo que “el fútbol es para los sucios, y el rugby no. Es más leal”. Aquí me detengo a establecer relaciones, y encuentro regularidades en torno a las trayectorias familiares, y a lo que podríamos entender como capital escolar y capital cultural acumulado (Bourdieu, 1998[1979]). La joven me indicaba la relación directa entre la institución escolar (San Luis, espacio tradicionalmente masculino), el rugby, y el estatus asignado al pertenecer a alguno de estos dos espacios. O en su defecto, y apelando a las trayectorias familiares y escolares de los sujetos entrevistados, el acceso y permanencia a la educación universitaria (sea pública o privada), se presenta como condición de posibilidad para permanecer en el espacio social rugby. Así podríamos entender lo que se establece como *cultura legítima del rugby*, dando cuenta de los atributos asignados por sus participantes. Diría Gerth y Wright Mills que,

“El tipo de educación, lo mismo que la cantidad, es una base importante para el prestigio; las escuelas profesionales y el bachillerato forman damas y caballeros aptos para representar a su clase, por medio de estilos de vida que, en algunos círculos, garantizan la deferencia de otros. En otros círculos, la cantidad de habilidades intelectuales adquiridas por la educación es un punto clave para la estima. La preparación sola no es una base tan uniforme de prestigio como lo es la preparación vinculada con ocupaciones muy estimadas” (Gerth y Wright Mills, 1963:298-299)

La joven me describía la relación entre el rugby y las instituciones educativas, supuestamente prestigiosas, y el privilegio añadido que conlleva, en La Plata, jugar al rugby. Claro, yo estaba en su campo, y recordaba algo tan simple como fundamental, que Gerth y Wright Mills, agregan a la negociación social del prestigio: “El prestigio implica por lo menos dos personas: una que lo pretende y la otra que otorga esa pretensión” (Ibíd:295). Yo estaba aprendiendo qué significa ser prestigioso en el campo del rugby o, como mínimo, cómo se puede llegar a serlo. Por supuesto que la joven no reparó (explícitamente) en mis condiciones materiales de existencia, como para agregar un elemento más para lograr el prestigio.

En otra situación¹⁶², en el gimnasio de Nacho, estaba por retirarme y entró un joven (luego me enteré que tenía 19 años), vestido de jean, zapatillas deportivas, y un buzo y un bolso de Albatros. Era un compañero del club que iba a entrenarse con Nacho. Decidí quedarme un momento más. Nacho me presentó: “Él es Juan, un gran

caso, la joven que dialogó conmigo.

¹⁶² De notas de campo, del 14 de mayo de 2012.

amigo”. Enseguida sacó el tema del partido ganado el sábado. Hablaron entre ellos de cuestiones técnicas y vicisitudes del juego. Nacho lo halagó al joven, y el joven sonrió. Les pregunté contra quién habían jugado, y me dijeron “contra Almafuerte”, con gesto desinteresado y desinformado (me dijeron que no sabían de qué lugar era el equipo). Ahí aproveché para poner en común, un problema que estaba pensando en relación, directa, al sentido de la distinción en el rugby: la cuestión amateurismo-profesionalismo¹⁶³. Le dije, mirándolo a Nacho, que me había enterado que la UAR contrató diez jugadores; que diez jugadores en Argentina ya eran profesionales en el rugby. Nacho enseguida dijo: “yo no estoy de acuerdo”. Casi al unísono, le preguntamos porqué. Y dijo que no estaba de acuerdo, porque se perdería la “esencia”, que se perdería esa “cosa de jugar con amigos”. Enseguida, comparó la posible profesionalización con el fútbol, y me preguntó: “¿cuántos amigos te quedaron del fútbol a vos?”. El joven parecía no estar tan de acuerdo con Nacho, que seguía argumentando que siendo profesional el rugby se perderían “los valores”, “eso de hacer por amor lo que te gusta, con sacrificio”¹⁶⁴. Y asociaba la profesionalización a la pérdida de los vínculos afectivos con sus compañeros. Ahí el joven, dijo: “Ahh, te entiendo, ¿vos decís que no quisieras que venga un negro de Tucumán¹⁶⁵ y juegue en el lugar de los chicos?”. Nacho contestó: “no, no es eso (me miró a mí, con un gesto incómodo, titubeante en su voz. Hemos discutido tantas veces sobre porqué, en general, se utiliza la categoría “negro” para estigmatizar a alguien), es que no sería lo mismo. Nos empezaríamos a cagar entre todos por jugar, y haríamos lo que sea por jugar. Si quieres cobrar andate. En Argentina no”. A lo que el joven dijo: “pero a mí me gustaría jugar acá, y cobrar acá (riéndose)”.

Gerardo me contó que tuvo todas las posibilidades para desarrollar la práctica sin ser rentado. Me expresó y mostró su autonomía:

“Yo tuve una edad donde me pude entrenar. Recién empezaba la facultad, me mantenían mis viejos, y pude entrenar muchísimo y crecí muchísimo y el juego lo disfruté, me cagaba a palos, los golpeaba a todos, pasaba todos por delante. Estaba re entrenado, corría, iba todos los días al gimnasio, iba todos los días a correr mañana y tarde, entonces disfrutaba”.

¹⁶³ Más adelante veremos el tema en un apartado especial.

¹⁶⁴ Indagaremos, en un próximo apartado, la noción de sacrificio.

¹⁶⁵ Otra vez, en relación al concepto de “negritud” entre los interlocutores, pensé ¿Es un “negro” que juega al rugby en Tucumán? ¿Es un negro porque es de Tucumán? ¿O es “negro” porque categorizado como un “otro” que no debiera compartir espacio en el rugby? ¿Quiénes serían los “otros”? ¿Los que no pueden jugar?

El mantenimiento de sus padres expone el lugar de Gerardo y la tendencia en el campo. Para Hilario “depende de la formación que tengas”. Se refiere a la trayectoria y origen social. Es ahí donde reconoce las características propias de su campo, y de su trayecto por el deporte, al reconocer las trayectorias de sus compañeros. Él sostiene que “es un deporte caro, es un deporte que tiene una cuota elevada, que te lleva un gasto todos los fines de semana. Vos siempre estás en gasto”, me explica. “Lo que quiero decir que vos no podés entrar con un buzo común y corriente, porque ese buzo común y corriente te lo rompen, con una remera también, o sea, tenés que tener determinada ropa o determinados artículos para poder estar más o menos dentro de sintonía ¿no?”. Hilario reduce la permanencia en el rugby a la posición en la estructura socioeconómica, da muestra que es una condición determinante.

Pero el caso de Fabián admite una excepción. Él reconoce que el tiempo le juega una mala pasada. Se compara con sus compañeros que gozan de otros horarios para concurrir al gimnasio y al entrenamiento, y expone su hipótesis sobre qué hay que poseer para jugar al rugby:

“tener disposición de tiempo y creo que tenés que ser un buen jugador de rugby o tratar de llegar a algo: un logro de jugar en primera o estar bien posicionado. Además creo que tenés que tener una entrega y formarlo como un estilo de vida. Tiene que ser una prioridad: rugby y trabajo acompañado. Vos pensá que vas a estar toda tu vida con rugby. Y ese algo no es que lo hacés si tenés ganas o no: tenés que tener tu horario”.

Fabián identifica otro capital que cree importante para permanecer en el espacio, además de exponer como fundamental la necesidad de tiempo libre: identifica un buen rendimiento en el juego como capital cotizado en el campo.

Sigo preguntándole: *¿Cuáles son las destrezas, habilidades, y capacidades que los sectores dominantes poseen para conservar un espacio que, en sus representaciones aparecería como democrático en el sentido de apertura a la participación de cualquier sujeto que quiera jugar al rugby?* Sin embargo, en Argentina, se mantiene como un espacio distinto y distintivo. La pregunta-eje no la oriento a por qué los sectores populares, por ejemplo, no quieren jugar al rugby, sino que intento desarmar el “gusto” sobre el rugby como espacio de sociabilidad. Y ahí, la estrategia de conservación reproducida para que no juegue cualquiera, es un punto de partida para entender la distinción. *¿De quién y de qué quieren distinguirse quienes juegan al rugby en la*

ciudad de La Plata? Pero la respuesta no es tan sencilla. Siguiendo, otra vez a Gerth y Wright Mills, “No podemos dar por supuesto que el que pretende prestigio automáticamente lo recibe. La conducta de status no es tan armoniosa.” (Ibíd:299)

4.4.1.3. El viaje

Ese mismo año, 2012, en el mes de enero (el día 4, a la mañana), Nacho me envió un mensaje de texto proponiéndome viajar el fin de semana a la costa argentina. Más precisamente, a la ciudad de Villa Gesell. Tardé en contestar: me encontraba en un dilema. Si no aceptaba, me parecía que sería un desaire hacia él, al mismo tiempo que me preguntaba por qué me invitaba a mí. Por el otro, si aceptaba, sería para mí un viaje donde pondría a prueba mi tolerancia. Decididamente sentía y creía que no podía compartir más espacios con Nacho. Saturación, diferencias, creencias, nos definen (o mejor dicho, nosotros vamos modelando nuestra visión del mundo a medida que establecimos nuestra relación). En algún punto, sabía que ese malestar debía capitalizarlo para mi trabajo. Había algo que debía suscitar de esa diferencia.

Le dije que sí. Le pregunté dónde nos hospedaríamos, y me dijo “en cualquier lado. Llevo la carpa”. Siendo ya las 22.30 horas, pensé que mi decisión había sido la correcta, teniendo en cuenta la relación de reciprocidad que se establece con los interlocutores.

Salimos el viernes a las 9 de la mañana, en punto. Viajamos en su auto. Hacía mucho calor, y no teníamos aire acondicionado. Abrimos las ventanillas en su totalidad, y eso nos condicionó a levantar el tono de voz habitual. Y, además, requirió un mayor esfuerzo para escucharnos. Fuimos despacio, charlando de muchos temas. Nacho comenzó a contarme la historia de sus padres. Su mamá nació en Misiones, y su papá en la ciudad de La Plata. Se conocieron durante su etapa de estudiantes universitarios. Su madre abogada, y su padre ingeniero agrónomo. Su relato era el habitual sobre sus padres: un *mix* entre admiración, afecto e incondicionalidad. La diferencia con otros momentos, era el contexto. Por primera vez nos alejamos de La Plata. Nos encontrábamos en la Ruta 2. No sé por qué, pero yo sentía que era casi inevitable no hablar. Aunque yo preferí escucharlo, y asentir (opté por asentir) con algún monosílabo o con movimientos de cabeza. Los temas iban desde su vida en general, a recordar viejas vacaciones en la costa. Se lo notaba tranquilo. Y yo, debo reconocer, sentía que

estaba cercenado, ahogado. Comencé a sentir incomodidad. Sin despojarme de mi objetivo de viaje (compartir con Nacho el viaje. Escucharlo. Pensarlo en otro contexto. En otra situación), reflexionaba sobre algunas preguntas: ¿qué hacía ahí? ¿por qué me sentía incómodo? ¿por qué me sentía saturado del vínculo con Nacho? Más allá de mi particularidad, y malestares propios de un observador, comencé a pensar que tal vez sea parte del proceso de inmersión en el campo con Nacho.

En el momento que entrábamos a la ciudad, Nacho me contó que había un conocido de él, veraneando en Villa Gesell. A todos los lugares que íbamos, o todos los lugares que referenciaba en las charlas con Nacho, él conocía gente. O de sus contactos de Rugby o del ambiente de los gimnasios, en la ciudad de La Plata. Sobre todo, gimnasios céntricos. A los cuales concurren, en tendencia, sujetos de sectores medios u acomodados en la estructura socioeconómica: abogados/as, contadores/as, médicos/as, veterinarios/as, ingenieros/as, odontólogos/as, entre las profesiones de los sujetos que Nacho referenciaba.

Llamó a su contacto esperando que nos ofrezca hospedaje. Pero no fue como pensaba. Con un poco de bronca, Nacho sugirió que busquemos otro lugar. Yo conocía un hotel económico, en donde me había alojado vacaciones pasadas. Fuimos allí, y sólo quedaba una habitación. Era una habitación de servicio, más barata que las que se ofrecían al público. Dejé que elija él, y Nacho aceptó sin problemas. En el hotel había muchos pasajeros. La mayoría jóvenes de entre 20 y 35 años. Hombres y mujeres. Nacho me advertía sobre la presencia de chicas que, según sus criterios, le parecían interesantes estéticamente. Lo hacía repetidamente, todo el tiempo.¹⁶⁶

A la noche nos trasladamos a Pinamar, a tomar algún trago a un bar de esa zona. En realidad, Nacho sabía que a mí no me entusiasmaba demasiado la idea, pero no quería desanimarlo en ninguna empresa que Nacho propusiera. Me mencionó un bar llamado “Super XV”, y me dijo que “es un bar de rugby, seguro conozco a alguien, está bueno. La podemos pasar bien”. Yo accedí y a la noche partimos hacia Pinamar.

Ya en “Super XV”, tomamos unos tragos. Fernet, principalmente. El sitio es grande. Tiene varios compartimentos, y uno al aire libre. Llegamos temprano y nos ubicamos en una mesa. A medida que pasaba el tiempo el lugar se iba colmando de gente, hasta llenar el local. Había dificultades para transitar por el bar. Mucha gente. “Super XV” es uno de los bares donde concurren los jóvenes que veranean en Pinamar.

¹⁶⁶ El transcurso de esa tarde y demás detalles están contemplados en el apartado sobre masculinidades.

Su rasgo distintivo se asocia a la cultura del rugby. Desde su nombre, hasta la estética (decorado con objetos vinculados al rugby: ilustraciones de escudos de clubes y selecciones de rugby, banderines, imágenes, etc). Pensar en la diferenciación social en Pinamar reviste cierta complejidad. Aunque no debemos pensar en la homogeneidad de su composición (si quisiéramos hablar de “composición” en receso veraniego). Sólo estaba observando exhaustivamente al público que asistía a “Super XV”. Parto del supuesto que sus clientes tienen o tuvieron que ver, en su mayoría, con el mundo del rugby. Nacho, como casi todas las ocasiones donde compartíamos bar, sólo se limitaba a mirar gente y no hablar demasiado. Yo supuse que estaba buscando gente conocida. No sé si supuse bien, pero saludó a más de diez personas: diez jugadores de rugby. Cuatro del Club San Luis, tres del Club Universitario, dos de La Plata Rugby y uno del Círculo Universitario de Quilmes (CUQ). Sobre este último, Nacho me comentó: “Mirá vos este pibe, se tiró la farmacia encima, ¡está enorme!, antes era así (levantando y mostrándome sólo el dedo meñique de su mano, simbolizando su pasado de delgadez)”. Le pregunté qué significaba “tirarse la farmacia encima” y me constestó, con otro gesto (amontonando sus dedos en forma de racimo e inclinándolos hacia su boca, indicando la ingesta de algo) que tomó mucha “pasta” para aumentar su volumen muscular. Nacho, además de ser jugador de rugby y tener la posibilidad de comparar, todo el tiempo, el tamaño de los cuerpos, es profesor de educación física y conoce todo tipo de sustancias que alteran el tamaño y la forma de los cuerpos. Luego de cruzarse con sus conocidos, Nacho comenzó a hablarme de cada uno de ellos: de dónde jugaban, a qué se dedicaban, cuán bien jugaban, cuán conocidos eran en La Plata, hasta deslizar su calificación sobre el bar: “está muy bueno el bar, ¿viste?”. Yo evité contestarle, fingiendo que no había escuchado su pregunta.

Nacho actuaba de forma similar en los bares de La Plata. Lo que me mostraba en un bar de una ciudad como Pinamar, en verano, eran recurrencias en sus modos de transitar espacios de sociabilidad nocturna.

4.4.2. El concepto de amateurismo en el Rugby

Ahora bien: pensar que la eficacia en la que se basa (o se basó) -en el caso del rugby, como espacio de distinción-, radica sólo en torno a las condiciones materiales que restringían (restringen) a quienes no accedan a determinados bienes materiales,

sería un error¹⁶⁷. Como toda práctica, y como todo espacio social, las dimensiones cultural y simbólica han operado hacia adentro del campo (entre las propias instituciones ordenadoras de la práctica y sus agentes), pero sobre todo, hacia afuera. Nos referimos a que, sin la estrategia -producida y reproducida- retórica de nombrar, administrar, y distinguir al rugby como un espacio fundamentalmente asociado al atributo de *amateur*, la condición de amateurismo y todos los significados que se adhieren (y adhirieron) a la categoría, no hubiese sido eficaz.

La categoría de amateurismo recubre –analíticamente- a la práctica efectiva del deporte, a partir de ser construida por los agentes participantes del campo del rugby. Varios significados, en torno a lo *amateur* se vuelven constitutivos del espacio. Es decir, en el campo del deporte, desde hace más de cien años, la relación de contigüidad entre las categorías rugby y amateurismo, establecen una cadena de significados propios para el campo del rugby, pero a su vez, configuran lo “otro”, lo externo, lo que está afuera del rugby. Por ejemplo, a la categoría de *profesionalismo*, si analizamos el discurso elaborado históricamente desde el campo del rugby. Entendiendo al discurso como:

“...el terreno primario de constitución de la objetividad como tal. Por discurso no entendemos algo esencialmente restringido a las áreas del habla y la escritura, como hemos aclarado varias veces, sino un complejo de elementos en el cual las relaciones juegan un rol constitutivo. Esto significa que esos elementos no son preexistentes al complejo relacional, sino que se constituyen a través de él. Por lo tanto, “relación” y “objetividad” son sinónimos. Saussure afirma que en el lenguaje no existen términos positivos, sino sólo diferencias: algo es lo que es sólo a través de sus relaciones diferenciales con algo diferente. Y lo que también es cierto del lenguaje concebido en sentido estricto, también es cierto de cualquier elemento significativo (es decir, objetivo): una acción es lo que es sólo a través de sus diferencias con otras acciones posibles y con otros elementos significativos – palabras o acciones- que pueden ser sucesivos o simultáneos. (Laclau, 2005:92)

Fuera (y no tan afuera) del campo del deporte, podemos entender que el concepto de profesionalismo establecería un vínculo entre la práctica de alguna actividad producida por algún sujeto, y su correspondiente remuneración en forma de salario, estipendio, etc. Pero claro, eso dependerá de quién sea el agente enunciativo de la categoría, su posición en el espacio social y su dimensión ideológica respecto a, por

¹⁶⁷ Hemos pensado, junto a Julia Hang, la problemática del amateurismo en el trabajo “*Acá nosotros nos rompemos el culo*”. *Los sentidos del sacrificio entre nadadores y jugadores de rugby en la ciudad de La Plata*, presentado en el XI Congreso Argentino de Antropología Social, en el mes de julio del año 2014.

ejemplo, la institución trabajo y sus significados. Es aquí cuando comenzamos a entender la identificación de los agentes participantes del campo con el significante *amateurismo* (y sus correspondientes significados), y la relación con el significante y significado de *profesionalismo*. Nombrar *profesionalismo* en el rugby en Argentina, no indica la condición de trabajador que reconoce la posibilidad de producir los medios y los recursos necesarios para cubrir sus necesidades básicas. No, *profesionalismo* está revestido por significados dirigidos a justificar el entrenamiento especializado y la preparación para el alto rendimiento. Por lo tanto, en términos imaginarios y de representaciones, el significante *amateurismo* mantiene, a pesar de que el campo del rugby comience a transformarse estructuralmente en Argentina, los significados que otorgan garantías y condiciones de distinción sociocultural de los sectores dominantes.

Sencillamente, porque en esta disputa de significados no hay otro sujeto colectivo (en términos de diferencias de clase social, por ejemplo) que reclame o reivindique su entrada al campo del rugby.

Veámos en el apartado sobre distinción que tanto en los relatos de los interlocutores, como en los documentos históricos, el concepto de *amateurismo* está asociado a un sacrificio personal y a un amor desinteresado a la práctica, despojado de cualquier tipo de interés o mediación monetaria, conformando un sistema de valores morales como si fuera intrínseco al rugby. Lo que Kluckhohn nombraría como “sistema moral”, como una abstracción despojada de las interacciones de los actores, que es eficaz en sí misma y que funcionaría como una variable independiente de relaciones y procesos sociales, pero orientando activamente las conductas (Kluckhohn, 1966). El relato sobre el *amateurismo* parece ser el argumento sobre el cual se edificó el sentido distintivo del rugby en Argentina y el puente directo que asocia el rugby argentino a la cultura inglesa (europea). Y su reproducción es tan eficaz que hasta hoy el discurso que recubre la práctica mantiene los atributos que se deshacen del *amateurismo*: honor, respeto, lealtad, compromiso, sacrificio. Todas propiedades de un verdadero caballero. La cultura del *gentleman*, predispuesto con educación y elegancia para la práctica y del *Fair Play*, como legado de la cultura europea, sostienen imágenes y representaciones que explican la distancia entre ser *amateur* y no serlo. Y como en todo sistema de atributos morales, quienes no los correspondan, ni lo respeten, tendrán el acceso restringido. Es atinada la categoría de “régimen de clasificación” que retoma Adamovsky para pensar cómo se ordenó la sociedad argentina (o porciones de ella) entre diferentes procesos históricos, políticos, sociales, culturales y económicos. La

categoría ayuda a pensar los posicionamientos que diferentes colectivos fueron ocupando en relación a proyectos, ideas, imágenes y representaciones dominantes, pero también da cuenta de lo que no pudo -contingente y provisoriamente- ser en cuanto a proyectos subalternos:

“Un ‘régimen de clasificación’ es el ordenamiento concreto del escalafón social en un momento y lugar precisos, tomando en cuenta todos los aspectos que colaboran en la separación y jerarquización de las diferentes ‘clases’ de personas. El ‘régimen de clasificación’ refiere entonces tanto a los mecanismos materiales que definen qué personas tendrán acceso a qué tipo de bienes y recursos, como a las ideas de ‘respetabilidad’ que los justifican y organizan. Dentro de las sociedades de tipo capitalista, aunque el núcleo de la diferenciación social esté siempre vinculado a la desigualdad económica, pueden existir diversos ‘regímenes de clasificación’ que, además, van cambiando a través del tiempo” (Adamovsky, 2012:115)

Podríamos pensar al amateurismo en el rugby como un régimen de clasificación localizado en cierto espacio y tiempo, pero que se reproduce como si fuese constitutivo de una *genética social* gestada en el propio espacio, y heredada gracias mismo tránsito por el campo, y su consecuente proceso de aleccionamiento. Por un lado, el concepto de amateurismo y la práctica que engarza el concepto a las acciones (y su reproducción moral), se genera a partir de un corrimiento de las barreras materiales y simbólicas. Dice Bourdieu (1998[1979]) que el poder económico posee la potestad de orientar la necesidad económica a distancia. Es por eso que es capaz, por ejemplo entre los sectores aristocráticos, de generar “...una continua exhibición, ha constituido la oposición de lo rentable y lo gratuito, de lo interesado y lo desinteresado bajo la forma de oposición” (Bourdieu, 1998[1979]:52). Esa es la capacidad y la destreza de los sectores dominantes que despliegan ante la posibilidad de construir un régimen de clasificación. En este caso, entre lo amateur y lo profesional. De disolver una necesidad (económica, tal vez) y volverla a armar como dicotomía, y no poder romper con el sentido antagónico de ese par amateur/profesional; desinterés/interés. Es aquí cuando Bourdieu señala al “gusto” como construcción distintiva, en relación a las disposiciones creadas como “puras” y “desinteresadas”, frente a los “gustos de necesidad” (material y simbólica). El amateurismo en el rugby, en su concepto, califica el gusto por la práctica, y justifica la dominación legítima sobre otros gustos. Es que la legitimidad de la dicotomía radica en la operación simbólica de suspender (y poner entre paréntesis) las necesidades económicas y las urgencias prácticas, ya que la

“...condición de todo aprendizaje de la cultura legítima, ya sea implícito y difuso como es, casi siempre, el aprendizaje familiar, o explícito y específico, como el escolar, estas condiciones de existencia se caracterizan por la suspensión y el aplazamiento de la necesidad económica, y por la distancia objetiva y subjetiva de la urgencia práctica, fundamento de la distancia objetiva y subjetiva de los grupos sometidos a estos determinismos” (Ibíd:51)

El ordenamiento de una legitimidad en un campo (el deportivo, en este caso) basada en la disposición de poder sobre una necesidad dominada es lo que, entre otras cuestiones, reviste el concepto de amateurismo en el rugby en Argentina. El pasaje del Boletín Informativo de LPRC número 14 del año 1956, expone los argumentos de época que circulaban entre clubes pares, entre la trama discursiva del rugby. La cita de Antoine de Saint-Exupéry, francés, ex militar, y autor de *El Principito*¹⁶⁸, es añadida a una lógica moral pretendida del campo: formar hombres disciplinados, respetuosos, con equilibrio interior (lo que podríamos entender como una expresión de la tan requerida preparación civilizatoria de los hombres) y leales. Se debe rendir culto a la camaradería y a la cultura del *Fair Play*. Esa es la “escuela del rugby”, que se traza a través de la historia vinculada, determinada y jerarquizada por lo que denominamos “régimen de clasificación”. Será entonces que no cualquiera podrá integrarla. Y hay algo notable en la reproducción de un sistema moral edificado desde y en el rugby: fue y es una “escuela de vida”. Como diría Elias, el proceso civilizatorio, y sus instituciones influyentes, afianzarían y servirían a los jóvenes para introducirlos en la vida. El rugby, según sus actores, es “escuela de vida”. Enseñanza de un buen estilo y una modelación del temple y del coraje.

¹⁶⁸ Un relato para niños, traducido a varios idiomas, cuyos núcleos se ordenan bajo la crítica hacia los valores morales del mundo de la adultez y el sentido de la existencia.

DE LA CAMARADERIA

Hubo un hombre que hizo del coraje una manera de vivir, del amor a los hombres un culto, de un par de alas un medio de alcanzar plena comunión con la naturaleza. Un hombre para quien el deporte, el peligro, la amistad, la integridad, fueron otras tantas expresiones del saber vivir; para quien el odio, la mezquindad, la cobardía, el aislamiento egoísta, fueron otras tantas maneras de malgastar una vida, de hacerla inútil, injustificable.

Ese hombre dijo:

"Felicidad: es inútil buscarla donde no sea en ese calor de las relaciones humanas. Sólo un camarada puede tomarnos de la mano y liberarnos. Y estas relaciones humanas deben ser creadas. Uno debe ir a través de un aprendizaje hasta conocer el oficio. Deportes y riesgos son una ayuda, aquí. Cuando cambiamos el viril apretón de manos, competimos en carreras, nos reunimos para salvar a uno de los nuestros en dificultades, que grita por ayuda en la hora del peligro — solamente entonces aprendemos que no estamos solos en el mundo".

Estas palabras de aquel hombre extraordinario que fué Antoine de Saint-Exupéry, vienen al recuerdo con motivo de las reuniones que anualmente nos congregan, por un día completo, con clubes amigos.

La práctica del Rugby tiene un doble sentido y un único fin. Hacer de quince hombres una síntesis de disciplina, de respeto, de amistad y una forma de vincular quince hombres con otros quince hombres, ya que en juego no hay enemigos sino adversarios (distinción a veces olvidada). Y el fin, alcanzar un equilibrio interior que se expresa en el apretón de manos leal y sincero, en saber que el adversario en la cancha compartirá nuestro brindis en el bar, en el conocimiento que el fair-play es escuela de camaradería.

Si el Rugby no quiere desmentir su origen y su finalidad, debe ser forja de camaradas.

Así lo reconocen esas fiestas de la amistad, ese culto de la relación humana.

Director:

JUAN A. PELITTI

14-511

La Plata

T. E. R. 1876

Subdirector:

P. MARIO MAESTRI

46-610-41 R

La Plata

Boletín informativo LPRC - Número 14 - Año 3 - marzo de 1956

El sentido moral distintivo del amateurismo se expresa en la división entre "gente del rugby" y "gente que no es del rugby": ordena, clasifica, orienta y excluye (como todo "régimen de clasificación", claro). Una vez más, un ejemplo en donde se ubica el culto a la medida, y donde se ubica al "otro" en el rugby.

"Y al escuchar a sus adictos que en tan duro trance, en lugar de hacer llegar su voz de aliento y estímulo a los jugadores se habían entregado a una crítica despiadada, donde no había si quiera un poco de consideración para valorar el esfuerzo supremo realizado por eludir la derrota, que al fin llegó, recordé lo peligroso que

es la transformación del espectador en hincha...Me preguntaba si era posible que en los campos de Rugby, que deben ser templos donde se rinda culto a la amistad, a la medida, a la justicia, pueda también abreviar el agravio hacia quienes ponen en el juego toda su voluntad, empeño y entusiasmo...Por eso, los que queremos al Rugby, como lo entendían los que nos legaron estas limpias tradiciones de moral y corrección deportiva, los que deseamos que permanezca inalterable en su espíritu, debemos unirnos firmemente para expulsar de nuestras canchas, de nuestros templos, a quienes los profanan con gestos o actitudes descomedidas y hacerlo violentamente, sin consideración, tal como en la historia bíblica lo hizo el Maestro:...¡A LATIGAZOS!...! ¹⁶⁹

La clasificación se cimienta en principios morales dicotómicos que cristalizan el sentido de lo diverso: medida/desmedida, limpio/sucio, corrección/incorrección. Al profano debe excluirse, lo sagrado no debe alterarse. En este caso, la categoría de “hincha” incluía los atributos de los viejos corrimientos del fútbol y la separación, distinción y conversión del espectador: dotado de un fino ojo y una moderada sensibilidad que lo conecta con la esencia del deporte y así logra entenderlo. División entre “gente menos dotada” en tanto su calidad de persona, el rugby enseñará, con su “formación moral y espiritual” y su amateurismo como “estilo de vida”, como dice el archivo sobre el disciplinamiento de Néstor Dutil, y la declaración contra el Profesionalismo que varios clubes, en la década de 1980, manifestaron en un documento.

¹⁶⁹ Boletín Informativo Número 4 – Año 1 – Agosto 1953 (aparece, el nombre de la ciudad de La Plata, en ese momento “Eva Perón”)

Requerido del 'Patón' Wells al informe
adelante

- a) Completamente de acuerdo.- Serviría una Circular a los Presidentes de los clubes explicando nuestras inquietudes para ver si pueden interesarse más a fondo a fin de que sus encargados y capitanes sean personas de más calidad?

Nota: Visto de afuera algunas veces es inexplicable que de cierta forma se hace vista gorda a personas que no son del todo sanas. Porque? 1) La gran escasez de gente capacitada.

2) Ansias de ganar a toda costa aguantando a

buenos jugadores pero poco deportistas. Cualquiera de nosotros que haya sido capitán o encargado debe recordarse que conocíamos intimamente a cualquiera de nuestros jugadores que en un momento dado podría causarnos un problema, esto no ha cambiado, por lo tanto se permite jugar a ciertas personas que no son del todo desheables. Creo que la solución está en encontrar al encargado y capitán ideal para que apoye a nuestra gestión y que no juegue en contra de nuestra gestión para sacar cualquier ventaja. Hay instituciones cuyos directivos por desconocimiento o experiencia no sigue este camino ya sea por comodidad o falta de noción; en este caso nosotros no podemos hacer nada. Podemos ayudar a los encargados que tengan la buena voluntad de hacer las cosas bien, ya sea con manuales o cursillos, pero tenemos que tener la certeza de que están con nosotros y no buscándonos la vuelta.

Solución? De alguna manera el equipo al que pertenece el jugador infractor debería sentir en carne propia los desmanes de este sujeto, como hacerlo?

Sería posible que al margen de la medida disciplinaria al inculpable se le aplique al equipo un número adecuado a la falta, de "amonestaciones" que sumadas al fin de temporada influyan en el puntaje de su equipo y a la posición en su clasificación en la tabla.

En esta forma a igualdad de puntos dos equipos se clasificarían por el menor número de amonestaciones.

En esta forma hasta cierto punto los equipos tratarían de ralear de sus filas a los sujetos que les produzcan problemas.-

- b) Insisto en que hay que entrar en contacto directo con exjugadores y jugadores de la División conocidos por su calidad de persona para interesarlos en la dirección ya sea como encargados o como referees. Este es nuestro futuro. Reportará mucho trabajo pero también creo que muchas ventajas.

EN GENERAL; Creo que lo primordial es "LA CALIDAD DE LA PERSONA"

A los menos dotados podríamos enseñarles, dirigirlos etc. pero a los de CALIDAD poco habría que enseñarles ya que el espíritu que se trata de inculcar es el común que se predica en todos aspectos de la vida diaria.

Wells

- ** Sí al amateurismo, en forma terminante, defendiéndolo a "capa y espada".-
- ** No al profesionalismo, cubierto o encubierto.-
- ** No a los sponsors, de cualquier tipo o naturaleza; ni para la UAR, ni para los clubes ni para los jugadores.-
- ** No a la publicidad, en los campos de rugby; en la indumentaria; en equipos, en cualquier forma de identificación con el jugador de rugby, entrenadores, dirigentes ó árbitros.-
- ** No a la televisación comercial de los partidos de rugby.-
- ** Sí a la televisación de los partidos de rugby, con el objetivo de difusión y elevación del nivel del juego, organizado y planificado por las Uniones y/o por los clubes.-
- ** Sí al cumplimiento estricto de las normas del reglamento de "amateurismo y profesionalismo en el rugby argentino".-
- ** Sí a las sanciones severas de los tribunales de disciplina, por infracciones al espíritu del rugby.- Designación por Asamblea, del Tribunal de Disciplina.-
- ** No a la dedicación exclusiva o cuasiexclusiva, de los jugadores, entrenadores y dirigentes a la actividad del rugby.-
- ** Sí a que la UAR compre los equipos e indumentaria con que se viste a su Seleccionado y se entregue a los jugadores, enmarcado en el concepto de "honor" que significa vestir el mismo.
- ** No a que los jugadores reciban gratuitamente equipos o indumentarias deportivas para la práctica del rugby, explicando y difundiendo los motivos de esta postura.-
- ** No al avance de los planes y trabajos del Seleccionado en detrimento de la actividad rugbística de los clubes.-
- ** No a la prolongación de las temporadas de rugby, fuera de sus límites normales.-
- ** No a la actividad reiterada del Seleccionado, en cuanto a partidos y giras, dentro de la misma temporada y en detrimento de la actividad rugbística de los Clubes.-
- ** Sí a la difusión del juego, dentro de los conceptos de la "gente del rugby por su espíritu y amor al juego".- Sí a compartir la lealtad y las bondades del deporte que hemos abrazado convencidos de ser el mejor, en la formación moral y espiritual de los individuos, interpretándolo, como un "auténtico estilo de vida".-
- ** Sí a los terceros tiempos compartidos y de auténtica diversión para los jugadores.-
- ** Sí a la integración de jugadores en equipos combinados, que realicen giras al interior organizadas por los clubes y/o por la UAR.-
- ** No al concepto de obtener beneficios en dinero, por las actividades del Seleccionado, como objetivo fundamental de dicha actividad.-
- ** No a la diferenciación de jugador suspendido, que juega en su Club y no en el Seleccionado y/o viceversa.-
- ** No a la entonación de himnos nacionales en los partidos del Seleccionado.-
- ** No a los viáticos, para jugadores, dirigentes o árbitros, del rugby argentino.-

*CUBA - Ahumada - Belgrano - SIC - CASI - B. H. - Newman -
Rosario - Champagnat - etc.*

Declaración contra el Profesionalismo. Clubes firmantes: CUBA, Belgrano, SIC, CASI; Newman, Rosario, Champagnat, entre otros.

4.4.2.1. “Un capital social que es impagable”

Agustín dice que elige quedarse con el capital de relaciones y con la vida social que le da el rugby, atribuyendo esos atributos “al no haber plata de por medio. ¿Si vos me preguntás con qué me quedo? Me quedo con la vida social que te da este deporte. Si hubiese plata eso no existiría”. Son las imágenes que en tendencia se comparten: el dinero disuelve el espíritu amateur. Pues entonces se consolida la idea y se presume que el dinero aquí no tiene importancia, porque no se juega por él. Pero sin embargo adquiere relevancia y significa un elemento de prestigio cuando, por ejemplo, se manifiesta que quienes juegan al rugby han aprendido que “para jugar hay que pagar”. Y no al revés. Lo que los ubica, como mínimo, en una situación diferencial con quienes no puedan pagar. La relación entre ocio y prestigio otra vez es exhibida como símbolo de distinción de quienes juegan al rugby en La Plata. Dirían Gerth y Wright Mills: “Pero el ocio sólo otorga prestigio cuando los que no necesitan trabajar tienen un ingreso más alto que los que trabajan” (1963:298). Es un *ocio prestigioso*, aunque de a poco la percepción de los jugadores cambie en la relación del significante *profesional*. Para Gerardo, la exigencia y las horas dedicadas al entrenamiento tienen que ver con elementos profesionalizantes, reflexionando que “el otro día sacando cuentas, nosotros en una semana le dedicamos más que un jugador de fútbol, en horas, en cantidad de horas, en pretemporada en verano”. El prestigio es doble en este caso: se multiplican las horas en relación a un profesional, pero no se recibe dinero a cambio.

Agustín y Damián me cuentan que, a pesar de las tradiciones y declaraciones contra el profesionalismo, desde hace un tiempo en LPRC se está implementando un sistema de *coaching*: un grupo de jugadores referentes del plantel superior preparan en diferentes técnicas y situaciones de juego a los juveniles del Club. La actividad es rentada, pero no son trabajadores formales con los derechos, obligaciones y garantías que le corresponden a un empleado en relación de dependencia. Al igual que Sabrina, que tampoco cumple sus tareas en el marco legal que el Estado exige a las entidades empleadoras. Ninguno de los interlocutores con los que dialogué categorizaron como “trabajo” la actividad de *coaching*. Ellos dicen que, más que nada, le transmiten los saberes y valores morales que ellos aprendieron cuando eran chicos y que en la actualidad desarrollan en el plantel superior. Diferente a Sabrina, que nombra y lo percibe como uno de sus trabajos centrales.

Damián me cuenta que en el ámbito del rugby platense, su club es reconocido, de manera despectiva, como “una empresa”. A lo cual Damián responde que “en cierta parte los otros clubes optaron por ser clubes más sociales. Nosotros aceptamos el sponsorship de la Municipalidad de La Plata que aporta a todos los clubes, más algún otro”. Damián está de acuerdo y toma posición en la disputa sobre la posible profesionalización del rugby¹⁷⁰ y dice que,

“el tema del PLADAR es lo que La Plata apoya; da la casualidad que hay cinco de La Plata, entonces La Plata apoya a la UAR en ese sentido. Y hay una puja con la Unión de Buenos Aires, que no los iba a dejar jugar. Las demás uniones de todo el país los dejaron siempre, no hubo problemas. Acá hubo asambleas, y uno de los clubes que apoyaban que los dejen jugar era La Plata, que impulsaba eso. La Plata nunca fomentó el irse a jugar afuera.”

Y compara con su experiencia cuando emigró a Francia y profesionalizó su participación en el rugby a cambio de dinero:

“Allá un jugador profesional puede ganar más; yo daba la casualidad que jugaba profesional en un equipo en el que éramos tres profesionales, los demás laburaban como acá en Argentina, por ahí en ese sentido te exigían más. En el tema profesional mejoras mucho en el tema de la técnica individual si uno se lo toma en serio, es decir si en el tiempo libre que te sobre te dedicas a mejorar el pase, mejorar la patada. Para mí la experiencia no fue muy buena, terminamos entrando en los Play Off, tuvimos una primer parte del año muy mala, donde al ser profesional a mí me habían prometido un auto “bueno”, y me terminaron dando un Renault 21 gris con llamas rojas (mientras se ríe)”

Si bien Damián es consciente de las diferencias que implican cobrar o no cobrar por jugar en relación a las condiciones materiales de existencia, también admite que no hay estructura posible para profesionalizar el rugby en Argentina.

4.4.2.2. La intervención del Estado y la fuerza de las tradiciones

¹⁷⁰ Estos intercambios los tuvimos a mediados del año 2010, cuando el PLADAR estaba comenzando sus actividades. El PLADAR es el Plan Nacional de Alto Rendimiento, llevado adelante por la Unión Argentina de Rugby (UAR) y la Secretaría de Deportes de la Nación, desde el año 2009. El plan consiste en la selección de varios jugadores de diferentes equipos de Argentina, y la programación de un esquema de entrenamiento que extiende, complementa y mejora (supuestamente) al seleccionado en sus clubes, a cambio de un monto de dinero mensual. Todo esto, sostenido en el argumento de que esos jugadores integrarían, en un futuro, la selección Nacional de rugby, “Los Pumas”.

Si la categoría de amateur era reconocida y asociada al rugby en Argentina, y sus significados se alejaban y negaban todo tipo de retribución económica por la práctica del deporte, hoy, esos significados, como mínimo, comienzan (o deben comenzar) a reconfigurarse. Por primera vez en la historia del rugby, desde el año 2012, diez jugadores fueron contratados por la UAR, apoyados por la Secretaría de Deportes de la Nación¹⁷¹, luego de una ardua disputa entre asociaciones: la URBA (Unión de Rugby de Buenos Aires) y el resto de asociaciones de todo el país. El conflicto reside en que la URBA no permite, por estatuto, participar de sus competencias a jugadores que reciban algún tipo de remuneración por practicar rugby. Algunos de los siguientes argumentos sintetizan la resistencia desde la URBA:

*Todo accionar de la URBA (torneos, selección, calendario, acuerdos, etc. y sus clubes debe estar enfocado a defender y desarrollar el rugby formativo amateur.

* El juego del rugby tiene que ser: para todos, accesible, sano, formativo, entretenido.

* Apoyamos la inserción en el rugby Profesional en la Alta Competencia Internacional, pero bajo un modelo separado del rugby amateur y formativo de Clubes, debido a que los Objetivos que persiguen son distintos.

* No queremos que el desarrollo del Rugby esté reservado para unos pocos clubes ni para unos pocos jugadores.

*No queremos un modelo amateur utópico que precarice a los Clubes sino que Queremos un modelo amateur, formativo, competitivo y actualizado.

*No queremos que nuestros Clubes y nuestra Unión se conviertan en "modelos de negocio" ni que sean capitalizados por intereses diferentes al Rugby Formativo...

*Respetando la libertad de elección de las personas, no queremos fomentar en Jugadores juveniles, los modelos semiprofesionales o profesionales del Rugby (reservado para pocos) que conlleve el abandono de estudios o trabajos.¹⁷²

Esta resolución presenta, como mínimo, dos trampas. La primera, que la mayoría de los clubes y sus jugadores (en tendencia) poseen el capital económico, y el tiempo disponible para practicar el deporte. Lo cual nos lleva a preguntarnos si la posibilidad de poder ser remunerado para dedicarse a jugar al rugby democratizaría el acceso de otros sujetos que no han accedido (o acceden) a la práctica, ya sea por barreras materiales o simbólicas. Por lo tanto, la relación de contigüidad entre amateurismo y pluralidad (relativa al acceso de más participantes al deporte, a que el desarrollo del rugby no “esté reservado para unos pocos”) construye, automáticamente, una relación antagónica que establece la vinculación significativa –estrecha- entre profesionalismo y acceso restringido. Cuestión que debería revisarse y discutirse como argumento para la no

¹⁷¹ Ver “Una nueva etapa en la UAR: contrató 10 profesionales”, en <http://canchallena.lanacion.com.ar/1449737-una-nueva-etapa-en-la-uar-contrato-10-profesionales> 17/12/2012.

¹⁷² Estas proclamas fueron publicadas en el diario La Nación, el 14-10-2010. Ver en <http://canchallena.lanacion.com.ar/1314451-la-carta-que-divide-al-rugby-de-buenos-aires>

profesionalización. La segunda es la frontera establecida entre “Rugby formativo”, y “modelos de negocios”. Las preguntas que podrían recaer sobre esa relación son: qué es lo formativo, y qué valores que negarían la condición amateur del rugby estarían representando ese “modelo de negocios”¹⁷³.

Mientras tanto, los demás agentes que disputan la decisión de profesionalizar el rugby sostienen que la relación de la remuneración de la práctica colaboraría con la preparación en el grado denominado “alto rendimiento”¹⁷⁴. Es decir, los significados del profesionalismo entre los agentes que reclaman la retribución en el rugby se inscriben y se justifican en que profesionalizar es lograr el “alto rendimiento”, especialización y complementación del entrenamiento¹⁷⁵. Como diría Daniel Hourcade (responsable de los entrenamientos, en ese momento, del PLADAR, y hoy del seleccionado nacional): “Estos jugadores no son profesionales, son atletas de alto rendimiento. Sólo reciben un apoyo económico para que puedan entrenarse mejor. Estamos en una transición y hay que pasarla. El año que viene seguramente haya más competencia.”¹⁷⁶

¹⁷³ Hemos discutido junto a José Garriga Zucal (2012) el vínculo entre rugby y mercado. Allí visibilizamos el interés de empresas del rubro automotriz, bancario/financiero, gastronómicas, de vender sus productos entre públicos especializados (y no especializados) en rugby. Además de observar el proceso de *sponsor*eo y de publicidad durante los días de competición, y analizar el ingreso de dinero a las asociaciones de rugby de todo el país, por los derechos de televisación de diferentes campeonatos, por parte de la señal televisiva ESPN.

¹⁷⁴ Aquí es necesario tener en cuenta que Argentina, luego de su tercer puesto en el mundial de Francia en el 2007, ingresó al cónclave de elite denominado “Tres Naciones” (hoy llamado “Rugby Championship”). Con Agustín Pichot (ex “Pumas” y jugador símbolo de aquel equipo del 2007) como portavoz y operador de la entrada de Argentina a ese Torneo, es la primera vez que “Los Pumas” ingresarán al SANZAR: organización compuesta por Australia, Sudáfrica y Nueva Zelanda. Todas federaciones categorizadas por pertenecer al rugby del hemisferio sur. Participar del SANZAR significa ampliar las posibilidades de ingresos monetarios a la UAR, dadas las millonarias cifras que circulan por derechos televisivos y *merchandising*. Para ampliar, visitar el sitio web <http://www.sanzarrugby.com/about-sanzar/>. La pregunta que nos cabe es: por qué Argentina ingresa a un sitio reservado sólo para las potencias rugbísticas. Las respuestas no sólo deben buscarse en la jerarquía de los equipos, sino también, en la relación entre campo político, económico y deportivo. Para pensar en el vínculo entre campo político y deporte (más específicamente con Pichot y el rugby) ver http://www.coarg.org.ar/nota_act_0169.html http://www.tigre.gov.ar/prensa/609_massa_despidio_a_los_pumas_antes_de_viajar_al_mundial_.htm y también <http://www.telam.com.ar/nota/21901/>

¹⁷⁵ Ver entre tantos artículos, *Con el aporte del Estado, la UAR sumó otro sponsor* (26 de junio de 2009, la Nación, <http://www.lanacion.com.ar/1143603-con-el-aporte-del-estado-la-uar-sumo-otro-sponsor>). *Nuestro rugby es una hipocresía absoluta y lo de la URBA es el colmo* (20 de enero de 2010, La Nación, <http://canchallena.lanacion.com.ar/1224001-nuestro-rugby-es-una-hipocresia-absoluta-y-lo-de-la-urba-es-el-colmo>). *Los Pampas, no son profesionales* (1 de abril de 2011, La Nación, <http://www.lanacion.com.ar/1361904-los-pampas-no-son-profesionales>)

¹⁷⁶ En *Los Pampas, no son profesionales* (1 de abril de 2011, La Nación, <http://www.lanacion.com.ar/1361904-los-pampas-no-son-profesionales>). Ver también la operación retórica al nombrar a los jugadores del PLADAR, y categorizarlos como “invitados”, o acudiendo a la figura técnico-jurídica de “Becarios deportivos” y esquivar la categoría de “sueldo”, en *El problema nunca fue de los jugadores* (17 de marzo de 2011, La Nación, <http://canchallena.lanacion.com.ar/1358106-el-problema-nunca-fue-de-los-jugadores>)

Ya en el año 2004, la empresa Sportfive se estableció en la Argentina y comenzó a trabajar junto con la UAR. Sportfive es un agente de comercialización que representó a la Unión en la negociación de los derechos de *sponsorio* y televisación de los partidos disputados por “Los Pumas”. La relación contractual tendría una duración de cuatro años, obteniendo la UAR un ingreso de 28,6 millones de pesos durante ese período.

Sin embargo, en el año 2006 la UAR sufrió una regresión en su patrimonio y un severo problema financiero. Cuentas embargadas, deudas y presentación a concurso preventivo de acreedores estallaron en una crisis y en una puja de intereses con la empresa Sportfive, que significó un retroceso en el novedoso modelo empresarial practicado por la UAR. El conflicto se dirimió en el año 2007. La UAR fue beneficiada por el comunicado del Juzgado Comercial N° 17 Secretaría N° 34, ratificando el derecho a rescindir el contrato que lo vinculaba con Sportfive SA y Sportfive Argentina SA.

Era una prueba fallida para la UAR, aunque no significó el deceso de la idea de comercializar los derechos televisivos y de *merchandasing* del Seleccionado Nacional de Rugby.

4.4.2.3. “Los Pumas” y el “Régimen especial”

Pero la historia sobre las disputas de intereses entre los jugadores de rugby y las federaciones (siguiendo la problemática sobre la profesionalización o la estandarización amateur del deporte), contiene un capítulo especial y significativo.

Es el comienzo de la visibilidad comercial de “Los Pumas” como producto intercambiable: estética, moral, social y culturalmente. Con el agregado de que esa venta de “Los Pumas” como imagen y símbolo, intentará constituirse en un símbolo del relato sobre la Patria: *masculina y civilizada*.

Luego del relativo buen rendimiento en el mundial de Gales del año 1999, los jugadores que integran el seleccionado comienzan a pensar que es necesaria una estructura formal que sostenga y optimice el rendimiento en las futuras competencias. En el año 2000 los jugadores habían acordado un nuevo monto en condición de viáticos: cada jugador recibiría 4200 dólares¹⁷⁷ por un *test match* con Irlanda, en Argentina, y por una gira por tierras Australianas. Las reivindicaciones y logros monetarios seguirían en

¹⁷⁷ Recordemos que la paridad cambiaria en relación al dólar, en Argentina del año 2000, se establecía como un dólar igual a un peso argentino.

el año 2001, cuando la UAR decide aprobar un viático de 600 pesos mensuales para los jugadores que actuaban en el país. Así, podrían especializarse y dedicar más tiempo aún a la preparación para las competencias. Era una decisión histórica y marcaba un precedente.

Pero un año antes, precisamente el 12 de noviembre del año 2000, se produciría un evento que no sólo incluía intereses comerciales, sino también la posibilidad de “testear” la pregnancy y la masividad en relación a un partido de “Los Pumas”, y su posible ampliación del público habitualmente especializado, luego de su buena participación en Gales. A cambio de 90 mil dólares la UAR aceptó el desafío de cambiar de estadio para enfrentar a la potencia sudafricana, los *Springboks*: de actuar en los habituales Vélez o Ferrocarril Oeste, el seleccionado argentino jugaría en el estadio Monumental, con capacidad para 60 mil espectadores aproximadamente. Búsico y Cloppet preguntan en su libro *Ser Puma*, si “¿Acaso otro deporte aparte del fútbol podía animarse a ir al Monumental? Sin dudas, no” (2012:189).

El entusiasmo que auspiciaba la iniciativa de una estructura profesional se ve relegada, en el año 2001, con la asunción de Miguel Servera que provenía de la URBA, y defendía, de manera acérrima, la condición amateur del rugby. Ese mismo año, en el mes de julio, y antes de partir a una gira por Nueva Zelanda, los jugadores de “Los Pumas” amenazan con no viajar y cumplir con el compromiso. El motivo era que la mayoría de los dirigentes de la UAR votaría en contra de la profesionalización del seleccionado, con lo cual lo logrado hasta el momento se echaría a perder.

Finalmente en septiembre del mismo año, ante los rumores de una nueva postergación de la asamblea donde se decidiría sobre la profesionalización o no de “Los Pumas”, los jugadores deciden emitir un comunicado que advertía que hasta que no se regularice estatutariamente su condición y los beneficios de remuneración que se reclamaban, el equipo no participaría de ningún evento contra equipos de jugadores profesionales. Es que el ingreso de dinero a la Unión no era proporcional a lo que llegaba a los jugadores. Expresado su reclamo, el 28 de septiembre los jugadores realizaron un paro histórico que tuvo su recompensa, al reformarse el estatuto de la UAR: “Los Pumas” lograron la profesionalización de su práctica, bajo el nombre de “Régimen especial”.

A pesar de la crisis del 2001, y con el cambio de paridad en relación con el dólar y la pesificación de los contratos, la UAR -como institución- supo sostener el contrato, demostrando un poder económico vital para ser una de las pocas organizaciones que se

mantuvo relativamente estable durante la crisis económica, política y social del 2001, en Argentina.

4.4.3. ¿Qué es el sacrificio en el rugby?¹⁷⁸

El quincho de Albatros Rugby Club se quemó el 23 de diciembre del 2013. Fue un acontecimiento traumático para el club, para sus dirigentes, sus jugadores y sus socios. El escenario, ante una crisis, supone una cierta liberación de la palabra, y más aún, de algunos sentidos hasta el momento velados. Para los jugadores del club fue un drama. Decían haber perdido un espacio vital de reunión, de encuentro (ni más, ni menos). Con lo que implica juntarse, verse, hablarse, tocarse, para cualquier grupo de personas. Lo sentían como una lesión identitaria, bien marcada por la frase –repetida por la mayoría de los jugadores– “nos quemaron el quincho. Son unos hijos de puta”. El delito fue atribuido, rápidamente, a unos jóvenes del barrio que, supuestamente, fueron echados el fin de semana anterior, por no tener entradas para la fiesta que organizó el club, justamente, en el quincho del campo de deportes.

Ante la pregunta de cómo harían para recomponer las instalaciones dañadas, la mayoría de los jugadores, coincidían y reafirmaban un principio sostenido grupalmente: “Acá todos nos rompemos el culo”. La clave de la reconstrucción, entonces, estaría dada por lo que entienden por *sacrificio*, individual y grupal. Ya sea, levantando (ladrillo por ladrillo) una pared, o gestionando recursos económicos. Uno de los compañeros de Nacho es el hijo de un diputado nacional por la provincia de Buenos Aires, representante del Partido Radical. Nacho, entusiasmado, me contó que gracias al padre de su colega consiguieron, rápidamente, recursos económicos por parte del gobierno bonaerense¹⁷⁹.

Con el sacrificio, nos referimos, siguiendo a Wacquant (2006[2000]), a un dispositivo de discriminación, por un lado, y a un elemento que fortalece el vínculo grupal. Quienes se dispongan y adhieran a la moción de exponer el cuerpo al sacrificio y al dolor, irán adquiriendo el honor específico (Wacquant, 2006[2000]) que históricamente detenta la práctica del rugby. Por lo tanto, se instituye una línea divisoria que estimula el pasaje hacia el honor, y hacia el reconocimiento. Esto reafirma una

¹⁷⁸ Algunas de estas anotaciones sobre el caso, las compartimos en el texto escrito junto a Julia Hang (2014)

¹⁷⁹ Ver *Albatros recibió el apoyo de la Cámara de Diputados*. En *Diario Diagonales*, 28/02/2014. <http://www.diagonales.com/deportesx/208743-nota-208743-albatros-recibio-el-apoyo-de-la-camara-de-diputados.html>

forma más de amparar -y admitir como naturales- las desiguales condiciones materiales y simbólicas, que se establecen no sólo con las mujeres, sino con los otros hombres que no participan del rugby.

El sacrificio, el dolor, la lealtad (hacia los rivales), el respeto (hacia los iguales en jerarquía, o los mayores), van erigiendo el sentido de la caballería que reside, principalmente, en las prácticas corporales. Así se construye, en el rugby, ese conjunto de virtudes masculinas, en tanto físicas y morales, donde se asegura la reproducción de criterios dominantes para separar lo femenino de lo masculino, y donde “lo agresivo” y “lo racional” se superponen hasta formar un sistema complementario. Agustín, entiende que:

“si no jugás usando la cabeza al minuto cero te fuiste expulsado, porque es así; porque si jugás solamente con la animalidad de la fuerza, cagaste. Yo creo que es un deporte mucho más racional que de fuerza. Acá, en el mismo deporte, el que usa la cabeza, después lo complementa estando bien físicamente”

La modelación de los cuerpos en el rugby, no sólo se corresponde con las reglas y con la lógica del deporte: una lógica en donde prevalece el contacto y el impacto entre los cuerpos de los sujetos que compiten. No: el uso de los cuerpos de hombres que juegan al rugby mantiene vínculo -más o menos directo- con la relación entre las clases y el género. Entre la posición en la que se ubican sus practicantes (heterogénea, claro; pero menos heterogénea que en otras porciones del espacio social) y su correlación con los modos de reproducir formas de *ser hombre*: posturas, gestos, usos de suplementos dietarios¹⁸⁰. La rigidez corporal es una característica distintiva de los jugadores de rugby. Dureza que se exhibe en varias modalidades: músculos tonificados y de gran volumen, o kilos acumulados que se encriptan en una estética dominante, dentro del campo del rugby.

Para Nacho el sacrificio implica tener que estar a las nueve de la noche un lunes de julio con lluvia, con dos grados bajo cero corriendo:

“eso es sacrificio, y no faltas, porque vos sabes que si faltas estás rompiendo con tu convicción, estas rompiendo con tu palabra que es ‘loco, yo me comprometo a serle fiel a todos mis compañeros para ir a entrenar’, y que te dicen siempre ‘eh, si no venís estás cagando a todos tus compañeros para entrenar’, y es verdad, estas cagando a tus compañeros”.

¹⁸⁰ Son condicionantes ergogénicos (sustancias de ayuda externa) que estimulan el crecimiento muscular.

Nacho vincula el sacrificio a la presencia corporal, ligada a una relación de fidelidad con sus compañeros. Tener que estar, para no romper con un sistema imaginario de lealtades. Pero además, Nacho cuenta lo que cuesta decidirse a sacrificarse,

“Yo me he peleado mil veces con mis novias porque te dicen ‘dale, si jugás todos los sábados, este sábado no vayas a jugar, vamos al Shopping’, le decís ‘loca, yo asumí un compromiso a principio de año de jugar todos los sábados de acá a que termine el campeonato’. Y hay gente que no lo entiende a eso, la mujer no lo entiende, ‘si vas todos los sábados, un sábado que faltes ¿qué pasa?, ¿qué problema hay?’ Eso es sacrificio y compromiso, ¿me entendés?, es comprometerse”.

Nacho construye una relación metonímica entre sacrificio y compromiso.

Gerardo expone su idea de sacrificio vinculada a la retribución que sacrificarse puede otorgarle, no sólo en la dimensión económica, sino en la corporal: “además es un deporte caro, que exige demasiado sacrificio hay veces que no te lo retribuye, porque yo pienso que yo me recontra entreno y si un día viene Hindú y me pasa por arriba, eso me mata. En ese caso no te retribuye, porque vos haces muchísimo esfuerzo”. La evaluación costo-beneficio que hace Gerardo en relación a cómo se sacrifica él, supuestamente entrenando, será satisfactoria en base al éxito obtenido. Más allá de los relatos en donde la “forma” y los “valores” que se retribuyen (en este caso al jugar al rugby), sea más importante que el resultado, Gerardo expone otra hipótesis.

Fabián aleja la definición de sacrificio a la idea que contempla el entrenamiento en campo, y limita los significados sólo a lo que se padece en el ejercicio físico o en los contactos propios del deporte. A él le resulta una práctica cara, donde el sacrificio es “no comprarse alguna cosa para comprarse un botín o pagar la cuota mensual”. Hay una idea de sacrificio como sustitución de un deseo por otro. Y de resignación en torno a las condiciones materiales de existencia. Fabián dice priorizar en qué gastará su dinero, sacrificando otros gustos como “no comprarse alguna ropa que me gusta. Otras zapatillas copadas. No, pago la cuota”. Por momentos le resultó dificultoso concurrir a los entrenamientos, “tenía que andar en la bicicleta, andaba, ¿viste?, por ahí y me costaba bastante. En la menores de 17 y menores de 18 estaba. Ahí como que estuve medio alejado, estuve casi medio año y medio año yendo, así que...”¹⁸¹

¹⁸¹ Como dato, Fabián es uno de los pocos (por no decir el único) interlocutores que he conocido en campo que trabaja en otro rubro, sin corresponderse su trabajo con su profesión. Primero, porque Fabián no completó sus estudios universitarios, según él, “porque tuvo que empezar a trabajar y ayudar en su casa”. Pero el resto de los interlocutores sí. La tendencia es notable, en la relación entre la titulación y la

Hemos pensado, junto a José Garriga, en las formas de construir masculinidades y su correspondiente signo de poder, entre nuestras sociedades¹⁸². Allí planteábamos que la tolerancia al dolor en el rugby representa un grado mayor en el umbral de asimilar esos dolores, dados otros deportes que incorporan menos contacto físico y, por lo tanto, un nivel menor de violencia y agresividad. Se tolera no sólo con las palabras, sino con el cuerpo. Recuperábamos la adaptación de Wacquant (2006[2000]) de la idea de Mauss sobre el concepto de cuerpo como herramienta técnica del hombre, con la capacidad de generar actos eficaces, en este caso, para la representación de una práctica que se emparenta todo el tiempo con el dolor. Martín, otro jugador de Universitario decía, respecto a las diferencias con otros deportes, y a las obligaciones supuestamente establecidas por y durante la práctica:

“No quiero utilizar la palabra sufrimiento, pero a diferencia de otros deportes acá tenés que dejar todo, ya sea físico como sentimental. No es un deporte que se pueda jugar a medias, o sin interés”.

Gerardo, aseguraba que el rugby le “enseñó a compartir, a pensar y sacrificarme por el otro, a no bajar los brazos ante el dolor, a seguir siempre para adelante, nieve, llueve o truene”

“Romperse el culo”, entonces, se vuelve más inteligible poniendo en relación, la red de relaciones y el entramado de significados producidos y reproducidos por los sujetos investigados. La metáfora expone relaciones de poder: jerarquías grupales, relaciones de género (intragrupales e intergrupales), jerarquías etarias. La metáfora presenta una condición propia para sostenerse dentro del grupo: asociada al sacrificio económico expuesto, y como la resistencia al dolor¹⁸³.

La distinción en el rugby tiene que ver con una línea divisoria entre los que se animan a todo (dentro de la cancha) y los que no se atreven¹⁸⁴. Aunque también se establece una jerarquía etaria que se mantiene y reproduce hacia dentro de los grupos. Las palabras de Nacho, describen el desnivel en la toma de decisiones:

ocupación. Cuestión que marca una variable independiente que he tenido en cuenta al pensar las trayectorias y el origen social de los interlocutores.

¹⁸² Para ampliar, ver: Branz, Juan Bautista; Garriga Zucal, José Antonio, *Poder, cuerpos y representaciones sobre lo masculino, entre policías y jugadores de rugby* (En línea). Educación Física y Ciencia, 15 (1). Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5842/pr.5842.pdf 2013

¹⁸³ Esta es una hipótesis que compartimos con Julia Hang comparando los jugadores de rugby en La Plata y los nadadores Master, también de la misma ciudad.

¹⁸⁴ También retomado del trabajo de Branz, Juan Bautista; Garriga Zucal, José Antonio, *Poder, cuerpos y representaciones sobre lo masculino, entre policías y jugadores de rugby*.

“por ejemplo el respeto al capitán; si el capitán dice ‘todos al piso’, es todos al piso. Que a veces parecen absurdas pero sirven para el orden, no es de facho, sino es una cuestión de orden, de referencia, cuestión de que al tipo más viejo hay que respetarlo, que el pendejo tiene que cerrar el orto, siempre y cuando sea una cuestión lógica; y no se discute, si un pendejo se retoba: ‘cerrá el orto pendejo, ¿qué querés?, tomátela!’. Que a veces se pierde, como te digo, a veces se pierde y de repente, por ejemplo en Albatros que son muchos pendejos ahora, somos pocos los grandes, entonces es como que estás avasallado por un montón de pibes, que no es lo mismo controlar a dos que controlar a veinte, entonces el respeto por callarse, por no hablar boludeces, por no ‘pajerearse’, que le pasa más al pendejo que al grande. Porque el tipo grande deja un montón de cosas para hacer, para esforzarse, para ir a entrenarse y el pendejo deja la play, o no estudia, o labura y no va a laburar, ¿me entendés la idea? Y caballerosidad por una cuestión de que el rugby está siempre rozando el que te cagues a palos, rozando el desastre”

Además, Gerardo, indica que:

“Yo me acuerdo que había visto una película de nazis, de cómo se podría generar eso hoy en día, y me agarra un poco de miedo, porque sí a mí me dicen que agarre y que vaya y me estrole contra una pared y voy, entrenando; pero bueno, ahí se corta ese tipo de cosas, ¡es extraño! Pero creo que hay una organización tal, histórica, que es muy interesante, porque funciona, es raro pero funciona”

Nacho insiste en diferenciarse de otros agentes sociales, afirmando las posibilidades y capacidades físicas y morales del jugador de rugby, organizando el mundo entre un nosotros y ellos:

“Para mí el jugador de rugby es como un *rottweiler* con bozal, se saca el bozal y te muerde, entonces vos tenés que el bozal es el réferi, el bozal es que te sacan amarilla y dejás con uno menos. Entonces el bozal es que te rompes el culo toda la semana para jugar el sábado, y no especulás con que bueno, me sacan amarilla y hago tiempo, no especulas con que de última te sacan una amarilla y bueno, vos especulás con quedarte los 80 minutos adentro de la cancha, especulás con tacklear, y especulás con que si me pegó una piña, sí lo pienso ajusticiar, pero si me jode lo saco en un tackle, o sea, es la manera, entonces de repente se ve muy mal porque un tipo que pega una piña es un grasa, es un cabeza, la típica ‘anda a jugar al fútbol pibe, esto es rugby’. Eso es ‘honor’ y eso es ‘caballerosidad’. Cuantas veces te has agarrado a piñas en la cancha y cuando termina el partido y te abrazás con el otro tipo que te agarraste a piñas y le decís ‘cómo me pegaste’ cagándote de risas, o agradecés que terminaste entero, o agradecés que ganaste un partido y es una guerra en serio, o sea, no tiene relación con otro deporte.”

Por contrapartida, emerge la metáfora de obturación, de clausura: “cerrar el culo”. Esta es una observación recurrente que registré en el espacio de entrenamiento, al escuchar que determinados jugadores (los de mayor edad) le indicaban a otros (los más jóvenes). Es parte de un mismo mecanismo retórico y práctico. Es decir, completa la idea de “romperse el culo”. Porque divide, simbólicamente, a quiénes la enuncian de quiénes no. Los que la acatan, de los que no. Los que han ganado la potestad para enunciarla, y por lo tanto, no serán sometidos a la expropiación del honor específico.

En el rugby, las relaciones jerárquicas, se mantienen organizadas, principalmente por la dimensión etaria. “Cierran el culo” exclusivamente los más jóvenes. Los que no abonan tanta experiencia al juego. La facultad de hacer “cerrar el culo” la conservan los más experimentados. Es una relación disciplinante, disciplinadora, y también moral. “Cerrar el culo” es lo correcto y lo que mantiene ordenado el espacio: lo que lo distancia de las transgresiones, los cuestionamientos, las subversiones. Tal vez sea el mayor sacrificio puesto en juego. Que por supuesto tendrá su rédito: el camino hasta convertirse en “experto” y gozar de las atribuciones pertinentes, en términos de jerarquía, claro.

Una publicidad televisiva representa la relación que se reproduce en el campo del rugby, acerca de la jerarquización etaria, vinculada a la noción de experto, al lugar de la pericia acumulada a través de la experiencia, en situaciones habituales en el mundo del deporte masculino. Es el comercial de la cerveza Isenbeck¹⁸⁵, donde varios representantes de “Los Pumas”, como Lisandro Arbizu (capitán) y Gonzalo Quesada, entran a un vestuario con los torsos desnudos y el plano ya los exhibe en el área de duchas. Si bien las zonas genitales no se muestran, el signo preponderante es la desnudez. Son cuerpos esbeltos, musculosos, con movimientos asociados a una profunda virilidad. Es en ese momento donde se cae el jabón de uno de los jugadores al piso¹⁸⁶. Hay un plano general que muestra las caras de incertidumbre, las miradas cómplices (y desafiantes a la vez). El gesto del “Yankee” Martin¹⁸⁷ expone una negación para buscar el jabón, mientras que el plano recurre al rostro de Quesada¹⁸⁸ que,

¹⁸⁵ De comienzos de la década del 2000. Realizada por la Agencia de José y Joaquín Mollá.

¹⁸⁶ Quien haya practicado algún deporte, y haya transitado por estas instancias, la broma del jabón caído propone e insinúa un juego que rompería con la heteronormatividad, ya que se ajustaría a una propuesta homosexual, de quien lo levante y quien decide jugar con quien lo levante. Siempre el juego supone que alguien debe inclinarse a buscarlo, exponiéndose, en el mismo movimiento, a una postura que por analogía, se emparenta a una posición preparada para ser penetrado sexualmente. Es decir, a una postura de pasividad.

¹⁸⁷ Ex *forward* de “Los Pumas”.

¹⁸⁸ Gonzalo Quesada fue apertura de “Los Pumas”. La publicidad muestra, además, la jerarquía entre

implícitamente sería el indicado para agacharse y sacrificarse por los demás. Aparece el sonido de una voz en off, que emula el pensamiento de Quesada, diciendo: “¿qué harían Serafin Dengra en mi lugar? ¿y Martín Sansot? ¿“Pochola” Silva? ¿y el “Gringo” Ehrmann¹⁸⁹?”. Finalmente Ehrmann soluciona el contratiempo con astucia y experiencia. Rompe con la idea de que alguien deba sacrificarse (tal como estaba planteada la escena). En un plano hacia abajo, se muestra que tiene botines puestos y con sus tapones clava el jabón hasta llevarlo a sus manos. Todos se relajan y se ríen. Nadie debió exponerse¹⁹⁰. La jerarquía etaria se sintetiza así, en un producto comercial vinculado al campo del rugby.

Nos preguntamos, abriendo la posibilidad de seguir indagando, como punto de partida, si en los campos estudiados¹⁹¹ la noción de sacrificio estructura de manera determinante las prácticas. Si, a su vez, el sacrificio expuesto, actuado, en el campo deportivo, trasciende y entra en valor en otros campos (por ejemplo: laboral, político). *¿Es específico del campo deportivo, sostener una idea de sacrificio que implique la exposición corporal que los sujetos indagados, dicen someterse, sobre todo soportando condiciones adversas, vinculadas en su mayoría al padecimiento de dolor? ¿Qué significado es atribuido al sacrificio, para los sujetos investigados, en los espacios por fuera del campo deportivo?*

4.4.3.1. La administración de las diferencias. Poder y distribución de capitales.

Aquel jueves que arranqué mi primera práctica, y en el mismo mensaje donde Nacho me confirmaba por dónde y a qué hora pasaría a buscarme, me advirtió sobre un detalle: “no lleves shampoo en botella. Si llevas, lleva en *sachet* chico. Y esperame cambiado. Listo con la ropa de entrenamiento”. No entendí las advertencias, pero le hice caso. Fue inevitable recordar los veinte años de mi práctica de fútbol y sus pautas de entrenamiento que, justamente, se oponían a estas dos situaciones. Es decir, todos llevábamos *shampoo* en botella, y todos nos cambiábamos en el vestuario antes de entrenar. Luego le pregunté y me explicó que todo jugador que lleva *shampoo* en botella se convierte automáticamente en el “pichi” de los que no llevan, en su abastecedor.

forwards y tres cuartos, en términos de rudeza.

¹⁸⁹ Todos los jugadores nombrados fueron glorias del seleccionado nacional. A medida que la voz en off los nombra, aparecen en escena. Cada uno representa una década vinculada a “Los Pumas”, hasta llegar a Ehrmann.

¹⁹⁰ Para observar el comercial ver <https://www.youtube.com/watch?v=57QbnDQhVsM>

¹⁹¹ Otra vez, junto a Julia Hang.

Como “pichi” podríamos entender un posible estado de subordinación ante el pedido o la acción de otros.

Luego de entrenar (en realidad yo no había completado el entrenamiento al igual que el resto del plantel, por ser mi primer día), me dirigí solo al vestuario, aprovechando que podría bañarme y cambiarme con comodidad. Al llegar, escuché el ruido de una ducha abierta, y vi que había un bolso en uno de los bancos. Los vestuarios estaban decorados con azulejos blancos, separados entre sectores donde se disponían las duchas por un lado, y otros para cambiarse, donde había bancos de madera para apoyar la ropa y sentarse. Me saqué la ropa, desnudo y con el jabón en mano (sin *shampoo*), me dirigí hacia el sector de duchas. Allí estaba bañándose un jugador de similar estatura que yo. En las observaciones, comencé a prestarle atención a la altura y al presunto kilaje de cada jugador. A priori y en tendencia, se puede establecer qué rol o qué posición ocupa el jugador observado. Así se puede elaborar una relación –primera- estrecha entre las características corporales, los roles dentro de un equipo y las reglas de juego. Le hice una pregunta sobre el funcionamiento de las duchas, y me indicó (señalándola) que una de las tantas que había, andaba. Me dijo que tenga cuidado porque el agua salía con mucha presión. Aproveché para dialogar, hasta lo que durara su baño. Le pregunté si estaba lesionado¹⁹², y si jugaba de *wing*¹⁹³. Me dijo que sí, que tenía lastimado uno de sus tobillos, y que jugaba en esa posición. Indagué sobre algunos de sus datos biográficos. Tenía veintidós años, y desde los seis jugaba al rugby. Ahí fue cuando él me indago a mí, con la tríada interrogativa que, a esa altura, ya era común –en relación a mí-, pero con distinto orden: si “alguna vez había jugado al rugby”, “¿De dónde era?” y “¿Con quién había venido?”. Entre la charla, observé un detalle. Él tampoco tenía *shampoo*. Sólo contaba con un jabón entre sus accesorios. Terminó de bañarse y se dirigió a la zona de bancos. Yo seguí pensando en cuán difícil me iba a resultar asimilar las técnicas de juego. Eso me preocupaba.

Algunas situaciones durante la etnografía me recordaban a los escritos de Parrini y Cabrera (1999), haciendo consciente todo el tiempo que los sujetos de investigación no eran los mismos, y que sus contextos tampoco lo eran. Ese mismo día, una escena me remitió a poner a prueba dos hipótesis de Parrini y Cabrera: que la subjetividad masculina tiene un origen sacrificial y “su ejercicio requiere de un sacrificio permanente

¹⁹² La pregunta tenía que ver con que, mientras que nosotros nos estábamos bañando, el entrenamiento continuaba.

¹⁹³ El *wing* se caracteriza, habitualmente por su velocidad y agilidad en su juego.

para sostenerse; la otra sostiene que dicha identidad se establece y se experimenta como una guerra. El sacrificio y la guerra anunciarán la identidad masculina...” (Parrini y Cabrera, 1999). En la cárcel hay alguien que debe sacrificar su masculinidad, dicen Parrini y Cabrera (sometiéndose a violaciones y a convertirse en “caballo”¹⁹⁴). Alguien debe sacrificarse para que una comunidad se mantenga, según René Girard, retomado por Parrini y Cabrera:

“todo sacrificio tiene como fin expiar y desviar la violencia permanente que amenaza a las colectividades humanas; de modo que la violencia, que podría extenderse entre todos los integrantes de una comunidad, sólo recaiga en una víctima que en su propia inmolación la disipe y permita una convivencia pacífica”. (Ibíd.)

En el caso del rugby, y de mi situación particular de estudio en La Plata, en el club elegido para realizar observaciones participantes, algo similar ocurrió. Llegué al vestidor nuevamente (luego de haberme bañado e ido a la cancha a observar lo último del entrenamiento), y me senté -sin hablar demasiado- al lado de Nacho. En este sector predominaban los jugadores más jóvenes del plantel (entre 19 y 23 años), excepto uno de los *forwards* del equipo, uno de los más experimentados. Comenzaron a dialogar entre ellos, hasta que ingresó otro de los jugadores con más experiencia. Yo lo conocía por haber conversado en varios “tercer tiempo”. En el campo, ese día, no nos habíamos visto. Nos saludamos (él con un gesto de sorpresa y cordialidad). Se sentó al lado mío, me abrazó, y mirándolo al *forward* experimentado le dijo (refiriéndose a mí, mientras besaba el lóbulo de mi oreja izquierda): “¿está lindo no?”¹⁹⁵. El *forward* asintió con la cabeza. Los demás sólo nos miraban y se reían. Yo continué bromeando, y no me resistía. Seguía el tono de las acciones hasta que, sutilmente, maniobré discursivamente para terminar con la broma (si es que era una broma). Fue ahí cuando me miró el *forward* experimentado y me dijo con entonación, mitad en broma y mitad tenaz: “Si querés ser aceptado, no hables mucho, porque si no, te la podemos poner a la fuerza”. Se trataba de una situación repetida, donde había elementos homoeróticos en relación a cuáles son los modos que indicaban, por ahora, cómo debía actuar dentro del grupo, y

¹⁹⁴ “Caballo”, según Parrini y Cabrera, es una categoría nativa que alude a quien es sometido sexualmente, y tomado como servidor en las quehaceres cotidianos de la cárcel.

¹⁹⁵ Sobre esta misma escena, y sobre los mismos jugadores, un compañero de Doctorado me había comentado cuando él participó por primera vez (también acercado por Nacho) de un entrenamiento. La misma escena se repitió, ahora conmigo.

también mostraba cuál era la práctica de algunos experimentados ante la presencia de un “nuevo” compañero.

Seguido a esto, el mismo jugador que bromeó con mi lóbulo, le preguntó a un joven que estaba a mi lado (derecho) que “por qué no daba bien los pases dentro de la cancha”. El joven contestó, riéndose, que “estaba cansado”. A lo cual el jugador experimentado respondió utilizando su fuerza física, aplicándole golpes en todo el cuerpo, mientras lo tiraba al piso. En ese momento se replicaron las risas entre todos los que veían esa escena.

Entre otras escenas observadas, esta me permitía trazar algunas recurrencias en relación a los modos de construcción de masculinidad entre un colectivo de hombres, más allá de la clase social: la importancia y la disputa por el poder. Ante la ausencia, en el espacio estudiado, de mujeres (al igual que en la cárcel de varones), se intenta ubicar a otros en una posición de subordinación, de subalternidad, y así lograr el valor de *lo femenino*. No sólo en los vestuarios, sino desde el lenguaje, o en el juego mismo¹⁹⁶. Es decir, hay un ejercicio constante por ejercer acciones que coloquen a algunos sujetos en lugares preponderantes en relación al poder grupal, en tanto identidades masculinas (dominantes y subalternas). Ya sea mediante la fuerza física, o mediante los juegos (y sus respectivos roles) homoeróticos puestos en ejercicio. Dice Cummings (1991) al respecto, que las imágenes de feminidad se vuelven fundamentales en el ejercicio de agresión y hostilidad intragrupal para atenuar los niveles de agresividad, conjuntamente con el humor como forma de moderar diferencias de poder intersubjetivas. Los juegos escatológicos disponen de una matriz de homosexualidad masculina en desmedro de la hombría de otro, posicionando a los otros, circunstancialmente, como mujeres.

Aquí coincidiré con la reflexión de Parrini y Cabrera (1999), en tanto que “la masculinidad tiene un origen sacrificial...la hombría de todos vale el sacrificio de uno, que asumirá lo que cada cual, en tanto hombre, no está dispuesto a asumir”. Alguien se debe someter, ante la fuerza del otro, o al ubicarse en una posición subordinada, asociada a la sumisión, a la pasividad, a la no resistencia. Pero no cualquiera sirve de víctima. En mi caso, ante mi esquivar, el sacrificio fue retomado por un joven mediante la recepción de una golpiza. No lo sacrificaron en términos mortales. Sino que a través de él se mantuvo el ejercicio que garantizó la estabilidad necesaria para reafirmar las identidades masculinas grupales (y también personales). Nadie fue penetrado

¹⁹⁶ Referida a una batalla, una competencia con un alto grado de agresividad y violencia.

sexualmente, pero hubo actos y signos corporales y retóricos que marcaron un orden identitario, sustrayendo el *honor* de la víctima, y jerarquizando valores en la composición de lo que se entiende por *lo masculino*.

El rugby se basa, como todo espacio (las diferencias pueden darse en lo más o menos explícito del modo), en un orden jerárquico. Los mismos jugadores reconocen, aprueban y reproducen el sentido vertical de la organización. Desde figuras relevantes como el entrenador, el *manager*, el capitán, se promueve el disciplinamiento de arriba hacia abajo. Lo que los propios interlocutores dirían “aprender qué es el respeto”. Pero también se configuran los lugares de poder: nombrar, hacer, no hacer, dirigir acciones, expresar voluntades, castigar, premiar. En esto Damián explica, en relación a charlas sobre el juego, que:

“se puede hablar, pero el capitán es el nexo entre los jugadores, es el líder dentro y fuera de la cancha y es el que por ahí tiene más visión y el que sabe bien quién tiene que estar para jugar. Es muy difícil que el capitán cambie el equipo, o sea, los entrenadores están para eso, para armar el equipo; y el capitán tiene injerencia en ese sentido, en decir ‘no, no me parece’ y discutirlo, si se tiene que plantar se puede plantar. Yo en los dos años lo habré hecho tres veces; por ahí los entrenadores querían que juegue ‘X’ y yo decía que para mí tenía que jugar ‘B’ y lo banqué para que juegue ‘B’ y ellos me entendieron y jugó ‘B’”

Y como capitán, Damián percibe su importancia o mejor dicho, la validez que le asigna su posición de poder: “Yo entro al buffet y por ahí te vienen y te comentan algo porque sos el capitán. Tienen alguna propuesta de algo y por ahí me tengo que quedar una hora hablando”.

Gerardo, que también fue capitán, me cuenta sobre lo que cree como “rol” y también lo percibe como una responsabilidad, dotado de poder para decidir: “el capitán es el técnico adentro de la cancha, o sea, el flaco tiene todas las líneas, decide todo, te puede echar si quiere... Y en el mismo partido eh! Se pide cambio y te saca del partido, hace lo que quiere con vos; y el entrenador acepta todo.” Y además me diferencia roles entre los compañeros del mismo equipo:

“Dentro del resto del grupo los jugadores, sacando al capitán, hay un grupo que se habla de líderes dentro de la cancha, de conductores en puestos determinados, si querés el 10 en el fútbol o el 5 o el 8, pero los demás son soldados y obedecen órdenes y ¡es medio extraño!. Sin embargo a mí, a veces, ese rigor o ese orden o esa jerarquía, me gusta cumplirla, pero si yo lo pienso –esto es aparte, es algo que estaba pensando el otro día- yo lo pienso en comparación a la sociedad en sí, hay veces que es un regimiento, y hasta puede ser que yo hago todo lo que me digan. Y no me puedo sublevar. Pero tengo voz, también la voz por ahí te la da la

experiencia, o los años en primera jugando, ¿no? Hay algunos a los que no se les permite ni hablar, salvo que digan algo productivo, pero ¡ellos ya lo saben!”

El poder, y quien lo ejerce, se concibe de forma implícita, dice Gerardo. La relación vertical es asumida como intrínseca al campo. Muchos de los interlocutores, homologaban el espacio del rugby al del ejército. Homología que Jorge Esteban Etienot, un ex jugador de vocación de rugby y un oficial del Arma de Ingenieros del Ejército Argentino, materializó en su libro *De la guerra y el rugby* (2013), donde sostiene la semejanza expresando:

“Y bueno, está el combate, el cuerpo a cuerpo, la disputa, el ir para adelante, los valores, el liderazgo, trabajo en equipo [...] pero la comparación más profunda venía más por el lado de la estrategia [...] las tres variables más importantes de la táctica militar son el tiempo, espacio y las fuerzas disponibles, me llamó la atención cómo encaja perfectamente con lo que sucede en el rugby moderno” (Etienot, 2013:13)

Hay un legado, dicen los interlocutores, que es el respeto. Que se trata como código y legado a la vez. Y el respeto, casi siempre tiene que ver con “los buenos modales”, la corrección y el silencio. El silencio es símbolo de respeto, y también muestra de un escenario donde se hace visible el poder. Dice Sabrina, quien tuvo que aprender los códigos del rugby en su condición subalterna, que su coordinador le decía:

“Al que no le guste, que se vaya. Porque las cosas se manejan así. Se unifica con todos los profes con la misma enseñanza, de manejar los mismos códigos. Dice ‘a ver muchachos, si hay que sentarse a comer, hay que sentarse a comer, si hay que retar a un chico porque tiró un papel al piso y porque hay que cuidar el club, hay que retarlo. No hay que hacerse el boludo, y pasar por al lado y ‘no vi nada’’. Entonces nos están bajando todas esas líneas que nosotros ya las manejábamos”

Aunque ya se diferencia de los nuevos profesores que ingresan al club a enseñar en la escuela: “el otro día les pusieron los límites a los ayudantes. Les dijeron: ‘Bueno muchachos, está todo bien que se lleven con los chicos, pero no son los amigos, son sus profesores, son sus referentes. Si ustedes tiran un papel en el piso, ellos van a hacer lo mismo’”. Sabrina explica el sistema de disciplinamiento hacia los chicos, y ella lo asocia a instituciones más tradicionales como la escuela.

Así se estructura el disciplinamiento del espacio, y el poder en relación a lo que nombrábamos más arriba conceptualizando la categoría. Los propios actores asumen roles según las posiciones que ocupan, o que creen ocupar. Y eso implica relaciones de

autoridad, que están atravesadas también, por los capitales acumulados por fuera del campo (económicos, sociales y culturales). Así opera el efecto de autoridad y poder vinculado al estatus que, tanto Fabián como Sabrina, se reconocen en posiciones subalternas. Fabián dice ir sólo a entrenar y disfrutar, y que “a veces ni habla con nadie”. Y Sabrina expresa su entusiasmo por entrenar al plantel superior alguna vez, aunque admite “nunca va a pasar. Más que entrenar chicos de 12 años, no me dejan”.

Es que también el poder se juega entre el capital cultural acumulado y el régimen de titulación, sumado a la experiencia dentro del club, en el camino recorrido por la institución. Si Sabrina comparaba la eficacia de la escuela como institución educativa y como modeladora de subjetividades civilizadas, Adamovsky nos recuerda que nos hemos forjado, hegemonícamente, bajo el “legado sanmiertino”: corrección, buenos modales y cultura libresca. Razón y silencio para escuchar al que sabe.

4.4.3.2. Capital social y relaciones sociales

Como hemos explicado a lo largo del trabajo, el detenimiento y la atención en las trayectorias sociales fue fundamental para rearmar el mapa en torno a las posiciones y disposiciones de quienes juegan al rugby. Y así, tal vez, pensar en el problema de la desigualdad en la distribución de capitales, de acuerdo a la asimetría de esas trayectorias.

¿Cómo llegar al rugby?

Dice Esteban que en su momento se decidió por el rugby porque lo practicaban sus amigos del colegio. Explica que empezó a gustarle el juego y que era distinto al fútbol que también le gusta, “pero que es más común acá en Argentina por lo menos”. Esteban es abogado, tiene treinta años, y mantiene un puesto jerárquico en el Poder Judicial de la Provincia de Buenos Aires, y juega en La Plata Rugby Club.

Marcos tiene veintiocho años, es Profesor de Educación Física y juega en Universitario. También llegó al rugby por sus compañeros de colegio y dice que “en ninguno había podido formar o tener tantos amigos que hagan que me sienta tan enganchado. Este deporte me dio mucho más que una mera práctica deportiva”.

Germán expone otro modo (tal vez el de mayor recurrencia entre los informantes) de acercarse al rugby: “me mandó mi viejo”. Su padre concurría al Club

Universitario y jugaba al rugby. “La tradición nos marcó”, dice Germán, que tiene treinta años y es Ingeniero Industrial.

La socialización primaria también operó en Andrés que, empujado por sus amistades de niño, afirma de manera contundente y con expresión de orgullo que “el rugby me dio las mejores amistades y las cosas más lindas que aprendí sobre la vida, más que lo que aprendí del deporte en sí mismo”. Con sus veintiocho años y su Licenciatura en Administración de empresas, Andrés disfruta de cada entrenamiento en el club Los Tilos. El rugby es para él una oportunidad de “poder relacionarte con gente que quizás termines siendo amigo, y haciendo algo que realmente te gusta”.

José explica que su papá y sus tíos “lo mandaron a él y a todos mis primos a rugby a los cinco años, a La Plata Rugby”. Hoy tiene treinta y uno, y aunque abandonó la práctica activa y se dedica a su estudio de abogados dice, gozoso, que “siempre seguí jugando porque me hice de muchísimos amigos, mi grupo de amigos, con los que actualmente me digo viendo a diario”.

Marcial, Licenciado en Comunicación Social, insiste en la asociación del deporte con la idea de autosuperación y formación identitaria, sobre todo, durante los primeros años de vida. Dice que “el deporte en general es una forma de expresarse, de relacionarse que tiene varias cuestiones que lo atraviesan. Una dimensión lúdica, que en general origina a los deportes y que está fuertemente presente en los inicios, en la niñez; luego hay una dimensión competitiva, una de las características del deporte es la competencia, sino solo es un juego.” Con sus treinta y seis años es hoy uno de los formadores de los juveniles del Club Universitario, menores de catorce años.

Marcelo cree que su pertenencia al rugby “tiene mucho que ver con la historia familiar, no diría que llega a ser tradicional. Pero en mi caso la persona que me inicio en el deporte fue mi viejo, quien jugó muchos años al rugby y aún en la actualidad sigue vinculado, ya sea como referí o entrenador”. El vínculo paternal -otra vez, como en mucho casos- es influyente en el acercamiento a la práctica, y al Club La Plata. Su profesión (Licenciado en Comunicación Social) no le dificulta continuar jugando rugby.

Para Fernando el rugby significó una época “muy linda” de su vida, donde hacía deporte, conocía gente, compartía entrenamientos, partidos, “tercer tiempo”, salidas y reuniones extra club. Dice que “la verdad es que el Rugby tiene matices que en otros deportes no pude evidenciar”. Fernando es abogado, tiene 32 años y ha actuado en la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

Agustín expone una recurrencia entre los interlocutores: la idea de ser conocido gracias a jugar al rugby. La constitución imaginaria en torno al prestigio opera fuertemente entre los nativos. Como tantos de sus colegas, me explica eso que entienden como “ser conocido” con ejemplos donde se puede, o han sacado provecho por su condición de jugador de rugby o, mejor dicho, me muestran las redes de relaciones en las que están insertos: “La verdad que si hoy tengo que ir a un hospital, siempre tenés un amigo que te da una mano”

Para Nacho el imaginario social que ciertos colectivos tienen sobre el rugby, es el de un deporte elitista. Sin embargo él se excluye de esa idea contando porqué fue a Albatros y no a otro Club. Quien lo llevó a Nacho le contaba que “era un lugar donde congeniaba gente de todos lados; Rompiendo con la idea de rugby elitista, porque era un club que habían pibes de todos lados, el flaco este laburaba vendiendo panchos, tenía diferentes compañeros, uno era remisero, otro estudiaba otra carrera. Laburaban todos, entonces la idea era piola”. Nacho asocia el “elitismo” de la práctica a que sus integrantes, en tendencia, no trabajen de nada, y sólo se mantengan de rentas o de herencias. Nacho conoce perfectamente el espacio del rugby, y también las relaciones que fue construyendo. Sabe que hay hombres que ocupan posiciones jerárquicas en el Estado y la órbita privada, de decisión, pero dicotomiza la idea de trabajo manual y trabajo intelectual o, aparentemente le otorga menos prestigio (dentro de su red de relaciones) a las ocupaciones menos legitimadas socialmente. En Albatros juegan desde un dueño de un kiosco, hasta un seguridad privada, un repartidor de correos, y también, el hijo de un diputado nacional o uno de los mayores proveedores de lavaderos industriales de la provincia de Buenos Aires.

Gerardo parece conocer muy bien cómo se generan las relaciones y qué hay que hacer para sostener posiciones de prestigio, tanto dentro de la URBA, como en el Club. Dice, en relación a la presencia de Universitario en la Unión, que “Nosotros teníamos un entrenador seleccionador de la URBA, y un tipo que iba nada más -porque la URBA se reúne una vez a la semana a charlar de rugby-. El tipo iba a chupar whisky y fumar habanos y tenía que estar, porque tenía que haber alguien de Universitario. Porque si no hay nadie, lo toman raro. Pero bueno son partes de las reglas del deporte”. Y sigue explicando cómo se manejan las relaciones interinstitucionales que se emparentan con la política del club:

“Eso es muy característico de todos los clubes, siempre hay un sector aparte, distinto al tercer tiempo mismo del partido. Son costumbres. Puede ser una

costumbre o en su momento puede haber llegado a ser una cuestión de... (piensa), de camaradería. Es tener un tipo de relación, pero más desde arriba, más superficial. Hay gente relacionada a la URBA que va a tu club y vos tenés que recibirla. Entonces el tipo se tiene que sentir cómodo y ese tipo está a parte del tercer tiempo, en un espacio a parte para que pueda charlar de otros temas con tranquilidad”

Preguntarle a Fabián sobre su llegada al rugby, y su estadía, lo remite –siempre– a su tío. Incluso, repite que más allá de disfrutar el entrenamiento y el juego, él sabe que es un lugar importante, definiendo su posición en la red de relaciones sociales del Club. Porque su tío, “tiene contacto hace años con la gente grande”, dice Fabián. Y para él es fundamental, ya que dice que lo tratan muy bien y, además, “tenemos mucho laburo. Colaboramos mucho con el tema de las canchitas o los riegos por aspersión en las casas de los chicos con los que juego. Vamos a sus casas y arreglamos todo ese tipo de cosas. Tenemos mucho trabajo”

Acabamos de mostrar, principalmente, que la llegada al espacio del rugby es una cuestión masculina. Esto es, o por continuidad en el grupo de socialización primaria, acompañando a los compañeros varones, o por la iniciativa de los padres que deciden llevar al niño a practicar rugby. Como decían la mayoría de los interlocutores, porque sus padres creían “que en el rugby te formás moralmente. Y eso es impagable. Ahí te haces un hombre de verdad”. Pero el espacio, además de las tradiciones que conjuga como espacio, es una muestra de distinción. Si bien todas las instituciones (políticas, educativas, culturales, deportivas) son moralizantes, pensando en el efecto de modelación de una mirada del mundo, y de incorporación de diferentes prácticas que ajusten el sistema ideológico de un colectivo con lo que se hace cotidianamente, el rugby es reconocido, por los interlocutores, como un espacio que forma hombres. Veremos qué tipos de hombres en los próximos apartados. Pero también la consciencia está puesta en el tipo de relaciones que se gestionan en el rugby. Que son percibidas de manera diferente, tanto por Gerardo, Agustín o Andrés, que por Fabián, quien es presentado en esta tesis como un caso de excepción dentro del mundo del rugby: por su origen social, su trayectoria y por las percepciones sobre el propio mundo del rugby. Un espacio donde el capital escolar es valorado, reconocido, y garantizado por las formas de titulación de cada sujeto. Donde, en tendencia, las relaciones sociales extra deportivas, suelen incidir en el mundo deportivo, y viceversa. La posición de Fabián, o de Sabrina, rompen en cierto punto con esa lógica, y son excepción. Una lógica que también se apoya sobre los capitales heredados (Bourdieu, 1998[1979]) que son los que

determinan, por efecto de conversión desigual de capital, según el momento, los niveles y los sectores, el efecto de aportar a un espacio la idea de “herederos”¹⁹⁷.

Pensar en el capital social, con Bourdieu, agrega al análisis del juego social que se establece entre los sujetos investigados: pensar en la movilización de recursos actuales o potenciales que, inmersos en una red –más menos- “durable” de relaciones (con algún grado de institucionalización) son puestas en acto reconociendo la adhesión a un grupo social (Bourdieu, 1980). El capital social se dispone (además del cultural, y el económico) y es movilizado, a través de estrategias de conservación o subversión de las posiciones para lograr prestigio. Se establecen relaciones más o menos lejanas con amigos, cercanos, compañeros, familiares, donde circula información necesaria, contactos influyentes “a través de” que exceden, muchas veces, el determinismo economicista. Es lo que intentamos comprender, pensando las relaciones más o menos próximas, entre Fabián y sus compañeros, o más cercanas entre Damián y Agustín y el resto del grupo. Y, además, interpelar las distancias que podemos entender como “reales”, más allá de la teoría sobre las relaciones. Es decir, por ejemplo, cuán lejos o cuán cerca están Fabián o Sabrina de ciertos lugares de prestigio, dada su aparente ausencia de determinadas propiedades que marcarían una posición de éxito dentro del rugby.

¹⁹⁷ Bourdieu, revisa la cuestión de los “herederos” pensando, fundamentalmente, en las instituciones educativas, el capital escolar y las trayectorias de los jóvenes franceses de la década de 1970.

5. Construcciones identitarias. Representaciones, símbolos e imágenes en el campo del rugby

5.1. ¿De qué hablamos cuando hablamos de identidad?

Hablar de identidad implica acercarse, como hemos hecho, a un juego en donde la identidad opera como el lado subjetivo de la cultura, en una relación dialéctica constante y dinámica entre la autoafirmación (de lo mismo y lo propio) y entre la diferencia (lo ajeno, lo distante, lo otro) (Giménez, 2005). Entraremos a la problemática de la identidad, siguiendo a Giménez, pensándola como la atribución, en primera instancia, de una marca de distinguibilidad. Aquí radica la importancia de la intersubjetividad lingüística, situacional y comunicacional,

“...la posibilidad de distinguirse de los demás también debe ser reconocida por los demás, en contextos de interacción y comunicación, lo cual requiere una ‘intersubjetividad lingüística’ que moviliza tanto la primera persona (el hablante) como la segunda (el interpelado, el interlocutor) [...] las personas no sólo son investidas de una identidad numérica como las cosas, sino también [...] de una identidad cualitativa que se forma, se mantiene y se manifiesta en y por los procesos de interacción y comunicación social [...] no basta que las personas se perciban como distintas bajo algún aspecto. También tienen que ser percibidas y reconocidas como tales. Toda identidad (individual o colectiva) requiere la sanción del reconocimiento social para existir social y públicamente” (Ibíd.:20)

La identidad de una persona es producida y mantenida mediante la autoidentificación, pero a su vez se reconstituye en la pertenencia a un grupo, como la posibilidad de situarse en un sistema de relaciones sociales (Melucci, 1985)

El deporte en nuestras sociedades es un espacio de fuerte operación identitaria (cuanti y cualitativa). Puede significar, según el sujeto que se apropia de un espacio, la posibilidad de establecer relaciones sociales (dentro de una trama de relaciones particulares), tiempo libre dedicado al ocio en prácticas que socialmente puedan ser aceptadas por sus cercanos. Dice Esteban al respecto que para él “significa un complemento necesario para la calidad de vida que busco. Me encanta hacer deporte y disfruto de lo que el deporte me da. Me gusta sentirme bien y con energía, y el deporte me da eso, además de las innumerables amistades que logré gracias a los deportes en equipos, sin perjuicio de que me gustan también deportes individuales”. La categoría de lo grupal es recurrente entre nuestros interlocutores, adhiriendo al sentido de lo que le suministra la pertenencia grupal, a su identidad personal. Fernando concibe el deporte como “algo esencial en la vida, uno de los pilares sobre los cuales se tiene que organizar

la vida de las personas. Yo lo tomo como base para mi bienestar social y mental. Además, el deporte es sinónimo de amigos, de colegas, de rival, pero siempre de una relación y eso también es importante.”. El deporte, para los interlocutores, es la forma de confirmar quiénes somos. El valor de lo social impregna las definiciones que vinculan deporte a identidad. La definición esencialista de Fernando esconde, tal vez, la relación desigual en tanto su ubicación en su grupo de rugby del club, o la percepción que sostenga sobre el tiempo libre y el ocio, en tanto otros sentidos otorgados por “otros” distantes.

Claro que las marcas de distinguibilidad tienen sus rasgos característicos, los elementos diferenciadores que, más arriba, hemos detallado, en tanto la relación analítica de los sujetos investigados con la clase, sobre todo (veremos qué ocurre con el género). Hemos revisado en la pertenencia a un colectivo, el conjunto de atributos que definen y sostienen relacionamente ese colectivo, y reconstruimos la narrativa biográfica desde la historias de vida y las trayectorias sociales de los sujetos investigados. Esto permitió comprender, por ejemplo, qué implica la pertenencia social. A lo cual entendimos, que se basa en la inclusión hacia un colectivo, experimentando sentimientos de lealtad (Giménez, 2005). Generalmente, sigue Giménez, se asume algún rol dentro de ese colectivo, como hemos visto en alguno de los casos de los interlocutores, dentro o fuera del campo del rugby, dependiendo de la condición situacional.

Pero más aún, hemos revisado la red de relaciones que los sujetos construyen en el espacio social, ampliando sus círculos sociales de donde son miembros (instituciones educativas, laborales, deportivas, políticas), pensando en la positividad de ese incremento de relaciones que, según Simmel (1950), refuerza y refina la identidad personal. Aunque esas membresías puedan ser centrales o periféricas (como expusimos con algunos casos). Es decir, hemos indagado, profundamente en lo que Giménez expone como identidad personal, para comprender las narrativas que configuran la serie de hechos y trayectorias que le confieren sentido al campo de estudio.

“Hemos visto cómo en todos los casos las representaciones sociales desempeñan un papel estratégico y definitorio, por lo que podríamos definir también la identidad personal como la representación –intersubjetivamente reconocida y ‘sancionada’- que tienen las personas de sus círculos de pertenencia, de sus atributos personales y de su biografía irreplicable e incanjeable” (Giménez, 2005:28)

Construir identidad y pertenecer a un círculo de sociabilidad implica compartir un núcleo de símbolos y representaciones, que hemos repasado y que mantienen la cohesión colectiva, orientando las acciones de los miembros del grupo. En nuestro caso, hemos desplegado herramientas para pensar en esos núcleos y representaciones vinculados a la clase y a los modos masculinos de actuar en el mundo social. De esta forma adherimos a la idea de que la identidad es la representación que los agentes o grupos tienen de su posición distintiva en el espacio social, del vínculo que mantienen con otros agentes que conservan la misma posición u ocupan otra diferente en el propio espacio (Ibíd.). Pero también (y fundamentalmente) pensamos que la identidad se estructura en base a un conjunto de particularidades como posiciones y disposiciones, tendencias, actos, destrezas que, por añadidura, resuenan y se hacen cuerpo: imagen en el propio cuerpo. Es parte de una identidad portada en y desde el cuerpo.

Bernardo no tiene dudas, siendo un reciente Licenciado en Sociología, que el rugby “es una de las mejores formas de socialización y formadoras de personalidad, sobre todo en los deportes de conjunto. Creo que el deporte propicia conductas y hábitos saludables, fijación de metas, proyectos a largo plazo.” Bernardo asocia la idea de que el rugby es un espacio de fijación normativo, relativamente estable, que repercute en la subjetividad de quienes lo practican, promoviendo formas grupales de vincularse, y positivizando al deporte como espacio de sociabilidad, casi único en su eficacia garantista.

Para Marcos la idea de practicar rugby también lo remite a una grupalidad y a una pertenencia basada en la reciprocidad vincular de las amistades que forjó en ese espacio:

“El rugby, para mí, es lo que me permite ver a mis amigos que durante el día no puedo ver porque cada uno estudia, trabaja y tiene sus quilombos. Es algo que te hace compartir tantas cosas con las personas que te rodean que terminas formando amistades que difícilmente se pierdan con el tiempo. En mi caso tengo amigos fuera del ámbito del rugby, pero sin embargo la relación no es la misma, creo que el rugby nos permitió vincularnos en un nivel mucho más profundo, que no sé si se logra en algún otro deporte.”

Perdurabilidad y posibilidad de formar (lo cual sugiere la relativa posibilidad de elegir, en el espectro de repertorios de acción) identidad. Hay una ilusión biográfica de los interlocutores que se vincula, justamente, a los núcleos de símbolos y representaciones compartidas. Porque provienen de una construcción masculina determinante, por fuera y por dentro del campo del rugby. La dimensión genérica de las

prácticas determina, fundamentalmente, la relación identitaria con la práctica. Ya que como vimos, y veremos en el apartado sobre tradiciones, la praxis en el campo y cada ritual compartido se vive como algo inacabable. Desde los niños que empiezan a comprender una organización cultural, hasta los “veteranos”, que son la imagen de la perdurabilidad identitaria en el rugby. Esa ficción se narra en conjunto, se ajusta a los sujetos y a sus cuerpos, y se materializa en objetos y rituales que, como tradiciones, se disponen como interminables, inacabables, incanjeables. Alcanzar el estatus de caballero es algo cotizado entre ciertas esferas de sociabilidad. Y no se perderá fácilmente.

5.1.1. Tradiciones institucionales y la invención de narrativas identitarias en torno al rugby

Si dijimos que la identidad se cimienta y se comparte a partir de un núcleo de imágenes, símbolos y representaciones, el campo del rugby mantiene el suyo. Sus tradiciones que, como ya describimos, fueron modeladas exportando ideas y valores europeos, tanto en la forma estilística del juego como en el sistema moral de ver, pensar y actuar en el mundo, en un contexto propicio en donde la Nación se estaba inventando: en su matriz narrativa, en su historia de hechos y personajes, en su literatura, en sus símbolos, en sus tradiciones, en sus valores y en sus costumbres.

La institucionalización del rugby no fue excepción, como operación donde se naturalizaron ciertas tradiciones con carácter distintivo, bajo criterios de selección y construcción de privilegios sociales dentro del círculo de participación. Es que mirar hacia Europa tenía su recompensa simbólica. Sobre todo, dentro de Argentina, frente a sectores subalternos, frente a “los otros”, como ya explicamos. Esas costumbres y tradiciones, en el caso del rugby, tienen una raigambre que no sólo es oral. La propiedad de la palabra y la escritura estaba -y está- concentrada en los sectores dominantes que hemos estudiado. Dice Thompson,

“Las tradiciones se perpetúan en gran medida por transmisión oral, con su repertorio de anécdotas y ejemplos narrativos; donde una progresiva alfabetización suple a la tradición oral, las producciones impresas de más amplia circulación (libritos de romances, almanaques, pliegos, «últimos discursos ante la muerte», y relatos anecdóticos de crímenes) tienden a someterse a las expectativas de la cultura oral más que a desafiarla con alternativas. En cualquier caso, en muchos puntos de Gran Bretaña –y especialmente en aquellas regiones donde la dialéctica es más fuerte-, una educación básica elemental coexiste, a lo largo del

siglo XIX, con el lenguaje -y quizá la sensibilidad- de lo que empieza a ser «la vieja cultura»” (Thompson, 1984[1979]:43)

Thompson, pensando el pasaje de la organización económica, política, social y cultural de la Inglaterra pre-industrial a la capitalista, sostiene que las sociedades necesitan de tales narrativas. Y por consiguiente “algunas «costumbres» eran inventos recientes y, en realidad, constituían la reivindicación de nuevos «derechos»” (Thompson, 1995 [1991]:13). Hemos revisado y referenciado la modelación de la práctica deportiva en Argentina y, principalmente, el proceso de diferenciación del rugby en el contexto de la ciudad de La Plata, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en un contexto de incipiente industrialización en el país, con la emergencia de nuevos colectivos sociales, que ejercían sus fuerzas para establecer sus derechos y su posterior garantía. Y desde allí, pensar en las nociones de tiempo libre y ocio, y en la distinción de lo que conceptualizamos como sectores dominantes, desplegando estrategias de diferenciación, ante una posible amenaza de expropiación del derecho a administrar las diferencias en todo espacio social. El deporte fue nuestro objeto. Y para eso, desde las fuentes históricas revisadas asistimos a la oportunidad de analizar la documentación escrita. Si bien, dice Thompson, la oralidad mantiene la potencia en su transmisión generacional, la escritura y la alfabetización, de por sí, no sólo son eficaces sobre el “otro” que no sabe leer, sino que la perdurabilidad y la materialidad, como mínimo, poseen un estatuto de verosimilitud o de precisión. Por supuesto que dependerá entre cuáles lectores circulen los productos y en qué contextos.

Pudimos ver el caudal lingüístico y la capacidad narrativa para inventar las diferencias entrado el siglo XX desde los boletines especializados en rugby. Asociadas, directamente a la exportación de valores europeos, emparentados con el modelo civilizatorio, sobre todo desde Francia y desde Inglaterra. Y, además, la posición de prestigio que hasta hoy se mantiene: en el rugby son los mismos jugadores o ex jugadores los que narran sus propias historias. No hay mediadores del tipo periodistas. Ellos mismos pueden sostener las tradiciones escritas, mediante la capacidad analítica, producto, eso sí, de un capital escolar acumulado que los distingue. Es una doble distinción: la de las tradiciones del respeto, la caballeridad y el honor vinculados al rugby, y la de la propia pluma que las puede contar. A propósito de esto, el 8 de septiembre del año 2011, previo al mundial de rugby en Nueva Zelanda, *La Nación* deportiva lanza un suplemento dedicado especialmente a la preparación de “Los Pumas” para la competencia. En el producto se repone parte de la historia de “Los Pumas” como

selección: sus tradiciones, sus valores, sus atributos como equipo. Pero también hay observaciones sobre las posibilidades del seleccionado en el torneo. Los editoriales, las críticas y los análisis son realizados, en su mayoría, por ex jugadores de “Los Pumas”, sin mediación en la escritura de ningún periodista especializado¹⁹⁸. En la tapa, la foto está producida con un cuadro en el que se muestra a cinco “Pumas” (con sus camisetas puestas) que disputarían el mundial, debajo de Agustín Pichot (ex jugador, y con la camiseta de “Los Pumas” al hombro, como signo de su participación indirecta -aunque sí moral y experiencial), con el título que alude al mundial anterior y a la presión que la selección debiera soportar: “El Bronce como legado”.



Revisamos los boletines de LPRC, y ya en los números diez, once y trece (década de 1950) aparece la figura del corresponsal, desde Inglaterra y desde Francia,

¹⁹⁸ El producto también contiene análisis hechos por periodistas especializados.

narrando diferentes partidos de los seleccionados de ambos países, encuentros correspondientes a equipos de las dos ligas, o brindando información del torneo de las Cinco Naciones: Francia, Gales, Inglaterra, Irlanda y Escocia. Desde Inglaterra, Fernando Taurel proporcionaba los datos mientras que, desde Francia, las columnas de Gerard Dufau deleitaban a los lectores. Esto nutrió, por supuesto, a los valores constituidos en torno al rugby local. Y más aún, los detalles técnico-tácticos descriptos por los mensajeros instituían una relación imaginaria, ligada directamente a Europa. Proceso inverso al del fútbol y su “criollización”, marcarán Archetti y luego Alabarces.

La ilusión *de estar cerca* de Europa marca una diferencia en el campo del deporte y en el campo social, sumado a las giras que los equipos locales comienzan a hacer por Europa. El rugby comenzaba a ser un espacio de enseñanza de las buenas costumbres, según el modelo civilizatorio. Dice Losada, en relación a los viajes de estudio o de placer de los hijos de las familias acomodadas de comienzos del siglo XX:

“Efectivamente, la estadía en el exterior funcionó como un rito de aprendizaje mundano. Se pretendía, por un lado, dotar a los jóvenes de una vida cosmopolita que les abriera los horizontes a sus gustos y aficiones personales y que los preparara para formar parte de la clase dirigente, así como zanzar la transición de la adolescencia a la vida adulta mediante las aventuras sexuales y otras aficiones prohibidas, como las drogas, un aspecto condensado por las célebres ‘calavereadas’ de los ‘niños bien’ (Losada, 2010). Dados estos objetivos, no resulta casual que París, faro cultural de Occidente en el fin de siglo y a la vez dotada de un aura de intensa vida nocturna y libertad sexual, se convirtiera en destino predilecto del grand tour,” (Losada, 2012:35)

Damián, Nacho, Gerardo y Agustín, entre otros, explican que las giras se hacen a Europa, sobre todo antes de cumplir veinte años (“los M19”). Dicen que allí “te medís con el mejor rugby, aprendés, ves en qué lugar estás parado. Y luego venís y mejorás con lo que aprendiste. Y obvio, te divertís como nunca. Con tus amigos, en países que no conocías. Las mejores son las giras del plantel superior. Alejados de sus mujeres, imagínate los muchachos...(risas)”, dice Nacho, mientras recuerda su última gira en el año 2013 donde, entre otros lugares, conoció París. Pero las giras se cuentan en primera persona. Y quienes pueden contarlas en primera persona, son los que fueron. Pero esas historias, anécdotas, además de los escritos elaborados por los propios jugadores en formato de boletín o revista institucional, se materializan en objetos y rituales.

5.1.2 “Tercer tiempo”

El tercer tiempo, como ya explicamos, consiste en una exposición de agasajo del equipo local al visitante, luego del partido de competencia. Radica en ofrendar a los rivales bebidas varias como té, alcohólicas (cerveza, fernet y aperitivos varios), acompañadas de algún alimento dulce y/o salado.

Según Agustín, el tercer tiempo es símbolo de camaradería. Se cristaliza, entre colegas, el verdadero sentido de familiaridad colectiva. Como dice Damián “Y lo del tercer tiempo no sé si lo tienen los demás deportes, pero creo que es algo que sirve para conocer, de camaradería, hablás, conocés al otro. Creo que es algo muy piola”. Exhibe el carácter distintivo, donde ningún otro deporte lo realiza. El “tercer tiempo”, además, es financiado por los propios participantes (el equipo local es quien costea la ceremonia para todos).

Nacho siente, en los “tercer tiempo”, la oportunidad de disfrutar y de demostrar la caballerosidad del verdadero jugador de rugby:

“vos terminás el partido y después hay un folclore propio del rugby que es el tercer tiempo y que vos lo disfrutás que decís ‘que bueno loco que terminé de jugar, qué bien que estoy’. Te duele todo, te golpeaste, te lesionaste, pero te juntas y ves esa cosa de servir al flaco del otro club: eso es caballerosidad, que otro deporte no lo tiene. En el fútbol terminás un partido y lo querés cagar a trompadas al rival, y te vas indignado y te vas re caliente. Y decís ‘a este lo voy a re cagar a trompadas’, y mirás al rival”.

Otra vez el gesto narrativo de distinción hacia unos “otros”. El “tercer tiempo” se construye como único en el campo del deporte. Por lo tanto es propiedad sólo del rugby, donde además, hemos participado y observado de la exhibición exagerada de gentilezas y destrezas ceremoniales. Lo que dicen los interlocutores se valida en el mismo acto: los jugadores locales agasajan, haciendo las veces de anfitriones exclusivamente dedicado al servicio de sus comensales. Nada está librado al azar. Y eso es signo distintivo, como dice Agustín “vos tenés que atenderlos bien. Porque después, por ahí, dicen que los atendiste mal y eso no está bueno. Además, cuando nosotros vamos a jugar a la cancha de ellos, queremos que nos atiendan bien”. El “tercer tiempo”, dijimos, es símbolo del valor de camaradería, de un gesto ceremonial en donde se incluyen las buenas costumbres: atender bien al otro, servir con educación y buenos modales.

He participado de quince “tercer tiempo”. No he observado que el espacio sea un momento fundamental para capitalizar relaciones y vínculos sociales mediante el diálogo. Todo lo contrario: el salón, las casonas o los quinchos, parecían delimitarse separando -mediante una línea imaginaria- al equipo local (anfitrión) y al equipo visitante (comensal). No he observado más que intercambios mínimos, sobre alguna jugada o algún gesto de cortesía. Es un ambiente medianamente festivo, donde se pone música a alto volumen y donde sí participan mujeres (esposas, novias, hermanas, madres, amigas) y se integran corporalmente a los grupos masculinos (reflexionaremos, luego, sobre el entrelazamiento de los cuerpos en estas instancias). Existen regularidades en los “tercer tiempo” de los tres clubes que analicé. A lo mejor, la calidad de la bebida y la comida diferencia a LPRC y Universitario, de Albatros. Los primeros exhiben productos de primeras marcas, mientras que en Albatros, amasar pizzas (algunos jugadores) era norma, en vez de contratar un servicio de catering.

Todo era similar, excepto el 31 de julio del año 2010, cuando LPRC recibió al CASI, por las semifinales del denominado “Top 14”. Ese día Damián me escribió para invitarme al “tercer tiempo”. Me dijo que él, como capitán, estaría a cargo de todo. Luego comprendí porqué. Por primera vez, en mis observaciones, vi una escenografía diferente: había mesas redondas, con manteles blancos cubriéndolas y vajilla alquilada, dispuesta para que todos tomen el té. Era una rememoración de la vieja tradición inglesa de tomar el Té, como signo de distinción de quienes pueden hacer un “break”, un corte, en la jornada laboral, exhibiendo su disposición del tiempo libre. Allí recordé lo que advertía Agustín sobre la buena ofrenda al comensal y entendí el juego de la distinción, sobre todo, pensando en los significados construidos en torno al prestigio de un club como el CASI.

Damián, al mismo tiempo que atendía y certificaba que sus compañeros hicieran lo mismo, venía hacia donde estaba ubicado yo, y me preguntaba “¿qué querés comer y tomar?”. A Damián no se le escapa ningún detalle.

5.1.3. Imaginarios en torno al profesionalismo

Ya revisamos qué implicaba ser amateur para los actores involucrados en la práctica del rugby, en contraposición a la condición de profesional. Buceamos en la atribución de significados que los mismos actores le asignan a las dos categorías; sobre

todo en su dimensión moral. Pero el relato del amateurismo es justamente eso, un relato que atraviesa y construye lo moral en el rugby. Vimos que la regulación desde el Estado (Nacional, Provincial y Municipal), el sistema de *sponsoreo* y la dedicación de alto rendimiento, se corresponden con una estructura profesional. Sin embargo, los interlocutores insisten en conservar, como tradición, la forma amateur de practicar rugby.

Alberto, empleado de comercio, me explicaba que en Albatros sentía que estaba en su casa. Después de haber jugado al fútbol de niño, hoy, con veintinueve años se convirtió en “fanático del rugby”. Dice al respecto, y emparenta exclusivamente la condición amateur al rugby: “creo que es especial con respecto a los otros deportes por los valores que maneja y por el amateurismo que hace que el jugador tenga un sentido de pertenencia para con su club y se convierte en su segundo hogar”. La homologación con el hogar es signo, para el análisis, de que el rugby (como dijimos) es forjador de identidades que nuclea sistemática y eficazmente a los sujetos participantes. Como diría Martiniano, de Albatros, al afirmar: “es una escuela de vida. Porque te enseña a dar todo a cambio de nada, ¿entendés? Acá no hay plata a cambio”. Por supuesto que Martiniano reduce el concepto de qué significa la vida para él, al explicar sus sentimientos en relación al rugby. Gerardo insiste con el ideal de integración democrática que el rugby constituye. La idea de que al rugby pueden jugar “todos: el gordo, el flaco, el petizo, el alto. Todos. Y eso te lo da el amateurismo y sus valores”.

Entendimos en contexto qué implicaba para los sectores dominantes recrear un espacio de distinción, en la primera mitad del siglo XX, sobre todo, en contraposición al fútbol que operó como un potente y eficaz unificador identitario, en términos de masas. La operacionalización de esa distinción estaba dada en si había que practicar deporte “por amor al deporte”, o a cambio de dinero (como si se perdiera la pasión hacia la práctica). Ya van más de cien años de institucionalización del amateurismo vinculado al rugby, más allá (o más acá) que la práctica demuestra guiños hacia el profesionalismo e indican que tal vez pueda convertirse, en un tiempo, en una práctica reconocidamente profesional.

El mito de la buena educación que se aprende, y la idea de “dar sin recibir nada a cambio”, impregna hoy el imaginario colectivo del rugby. Es suma de amigos, gracias al esfuerzo conseguido: pero no a cualquier costo. El fin no justifica los medios, dicen nuestros interlocutores. Ni siquiera en la derrota, como señala el editorial del Boletín

Informativo Número 3 del año 1953 de LPRC, refiriéndose al equipo que, en 1940, jamás ganó un partido. Pero sin embargo cimentó las tradiciones del juego:

“Yo jugué y fui capitán de un equipo que jamás ganó un partido. Fue la Primera División de este Club que en el año 1940 le correspondió el descenso con un solo punto a favor. Allí, como mucho, yo terminé mi adolescencia y al encontrar la vida de frente, en razón de haber jugado a quiénes constituyeron siempre el iluminar de toda hora sentí, como aquel poeta enamorado, que ‘en cuerpo y alma la tarea de ser hombre es menos dura’. La militancia en aquel magnífico equipo de tan magro puntaje ha sido y será siempre un honor para cada uno de sus integrantes y hoy ellos, en su mayoría directivos, exhiben la circunstancia como un timbre de gloria a los coros juveniles de sus escuelas. ¿Porque [sic] esa exaltación de la derrota?. ¿A que [sic] viene hoy todo esto?...porque perdimos siempre y no nos entregamos nunca...Porque aquel equipo concitó una enorme masa de adictos que no lo abandonaron nunca...y ya reviven nuestras tradiciones deportivas, en un presente pleno de solidaridad humana que augura el futuro donde ustedes podrán decir: ‘Yo jugué con honor en un equipo de amigos’ –y si pudiéramos [sic] agregar- ‘y fuimos campeones’-mejor-“

El mito de la buena educación que se aprende, y la idea de “dar sin recibir nada a cambio”, impregna hoy el imaginario colectivo del rugby. Es suma de amigos, gracias al esfuerzo conseguido: pero no a cualquier costo. El fin, dicen nuestros interlocutores, no justifica los medios.

5.1.4. “Lo Inglés”

La identificación del rugby con la cultura inglesa opera como garantía de esa distinción buscada, sostenida y reproducida. Desde el lenguaje de ciertas técnicas del juego, hasta objetos y espacios que circulan en el campo.

Más de una vez, en mi asistencia a los entrenamientos, Nacho me advirtió que llevara “ropa de vestir” para después. La cuestión de la ropa aludía a que “Después del entrenamiento, algunos nos quedamos charlando, comiendo y tomando algo en la Casona del Club”. La Casona es el espacio donde funciona una especie de salón de eventos donde se congregan los jugadores luego del entrenamiento. Allí comen y beben. El lugar está decorado con retratos de muchas glorias (autopercibidas por los actores del club) históricas, de equipos de antaño, y de banderines de otras instituciones intercambiados en determinados partidos disputados. Esos objetos materializan las tradiciones de equipos recordados (propios o rivales) mediante fotos grupales, chapas de bronce con nombres de reconocidos jugadores o dirigentes, o los banderines

mencionados que certifican el encuentro de dos instituciones. Depende cuál sea la otra institución, se exhibe con mayor o menor grado de visibilidad. Pero ahí hay tradición y costumbre. Porque sobre el objeto se narra la historia. O, mejor dicho, a partir del objeto se instituye la memoria, recordando sucesos, personajes, erigiendo los valores que recubren la práctica. Losada (2012) explica que, entre las familias de clase alta, los legados materiales (por ejemplo, retratos de los antepasados) revalidan el sentido vertical que debía gobernar en las relaciones entre mayores y menores. Intercambiar banderines es un gesto recordatorio, pero también distintivo. Los clubes platenses valoran, en términos simbólicos, el intercambio con los equipos de zona norte del conurbano bonaerense (los más tradicionales, los más “ingleses”¹⁹⁹ de la Argentina).

Las casonas y los quinchos reivindican el estilo de las construcciones inglesas, asociadas a la arquitectura de las estaciones de los ferrocarriles del siglo XIX en Argentina. Los elementos distintivos están reflejados a través de las galerías, de las columnas de hierro, de techos inclinados de madera recubiertos con tejas (o chapas), de aberturas y puertas de gran escala, y el uso del ladrillo como material característico de Inglaterra. Además, estas edificaciones reproducen continuamente la relación visual/espacial entre la arquitectura y el “paisaje” como rasgo identitario de las ciudades satélites londinenses.

José, mientras estábamos en su comercio, me cuenta qué significa para él “lo inglés”, emparentándolo a la circulación del mito sobre el orden y la buena conducta: “es un valor que no se encuentra en cualquier lado...el rugby es un deporte de tradición inglesa y eso hace que tenga un régimen verticalista. Es decir que un jugador común y corriente está por debajo (sin subordinación, que se entienda) del líder del grupo, del capitán, del entrenador y de la comisión del club”. La recurrencia hacia el argumento de la buena educación, y la organización explícita de las jerarquías, se presentan como normalidad para los interlocutores.

Los valores y el buen comportamiento se reconocen y materializan en la entrega de los banderines, en los encuentros de fin de año. El más codiciado, simbólicamente, es el “banderín de honor”; que significa, según los criterios de elección, que se cumplió con todo lo normativo, con lo instituido a las formas que se espera en la participación en

¹⁹⁹ No me refiero a la pertenencia directa con Inglaterra, sino a las instituciones que reproducen, con mayor perseverancia e inalterable convicción, las costumbres “inglesas” que suponen una ligazón directa con Inglaterra.

un club de rugby. Es una especie de marca de fuego. De rito de pasaje hacia la cualificación moral del sujeto; que, por supuesto, deberá mantener en el futuro.

Pero también existe el “Cap”, que es la distinción más importante que un Club puede otorgarle a sus socios. Es una tradición retomada de los colegios y clubes ingleses a quienes se cree fueron los personajes más significativos de la historia de la institución. Es decir, tiene un carácter trascendental en los méritos atribuidos para quien lo recibe. El “Cap” es un gorro de paño, de tipo casquete, confeccionado con gajos de colores del club correspondiente. Cada vez que se otorga un “Cap”, se organiza una ceremonia donde participan los anteriores receptores del objeto, todos con sus gorros correspondientes. Se genera así, un efecto distintivo en el resto de los asistentes. En Argentina, clubes como CUBA instalaron la ceremonia copiando los rituales británicos. Otra forma más de estar cerca de “lo inglés”.



Ejemplo visual de un “Cap”

5.1.5. Lo intergeneracional: sostener el legado

La manera de llegar a jugar al rugby, siendo niño o adolescente, es a partir del acompañamiento del padre o de algún amigo que ya concurre al Club y practica rugby. Pero sobre todo, entre los interlocutores, la regularidad consiste en que es el padre la figura que elige la práctica para su hijo. Porque, además, el club comienza a ser el espacio de sociabilidad fundamental en las actividades y grupalidad familiar. Todos acompañan al padre, en primera instancia, y luego al hijo cuando comienza a desarrollar el deporte con mayor dedicación. Es el lugar de encuentros grupales, familiares. Es la certeza de vincularse con “los próximos” ya que la elección del Club, como dijimos, estará determinada por variables que ya hemos pensado en pasajes anteriores.

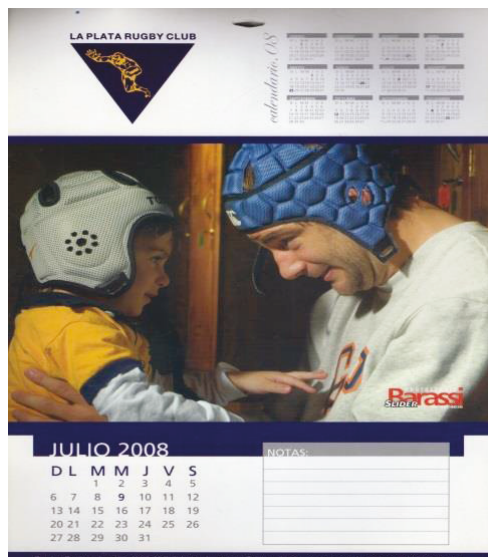
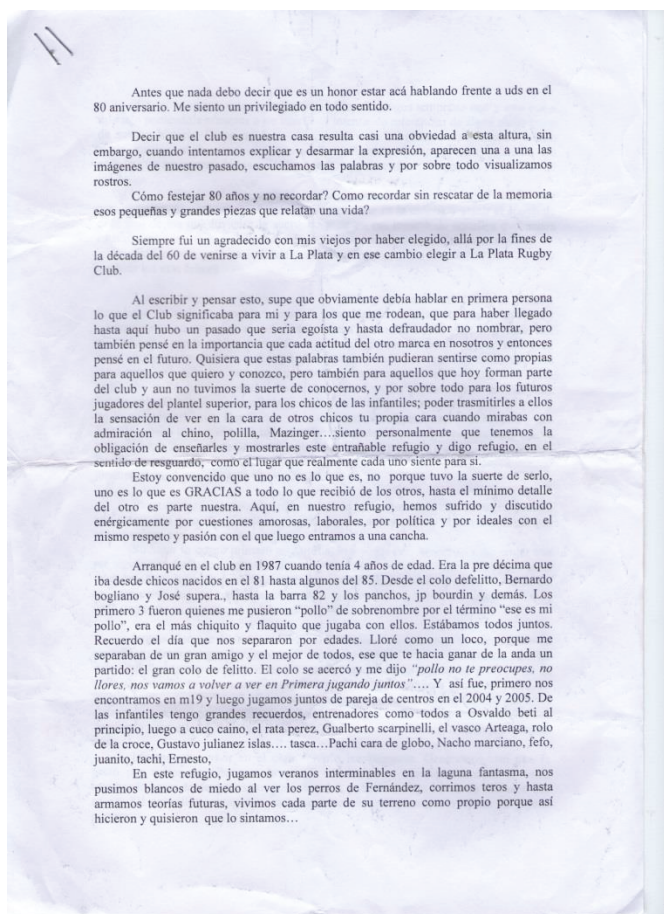


Foto calendario publicitario. LPRC 2008

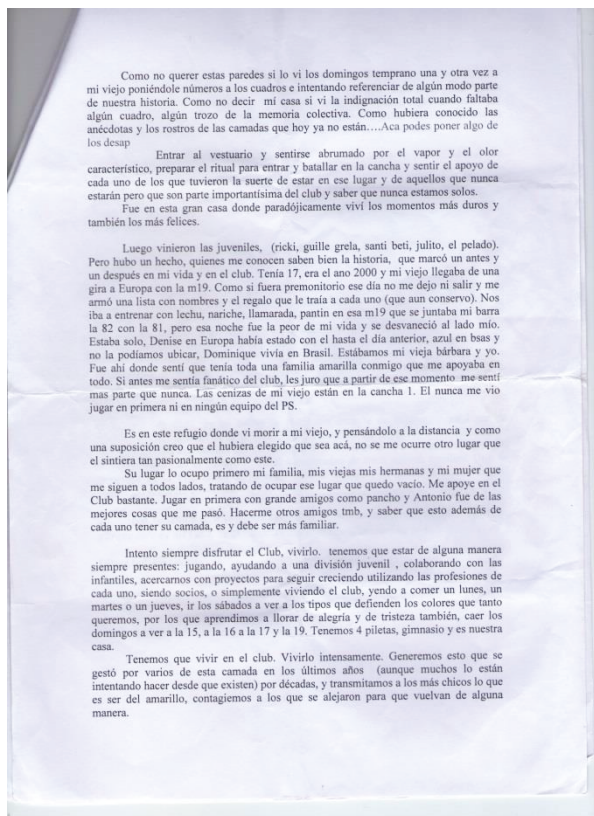
Los casos de Tato, de Damián y de Fabián son significativos. Los tres, como la mayoría de los jugadores, han incursionado en el rugby por los padres (en los dos primeros casos) y por el tío (en el tercero). Pero los padres de Tato y Damián han fallecido. Y han sido personajes que marcaron la historia fuertemente, del club Albatros en el caso de Tato (fue uno de los fundadores), y de LPRC en el de Damián (configurando nuevas formas de entrenamiento, promocionando eficaces técnicas de gestión deportiva, y revolucionando la dinámica del club). El caso de Fabián es diferente. Su tío fue el acceso y la garantía para ingresar al campo, ante su falta de capitales necesarios, respecto a la lógica del espacio. Pero Tato y Damián tienen que sostener un legado. Son vistos como las reproducciones de sus padres, y deben actuar en consecuencia. Son embajadores de un conjunto de elementos que sus progenitores, supuestamente, encarnaban: amor al club, sacrificio, entrega incondicional. Los dos muestran características de líderes, ya que interiorizaron lo que el mandato les determinó, ni más ni menos. No hay tiempo ni lugar para fallar. Lo esperable debe ser correspondido. Así se sostienen las tradiciones entre generaciones de miembros de una misma familia. A propósito, Damián fue elegido para pronunciar un discurso al cumplirse ochenta años de la fundación de LPRC. Él me lo entregó diciéndome “seguro que no te va a interesar”. Damián hace referencia a todo lo que describimos como tradiciones, su percepción sobre qué implica ser parte de un Club, como su “refugio”, su “casa”, como espacio de socialización y, por supuesto, exalta la figura de su padre, como guardián -dice Damián- de “una memoria colectiva”. Y se pregunta, entonces (si no fuera por esos guardianes), “cómo hubiera conocido las anécdotas y los rostros de las

camadas que hoy ya no están”, señalando a las fotos del quincho. Hace referencia a la herencia que dejó su padre²⁰⁰ y al momento de tristeza que vivió ante su muerte, pero confirmando que seguirá su legado transmitiendo los valores del club y del rugby, porque para Damián, “Ser del Club es un estilo de vida, es una escuela de valores, y un lugar de formación y contención de la familia”. Al respecto, Losada, reflexiona sobre las familias de la clase alta argentina de principios del siglo XX sosteniendo que “El prestigio familiar descansaba en un legado construido a través de las generaciones y así el desempeño de cada uno de los integrantes reflejaba los méritos y las virtudes [...] del conjunto familiar” (Losada, 2012:28)

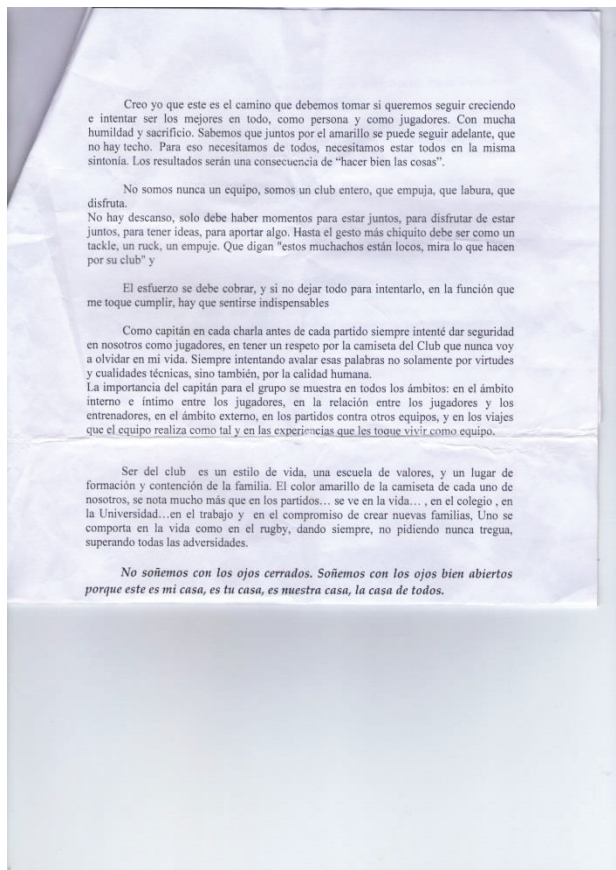


Carta de Damián. Ochenta años LPRC. Hoja 1

²⁰⁰ Las cenizas de su padre fueron esparcidas en una de las canchas del club.



Carta de Damián. Ochenta años LPRC. Hoja 2



Carta de Damián. Ochenta años LPRC. Hoja 3

5.2. Respetuosos y respetados

El respeto como parte institucionalizada en el rugby (desde las reglas²⁰¹) se va recreando y manteniendo mediante la articulación de distintas moralidades que se van reforzando entre la dinámica y la lógica del juego, y la capacidad de representar esas prácticas mediante el lenguaje, por parte de los agentes que participan de la recreación ética del campo. Dentro de un conjunto de lealtades y de cooperaciones, en los modos de ejecutar el juego, el rugby representaría –según los interlocutores– uno de los acontecimientos deportivos con mayor nivel de disciplina. Más allá de la agresividad física²⁰², las normas enmarcan un nivel de violencia tolerable, no sólo para los jugadores, sino también para los espectadores, que decodifican las destrezas corporales y las acciones agresivas como parte de un *todo* que se asocia con una manera de tolerar y controlar impulsos, mediante la racionalidad y la templanza. Gerardo me explicaba que:

“el rugby tiene una serie de valores que lo atraviesan y que en general son los mismos en cualquier club del país. Me animaría a decir que son valores que circulan en el rugby en general. La solidaridad, la cooperación, la amistad y sobre todas las cosas el respeto, con cuestiones que están presentes y que ayudan muchísimo a la formación de las personas”.

La mayoría de los entrevistados coinciden que en otros espacios no se encuentran este tipo de valores. Inclusive José destaca la condición disciplinante de la práctica:

“hoy ves que los chicos de la calle son irrespetuosos, mal hablados...ahora si vas a un entrenamiento de rugby...vas a ver a 15...20 chicos de 14 años haciendo flexiones de brazo porque a uno se le cayó la pelota...y las hacen porque saben que si en vez de pelotudear, estaban concentrados no se caía la pelota...nadie se queja porque todos, el grupo responde por uno solo...eso lo transportas de los 14 a los 25 años...”

Los relatos exhiben, en el mismo gesto, positividad hacia el sistema ético del rugby, y negatividad a lo que las condiciones disciplinantes, racionales y morales no pueden cubrir o completar. En la misma afirmación de diferencias, se están

²⁰¹ Fabián me contaba que el rugby “te enseña a apreciar cada triunfo, la amistad, el respeto hacia la gente. En el rugby está prohibido que cualquier jugador le hable al referí, menos que lo insulte, sólo el capitán se puede dirigir a él”.

²⁰² Las técnicas del *hand-off*, el *scrum*, el *tackle* frontal, el *tackle* lateral, entre otras, guardan inmediata relación entre fuerza corporal y agresividad.

construyendo los posibles *otros significantes*. No sólo quien se ubique fuera de las legitimidades diseñadas desde el rugby: esto es, tolerancia a la agresión, disciplina, acatamiento a las decisiones del árbitro o del superior²⁰³, la cooperación con los rivales (en cuanto a la destreza de habilidades en pos de competir dentro de las normas y minimizar los riesgos de lastimar a un jugador del equipo contrario) sino, según los interlocutores, quienes no mantengan los valores estructurados en el rugby, fuera del campo de juego, no serán percibidos como parte de un colectivo que sí persigue (y mantiene positivas) las formas legítimas de recrear la práctica y construir sus moralidades.

Para Sabrina, respeto es la palabra clave en el rugby. Es lo que ella enseña y es lo que distingue a un verdadero jugador de rugby. Lo afirma comentando que “en el rugby se manejan, por ahí, códigos que otros deportes no lo tienen.” Y luego desarma y explica lo que distingue como “códigos” exclusivos del rugby, y hace un juego comparativo con lo que para ella se “ha perdido” en el resto del espacio social:

“los códigos y los valores que se manejan en el rugby son los que lamentablemente se están perdiendo. Porque la sociedad está manejando otros valores, porque estamos en otro momento. Es más marcado que en otros deportes. Por ejemplo: en rugby no está permitido el típico bullying²⁰⁴, decirle cosas a tu compañero. No, si es tu amigo. Por ahí en otros lugares lo habilitan, acá no. También está el respeto por el profesor, por el árbitro. Al árbitro no se le puede discutir, no se le puede gritar de afuera de la cancha. Yo he echado padres de la cancha por gritarme a mí o a otro árbitro de otro club.”

Por momentos Sabrina se integra al colectivo *sociedad*, pero se aleja cuando se integra a la grupalidad institucionalizada en el rugby. Que, para ella, reside en la importancia de asimilar y aprender las formas posibles de autoridad en una sociedad. Por eso ella reproduce esas tradiciones (ya desarrolladas en párrafos anteriores). Comparte un imaginario sobre el sentido del respeto con un giro de añoranza: “Yo creo que todas esas palabras que son viejas, caballerosidad, honor, respeto, aunque pueda estar equivocada, se fueron perdiendo y cada vez más.”. Pero para Sabrina, tanto como para Damián, el rugby es “escuela de vida”, “fuente de valores”. Se incorpora a sus prácticas como la posibilidad de lo que supuestamente se perdió. Y expone su ejemplo al interiorizar los valores del rugby, afirmando explícitamente una distinción del plano

²⁰³ Ver en anexos “Observación partido Universitario vs. San Patricios. Cancha Universitario. Fecha 15/5/2010” y “Observación Universitario vs Albatros. Cancha Universitario. Fecha 13/6/2010”

²⁰⁴ Se refiere a cualquier tipo de acoso físico o verbal que genere malestar psicológico o corporal.

de lo moral: “El respeto lo aprendí en el rugby. Tal vez traigo algo de mi casa. Para mí está perfecto, porque es en lo que nos distinguimos en rugby. Somos respetuosos”.

Fabián describe qué es el respeto y lo corporiza: “callarme la boca y seguir, en cualquier circunstancia. Eso es respeto”. Aunque reconoce que en ciertos momentos del juego, hay formas legítimas de corregir conductas “inmorales” de los rivales, aplicándoles alguna “trompadita”, a modo de sanción, fuera de la órbita normativa del árbitro.

Hay un texto clave para el campo del rugby y sus integrantes que reproducen desde las federaciones reguladoras, hasta las comunicaciones internas de los clubes. Son las palabras de Miguel Iglesias, ex jugador y capitán del SIC y del Seleccionado nacional, pedagogo del campo, innovador en diferentes circunstancias y estrategias del juego. En una charla técnica grabada ante el seleccionado de la URBA, explica como entrenador a sus jugadores porqué el rugby es “el juego del respeto”. Expondré algunos pasajes de esa declamación que en el año 1995, Iglesias despliega con una capacidad oratoria notable, propia de un sujeto con un caudal lingüístico variado y abundante. Son las palabras que argumentan, como documento inalterable e incuestionable, la relación necesaria, lógica y contigua entre el rugby y respeto. Dice Iglesias:

“Antes de pasar a la práctica activa del line-out, por la que vamos a empezar antes de pasar a la práctica de scrum, quería hacer dos o tres consideraciones que las vamos a volver a repetir, pero creo que es la base, lo fundamental, de lo que no hemos hablado mucho por el poco tiempo que tenemos para estar juntos. Y es específicamente definir el espíritu que anima un juego de rugby: el espíritu del juego. Plata o no plata: es una historia antigua... y ahí están peleándose y no saben qué hacer. Pero lo que sí es una realidad, con plata o sin plata, es respetar el espíritu del juego. **Jamás van a escuchar de mí** –y creo que de ninguno de los entrenadores de Buenos Aires, y **supongo que no lo escucharán tampoco en su club- algo que vulnere la declamación del respeto y de la aceptación sin ningún tipo de restricciones sobre el espíritu del juego. Tanto como la parte reglamentaria –el cumplimiento del reglamento- a ultranza va a ser la transmisión del mensaje, a ultranza todo con respecto al respeto del reglamento.**

Y el otro tema es el respeto al espíritu del juego. Y a eso me quiero referir en cuatro o cinco palabras, porque creo que son determinantes y fundamentales para nuestro propio valor como jugadores y como equipo de rugby. **Respetar el espíritu del juego significa básicamente respetar el primer principio que tiene el juego del rugby. Y lo que ustedes me dirán es ‘Negro, ¿cómo podríamos definir el juego del rugby?’.** Lo primero que se me ocurre, sin discusión, que todo el mundo va a estar de acuerdo y que nadie puede oponer nada en contra, yo diría que el rugby es el juego del respeto, todo se respeta: Yo me respeto a mí mismo. Yo los respeto a ustedes. De la misma manera, yo les exijo respeto de ustedes hacia mí. Respeto entre ustedes mismos. Respeto al rival. Respeto al referee. Respeto al linesman. **RESPECTO... EL JUEGO DEL**

RUGBY ES EL JUEGO DEL RESPETO. Digo esto así, y debemos remarcarlo, y yo me siento en la obligación como colaborador y entrenador de ustedes, de reafirmarlo, porque el forward está expuesto permanentemente a un juego de contacto terrible, tremendo, desgastante, doloroso, a veces injusto, otras veces no tan leal de parte de sus rivales, y puede provocar situaciones que son peligrosas para nosotros mismos, que vulnera no sólo el juego por la falta de respeto, sino que vulnera nuestros propios intereses, que es la falta de control del forward, el forward que es irritado, el forward intemperante, el forward que no soporta... entonces, la reafirmación del espíritu del juego, del respeto al reglamento y del respeto a todo, no es un arma reclamativa, es un arma determinante y fundamental para poder integrar un equipo de rugby. Y ustedes me dirán ‘Y pero negro, hay muchas veces que no es así’... y yo les diré que tienen razón, pero también les puedo decir que hay muchos que honran el juego, en Argentina, en Buenos Aires, en Tucumán y afuera... hay muchos otros ejemplos que honran al juego, y a éstos tenemos que subordinarnos, no a los malos ejemplos: ‘Si me pegan, yo le pego, si me pisan yo lo piso’. Subordinarnos con humildad al espíritu del juego, lo cumpla el rival o no lo cumpla, es un problema mío, es algo que yo lo puedo hacer posible. Ganar o perder va a depender de un sinfín de factores que yo no puedo manejar, y ustedes tampoco. Lo que sí van a poder manejar porque depende exclusivamente de cada uno de ustedes, es el RESPETO, es ser LEALES.” (el resaltado es mío)²⁰⁵

Las palabras de Iglesias operan discursivamente ordenando los principios y los valores instituidos. Porque como hemos dicho, los proyectos institucionales dominantes deben recrearse y conservarse. La declamación de Iglesias funciona, para el campo del rugby, como pilar fundamental en la retórica construida en relación al “*espíritu del rugby*” en Argentina. Y el respeto, es el significante pregnando de significados que condensa, modula, delimita y restringe las posibilidades de acción en el campo, y de la integración de nuevos actores, asociados a las personas de ciertas características, a decir de Adamovsky, revisando las bases fundadoras de nuestra Patria: de “gente decente”.

5.2.1. Animal pero racional

Las formas animalizadas²⁰⁶ que colaboran en la construcción del imaginario de la práctica, no son percibidas negativamente como asociación a mundos “salvajes” o “bárbaros” de practicar la violencia. Todo lo contrario. Son formas y nombres legítimos

²⁰⁵ La charla es del año 1995. Para verla dirigirse a https://www.youtube.com/watch?v=JmciS_5E2H0

²⁰⁶ En referencia a las analogías entre la práctica del rugby y la forma animalizada de nombrarse, son significativas las publicidades sobre “Los Pumas” en las etapas previas a competiciones importantes. En la mayoría, se exalta la cuestión del apodo de la selección, naturalizando la condición de la animalidad, referida a la fuerza, la astucia, y el coraje. Pero sin embargo, automáticamente, se establece la compensación necesaria para devolver a esa figura discursiva al orden civilizatorio, con algún recurso icónico.

que determinan esa porción de espacio social, y marcan la posibilidad de desempeño de las destrezas corporales, con sus añadiduras simbólicas, en referencia a los modos masculinos de poner en juego ciertas virtudes. Por lo tanto la dicotomía salvaje-razional, se nos presenta en el rugby, como una relación necesaria, estabilizadora, y jerarquizante, si vinculamos el conjunto de las técnicas corporales (Mauss, 1979[1971]) descritas por los interlocutores, y su adaptación hacia la práctica, en donde se determina el uso legítimo de esas técnicas, con la construcción de una estética y una ética que sólo suscriben a un espacio *masculino* y *masculinizante*.

Hilario nos expone la idea de una “locura” consciente. De una irracionalidad premeditada. Como si el jugador que entra a la cancha debiera poner en acto un estado de demencia indomable. Esa es la característica que Hilario comparte como condición para animarse a ser un buen jugador de rugby: audaz, corajudo, valiente y, además, con una locura que expresa como inherente al jugador:

“Creo que para jugar al rugby tenés que tener locura, tener que sentirte bien, fuerte, porque si no tenés esa locura para jugar, no podés [...] Por esto que te digo, es un deporte de contacto, es un deporte donde te encara un tipo de 130 kg., y de 2 metros y vos tenés que estar fuerte de la cabeza, sobre todo, para sentir que lo podés bajar, para sentir que lo podés tacklear, para sentir que le ganas vos. Entonces si vos perdés eso, perdés esa locura que tenés, por una cuestión lógica, vos salís a la calle y no te pones a pelear con un tipo de 130 kg y de 2 metros, vos adentro de la cancha lo hacés a eso, lo hacés sin pensarlo, no lo pensás; y cuando empezás a pensar: ‘Che, para, este es más grande, este es más rápido’. Ahí es cuando das un paso al costado”

Sabrina también adhiere al argumento de la irracionalidad, de la demencia, de la patología controlada: ”y tenés que estar un poquito loco, un poquito te tiene que fallar. No fallar, sino que creo que el amar al deporte, al rugby, es como que tenés que tener ganas de golpearte, porque no cualquiera tiene ganas de golpearse.”. También despliega su hipótesis sobre lo que, para ella, debe ser un buen jugador. Es quien, en definitiva, desarrolla su capacidad analítica y su escucha: la inteligencia al servicio del juego;

“Generalmente el más aplicado, el que te escuchó es, no el que mejor juega, pero el que está ahí, a un paso del que mejor juega. Porque en rugby tenés que ser muy inteligente, muy pícaro”

Para Nacho, la complementariedad de animalidad con razón, no se discute: “todos dicen, ‘cabeza fría corazón caliente’. Es así, vos vas y te vas a matar pero

siempre racionalmente, o sea, vos siempre vas a saber“. Signos de animalidad y brutalidad complementados con la capacidad racional y civilizada de un verdadero caballero.

En las representaciones que, junto a José Garriga, analizamos de diferentes publicidades sobre “Los Pumas” de diversas marcas (bebidas alcohólicas, automotrices, financieras)²⁰⁷, hay una particular que sintetiza el núcleo compartido de símbolos e imágenes producidas y reproducidas en el campo del rugby, respecto a la distinción de clase y género, que redunda en la dimensión de “lo civilizado” y de la “bravura”, como complemento narrativo necesario e indispensable. Es la publicidad de la cerveza *Quilmes*²⁰⁸ basada en fragmentos de diferentes partidos de “Los Pumas”, donde se visualizan secuencias de juego de diversos jugadores argentinos recibiendo (u otorgando) *tackles*. De fondo (en *off*) se escucha la interpretación del *Ave María* de Schubert. Hacia el final de la publicidad, entre la serie de imágenes, hay una de Omar Hassan vistiendo la camiseta de “Los Pumas”, que rápidamente se funde con una del mismo jugador, pero esta vez vistiendo un frac y descubriendo que quien interpretaba el *Ave María* en *off*, era él. El jugador/barítono, según la escena, está acompañado por dos músicos dispuestos en semicírculo, además de percibirse (de frente a Hassan) la sombra de dos personas que, aparentemente, estarían apreciando una obra de música de cámara. Esta secuencia, se completa con un zócalo donde (para quienes no reconocen al jugador) se informa que es “Omar Hassan. Pilar de los Pumas y Barítono”. Un fundido a pantalla negra culmina la propaganda con el slogan “Sponsor de 15 animales con corazón de caballero”. Remite así, a una condición dualista –lo dócil y lo agresivo, lo violento y lo pacífico– que se presenta en el campo del rugby, no como contrapuesta sino como complementaria. Es decir, el sistema fue elaborado históricamente en base a modelos civilizatorios –la razón y la caballeridad– y reguló una lógica distintiva en términos de clase y de género.

²⁰⁷ Ver el artículo Branz, Juan y Garriga Zucal, José, *Civilizados y animales. Representaciones publicitarias de la identidad nacional en el rugby*. Revista *Oficios Terrestres Comunicación y ciencias sociales en Latinoamérica*. Publicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. N° 27. 2012.

²⁰⁸ Previa al mundial 2007, disputado en Francia.

6. Pensar el rugby en clave de género

Para pensar al rugby y la reconstrucción de las características asociadas, por los propios sujetos investigados, en relación a los modos de *ser hombre*, partimos de una reflexión de Badinter (2003), sosteniendo la idea de las “múltiples masculinidades”:

“No hay una masculinidad universal sino múltiples masculinidades, tal como existen múltiples femineidades. Las categorías binarias son peligrosas porque desdibujan la complejidad de lo real en beneficio de esquemas simplistas y condicionantes.” (Badinter, 2003:49)

La hipótesis y la pregunta en cuanto a las formas de *ser macho*, y más, de establecer prácticas dominantes respecto a otros modelos masculinos, fueron analizadas a partir de la escucha y la observación sobre cuáles son los relatos que legitiman – reproducen, reafirman- esas prácticas en relación a la masculinidad construida en el espacio del rugby. También para argumentar, porqué hablamos de modelos dominantes de masculinidad entre jugadores de rugby.

Siguiendo otra vez a Badinter (1994) podríamos establecer que la identidad masculina, en nuestras sociedades, se emparenta con el hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse (si es necesario, por la fuerza). Mientras que la identidad femenina ha de asociarse a las características de docilidad, pasividad, sumisión y a la búsqueda de ser poseída. Todo esto si pensamos a la categoría género como una operación que tiene una lógica binaria que separa sólo lo femenino de lo masculino y, más aún, dentro de un mismo género, posiciones dominantes y subalternas, reproduciendo relaciones desiguales de poder (Burin y Meler, 2009). Con el objetivo de superar las visiones que restringen el análisis sólo desde una perspectiva androcentrista y pensar en un universo más amplio que las oposiciones, por ejemplo, entre lo innato o lo adquirido, o el Género o la diferencia sexual (Ibíd.), creemos que:

“La estereotipia de Género, que es un ‘trabajo cultural’ en sí misma, niega las amplias similitudes existentes entre mujeres y varones y destaca la polaridad desconociendo la gran variabilidad que existe al interior de cada subconjunto genérico [...] El género, la clase, la etnia y la edad, se entrecruzan para construir subjetividad” (Ibíd: 43)

Es que el concepto de género, dice Emilce Dio Bleichmar (1998), surge entre los estudios acerca de trastornos biológicos de la definición sexual y una categoría lingüística, pensada por John Money, quien intentó demostrar la primacía de lo simbólico en la constitución de la identidad sexual humana (Burin y Meler, 2009). John Money, en la década de 1950, planteó la categoría de “papel de género” para detallar las conductas atribuidas a los varones y a las mujeres. Mientras que Robert Stoller, en 1968, es quien, desde un enfoque subjetivista, esclareció la diferencia conceptual entre sexo y género, siendo el primero determinado por la diferencia inscrita en el cuerpo, y el segundo la trama de relaciones de significados que cada sociedad le atribuye (Ibid.). De allí que las tradiciones sobre los estudios de género se disputen entre el campo del psicoanálisis, la sociología y la antropología, intentando romper con un alto grado de necesidad, los pares dicotómicos que obstaculizan nuevas formas de pensar identidades vinculadas al género, o nuevas preguntas en torno al género; además de romper con el carácter biologicista sobre la definición de género, vinculado a una división “natural” de los sexos, y por lo tanto de sus funciones sociales, a partir de características biológicas. El género es un concepto dinámico y un constructo sociohistórico, que está vinculado a la producción cultural de cada sociedad en un determinado momento que, por supuesto, está ligado al problema del poder y la dominación inter e intra genérica.

Adherir a la noción histórica, cultural, y dinámica del género es compartir la definición de Butler (2002) donde lo concibe como un pacto performativo, como una especie de teatralización situacional, donde se fijan y reproducen diferentes maneras de actuar construyendo, en el mismo instante performativo, un discurso de legitimación (y no necesariamente que el discurso preceda al acto. O, por lo menos, no en todos los casos). Para Butler el género “es un estilo corporal, un acto...que es al mismo tiempo intencional y performativo (donde performativo indica una construcción contingente y dramática del significado)” (Butler, 2007: 271). Siempre, por supuesto, en referencia a “otros” más o menos distantes, y pensando en clivajes como la clase social, o la etnia, o la edad. Pero como también advierte Butler (2007), pusimos atención en la noción de *construcción* ya que, además del género, el cuerpo (idea y materia fundamental) también es producto de sociedades diversas y de significados culturales, según cada momento histórico. Es por eso, dice Butler, que debemos hacer foco en los límites del análisis discursivo del género, ya que las posibilidades de esas construcciones pueden ser limitadas, justamente, por las experiencias discursivas sociales y colectivas. Afirma Butler:

“Pero el ‘cuerpo’ es en sí una construcción, como lo son los múltiples ‘cuerpos’ que conforman el campo de los sujetos con género. No puede afirmarse que los cuerpos posean una existencia significable antes de la marca de su género; entonces ¿en qué medida comienza a existir el cuerpo en y mediante la(s) marca(s) del género? ¿Cómo reformular el cuerpo sin verlo como un medio o instrumento pasivo que espera la capacidad vivificadora de una voluntad rotundamente inmaterial?” (Ibíd: 58)

Es el cuerpo, según Butler, el que participa de un acontecimiento que exige calidad en la repetición para lograr eficacia, en tanto conseguir legitimidad social:

“al igual que en otros dramas sociales rituales, la acción de género exige una actuación reiterada, la cual radica en volver a efectuar y a experimentar una serie de significados ya determinados socialmente, y ésta es la forma mundana y ritualizada de su legitimación” (Butler, 2007: 273).

Hemos prestado atención a una forma determinada de *ser varón*, de *ser hombre*, en un contexto particular cuyas características hemos desarrollado pensando en el cruce analítico entre género y clase social, para luego pensar en la construcción de masculinidades, agudizando la vigilancia conceptual entre las nociones retomadas y la referencia empírica construida. El propósito fue romper con el esencialismo y situarnos dentro de una mirada que, más allá de las advertencias sobre el constructivismo, son parte de representaciones colectivas sobre la masculinidad y la feminidad entre nuestras sociedades:

“Si bien es cierto que las representaciones de la feminidad y de la masculinidad tienden a remitir a características supuestas de forma errónea como esenciales, también es verdad que constituyen una realidad simbólica colectiva, con aspectos cambiantes y otros estables o que tienden a permanecer. Dicho de otro modo: las esencias constituyen una creación ilusoria sin sustento, pero las representaciones colectivas, aunque intangibles, son reales, y reconocemos su existencia a través de sus efectos sociales y subjetivos” (Burin y Meler, 2009:61)

Revisaremos el concepto de intangibilidad, justamente, pensando en la posible materialidad cultural del cuerpo, la estética y la interpretación performativa, desde el enfoque antropológico propuesto como punto de partida.

6.1. El género como categoría ordenadora del campo del rugby. Corporalidades en juego

George Mosse (2000) realiza una genealogía del concepto de caballeridad analizando cómo la noción de caballería –propia de la Inglaterra del siglo XIX- es tomada por las clases medias, para construir sus moralidades y sus costumbres. Mosse sostiene que la caballeridad está asociada no sólo a los atributos físicos de un *caballero* (y su correspondiente virilidad, fuerza y coraje expresados en las posturas y en las apariencias corporales), sino a los modos *correctos* de comportarse (Mosse, 2000).

El rugby sería un lugar más para entender una de las formas del “poder del imaginario masculino en una sociedad concreta” Archetti (2008:43). Entonces, la pregunta es: *¿cuál es ese estilo masculino vinculado a la práctica deportiva en el rugby?* El proceso socio/histórico del rugby indicaría que los agentes participantes del tienen mayores posibilidades para administrar culturalmente las diferencias en cuanto a la producción y reproducción de un estilo masculino, asociado a la construcción de una *hexis corporal*²⁰⁹ y a su correspondiente representación mediante estrategias discursivas. El rugby, diría Dunning (2003), puede describirse como una batalla simulada entre equipos, pero también conforma un ámbito propicio para el despliegue de agresividad y potencia masculina. Para Bourdieu (1993), la exaltación de la virilidad está asociada al rugby. Pero ¿desde dónde la podemos pensar? ¿En dónde se traducen los valores, las estéticas, y las éticas que se institucionalizaron en el rugby? Una de las alternativas, son los cuerpos y sus usos legítimos que organizan y disponen el espacio, como estrictamente masculino.

El cuerpo es un continuo productor de sentido, una oportunidad para enfocar el análisis sobre los *cuerpos del rugby*. Porque el cuerpo se traduce como marca de *lo posible*. En este caso, de lo dominante²¹⁰, de lo legítimo. El cuerpo, según Le Breton (1999), no es una materia pasiva. Colabora en el proceso de producción simbólica en una época y en sociedades determinadas. Se configura como soporte de una teoría cultural que interviene e interpela al espacio social. Cada movimiento del cuerpo tiene la marca asignada según los condicionamientos de grupo interiorizados. Son propiedad de una comunicación social, de luchas, que expresan emociones y producen actos. Diría González, siguiendo a Harry Pross que “toda comunicación comienza en el cuerpo y a

²⁰⁹ Asociada por Bourdieu, entre otros, al cuerpo externo.

²¹⁰ Pensemos en las corporalidades construidas entre las hinchadas de fútbol argentino, en la constitución de las prácticas violentas, donde la puesta en acción de los cuerpos (en los combates) se transforma en una acción positiva, mientras que, desde la mayoría de los discursos sociales se estigmatiza y condena la práctica, como “animal” o “salvaje”. Los discursos mediáticos hegemónicos son un claro ejemplo de la construcción de estos relatos. Para ampliar sobre la temática ver Alabarces, Pablo y otros (2005).

él regresa” (1999:25). Para Citro (2006), sobre la materialidad común de los cuerpos se construyen prácticas socioculturales disímiles (técnicas corporales cotidianas, modos perceptivos, formas de habitar los espacios, gestos, expresión de emociones), otorgando la posibilidad de elaborar representaciones sobre esas corporalidades y de vincularse de maneras diferentes con el mundo.

Los atributos sobre la fuerza y el vigor colaboran para presentar y sostener la idea de un cuerpo *naturalmente* concebido en el rugby. Expresión de virilidad, marca de hombría, diferenciación radical de otros cuerpos. Se afirma en la contratapa del Boletín de julio de 1953, de LPRC:

“La naturaleza podrá habernos hecho fuertes, pero debemos ayudarla y conservar esa salud. Unicamente [sic] se consigue por el ejercicio metódico, o sea el entrenamiento [...] Por eso insistimos siempre tanto en que no deben faltar a las prácticas. En ellas se acostumbra el jugador a desarrollar sus condiciones naturales de vigor y fuerza y ensaya lo que más tarde deberá hacer en los partidos.”²¹¹

La idea de fuerza y vigor *natural* requiere de cierto discurso legitimador que se corresponda más con una esencia o un legado mágico, que con una construcción social y cultural del cuerpo. Social porque es parte de la concepción grupal sobre el cuerpo que un grupo determinado de nuestras sociedades comparte. Y cultural, porque materializa en el cuerpo una simbología, imágenes y representaciones que trazarán un puente directo con una estética y una ética dominante. Diría Bourdieu:

“las prácticas deportivas que intentan dar forma al cuerpo son realizaciones, entre otras, de una estética y una ética en estado práctico. Una norma postural como andar/mantenerse derecho tiene, al igual que una mirada directa o un pelo corto, la función de simbolizar todo un conjunto de ‘virtudes’ morales –rectitud, sinceridad, honestidad, dignidad (confrontación cara a cara como una demanda de respeto)- y también virtudes físicas –vigor, fuerza, salud” (Bourdieu, 1993:75)

Fuerza, vigor, potencia, revestidas de una moralidad vinculada a la templanza, la racionalidad, son necesariamente puestos en acto por los hombres que juegan al rugby. Responden a lo esperado en el campo de acción. Veremos qué sucede en la performatividad practicada por los jugadores de rugby.

²¹¹ Boletín Informativo Número 3 de LPRC – Año 1 – Contratapa- Julio 1953 (aparece el nombre de la ciudad de La Plata, en ese momento “Eva Perón”)

6.2. Sobre el cuerpo en el campo

Una vez cambiado, luego de mi primer entrenamiento, volví al campo de juego. Nacho, en relación a la vestimenta, me había sugerido que llevara “ropa para salir”, porque luego del entrenamiento, iríamos a tomar algo a un lugar donde se organizan peñas folclóricas. Concurría a las peñas por influencia de Tato, en aquella época compinche y referencia para Nacho. Yo me preguntaba qué sería “ropa para salir”, para Nacho. Pero es cierto que ya había compartido demasiadas salidas nocturnas como para saber de qué manera vestirme. Un pantalón *jean* color azul, una remera sobria (si era de las marcas que utilizaban, tanto Nacho como sus compañeros, mejor) y unas zapatillas *sport* (de las que no son específicamente para practicar deportes, sino de suela lisa y que suelen usarse para eventos nocturnos o cotidianamente para concurrir a alguna reunión, como diría Nacho, “medianamente bien presentado”), es el atuendo habitual de esas salidas.

Seguí observando el entrenamiento. Esta vez estaban ensayando, todos, una especie de partido. Un simulacro de competencia. Se chocaban con potencia, con un alto grado de agresividad. Y yo continuaba evaluando mi grado de inmersión y corporeidad que debía aceptar en búsqueda de más datos para mi análisis. Escuché palabras técnicas, específicas del juego, y fui familiarizándome con cada término.

Comencé a pensar profundamente en lo que había visto, y luego, codificado mediante la escritura. Me acordaba, sobre todo, de lo que había visto en relación a lo estrictamente deportivo, a la práctica del juego; a los modos específicos de recrear el rugby. Y recordaba los golpes que se propiciaban los jugadores, inevitables, dada la lógica de este deporte. Pienso que el rugby no es rugby sin el contacto de sus participantes. Sin las técnicas de defensa y de ataque que marcan las posiciones de los sujetos, de sus impactos y de la graduación de la fuerza (que, ante los ojos de un externo, podría considerarse, como fuerza máxima de cada jugador), el rugby no sería rugby. El contacto corporal es inherente al juego. Sin contacto, no hay rugby. Sin impacto o choque corporal, se le puede conferir otro sentido que no es el históricamente otorgado. Por lo tanto, intenté imaginarme cómo serían mis primeros impactos contra otros jugadores ya especializados. Es que la trayectoria biográfica de los jugadores vinculada a la deportiva, en el rugby, es determinante. No sólo desarrollan las técnicas necesarias para agilizar y dinamizar el juego, sino también el cuerpo cambia: en volumen y masa corporal, en coordinación de movimientos, y en tolerancia al dolor,

destinados a los impactos que son moneda corriente del juego. En el rugby hay producción de “cuerpos duros”, a decir de Daniel Míguez (2002), quien analiza las condiciones sociales en las que se constituye la experiencia del cuerpo²¹², donde se aprende a anular sensaciones adversas o a llevarla a cuestras. Lo que forjaría una supuesta predisposición a soportar dolor y sufrimiento. Así se construye un “cuerpo duro”, como soporte de la experiencia (en el caso del rugby, deportiva y grupal). Y en el rugby, ese “cuerpo duro” se compatibiliza con la exhibición de un cuerpo racional y una sensibilidad extendida, más allá del dolor y las condiciones de agresividad del juego. Dicen los interlocutores: “no sólo tenés que ser un animalito y llevarte por delante lo que sea, sino ser inteligente y pensar”. Dureza y sensibilidad. Allí hay un punto donde se cancela el miedo y donde el umbral de tolerancia al dolor crece. Hay un valor sustancial otorgado a la fuerza física entre los interlocutores que, según Tonkonoff atraviesa y define a la masculinidad²¹³:

“El recurso de la fuerza física posee un valor de primer orden. No porque encarnen la distopía de la violencia marginal soñada desde el centro, sino simplemente porque es un modo tradicional de autodefinición entre, y al interior, de los grupos de varones adolescentes (pobres y no pobres) es el que tiene lugar a través de golpes de puño en la esquina y la manifestación de vigor en la cancha” (Tonkonoff, 2007:8)

Por azar o por causa psicossomática, sufrí una fuerte gripe que me alejó de las prácticas por dos semanas. Igualmente seguía en contacto con Nacho. Seguíamos con nuestros encuentros en su Gimnasio. Cuando ya estaba listo para volver, Nacho me informó que habían suspendido las prácticas por receso invernal. No volverían a entrenar por dos semanas consecutivas. Retomé las observaciones, pero esta vez, sin participar directamente. Nacho me preguntaba qué me sucedía. Yo me ubicaba a un lado del campo (con ropa deportiva, aunque no la especializada para entrenar, y observaba). Fueron dos semanas que concurría a los entrenamientos, sin entrenar. A veces me ponía a correr con algunos de los lesionados que debían recuperarse. Yo acusaba dolencias severas en mi rodilla, escamoteando el verdadero entrenamiento. Nacho me preguntaba, en reiteradas ocasiones, “¿y, vas a ir a entrenar?”. Y ante mi negativa, Nacho decidió no insistirme decidiendo que no me preguntaría más, que cuando yo quisiera, podía saltar a

²¹² Míguez analiza los programas de rehabilitación de delincuentes juveniles y sus experiencias, tanto los de la órbita estatal, como los confesionales de raíz pentecostal.

²¹³ Discutiremos, o deberíamos discutir si la definición de Tonkonoff trasciende las fronteras de las distinciones de clase.

la cancha. Pero yo comprendí que concurrir y no entrenar ya no tenía sentido. Sí para interpretar los mínimos detalles conceptuales de la práctica y detallar cómo es un entrenamiento en donde sólo hay hombres dispuestos a mantener un alto grado de contacto, impacto y agresividad corporal. Entendí que no podía lograrlo. Que yo no tenía un “cuerpo duro”.

La Cecla (2004) expone la idea del condicionamiento de observar hombres, siendo un hombre. Dice que es el derecho de un condicionamiento, dominado por la parcialidad, y que todo discurso debe partir del interior de una diferencia vivida:

“La diferencia aquí es una condición de partida, y es una condición de dis-gusto, porque es una diferencia que evidentemente ‘no está bien’ si no se acepta de entrada su ‘cercanía’, su desplazamiento respecto a la situación inicial. Hoy, obviamente, ya no se es macho como condición ‘natural’; se es macho con el estrabismo de serlo, con la conciencia, por una parte, de que no es posible serlo del todo, y, por otra, de verse viviendo dentro de esa condición, Como sucede con todo estrabismo, la migraña está asegurada, junto a las náuseas y a los mareos. Verse diferente es de por sí una anomalía, un estado de desorientación [...] No se puede prescindir de ella” (La Cecla, 2004:10)

Aunque también, luego de un tiempo, la hipótesis que sobrevolaba mis reflexiones tomaba fuerza: me resistía a pensarme entre los golpes y los contactos físicos característicos del rugby. La idea de *poner* mi cuerpo en pos de habilitar condiciones de inteligibilidad de las prácticas de los sujetos de la investigación perdía consistencia. El entusiasmo posterior a los primeros días de entrenamiento se desvanecía, mientras pensaba en posibles (posibilidades, no certezas) golpes que condicionen mi vida cotidiana (lesiones graves, golpes severos, etc.). Entendía que no estaba dispuesto a llegar al momento donde debía que comenzar a chocar y entrar en contacto, de forma riesgosa (para mis ojos, para mi percepción, para mis sentidos, para lo que entiendo como “riesgo” en relación a la fuerza física). Porque claro, si seguía yendo a entrenar, no tenía excusas para no empezar a jugar, porque entonces...¿para qué iría? Avisado por Nacho, no podía justificar mi presencia -por lo menos- diciendo simplemente que iba a observar cómo jugadores de rugby le otorgan sentido a la práctica, y cómo aseguran los modos masculinos de actuar. No, por lo menos en esa etapa no podría. Inevitablemente, en algún momento, tendría que empezar a chocar. Lo que para mí significaba un riesgo.

Sin embargo, esta breve inmersión en los entrenamientos, y su correspondiente salida, me habilitó a pensar que, ante mi velo –difícil de quitarlo de los ojos del

investigador, al estar compartiendo prácticamente todos los días los espacios de los sujetos investigados-, a través del relato de Nacho podía dar cuenta no sólo de la posición de Nacho, sino de sus compañeros. Me di cuenta de que hacía tres años²¹⁴ que él venía compartiendo su vida, y yo la mía con él. Claro, compartíamos lo que cada uno estaba dispuesto a compartir, más o menos conscientemente.

6.3. La exhibición del cuerpo. El trabajo de la estética

Aquel viaje de fin de semana a Villa Gesell me permitiría compartir con Nacho otros espacios y verlo despojado de su círculo de relaciones habituales. Tal es así, que fue un momento propicio para observar los gustos de Nacho. Pensando claro, en el gusto como aquello que une y separa, producto de condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia, pero también, de los criterios de clasificación y desclasificación de cosas, personas, lugares, actitudes.

La prueba del hotel económico era la primera. La habitación que nos habían asignado era la de servicio (no había más lugar en el albergue). Era demasiado pequeña. Tenía una cama cucheta. La puerta no abría en su totalidad, ya que la cama interrumpía su trayecto. Nos reíamos de la situación. Nacho se mostraba exultante, y celebraba estar en esa habitación. Me decía “Mirá dónde estamos ¡Qué bueno, boludo!”, acompañado de risas. Yo también me reía, aunque no me generaba un estado de exaltación. Para mí no era una situación extravagante.

Dejamos los bolsos y fuimos a la playa. Nacho se aseguró de cargar sus cigarrillos y el bronceador en un bolso pequeño. Llevamos dos sillas y una sombrilla para el sol. Yo preparé el mate y partimos. Fuimos caminando hasta un balneario céntrico, a pocas cuadras del hotel. Llegamos y nos dispusimos a veinte metros, aproximadamente, del mar. El sol se sentía demasiado, con bastante intensidad. Nacho sacó su bronceador. Se puso en su torso, en las piernas y en los brazos. Me ofreció, al mismo tiempo que me aconsejaba sobre su uso y la relación sol-bronceado eficaz. Siempre me aconsejaba sobre las tonalidades de bronceado. En varias ocasiones, en su casa-quinta me aleccionaba sobre la forma de lograr un bronceado “copado. Un buen color”, decía. Nacho mantenía un bronceado parejo. Observé con detenimiento sus competencias y destrezas para lograr el bronceado pretendido. Además de untarse bronceador, se disponía en la silla, siguiendo la posición del sol, determinando así cada

²¹⁴ En aquel momento, transcurría el año 2011.

paso de su estrategia de bronceado. Nada fuera de lo común. Excepto que me llamó la atención cuánto tiempo destinado al bronceado le dedicaba Nacho, y cuánto charlamos sobre el tema. Cada tanto, Nacho se refugiaba en la sombra, mostrando preocupación por su piel. Yo seguía incómodo. No estaba disfrutando. Pensaba que el viaje no era para disfrutar, claro. Pero si lo lograba, mejor. Por la noche, luego de bañarse, Nacho se colocó crema humectante en todo su cuerpo. Comprendí que el bronceado es parte elemental de la estética de Nacho y su grupo de pertenencia. Si bien el sol, o el color tostado que toma la piel al exponerse al sol, produce una graduación hacia una tonalidad cobriza y oscurecida, eso no representa la idea sobre *negritud* asignada a los “otros” por Nacho y sus compañeros, ante la comparación de una estética no compartida (subalterna para ellos). Si bien el concepto de *negritud* para Nacho se asociaba, también al color de piel, él recalca que “ser negro” tiene que ver con una cuestión moral. Por lo tanto, al ser Nacho un sujeto moral, contenido en una red de relaciones morales y sostenido dentro de lógicas que lo distancian, supuestamente, de prácticas que no son legales (el delito, la corrupción) y también, otras tantas ilegítimas (como mentir, ser desleal, deshonesto, deshonrado, “vestirse mal”, “oler mal” —esto, en el plano estético/corporal), lo exime de la *negritud*, de la diferencia. El bronceado, en tiempos de ocio, conlleva una conducta que lo precede y que también sostiene con mucha exigencia y dedicación corporal.

Durante la estadía en la playa no dialogamos mucho. Reconozco que, por mi parte, no estimulaba la generación de diálogo. Por momentos permanecemos en silencio. Nacho alternaba entre su disposición al bronceado, fumar cigarrillos, tomar mate (compartido conmigo), y mirar gente (yo también lo hacía). Su físico trabajado, marcado, con mucha tonicidad muscular, era expuesto ante mí, y ante el público que estaba en la playa. Su apariencia era la de un cuerpo rígido, trabado, contraído, exhibiendo, para quien observara, un modelo que requiere una atención y cuidado particular. Hay cierta regularidad entre Nacho y sus colegas: gran masa muscular, concentrada sobre todo en los pectorales, en los hombros, en los brazos y en el cuello.

La estética corporal y de indumentaria muestra ciertas regularidades entre los sujetos analizados en las tres unidades de observación: remeras sueltas (de un talle mayor de los *standards*) de marcas dominantes en el mercado textil, zapatillas (elegante *sport*) y jeans también con tendencia a un talle mayor al que, supuestamente, corresponde (en color azul, tonalidades oscuras y claras). Hombres cuidadosamente presentados. Nadie tiene el pelo por debajo de los hombros. La tendencia, por lo contrario, es el pelo corto. A primera vista, podría descifrar quién juega o jugaba al

rugby. Por el contrario, Nacho siempre me sancionaba por mi forma de vestirme. Lo hacía con alguna humorada, pero delimitaba automáticamente, qué era “vestirse bien” y “vestirse mal”. Yo entraba, según Nacho, en lo segundo. Y también lo hacía con mi aroma, con mi olor. Mi negligencia al lavar, secar y no cumplir el proceso aconsejado para que la ropa huela al producto incorporado en el lavado, tal vez producía otro olor que no era el esperado; que siempre era detectado, y también sancionado por Nacho, con gestos y palabras de desaprobación. He probado, varias veces, ir a su encuentro enseguida de bañarme y rociado con desodorante, pero Nacho insistía: “tenés olor a viejo, a húmedo. Tenés mal olor”. Manejaba un indicio que podía ser mi ropa, debido al proceso incompleto que más arriba expliqué. Pero pensé en la recurrencia de sus bromas, y en su constante sanción hacia mi olor. A veces (muy pocas) lo hacía con algún compañero. Pensé en lo que definía Nacho como “buen gusto”, en cómo describía las situaciones ideales para encontrarse, en una cita, con una mujer, “vestido bien, con un buen perfume, uno bueno, uno caro, no de esos que usas vos (mientras se reía). Tenés que oler bien, estar presentable”. El indicio del “mal olor”, generó en mí pensar en quién era el que me olía. Varias veces, automáticamente luego de pasar por su gimnasio, o cruzarme con Nacho, me dirigía hacia el encuentro de diferentes amigos o familiares míos. Mi madre coincidía con Nacho en que tenía “olor a húmedo”. Un ex compañero y amigo de la universidad, nacido en la ciudad de La Plata, empleado público, me decía “que no se daba cuenta. Que me deje de joder. Que no olía nada”. Un amigo y compañero de la Universidad, proveniente de sectores medios trabajadores, al igual que un ex compañero de mis épocas de futbolista, insistían en lo mismo: “no, yo no huelo feo olor. Al contrario, tenés olor a desodorante”. Yo quería comprobar y confirmar que la construcción del gusto, en relación al olor, tenía que ver con la disposición estética de quién oliese. Y, más aún, como en el caso de Nacho, si la disposición también consistía en una posición punitiva. Es que entonces, *¿en dónde radica, si no, la eficacia y la reproducción del “buen gusto”?*

El desarrollo de los trapecios es de gran tamaño en todos los jugadores que conozco. La exposición constante de la cabeza en las técnicas defensivas u ofensivas, impactos, torsiones o caídas, requieren de un volumen mayor del trapecio, cuya función principal es conectar las vértebras cervicales y asistir de apoyo a la cabeza. Esto logra la rigidez necesaria para soportar y resistir impactos. Pero esto, a su vez, determina las formas del movimiento. Los desplazamientos de la cabeza, al mover hacia ambos laterales, son de corto recorrido, al contar con gran volumen de los trapecios (ubicados,

como ya dijimos, en la zona del cuello), diferentes a quienes tienen menos desarrollado esos músculos. La longitud de la trayectoria del cuello está condicionada por la masa de volumen adquirida por el entrenamiento específico. Dijimos que la práctica, según sus participantes, requería de fuerza pero también de extrema racionalidad. La cabeza, dice Gerardo, juega un papel fundamental, direccionando a la fuerza física:

“Mi capitán que es un forward, ‘un toro’, pero a la vez es muy inteligente, pero muy inteligente. Es ‘Tacho’. ‘Tacho’ es grandote en su físico, se re caga a trompadas pero es súper racional, eso que vos decís tiene su validez incluso en cada jugador y en los jugadores que son competitivamente superiores por así decirlo”

En el rugby hay que sostener físicamente la cabeza. Pero la cabeza, como símbolo de distinción, es el elemento que diferencia. Porque sugiere un ejercicio de racionalidad único para el juego, y más aún, en el rugby, debe estar bien sostenida. Ya hablamos de la educación y el trayecto que marcaba a los interlocutores, y del capital escolar y las titulaciones que garantizaban, en tanto propiedades legítimas de participación, la permanencia y garantía en el campo. Pero el cuerpo se vuelve marca de lo posible y lo deseable, en tanto marcas de distinción. Una racionalidad (asociada a una “cabeza inteligente” de “gente inteligente”) contenida, soportada por un cuerpo fuerte. Como asegura Agustín:

“si no jugás usando la cabeza al minuto cero te fuiste expulsado, porque es así; porque si jugás solamente con la animalidad de la fuerza, cagaste. Yo creo que es un deporte mucho más racional que de fuerza. Acá, en el mismo deporte, el que usa la cabeza, después lo complementa estando bien físicamente”

O como afirma el editorial del Boletín de La Plata Rugby Club, del año 1953, en pleno ejercicio de diferenciación con el fútbol:

“En la cancha solo debe hablar el capitán. Un equipo donde todos hablan es un loquero o algo parecido. El rugby es un juego para gente inteligente. Que se tenga cuerpo de Tarzán²¹⁵ no quiere decir que estemos frente a un campeón. Si el Tarzán tiene los sesos en orden, entonces es posible que sea un futuro crack. No olvidarse: EN LA CANCHA SOLO HABLA EL CAPITAN”²¹⁶

²¹⁵ Justamente Tarzán es la historia de ficción producida en radio, cine e historieta, en la que un niño es trasladado hacia la selva y criado entre animales, donde adquiere destrezas físicas que le permiten sortear todo tipo de obstáculos, emulando una animalidad particular. Es la historia que plantea el movimiento de la civilización (de la ciudad) al salvajismo. Precepto inverso si repasamos rápidamente la historia de la educación institucional del rugby y su transversalidad civilizatoria, en tanto una moral distintiva.

²¹⁶ Boletín Informativo Número 3 – Año 1 – julio 1953 (aparece, el nombre de la ciudad de La Plata, en ese momento “Eva Perón”)

Fuerza y belleza son un par necesario en la idea de cuerpo de los interlocutores. El andar erguido, de paso firme, de flexiones de rodillas simétricas al compás en el caminar, el apoyo del pie desde el talón hasta los dedos (completo) sin ningún signo de arrastre²¹⁷ en cada paso, son signos corporales incorporados. Podría decirse que el andar y la estética del andar es otra marca distintiva: de un braceo armonioso sincronizado con el movimiento de las piernas, exhibiendo un volumen importante de masa muscular (que se observa en las curvaturas que sobresalen, justamente en los trapecios –cuando alguna prenda permite descubrirlos- o a través de una vestimenta de talle estrecho, por ejemplo en las ondulaciones de los pectorales o de los brazos). La clave es “saber ver”, lo que al otro se le escapa, según La Cecla, que define la masculinidad como una forma de conocimiento especial:

“La masculinidad, al igual que la feminidad, es un ‘saber ver’, un percibir una parte del mundo que a la otra se le escapa [...] Se observan con una mirada de deseo, y que, en cuanto deseo, es una forma de conocimiento especial, no ‘intercambiable’” (La Cecla, 2004:7)

En el conocimiento intercambiable radica un saber especializado para concebir *lo masculino o lo femenino*, luego estetizado y marcado en el cuerpo. Un cuerpo embellecido y armonioso, según modelos de belleza dominantes: en los gestos, en los movimientos, en el andar, en el habla, en la manera de mover las manos, en dónde enfatizar en un relato, en el cuidado del peso, en la prevención ante las comidas, etc. Y agrega La Cecla, que,

“Este saber ver, saber ser visto, junto al ‘saber estar’ (La Cecla, 1999), es parte de la condición masculina o femenina de estar en el mundo. Es una forma cultural heredada, estratificada a lo largo de los siglos y diferente de un sitio a otro, y además es una ‘estética’. Ser hombres o ser mujeres significa tener aptitudes en un campo que es una ética/estética, una cosmética de nuestro propio cuerpo, aunque también una ascética y una cosmética de nuestra propia mirada” (Ibíd.:8)

²¹⁷ Sobre esta observación, he compartido con Nacho mi inquietud de porqué sus compañeros y demás jugadores de rugby caminaban así. Sobre todo teniendo lesiones en tobillos y rodillas. Nacho me decía que “ni idea. Yo, lo que te puedo decir, desde mi profesión, es que el cuerpo se educa. Y ante la mínima lesión, sobre todo los que juegan en La Plata Rugby tienen cuatro kinesiólogos, tres médicos, tres profes encima”. Su respuesta me indica, por un lado, que Nacho, tras el argumento de que “el cuerpo se educa”, naturaliza las formas de movimientos de él y sus colegas. Y lo segundo, es el acceso directo a la medicina y todos sus recursos tecnológicos, tanto de niños como de adultos. Desde especialistas en ortopedia, hasta kinesiólogos, traumatólogos, etc. Es decir, claro que todos aprendemos a caminar...pero algunos aprenden mejor.



Foto Calendario publicitario LPRC 2008

Claro que la cosmética no se logra sólo con un buen régimen de entrenamiento en el club, combinado con un contraturno donde se desarrolla una exigente sesión de musculación. El uso de suplementos nutricionales es fundamental en la modelación de la estética corporal. Aunque no sólo implican la adquisición de una supuesta belleza en lo que podríamos entender como hexis corporal, y reconocida por los interlocutores, sino que la percepción sobre el uso de suplementos es justificada como “necesaria para competir”.

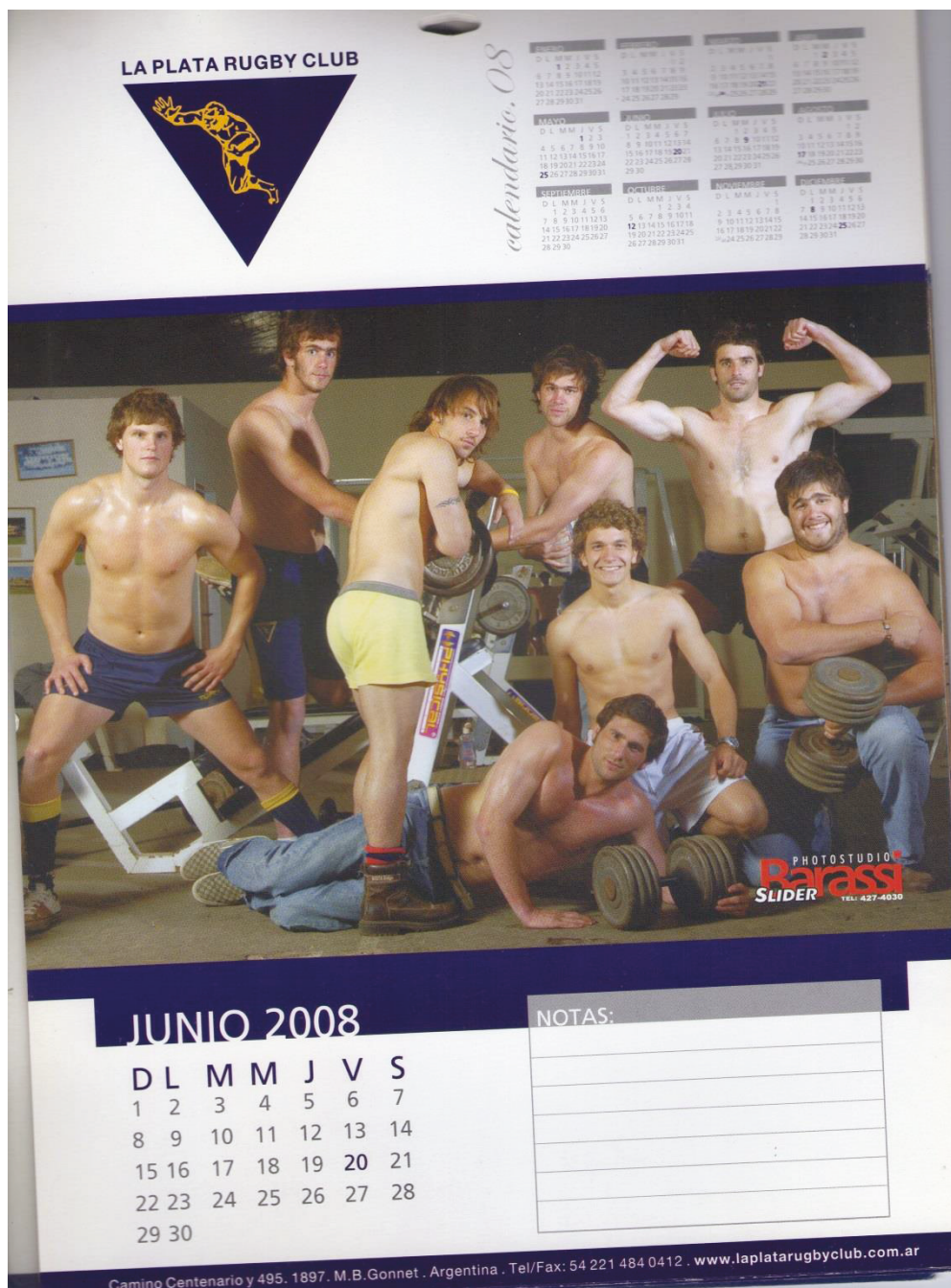


Foto calendario publicitario LPRC 2008

Los suplementos nutricionales casi siempre se utilizan para aumentar la masa muscular, lo cual conlleva a incrementar la fuerza, debido a una ecuación simple: si hay más músculo, hay más fuerza para poder producir. Se ingiere constantemente mediante los llamados “tratamientos”. Para saber si los suplementos están siendo eficaces, los hombres son medidos en una balanza y se compara su grado de “hinchazón”, semana tras semana. La denominada “hinchazón” trae mayor masa muscular, la cual se traduce en el peso del jugador. Existen muchos y diferentes suplementos, y de diversas maneras

de ingesta, dependiendo lo que se consuma: puede ser mediante inyecciones o píldoras. El promedio por kilo de suplementos dietarios aceptado (corporalmente) tiene un valor de aproximadamente trescientos cincuenta pesos²¹⁸. Las sustancias, tanto para la IRB, como para la UAR y la URBA, son ilegales por estatuto, al fundamentar que aumentan el rendimiento de manera ilícita. También existen los denominados “Planes”, lo que los interlocutores (sobre todo los de los clubes más prestigiosos y de mayor exigencia competitiva, como LPRC y Universitario) denominan “Hacer un plan”. Tienen una duración de cinco semanas de ingesta y un costo de más de mil pesos²¹⁹. Generalmente, los jugadores realizan cuatro planes por año, resguardándose de algún daño colateral; son obtenidos por circuitos ilegales, proporcionados por médicos deportólogos o por los mismos jugadores que comercializan las sustancias dentro del Club²²⁰.

Yo estaba especializándome, gracias a Nacho, en lo que se refiere a los tratamientos nutricionales, a su ingestión y a los efectos que producían en el cuerpo: en el mío (aunque no se notara mucho), en el de Nacho, y en el de todos los hombres que juegan al rugby que he conocido. Yo sabía y esperaba ver a mis interlocutores “más hinchados” llegando al viernes y pasando el fin de semana. Es que la ingesta la hacían durante la semana. En el gimnasio era habitual ver a los compañeros de Nacho con la caramañola con el batido de sustancias suplementarias y verlos consumir luego de la sesión de musculación. Como también era usual escucharlos hablar del kilaje, del peso adquirido o perdido durante la sesión de entrenamiento o un post partido de competencia. Era notable cómo Nacho transformaba su cuerpo hacia los fines de semana. Fabián adhiere a la suplementación, porque siente que “la recuperación tarda más si no la tomás. Para mí tarda más en recuperarse el cuerpo: dos o tres días seguidos. Yo creo que eso te ayuda mucho, y te recupera. Yo lo veo más por ese lado que por una energía o algo que me potencia en el entrenamiento. Yo creo que eso es de uno, característico de cada uno. Lo que sí, me ayuda con los golpes, con las patas cuando terminás muy cansado, por eso lo uso yo, por eso lo tomo”

Gerardo conoce las reglas y el uso legítimo de las suplementaciones, pero me comparte su postura moral, narrando una situación dentro del Club: “La ‘farmacia’ que no está bien, no está permitida. Bueno, hay muchos equipos que la usan”. Con esa

²¹⁸ Un equivalente, hoy, a cuarenta dólares, aproximadamente.

²¹⁹ Lo que equivale a ciento veinte dólares, aproximadamente.

²²⁰ Por supuesto que esto no es reconocido públicamente, y mantiene cierto estado de clandestinidad. Pero yo he realizado la mitad de un denominado “Plan” y varios interlocutores clave han ingerido las sustancias mientras yo los observaba entrenar, explicándome qué era lo que incorporaban al cuerpo.

enunciación Gerardo intentaba mostrarme que él no llevaba a cargo ningún “Plan” Suplementario, confirmando que;

“a mí no me gusta dentro del grupo. Las cosas quedan a veces adentro del grupo, y el grupo condena. A nosotros nos pasó con un flaco -me hiciste acordar- que no jugaba en primera ni nada, estaba dentro del plantel superior, estaba en la Pre intermedia -me parece-, y que vendía suplementos. Vendía de los permitidos, de los buenos y de los que no: los vasodilatadores creo, cosas así que te hacen correr más rápido. Se corrió el rumor. No se condenó con nombre y apellido, pero se dijo, explícitamente que, o se terminaba o se desterraba completamente del club y de cualquier lugar a donde se pueda llegar a ir a jugar al rugby. Y se cortó”.

Gerardo, sin que yo le exija ningún reparo moral sobre el uso de suplementos, clasifica y categoriza entre el uso “bueno” y “malo”, de las sustancias “buenas” y de las “malas”, y del gesto moral, tanto del compañero que hacía circular los productos, como de la sanción grupal aplicada. Cuando le pregunté a Gerardo si él había tomado alguna vez algún tipo de esas sustancias, me dijo que no. Aunque, al igual que Nacho (comparándolos) yo observaba y percibía su hinchazón cuando lo veía los días viernes o sábados. A diferencia de las veces que lo visitaba los días martes o miércoles, en su casa.

6.4. Golpes, marcas, sangre: “lo único que me duele es no poder jugar”

El viernes 10 de agosto de 2012 llegué al Gimnasio de Nacho para realizar mi tercer y última sesión de musculación semanal. Saludé a todos con un “Buenos días”, mientras que Nacho se acercó y me saludó con un beso. Estaba un compañero de Nacho del club. Yo tenía un recuerdo de su rostro. Tenía un pantalón corto de Albatros, lo cual confirmó -más aún- que lo recordaba de mis incursiones en el grupo de Albatros. Comencé a hacer abdominales. Mientras, fui acercándome al compañero de Nacho, hasta decirle “¿vos sos del Club?”. “Sí”, me dijo. Luego le pregunté de qué jugaba, y me dijo que de *Forward*. Su fisonomía era un indicio para deducir el puesto en que jugaba (pero la pregunta tenía que ver más con ampliar la charla y generar empatía con él, a quién llamaré Claudio). Claudio no era la excepción de los *forwards*. Pesará aproximadamente cien kilogramos (o más), y estará cerca de 1,75 mtrs. de altura. Esta relación no la pregunté. La deduzco y la hago relativa comparándonos: a Nacho, a mí, y a Claudio.

Me interesaba saber de dónde era y a qué se dedicaba. Aprovechaba cuando Nacho estaba lejos, y me fui aproximando –aún más- a Claudio. De a poco, fui preguntándole. Entre alguna que otra broma sobre los ejercicios (él compartía conmigo su expresión de cansancio. Me miraba y me decía “no doy más”. Ya estaba transpirado. Se lo veía muy sudado, en relación al resto de los demás y a mí), me contó que era del sur del país, de Santa Cruz y que estudiaba Educación Física en la UNLP. Le dije que yo también era del sur, como para lograr algún tipo de empatía territorial. Le pregunté (cuando Nacho se alejó) si allá en el sur jugaba. Y me dijo que “sí, pero nada que ver que acá. Allá éramos pocos y las canchas eran ásperas. No tienen pasto.”

Quise probar de generar un diálogo entre Nacho, Claudio y yo. Sobre todo para ver cómo y qué decía Nacho. En un momento Nacho se arrimó a nosotros y le pregunté: “Ellos, los forwards (mirándolo a Claudio), ¿hacen el mismo entrenamiento que los tres cuartos?”. La pregunta fue bien recibida. Nacho me empezó a explicar que los forwards trabajan más la “fuerza bruta”, y los tres cuartos hacen hincapié en “fuerza y velocidad”. Mientras hablaba de los forwards lo miraba a Claudio y decía “estos gordos”, indicándome y personificando en Claudio qué es un *forward*. Lo miré a Claudio, y él no hacía ningún gesto de desaprobación. Tal vez, eso era un deseo mío. Lo cual me da pautas de la legitimidad y la naturalidad de la categoría “gordo”, dentro del rugby.

Las relaciones diferenciales de género y la construcción masculina y femenina en el rugby se establecen en el saber y no saber. Entre la posesión de un saber práctico (que, según los interlocutores, las mujeres no poseen) y un saber táctico/estratégico (que tampoco asimilan, según los interlocutores). Además de la supuesta incomprensión, por parte de las mujeres, de pertenecer a un grupo donde la práctica de rugby es representada como un “sin sentido”. La presencia de las mujeres, según Nacho, estaría suscrita a la seducción, el erotismo y el deseo sexual hacia los jugadores²²¹.

Los usos del cuerpo, y su correspondiente modelado, tienen correlación con la posición que cada jugador ocupa dentro de la cancha. Así, los sujetos establecen categorías que van desde los “gordos” (*forwards*), hasta los “aviones” (de menos Kilaje. Son los denominados “tres cuartos”). Las categorías se establecen a partir del kilaje y los modos de exhibir masa corporal. Los “gordos” suelen ser catalogados como “torpes” y “brutos” en sus formas de ocupar espacio. Pero a su vez, son quienes marcan el

²²¹ Discutimos sobre esto también, en el texto Branz, Juan Bautista y Garriga Zucal, José Antonio, *Poder, cuerpos y representaciones sobre lo masculino, entre policías y jugadores de rugby*. (En línea). Educación Física y Ciencia, 15(1). Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5842/pr.5842.pdf 2013

respeto a la hora de un posible conflicto en la dinámica grupal²²², en relación a cómo se construye y distribuye el poder. A propósito, Rita Segato relaciona la disputa por el poder (inter e intragénero) a un ejercicio de usurpación:

“A este proceso de construcción de la autoridad y del poder y del prestigio, yo lo asocio a un gesto de usurpación, alguien tiene que estar usurpado, no existe poder sin despoter. Por eso jamás uso la palabra empoderamiento, la detesto. Porque cuando alguien se empodera es porque alguien se desempodera. Empoderarse no es pacífico, empoderarse es conflictivo, es expropiar a otro de su poder. No existirá nunca un mundo de poderes iguales. Hablar de poder es ya en el léxico introducir la idea de jerarquía, de poder “sobre” y retirar la horizontalidad.”(Segato, 2009)

Violencia física, pero también moral, a decir de Segato. Cómo se mantiene un orden grupal, masculino, y cómo –y sobre todo, quién- administra las decisiones de ese orden. El rugby (sus practicantes) exhibe esa relación –continua, naturalizada- entre la violencia física y la moral. Sobre todo, a la hora de organizar pautas hacia dentro del grupo. La comparación de Segato, en relación a las mujeres y los actos de violación nos sitúa y nos nutre para reflexionar las relaciones intragénero:

“La violencia moral para mí es lo más generalizado. Cuando esto falla, ahí irrumpe la violencia física, que es restauradora del orden. Cuando este orden está de alguna manera en riesgo, cuando está un poco amenazado por diversas razones, ahí irrumpe la violencia física, que nos coloca en nuestro lugar, por ejemplo, lo que hablamos de la violación. El violador es el más moral de todos los seres.” (Segato, 2009)

Lo masculino se materializa en prácticas corporales, pero también en un lenguaje (distinto y distintivo, hacia fuera del grupo de hombres, pero también en relación a la clase social) que necesariamente construye una otredad no masculina: otros hombres y, por supuesto, todas las mujeres. Pero además, existe un juego que expresa la masculinidad como una especie de “autenticidad”, mediante las posturas. Es el juego del cuerpo entrelazado con las palabras, que se libra en pos de oponerse o cooperar con otro. Tomar la palabra con exaltación, en un grupo donde socializan hombres (como tantas veces me ha tocado compartir en el gimnasio de Nacho, en los entrenamientos o en sus cumpleaños), irrumpiendo un orden más o menos moderado de “pase de la palabra”, exhibe la manera legítima de probar y hacer ver a los otros que quien

²²² Las bromas, entre los jugadores, son instancias en donde se exhibe la relación entre cuerpo, respeto y agresión.

interrumpe, supo saber qué es *ser macho de verdad*. Las remeras estrechas que marcan la masa muscular y las curvas de esos músculos exteriorizan una potencia que arrasa con la posesión del lugar y que tiene que ver con el ejercicio postural. En reiteradas ocasiones, he dialogado con diferentes *forwards* (de los tres clubes) y su posición, ante mí, mirándome desde arriba y a pocos centímetros de mi cuerpo, se disponía con los brazos cruzados y trabados durante toda la charla. Sólo cambiaban de postura, a la misma distancia, pero con los brazos apoyados sobre sus espaldas (enlazando una mano con la muñeca de la otra) y destacando los pectorales, aún más que en la postura anterior (que por razones obvias –los brazos sobre el pecho- no permitía exaltar el volumen del pecho). También ambos brazos en la cintura, en forma de “jarra”, permitían a los jugadores mostrar la dureza de sus pectorales, entre charlas grupales. O apoyados, con un brazo en una pared, marcaban la tonicidad del músculo bíceps. En esas reuniones y con esas posturas, se ganaba un derecho a participar de ellas (La Cecla, 2004), porque así se certificaba que se sabía actuar como un *hombre de verdad*, sin mostrar ninguna postura ni cualquier signo de extrañez.

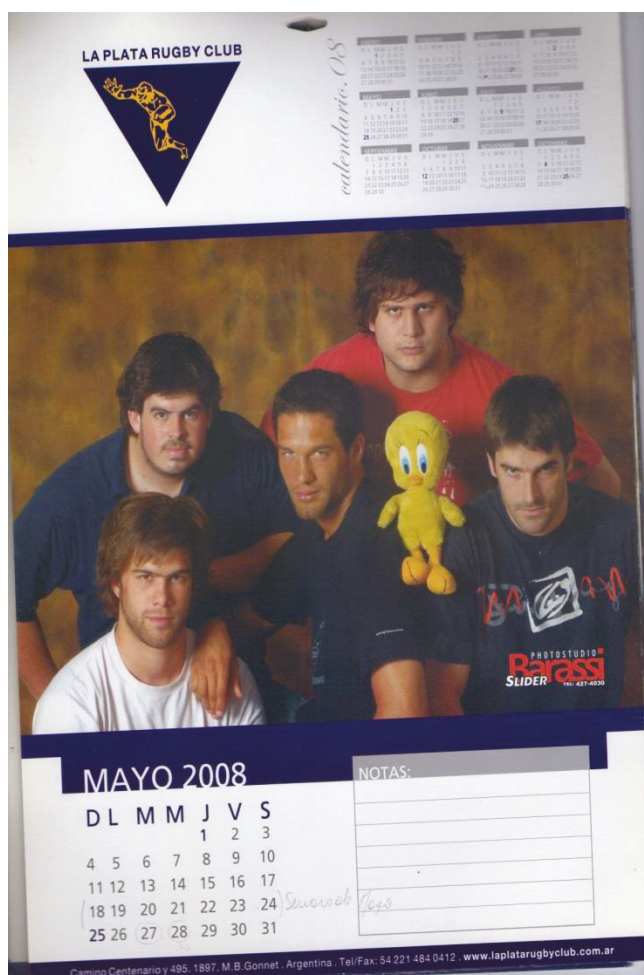


Foto *Calendario publicitario LPRC 2008*



Foto sacada por mí. *Clásico LPRC vs. San Luis*. 29/05/2010



Foto sacada por mí. *Argentina A vs. Francia*. 18/06/2010

Una mañana llegué al gimnasio y Nacho me recibe con un vendaje en su mano izquierda (su mano hábil). Le pregunté qué le había sucedido y me contó que se fracturó el dedo índice. Tuvieron que reacomodarle el hueso porque tuvo una fractura expuesta. Al comentarme el episodio, le expresé (con un gesto en mi rostro) mi lamento, y compartí que imaginaba su dolor. Sin embargo Nacho me contestó, sin indicar mueca alguna de sufrimiento, “qué va a hacer. Esto es rugby. Lo único que me duele es no poder jugar”. Le pregunté si había sentido mucho dolor en el momento de la lesión (imaginándome en su lugar, otra vez), y me dijo que “no, no tanto”, y seguía lamentándose porque no iba a poder jugar, ahora que estaba de titular en primera. Cerca nuestro estaban dos compañeros suyos que escucharon la charla. Recordé también lo que me había contado Fabián cuando se fracturó el tabique, en relación a la supuesta ausencia de dolor:

“Yo me acuerdo que me quebré ‘acá’ (tocándose la nariz), creo que me acuerdo que estoy en el piso, me agarro ‘así’ la nariz (como envolviéndose con una mano) y veo todo el chocolate, toda la sangre, y bueno, me quedó. Cuando me tanteo veo que tengo un hueso pero por ‘acá’ (desplaza su mano, notablemente hacia el pómulo derecho), no sé. Viene el doctor, y me dice: ‘Para que te quebraste la nariz’; y le dije: ‘Acomodamela ahora’. ‘¿No querés ir al hospital mejor? Porque yo..’ ahí lo corté y le dije ‘No, acomodamela hora’. Y me acuerdo que me hizo “crack” (en realidad, Fabián emuló el sonido que él cree haber escuchado mientras le devolvían a su lugar central el tabique), me sonó todo y salí a las lágrimas, pero no recuerdo de haber sufrido el dolor. Yo creo que el estar ahí en caliente me hizo olvidar todo”.

Fabián exponía, ante mí, su umbral de tolerancia al dolor y sus signos de valentía que, por supuesto, son compartidos entre sus compañeros.

Luego, cuando me retiré del gimnasio, me di cuenta que quien había presentado la idea posible de dolor había sido yo. Nacho jamás expresó ningún indicio, conjetura, palabra alguna sobre la experiencia del dolor. Había comprendido yo, que pensar en los golpes o en las marcas en la cara de los jugadores de rugby, no implica una situación traumática, la mayoría de las veces (he visto tabiques desviados, o lisos de tanto impacto, u orejas al borde del desprendimiento, producto de la inversión e inmersión corporal en el juego). Lo que se ve y se exhibe: moretones, sangre, huesos desplazados, fracturas, desprendimientos, forman parte de una normalidad asociada a un cuerpo viril. Que lo soporta. Que constantemente supera o puede superar pruebas de dolor. Diría Elias que para los poderosos y los fuertes, la manifestación de esas situaciones, que bordean el dolor, son contadas “entre las alegrías de la vida” (Elias, 2009:284), con entusiasmo y satisfacción como proceso alegórico.

Agustín dice que “el golpe es más fuerte, cada vez vienen más fuerte los golpes. Tenés que estar preparado para eso y jagarrate!, te la vas a bancar sí o sí, tenés que tolerarlo sí o sí”.

En el campo no está contemplada la idea de dolor, tal como la concebimos quienes no participamos de la práctica. Es que resulta legítimo, está bien que sea así entre los hombres, que sea “normal entre nosotros”, dice Nacho. Hilario me contó su proceso de lesiones sin conferirle ningún tipo de relación al dolor:

“Yo tuve una lesión en la tercera vértebra cervical, tuve un estallido de vértebra con desplazamiento y un poquito de todo. Estuve un año y pico con un cuello ortopédico, me tuvieron que operar de urgencia, a lo cual, el médico por supuesto que me recomendó que no juegue nunca más. Al año cuando iba a volver tuve un accidente de auto. El doctor me ha dicho que no puedo volver a jugar, volví y me lesioné de nuevo, entonces siempre te dan esas ganas, porque uno se cree que puede, uno cree que todavía está...”

Los hombres pueden exhibirlo. Pienso en esas mismas situaciones, pero en las mujeres. En las mujeres, tal vez el significado sea negativizado: las marcas podrían ser efecto de una golpiza, de violencia de género. Está “mal visto” en las mujeres. Por lo tanto los hombres gozan de la exclusividad de las marcas, de su exhibición y del goce de esa virtud. El cuerpo puede operar como una simbólica de dominación, en tanto distribución de atributos y de percepciones sobre el cuerpo. A propósito, Bourdieu indica:

“No existe mejor imagen de la lógica de la socialización, que trata al cuerpo como recordatorio, que esos complejos gestos, de posturas corporales y de palabras – simples interjecciones o lugares comunes particularmente manidos-, en los cuales basta con entrar, como en un personaje teatral, para ver resurgir, por la virtud evocadora de la mimesis corporal, un mundo de sensaciones y de experiencias enteramente preparados. Sobrecargados de significaciones y de valores sociales, los actos elementales de la gimnasia corporal y, muy particular, el aspecto propiamente sexual, luego biológicamente preconstruido, de esa gimnasia, funcionan como las más fundamentales de las metáforas, capaces de evocar toda una relación con el mundo, ‘altanera’ o ‘sumisa’, ‘rígida’ o ‘flexible’, ‘amplia’ o ‘estrecha’, y con ello todo un mundo” (Bourdieu, 1998[1979]:485)

6.5. Aprendiendo: el dolor no duele

“A mí no me hicieron nada”, dice Gerardo. Y luego extiende el relato reconociendo que “bueno, sí, me arrancaron los pelos del choto y me los hicieron

comer. Después me agarraban en otro lado y me re cagaban a palos, pero eso fue leve a comparación de meterte el dedo en el orto, yo creo”. Y compara con los tiempos posteriores a su debut en primera: “Y hoy es más leve todavía, lo tenemos a Mariano²²³ que tiene una mano así (y con sus dos manos me indica un tamaño que no podría ser real, exagerando), y después de raparlo y de tirarle cerveza a quién debutó, le pega una palmada en la espalda y en el culo, que le queda la mano marcada. Es terrible, pero bueno, es así”. Gerardo está hablando del “bautismo” como ritual dentro del rugby, como práctica de iniciación, al jugar el primer partido en el equipo superior. Dado el contexto de la trayectoria que se inicia para un jugador, todos saben qué significa el “bautismo” y todos saben que deben someterse a los juegos (algunos escatológicos) y a una intensa agresividad que reside en recibir una especie de bienvenida y bendición de sus propios compañeros, que ya han pasado por la misma situación. Se mantienen las jerarquías grupales (regularmente es el capitán y los jugadores de mayor experiencia quienes organizan la ceremonia) y se simboliza al bautismo que, como diría Turner (1980), actúa como fuerzas en ese proceso social compartido, donde determinados elementos cumplen funciones en la ceremonia. Para Turner (Ibid) hay una relación de liminalidad en relación a la posición de estatus, antes y después de que el participante del ritual sea sometido al acto ceremonial: es una instancia de transición, entre una posición antigua y una nueva. Es una prueba de dolor, donde se evalúa la tolerancia del iniciado. Pero como ya dijimos, el significante dolor no se corresponde con gestualidades, palabras o signos de sufrimiento. Más bien se vincula con una posición estoica erigida sobre un modelo de hombría ya visto y aprendido.

A Fabián, luego de su primer partido oficial, lo sometieron a una prueba que no esperaba. Tenía que sostener una barra de hielo que pesaba veinte kilos, entre sus brazos y contra sus pectorales. Si la soltaba, debía pagar una multa. Pero me cuenta Fabián, orgulloso: “pero yo no la solté a la barra, no quería que me pase más nada”. Aunque no pudo esquivar el castigo: “Y así y todo, me pegaron unos cachetazos en la espalda y en el culo”.

En el rugby se aprende, mediante rituales como el bautismo, o en las particularidades del juego, a soportar el dolor que puede generar algún impacto con otros cuerpos, caídas, etc.

²²³ Mariano es un compañero suyo, que juega de forward que mide cerca de los dos metros de altura.

Sabrina es la encargada de enseñarles a los niños de cuatro a diez años a caerse, a tomar la pelota, a chocar con un rival, a tacklear, a evitar duros golpes. Lo hace a través de juegos de persecución para que aprendan, lúdicamente, a correr con la pelota esquivando o impactando con los otros niños. Es importante pensar cómo se fomenta y se recrea la tradición de jugar y aprender corporalmente. Pero me dice Sabrina que ella le da un plus a esa formación: ella les pide el boletín, porque “tienen que ser buenos alumnos. Un buen jugador de rugby es un buen alumno”, dice con tono estricto. Y también hace hincapié en que los niños sepan atarse los cordones y usen protector bucal: “Imaginate que a esa edad están cambiando los dientes, entonces, a esa edad no les va a pasar nada. Pero para cuando sean más grandes, yo les enseño a cuidarse la boca, que tengan una linda sonrisa”. Más allá de los cordones, que significa un gesto que comienza a ser parte de la autonomía del mundo adulto (no depender de otro, para atarse los cordones), también forma parte de los resguardos que Sabrina advierte que hay que tomar para evitar lesiones en los niños. Pero también es una corrección estético/moral. Andar con los cordones desatados es signo de descuido, y no de perfección, en tanto simetría estética. Por lo tanto, reconoce Sabrina que “nosotros le enseñamos al nene a que sea prolijo y educado”.

Prolijos y hombres. Hombrecitos prolijos es lo que prolifera en la formación de la “escuelita de rugby”, según Sabrina. Quien escucha las enseñanzas de su *coaching* general, el cual explica cómo ha cambiado la relación pedagógica con los niños que se inician en el rugby, mitificando ciertas costumbres que solían atravesar los propios niños si querían convertirse en hombres fuertes. Me dice Sabrina:

“me contaba que cuando era chico, adolescente, los hacían tacklear los árboles. Entonces como que vienen de esa enseñanza, y al ser jugadores y no entrenadores tienen otra la metodología y pedagogía. Esos son profes que, en realidad, son jugadores que ayudan al club. Es como que a mí me hicieron tacklear una planta; no puedo decirles a los nenes ‘chicos, vayan a tacklear la planta’”

A propósito, La Cecla se pregunta cómo aprendemos a ser machos:

“¿Y está mal si digo que crecer como machito significa aprender en sí, por medios de signos externos e internos, qué es el desarrollo de una cosa que toma cuerpo, que toma forma, que ante los ojos de otros hombres o de otras mujeres se transforma en un cuerpo masculino, un cuerpo hecho por mí y por las miradas, las voces y las alusiones de los demás?” (La Cecla, 2004:12)

Sabrina enseña rugby, modela el cuerpo de niños y les explica qué es el dolor y cómo tolerarlo. Pero lo hace delante de las miradas y las palabras de otros hombres adultos. Es decir, Sabrina está aprendiendo también, a *ser macho*. Es interpelada por un conjunto de prácticas, lenguajes, imaginarios y representaciones que son expuestas y evaluadas por hombres. Una mujer modelando un cuerpo de hombre.

7. Masculinidades. La puesta en escena, las representaciones y las legitimidades sobre qué es *ser hombre* en el campo del rugby.

Así, nos centraremos precisamente en el problema de la masculinidad y su construcción, su puesta en práctica por parte de jugadores de rugby que exhiben ciertas formas de *ser hombre* de manera asimétrica, tanto con mujeres como con otros hombres que no responden a actitudes, atributos o propiedades que hay que poseer para ser un *hombre verdadero*. Estamos hablando, en principio, de una masculinidad dominante o hegemónica, dentro del espectro de múltiples masculinidades; que tiene que ver con un contexto de estudio, las características de un objeto y de sujetos de investigación históricamente determinados por variables, fundamentalmente, que tienen que ver con la clase social y, en consecuencia, con una posición de privilegio en la ciudad de La Plata.

Rodrigo Parrini reconoce, por un lado, a los autores anglosajones y pioneros que se preocuparon por pensar el concepto de masculinidad hegemónica. Entre esa lista están Connell, (1995, 1997, 1998), Kimmel, (1997, 1998), Kaufman (1997) y Seidler (1994). La necesidad de una definición para un problema político que explique la estructura patriarcal sostenida por un modelo capitalista es asociada por estos autores, justamente, a una masculinidad legítima en el sistema patriarcal, garantizando la posición dominante de ciertos hombres y ubicando en posiciones subalternas a las mujeres, y a otros sujetos. Esa masculinidad dominante se caracteriza por la centralidad de la *heterosexualidad* como mandato, conjuntamente con una activa sexualidad que se corresponda con el ejercicio viril de ese modelo masculino. La hombría, para estos autores, puede probarse en la práctica sexual con las mujeres como un registro de importancia vital para demostrar atributos (en Parrini, 1999). El sentido de la hegemonía radica en la constitución de una simbólica y un conjunto de prácticas eficaces, tales que, se constituyen en destrezas aceptadas y legitimadas por el resto de los colectivos. Sin embargo, sigue Parrini,

“una forma de masculinidad puede ser exaltada en vez de otra, pero es el caso que una cierta hegemonía tenderá a establecerse sólo cuando existe alguna correspondencia entre determinado ideal cultural y un poder institucional, sea colectivo o individual” (Ibid.)

También revisa Parrini las investigaciones que, desde Latinoamérica, han puesto el foco en la construcción de masculinidades como elemento estructurante de identidades tanto colectivas como personales. También, al igual que la saga

anglosajona, plantean un modelo hegemónico de masculinidad. Fuller (1997, 1998), Valdés y Olavarría (1998), Olavarría, Mellado y Benavente (1998), Viveros (1997), Ramírez (1997), Leal (1997, 1998) y Gutmann (1997, 1996) fueron los encargados de pensar en nuestro continente, algunas preguntas en torno a la masculinidad dominante y el poder.

Pero, *¿qué elementos contienen y definen a una masculinidad dominante?* Élizabéth Badinter (1993) afirma que la característica distintiva de una verdadera masculinidad contemporánea, es la heterosexualidad, convirtiéndola (coincidiendo con Bourdieu) en un fenómeno que aparece como “natural”. Es decir, la sexualidad es una prueba central de la identidad masculina, de cómo y con quién se tiene sexo. Quien no cumpla con el precepto, quedará excluido de la grupalidad masculina.

Para Kaufman, dice Parrini, el elemento fundamental de la subjetividad masculina es el poder, que sostiene y justifica un sistema de dominación sobre los hombres que no cumplan las prescripciones hegemónicas y, por supuesto, sobre las mujeres. Es histórico y tiene continuidad a través de la reproducción de un sistema de control y poder:

“El poder colectivo de los hombres no sólo radica en instituciones y estructuras abstractas sino también en formas de interiorizar, individualizar, encarnar y reproducir estas instituciones, estructuras y conceptualizaciones del poder masculino [...] ‘la adquisición de la masculinidad hegemónica (y la mayor parte de las subordinadas) es un proceso a través del cual los hombres llegan a suprimir toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades, tales como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía y la compasión, experimentadas como inconsistentes con el poder masculino’[...] el poder que puede asociarse con la masculinidad dominante también puede convertirse en fuente de enorme dolor. Puesto que sus símbolos constituyen, en últimas, ilusiones infantiles de omnipotencia, son imposibles de lograr. Dejando las apariencias de lado, ningún hombre es capaz de alcanzar tales ideales y símbolos” (Kaufman, 1995:125-131, en Parrini, 1999).

Pensamos en este trabajo y la relación con los sujetos investigados, junto a David Gilmore, y en cómo conciben y experimentan la masculinidad los jugadores de rugby observados. Reflexiamos que la masculinidad, según Gilmore, es la forma de ser varón adulto en una sociedad determinada, y en la preocupación que muchas sociedades tienen al respecto, necesitando y considerando la posibilidad de lograr ser “un hombre de verdad” o de “auténtico hombre” (Gilmore, 1994). Esto es concebido como un premio que se logra con esfuerzo en diferentes esferas y se conquista ante la aprobación cultural de esas sociedades mediante prácticas, pruebas y diversas modalidades de llegar

a poseer una “verdadera virilidad”. Y, además (resultando fundamental para nuestro análisis), pensando que:

“Si hay arquetipos en la imagen masculina (como los hay en la feminidad), deben estar, en su mayor parte, culturalmente contruidos como sistemas simbólicos y no simplemente como resultados de la anatomía, porque la anatomía no resulta muy determinante cuando la imaginación moral entra en juego. La solución del rompecabezas de la masculinidad tiene que estar en la cultura; tenemos que intentar comprender por qué las culturas utilizan o exageran, de muchas formas específicas, los potenciales biológicos” (Gilmore, 1994:33-34)

Dice Bourdieu (2000), a propósito de la legitimidad social y cultural de la dominación, naturalizada en la división de las realidades sexuales que se inscriben socialmente en el cuerpo que,

“Cuando los dominados aplican a lo que les domina unos esquemas que son el producto de la dominación, o, en otras palabras, cuando sus pensamientos y sus percepciones están estructurados de acuerdo con las propias estructuras de relación de dominación que se les ha impuesto, sus actos de conocimiento son, inevitablemente, unos actos de reconocimiento, de sumisión. Pero por estrecha que sea la correspondencia entre las realidades o los procesos del mundo natural y los principios de visión y de división que se aplican, siempre queda lugar para una lucha cognitiva a propósito del sentido de las cosas del mundo y en especial de las realidades sexuales” (Bourdieu, 2000:26)

Bourdieu concibe las relaciones de género de forma asimétrica, afirmando que,

“La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla. El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya: es la división sexual del trabajo, distribución muy estricta de las actividades asignadas a cada uno de los sexos, de su espacio, su momento, sus instrumentos...” (Ibíd:22)

La división social del sexo y de género, se vuelve “naturaleza biológica” a partir del sistema de visión y división del mundo dominante. Sin embargo tendremos en cuenta la crítica de La Cecla (2004) a Bourdieu, afirmando que para el francés toda diferencia entre sexos es una invención de la dominación masculina, y que los machos han inventado en toda cultura las diferencias entre hombres y mujeres, para organizar y justificar la dominación de los primeros sobre las segundas.

7.1. *Ser macho*

“La Subcomisión de fiestas le agradecerá su asistencia, acompañado de su señora o su novia, a la comida que tendrá lugar el viernes 29 del corriente, a las 21 hs. en el Club. NO FALTE”²²⁴

Seguía pensando en la frase de la joven que estaba en aquel entrenamiento al que me sometí. Me resonaba: me había dicho que en su colegio (tradicionalmente vinculado a una cultura masculina, donde sólo asistían hombres, y de un círculo privilegiado de la sociedad) los jóvenes que no jugaban rugby eran “así como...gays”, y que jugar al rugby es “lo que correspondía. Lo normal”. La normalidad estaba signada, según la joven, por hacer o no hacer determinada práctica, o actuar de determinada manera. En este caso jugar al rugby era para los varones y se correspondía con un signo heteronormativo. Era la regla que, por supuesto, marcaba la contraparte: ser gay.

Aquella misma noche salimos del club aproximadamente a las 23.30 horas. Yo notaba que Nacho estaba molesto con algo o con alguien. Le pregunté y me dijo que estaba un poco “fastidioso” porque no había entrenado como esperaba y que “a nadie, en el club, le importa nada”. Nos dirigimos a donde me había dicho que íbamos a comer y beber. Un lugar donde predomina un tipo de música y estética folclórica²²⁵, más relacionado a sectores medios de la ciudad de La Plata y algunas ciudades del interior de la provincia de Buenos Aires.

Dialogamos bastante, sobre muchos temas. Cada tanto le preguntaba sobre algunas situaciones que me habían llamado la atención del entrenamiento, y él compartía algunas interpretaciones sobre lo que yo preguntaba. Por ejemplo, por qué había sólo una chica en el entrenamiento, a diferencia de los días de partido oficial en donde suele haber más cantidad de mujeres: esposas, hermanas, madres, amigas, hijas. Me dijo que “el entrenamiento es un lugar para hombres. Y acá sí que voy a ser machista: es el lugar donde te encontrás con tus amigos y podés hablar tranquilo sobre las minas que te garchaste²²⁶, las salidas que hiciste, las despedidas de solteros, sin ningún peligro y sin que nadie te joda”. Yo no quería agobiarlo con mis preguntas. Dejaba que él me contara lo que tuviera ganas. Tomamos varias cervezas, y

²²⁴ *Boletín Informativo Número 1 – Año 1 – Mayo 1953 – De El Bosque Rugby. Página 2.*

²²⁵ La referencia se la había pasado Tato.

²²⁶ Categoría que indica haber tenido, o tener, relaciones sexuales con otra persona.

aproximadamente a las 05.00 de la madrugada decidimos irnos del lugar. Lo notaba más relajado que en el Club o en el Gimnasio.

Meses más tarde, asocié y entendí la idea de un lugar sólo para hombres. En julio Nacho cumplió años y me invitó a cenar a su casa. Me dijo que sólo irían sus compañeros de rugby. Estaba preocupado porque había tenido que avisarle a su novia que no podría ir a la reunión, ante la ausencia de mujeres. Me explicó: “Yo le dije que venga igual, pero a la vez pensaba que no da. Todos hombres y ella sola. Se iba a sentir mal. Y viste...es como una tradición”. Claro, si lo que decía Nacho aquella noche de mayo se cumplía sin excepciones, sus compañeros se sentirían incómodos. No sé cómo lo resolvió Nacho, pero la única mujer que estaba en su cumpleaños era su madre (el festejo fue en casa de sus padres, en un quincho que poseen). Eran todos compañeros del club, excepto dos amigos de la infancia y la juventud, y yo. A esa altura ya conocía a todos, pero grupalmente, y en situaciones festivas, sólo nos habíamos encontrado en los “tercer tiempo” y en las noches de bares. La tematización de las charlas era casi uniforme. Los temas eran aventuras sexuales con mujeres, anécdotas picarescas con las novias o de esposas quejándose de tal o cual actitud de sus hombres, situaciones de entrenamientos o partidos oficiales y humoradas enfocadas en alguno de los participantes como focos del ridículo (que variaban, nomás, entre cinco o seis comensales). En un determinado momento, me di cuenta que los principales narradores de historias y quienes llevaban adelante el hilo conductor del encuentro grupal me observaban y me hablaban a mí. Más en una actitud de insertarme en sus realidades, que de otra cosa. Percibí que me querían poner al tanto de sus particularidades como grupo, y de las jerarquías del grupo: quién hablaba más, quién lo hacía en tono más fuerte, quién era capaz de interrumpir a otro comensal y expropiarle la palabra, y quién lograba la mayor atención en el grupo. Es que a los dos amigos de Nacho, que no jugaban rugby, ya los conocían de otros cumpleaños y, además, algunos de los compañeros de Nacho sabían (con mayor o menor exactitud) que yo estaba siguiendo sus prácticas para “algo de la facultad”. La mayoría tomaba Fernet Branca con cola, haciendo hincapié en que el trago debe llevar en su mayoría más fernet que gaseosa, “porque así lo toman los hombres”, decía “Tartu”, uno de los animadores del encuentro. Hasta que llegó uno de los colaboradores de los entrenadores. Un hombre canoso, flaco, de mediana altura, que trajo una botella de whisky entre sus manos. Cuando ingresó al quincho²²⁷ dijo: “este no

²²⁷ El quincho es un ambiente asilado de la casa principal. Se suele utilizar para reuniones y permite, justamente, la comodidad de aislar espacios, ganando en, por ejemplo, intimidad. Las casas con quinchos

es para cualquiera, es escocés, lo mejor de lo mejor”, haciendo alarde de la bebida que había traído. No logré observar qué marca era para intentar corroborar, luego, de qué tipo de prestigio estaba hablando para pensar en el consumo de ese whisky. Pero sí sé que entre los denominados veteranos, el consumo de whisky opera como una marca distintiva generacional y tradicional en el campo del rugby. Como dijimos más arriba, estaba asistiendo a una reunión de hombres donde el cruce de palabras se inscribía y se insertaba en los cuerpos. Las sanciones y repudios ante una acción significada como incorrecta de algunos²²⁸ se corregía mediante algún golpe de puño cerrado o palma abierta en la cabeza o en la zona dorsal (en la espalda). Dice La Cecla, al respecto, ante una escena donde sólo hay hombres, se establece un juego de turnos para tomar la palabra. Y el juego consiste en tomarla sin respetar el turno. Es un juego de hombres, dice La Cecla, donde hay que quitarle la palabra e interrumpir al orador, antes de que concluya. Si es con un poco de malicia, mejor. Pero no con demasiada, ya que rompería el orden del círculo. Sólo son muestras de habilidades y destrezas masculinas de tomar la palabra y liderar ciertas situaciones:

“El juego de las interrupciones es un enfrentamiento de cuerpos que usan las palabras como si fuesen naipes. Pero lo que se pone en juego aquí es la ‘postura’, una postura que habla, una reciprocidad; circularidad de posturas que se entrelazan, que se rigen por oposición pero también por cooperación. El juego de los cuerpos es inseparable de las palabras” (La Cecla, 2004:35)

Allí se daba el juego de la masculinidad: los experimentados actuaban y los jóvenes miraban (cuando no eran sancionados). Para Parrini (1999), “no hay descanso ni tregua, la vigilia es permanente y cada descuido, toda torpeza tiene un precio. Rapidez de mente, prontitud en la respuesta, agilidad en los golpes: esa es la hombría”. El cuerpo se transforma en una imposición, invasiva por momentos, y de superioridad hacia los más jóvenes. Son las formas de mostrar masculinidad entre el grupo. Porque los más experimentados ya conocen y “han visto” y “fueron vistos” en esas mismas dinámicas. La lógica del legado entra en función para aprovechar la posición de estatus dentro de un grupo de hombres, o algunos momentos de estatus. Como asegura La Cecla, en

suelen estar edificadas en terrenos de varios metros cuadrados.

²²⁸ Desde tardar en alcanzar un vaso o servir la bebida, interrumpir a los mayores cuando hablan (refiriendo a los más jóvenes), hablar en demasía y con cierta soltura (sanción aplicada también a los más jóvenes), ocupar lugares clave de la mesa (otra vez a los jóvenes). Las cabeceras fueron ocupadas por los forwards experimentados, y los dos centros también. El resto de los más experimentados, se quedaron parados, aunque había sillas libres. Eso les permitía observar a todos y a toda escena que, desde las sillas libres, sería imposible ver.

cuanto al modelo masculino tradicional, es que hay un discurso “de las piernas, de las caderas, de las manos en los bolsillos, en la cintura, de camisas arremangadas, del cigarrillo que cuelga del labio” (Ibíd.:37). Hay un discurso que se encarna en el cuerpo, que se aprende. Que se logra y se alcanza. Que llega a ser auténtico cuando los otros lo reconocen. Cuando se “sabe estar” entre hombres, se llega a una hombría legítima, “normal”, como diría la joven que me interpeló en aquel entrenamiento. Sus compañeros (los que no jugaban al rugby) no cumplían con la autenticidad que, entre su círculo de sociabilidad, habilita a una *hombría de verdad*. Es que ella también había incorporado las poses masculinas. Y más aún el juego entre palabras y cuerpos que asigna una masculinidad verdadera: que se juega en “escenas” donde se pone a prueba la identidad masculina. Como diría Bourdieu,

“La división entre los sexos parece estar ‘en el orden de las cosas’, como se dice a veces para referirse a lo que es normal y natural, hasta el punto de ser inevitable: se presenta a un tiempo, en su estado objetivo, tanto en las cosas (en la casa por ejemplo, con todas sus partes ‘sexuadas’), como en el mundo social y, en estado incorporado, en los cuerpos y en los hábitos de sus agentes, que funcionan como sistemas de esquemas de percepciones, tanto de pensamiento como de acción” (Bourdieu, 2000:21)

Otra apreciación de la escena del cumpleaños es el contacto corporal mediante algún golpe de puño o, alguna caricia emulando un gesto de “sensibilidad femenina” a tono de broma, de una ruptura momentánea con la masculinidad y una asociación con la homosexualidad (de forma lúdica, claro). Pero recordaba a esos mismos hombres en los “tercer tiempo” junto a sus mujeres, y ahí el enlace de los cuerpos era diferente. No porque cambiaran un cuerpo por otro. Sino porque no había cohibición alguna de manifestar gestos y posturas de cariño (traducidas en otro tipo de sensibilidad). No era un signo de precariedad física, ante la demostración de ser hombre de verdad. Contradiendo a La Cecla, estamos pensando en un contexto diferente, en un marco de habilitación que permite la no cohibición, en situaciones donde los cuerpos no se imitan. Era la situación de entrar en contacto con mujeres, pero sin peligro ni amenaza de perder la autenticidad de hombría. Allí no hay nada que imitar. Esa situación, más el abrazo que enlaza a todos los participantes de un entrenamiento antes de comenzar y al finalizarlo, y el abrazo grupal que acompaña la arenga antes de un partido oficial, son instancias donde parecería ser que la portación de esa masculinidad se suspende provisoriamente de acuerdo, claro, al resto (y a la mayoría) de las palabras y las

posturas corporales cotidianas. Pero eso no va en detrimento de la propia masculinidad mostrada y construida habitualmente. Dice La Cecla sobre los cuerpos de hombres enlazados,

“Cuando los cuerpos no se imitan ni se encuentran, nace entonces un contacto entre ‘señoritas’, un cohibimiento que explica la extrañeza de la cuestión, y que sobre todo pone de manifiesto la absoluta precariedad de la seguridad física de ser ‘hombres de verdad’. El cuerpo abrazado del macho corre el riesgo de perderse en la inesperada afeminación de un momento de apoyo mutuo. Es como si los elementos ideales de que el cuerpo masculino debería estar dotado desaparecieran al instante y permaneciera la pasividad de un cuerpo que corre el riesgo de ser observado” (La Cecla, 2004:39)

No es el caso del rugby. Por eso es que Nacho define y delimita los lugares donde sí hay encuentro e imitación de posturas y palabras, al igual que la joven del entrenamiento, y los participantes de la ceremonia del cumpleaños. Complementaremos esta explicación, en el siguiente apartado.



Foto sacada por mí. Universitario vs Albatros.13/06/2010

7.2. Los bordes de la masculinidad

Un miércoles²²⁹ recibo una llamada de Nacho, llorando. Nunca lo había escuchado (ni visto) llorar, y menos aún en ese estado. Me contó que la novia lo había “dejado”. Entre las lágrimas, esgrimía una y otra vez que no entendía por qué había sucedido, por qué lo habían “dejado”. Con esa llamada pude interpretar que yo, había sido seleccionado entre su espectro posible de relaciones, para desahogar lo que Nacho sentía como una pena, como una situación angustiante. Yo me preguntaba por qué. Sobre todo pensando, según lo repetido por Nacho (constantemente), por qué no recurría a apoyarse con sus “hermanos” (así los categoriza él) compañeros de rugby. En mi pregunta desbordaban varios prejuicios que intenté destruir, entendiendo –y asumiendo- que habíamos establecido una relación afectiva, basada en la reciprocidad. La diferencia, creo, es el menor o mayor grado de consciencia que cada uno tiene sobre esa reciprocidad: a través de él, yo intento conocer el mundo del rugby y establecer relaciones en tanto género, clase e identidad, y él encuentra la posibilidad de ser escuchado, de mantener charlas que, por lo que comencé a percibir, no eran habituales en él.

Comencé a preguntarme si Nacho hablaría de estas cuestiones (en este caso, del categorizado “abandono” de su novia) y si lo haría en estos términos, sin limitarse, ni medirse en palabras o estados (por ejemplo llorar ante otro hombre), con sus compañeros de rugby.

Entonces, el viernes siguiente al llamado de Nacho continuamos charlando. Yo lo escuchaba mucho e intentaba aconsejarlo: hacía las veces de “psicoanalista espontáneo”. Nacho me lo agradecía, y se entusiasmaba en cada una de las charlas que teníamos al respecto. Sin desviar el eje de la charla, pero intentando averiguar y despejar (si era posible) mis preguntas sobre por qué Nacho me elegía (tal vez entre otras personas, o no) como su “confesor”, o su apoyo emocional, indagué si había compartido el tema del “abandono” de su novia con sus compañeros de rugby. Con voz cortante y tono bajo, me contestó que “mucho no pude hablar, entre que empezás a entrenar, y terminamos todos muertos, la charla no se da”. Sólo le comentó a algunos compañeros con los que tiene mayor grado de confianza²³⁰ (entre ellos, Tato), y ellos le sugirieron que “que deje de andar atrás de la mina, que iba a quedar como un boludo”. Los consejos le indicaban a Nacho que debía alejarse de una situación, según sus compañeros, humillante.

²²⁹ 5 de octubre de 2011

²³⁰ Me dijo que les comentó *algo* “por arriba”, sin demasiados detalles.

Pensé en esos comentarios “por arriba” que compartía con sus compañeros de rugby, y los comparaba con los relatos abiertamente detallados que Nacho me expresaba en relación al supuesto “abandono” por parte de su novia. Si “por arriba”, significaba no profundizar en detalles como, por ejemplo, haber llorado delante de su novia, o llamarla por teléfono constantemente, o declararle todo su amor en una charla, por qué me los contaba a mí.

Nacho conoce el trabajo que estaba haciendo, y muchas veces hemos charlado de temáticas relacionadas al campo de la política, de la economía o de la cultura. Cada vez que debía presentarme ante alguien, repetía casi de memoria “él es Juan, un amigo. Es un tipo muy inteligente y muy reflexivo”. No expongo esta representación de Nacho, sobre mí, para fortalecer mi ego. Lo pongo en relación a mi posición de investigador, en tanto actor situado en un sistema de reciprocidades. Me di cuenta que Nacho encontró un provecho en mí. Que alguien lo escuchara sin, tal vez, devolverle opiniones con valoraciones negativas hacia sus prácticas (en este caso, con lo que hacía o no hacía, decía o no decía a su novia). Yo entendía que debía emitir cada vez menos valoraciones sobre lo que él hacía con su novia. Así logramos lo que los dos queríamos: el diálogo. Naturalizamos nuestros lugares en el vínculo: él hablaba y yo escuchaba. Cada tanto, opinaba sobre lo que me parecía que podía colaborar en el bienestar emocional de Nacho. Pero no más. Allí comencé a sospechar que entre sus compañeros, Nacho no era habilitado para detallar el problema con su novia, o que Nacho no permitía habilitarse porque no estaban las condiciones dadas para que muestre y cuente, todo lo que me mostraba y contaba a mí. Sobre todo, porque el “abandono” de una mujer era significado como una humillación. E insistir en recuperar el vínculo con esa misma mujer era el doble humillación. Creo que Nacho se permitió conmigo, a partir de la coyuntura y nuestro vínculo forjado, otra dimensión de su masculinidad y, a su vez, las valencias identitarias (en relación a los modos en los que debe comportarse un “verdadero hombre”), que sus propios compañeros de rugby atribuyen como negativas. La muestra de Nacho y compartir su ruptura con su novia, me permitían establecer algunas pautas relacionadas con su grupo de sociabilidad. En este caso, otro tipo de masculinidad que era negada. Una masculinidad vinculada con lo sentimental, lo emocional, lo amoroso, y con la inversión de un orden imaginado, desde el mundo masculino, como lo no posible: ser “humillado” –según los interlocutores- por una mujer. Era una clara sanción de la mayoría de su círculo de sociabilidad, que establecían lo permitido y lo no permitido. Lo habilitado y lo no habilitado, vinculado a qué tipo de

masculinidad era necesaria en los momentos compartidos en el club. Porque escuchar el relato y aceptar la pena de Nacho, significaba aceptar, ahora sí, una precariedad emocional no permitida en el mundo de los hombres. O por lo menos, no mostrada.

Norma Fuller (1997) aporta algunas ideas sobre las concepciones que los hombres peruanos de clases medias urbanas tienen sobre la masculinidad hegemónica. Y aporta que esas concepciones son, muchas veces, negociadas con mujeres habilitadas por la misma posición intra clase. Lo cual lleva a la pregunta de cómo se administra, en el orden de lo privado, al interior del hogar, las relaciones y las disputas por la autoridad, ante una supuesta muestra de confrontación. Este argumento de la disputa, más el análisis de Claudia Fonseca (2003), al pensar sobre las etiquetas colocadas a los hombres (tanto por los mismos hombres y por las mujeres que reproducen ese orden cuasi normativo), al deshonorar a un hombre su capacidad sexual y su verdadera hombría, luego de ser engañados por sus parejas²³¹, con otros hombres. La masculinidad y el honor quedan en jaque, ante el supuesto desprestigio atribuido al engaño; y más aún si la infidelidad se produjo bajo un plan de escamoteo, sutilmente pensado por la mujer.

Lo que se esquiva es el desprestigio. Si bien la explicación de Nacho no remitía a un engaño por parte de su pareja, sí podría ser considerado, por sus compañeros, como un símbolo de desprestigio: la humillación de “ser abandonado”²³² se paga entre los pares. Y Nacho no quería pagar los costos de semejante deshonor. Situación inversa a la de “Palote”, un *forward* del club que le fue infiel a su pareja, y fue descubierto. “Palote” intentó cubrirse e inventó una ficción involucrando a varios de sus compañeros del club, tratando de desmentir el acto de adulterio. Sus compañeros no lo perdonaron y “Palote” dejó de ir al Club. Luego de tres meses, volvió. Nacho justificaba su ausencia, ante mí, diciendo “encima que es un boludo y lo agarraron, mandó en cana al resto. Que se joda, eso le pasa por no hacerla bien”. Es que las relaciones extraconyugales y el prestigio guardan relación directa para los interlocutores. Si bien cada historia de infidelidad es compartida grupalmente, circula por un relativo espacio de lo secreto, según diría Elias, en épocas anteriores:

“La legitimación total o parcial que pudiera prestar antaño la opinión social para las relaciones extraconyugales, tanto del marido como de la mujer, tiende a desaparecer, aunque a veces se den movimientos en sentido contrario. El

²³¹ Vale aclarar que este no es, por lo menos hasta donde supe, el caso de Nacho.

²³² José Garriga me aporta, con su lectura, la pregunta que indica si es esa humillación de ser abandonado, o el supuesto desprestigio se desprende al mostrar la “debilidad” de esta triste a casusa de un abandono.

quebrantamiento de esta prohibición, con todo lo que ello conlleva, se incluye en consecuencia en la esfera de lo secreto, de aquello de lo que no se puede hablar y de lo que no se debe hablar sin correr peligro de perder prestigio o incluso de perder la posición social.” (Elias, 2009 [1977]:279)

La etiqueta del desprestigiado en este caso se le asigna por falta de astucia. Hay ciertos bordes donde se puede estar cerca de la deshonra masculina. Pero hay estrategias constantes de fijación de esa identidad que, como dijimos más arriba, tienen que ver con la palabra que se hace cuerpo.

7.3. Compartir virilidad

Pasada la tarde en la playa, comenzamos a planificar con Nacho qué haríamos a la noche. Las opciones eran: recorrer algunos bares de Villa Gesell o ir a Pinamar. Yo quería hacer explícita mi intención para que la primera opción se haga realidad. Nunca me gustó Pinamar, pero a Nacho sí. Se hacía de noche, y decidimos emprender la vuelta al hotel. En el camino, compramos hamburguesas, pan, tomates y carbón para cocinarlas en la parrilla del hotel. El hotel era modesto, pero contaba con un gran parque con espacio, con pasto y árboles. Había sillas, bancos y mesas disponibles para comer, charlar, jugar cartas, u otra actividad pretendida.

Le dije a Nacho que me encargaría del fuego. A medida que comencé a prender los carbones, se acercaron otros pasajeros del hotel. Todos hombres, y también harían comida en la parrilla. Era un grupo de ocho hombres. Se estableció un clima cordial, asegurándonos que todos podamos usar la parrilla sin detener la marcha de la cocción de los demás. También fuimos compartiendo bebidas (vino, fernet, cerveza y vodka con naranja). Nacho se había ido a bañar, y apareció promediando las llamas del fuego. Yo estaba charlando con el grupo de hombres. Eran de cuerpos grandes, voluptuosos; algunos en musculatura, otros en kilos de grasa. Hasta la llegada de Nacho, sólo había bromeado con secuencias de la playa, sobre la bebida (y las preferencias de cada uno) y la comida que íbamos a cocinar. Nacho llegó y noté —enseguida— que quería saber quiénes eran los que compartían parrilla con nosotros. No me hablaba mucho a mí. Su atención estaba focalizada en conversar con estos hombres. De a poco les preguntó de dónde eran, a qué se dedicaban. La mitad del grupo eran profesionales (dos abogados, un contador y un arquitecto) y el resto dijeron dedicarse al comercio (no especificaron el rubro). Sólo uno dijo trabajar en una oficina en Puerto Madero. Los ocho eran de zona norte del conurbano bonaerense (San Isidro y Pilar), pero la mitad vivía en Ciudad

Autónoma de Buenos Aires. Todos estaban en pareja. Oscilaban entre los 35 y 40 años. Nacho contó que jugaba al rugby y que era profesor de Educación Física. Pero principalmente hizo hincapié en que jugaba al rugby. Tres de los hombres dijeron haber jugado en el Club Champagnat, pero no en plantel superior: sólo hasta división intermedia. El resto dijo haber jugado al fútbol en forma amateur. Intensificaron la charla: de la calidad del hotel (coincidiendo en la saturación del cupo hotelero), la elección de Pinamar para salir a la noche, “lo buenas que están las minas en la playa. Aunque siempre están los cachivaches”, hasta las anécdotas de la épocas de solteros y las aventuras sexuales que consideraron compartir en una ronda.

Ya habíamos comido, y nos ubicamos cerca de las brasas que aún destilaban calor (la temperatura había bajado). El tema de conversación era uno sólo: las mujeres y diferentes anécdotas sexuales. Cada uno contaba la suya. La ronda había arrancado a mi derecha y seguía, por suerte, hacia la derecha. En el caso que me tocara, yo sería el último, si seguía en orden (Nota: yo era el más pequeño físicamente. Todos rondaban el metro ochenta de altura, para arriba). Comenzaron los hombres de Buenos Aires, con anécdotas que incluían una serie de artilugios para sortear a las esposas. Lugares inusuales como un estacionamiento de autos donde se “cogió rapidito pero muy lindo” y donde “No quedaba otra. Cuando estás en pareja y querés coger afuera, hacés la que podés. Muy divertido”, explicando que lo hizo en un camión que uno de sus empleados le había prestado. El cuarto de la ronda contó una historia que sucedió en un campo de un amigo, donde fueron a buscar al pueblo cercano a “un par de putas y a un putito”. En el camino al campo “nos iban chupando la pija”. “Los muchachos nos esperaban como locos. Estaban desesperados por coger. Estaban re mamados todos. Fue una fiesta. Nos cogimos a las putas y al putito”. El sexto de la fila contó una historia entre dos chicas y él. Donde tuvieron sexo los tres juntos, y donde “las chicas estaban enloquecidas”. Le llegó el turno a Nacho. Nacho y yo habíamos compartido una escena con una chica, que luego desarrollaré. Imaginé que contaría esa historia. Pero no fue así. Comenzó a contar una historia de unos compañeros de Albatros, en una ciudad de la zona del litoral argentino, donde suelen desarrollarse anualmente famosos carnavales. Contó que dos compañeros “se cogieron a una trava”²³³. Nacho, en ese mismo momento, me miró y me dijo (en toda la ronda de anécdotas no me había mirado. Sentí que para Nacho, no estaba en la ronda, hasta que nombró a uno de los dos hombres que participaban de la

²³³ “Trava” es el apócope de la categoría Travesti.

historia: “Tartu”): “bueno, vos a Tartu lo conoces”. Yo lo conocía a “Tartu”. “Tartu” es primera línea de Albatros, y tiene un lavadero industrial (donde trabaja toda su familia). Es uno de los jugadores más experimentados del club. El festejo de navidad del año 2010, lo pasamos en su casa, junto a Nacho, que me había pasado a buscar. Era una casa lujosa, edificada en un terreno de muchos metros cuadrados, con comodidades suntuosas, donde sobraba bebida de cualquier tipo y de las mejores marcas. Nacho terminó la anécdota y enseguida se cortó la ronda. Con lo cual yo no tuve que contar ninguna historia. Acomodamos las cosas de las mesas del parque. Juntamos la basura que hicimos, y cada uno se fue a preparar para salir a tomar algo. Nos despedimos. Nacho les preguntó a los hombres a dónde iban. Nosotros, por iniciativa de Nacho, iríamos a Pinamar, al bar que se llama “Super XV”. Característico, como describimos más arriba, de un público afín al rugby.

Otra vez, esta secuencia era parte de un “saber ver”, un “saber escuchar” y un “saber ser” un verdadero macho. Se trataba de una escena donde todos estábamos y debíamos sostener la hombría. En algunos casos, redoblando la apuesta. Si uno contaba una historia con dos mujeres, otro sumaba a dos mujeres y “un putito”, sin perder crédito de su masculinidad, o sin echar a perder (sobre la mirada de los otros) su hombría. Tanto es así que Nacho triplicó la apuesta y expuso el cuento de sus compañeros con una travesti. Se cumplía la afirmación de Kimmel, “las mujeres y los hombres gay se convierten en el otro contra los cuales los hombres heterosexuales proyectan sus identidades [...] y al suprimirlos proclamar su virilidad” (Kimmel, 1997:59)

Pero Nacho sabía que nada correría peligro, excepto cuando me miró a mí, y dudó por un momento, qué efectos causaría en mí. Es que Nacho reconoció el marco que lo habilitaba a contar su anécdota. Todas historias grupales, excepto alguna solitaria. Nacho conoce muy bien el precepto, entre su círculo masculino de sociabilidad, que el varón que es penetrado pierde masculinidad, pero el que penetra la gana (Sloan y Reyes Jirón, 1995). Es una relación directamente contigua a la pérdida o a la ganancia de dominación. Y eso Nacho lo conoce muy bien, porque supo y sabe “ver y escuchar” la masculinidad dominante. Lo que Silvia Chejter reconoce propio de “sostener la hombría”. Se sostiene con las prácticas, pero también con los relatos sobre lo sucedido. Que puede haber sido así, o casi, o ni siquiera haber ocurrido. Pero hay que contarlos. Dice:

“Hay ritos impuestos entre pares que hay que seguir: iniciación, despedida de solteros, otros festejos para agasajar a un amigo o agasajarse en conjunto, que terminan en el burdel o en alguna ‘fiesta privada’. Cada una de estas ocasiones supone la confirmación de la virilidad, que, fundamentalmente, requiere de la mirada voyeurista de los otros varones del grupo. Mirar a los otros y dejarse mirar cuando practican sexo prostituyente, se carga de un valor de goce adicional, y, en algunos testimonios, constituye la más importante motivación.” (Chejter, 2011:39)

Allí radica la eficacia de la virilidad: en certificarla. En que el otro la refrende. A propósito de autenticar la virilidad, dos años antes, un día de enero del año 2010, Nacho me confesó que había tenido una charla con una ex alumna de otro gimnasio donde él trabajaba años atrás. “La mina es un caño, mide 1,75 mts, tiene las tetas hechas, carita divina, veintisiete años. No sabés lo que es”, me decía, describiéndola. La cuestión era que la mujer quería cumplir una fantasía sexual, teniendo relaciones con dos hombres a la vez. Y Nacho me lo estaba proponiendo a mí. Yo nunca tuve una experiencia como esas, lo cual el sentimiento de inhibición fue percibido por Nacho, que me dijo “mirá que la mina está re buena. No te vas a perder esta oportunidad”, como si fuese la única que pudiera experimentar en mi vida sexual. Pero la inhibición y la sensación de incomodidad, también tenían que ver con dos cuestiones: la primera, era que, hasta donde yo conocía, Nacho tampoco había experimentado relaciones sexuales grupales. Y hablaba con certeza de cómo realizarlo (supuestamente sería en su casa), cómo manejarse, qué hacer y qué no hacer. Y la segunda, y fundamental para mí: ¿por qué no se lo proponía a un amigo del club? ¿por qué a mí? Jamás pensé que Nacho quisiera tener relaciones conmigo, pero me resultó extraño que no convocara a algún amigo de confianza para realizar la fantasía de esa mujer. Pero pensé, provisoriamente, que yo le estaba dando más relevancia que la que Nacho, tal vez, le otorgaba al momento. Le dije que no sabía, que me daba vergüenza (aunque pensaba que no podía perderme esa situación si, justamente, estaba tratando de reconstruir los procesos de constitución de identidades masculinas entre un grupo de jugadores de rugby), que le avisaba más tarde.

Pasadas tres horas, lo llamé a Nacho, y le dije que contara conmigo. Me dijo “¡qué bueno! nos vamos a cagar de risa. Ya arreglo todo con la mina”. Aquella noche asistí, pero no participé del encuentro sexual. Estuve apartado de la escena, aunque observando cómo Nacho desplegaba todas sus destrezas físicas y lingüísticas para complacer a la mujer. Nacho trababa sus bíceps y pectorales, producto de la fuerza que estaba ejerciendo. Me di cuenta que también me estaba mostrando que todo lo que me

contaba fuera de ese contexto, era verdad. El “yo las hago mierda a las minas”, describía su *performance*, cada vez que narraba una historia sexual con una mujer. “Les echo tres polvos, y se quedan con la lengua afuera”, siempre repetía. Nacho me demostraba que realmente era viril y potente.

Entre las numerosas metáforas y analogías reproducidas por Nacho, una se alinea como significativa para el análisis. Siempre me decía “Estoy hecho un toro”, tanto para referirse a las actuaciones en un partido de rugby, como en un encuentro con una mujer. El significado social que se pone en juego al construir semejanzas con el concepto de “toro”, en estos casos sugiere, la posibilidad de exponer los atributos que remiten a la *fuerza*, la *resistencia* y al lugar otorgado *como proveedor* (sobre todo en las experiencias con las mujeres²³⁴).

Si bien Gilmore explora en los ritos de felación homoesexual entre varones de los Sambia de Nueva Guinea, retoma el relato de Herdt acerca de la leche como asociación entre madre y semen. Herdt (en Gilmore, 1994) dice que la felación mantiene una forma de refuerzo psíquico del destete pero, además, una promoción hacia una virilidad autónoma y autocreación masculina, “una sustitución homeopática de símbolos orales por otros fálicos” (Gilmore, 1994:160).

La leche, el semen, es símbolo entre los jugadores de rugby de potencia, o de potencia acumulada. Y expulsarla, sacarla, implica una muestra de virilidad donde se obtiene un reconocimiento grupal. De ahí que se enumere la cantidad de orgasmos conquistados en un encuentro sexual. A mayor cantidad de orgasmos hay un mayor reconocimiento a la supuesta virilidad. También se utiliza para desjerarquizar a los más jóvenes o a quienes tienen altos rendimientos físicos, con una base aeróbica alta y de calidad. Se los menosprecia diciéndoles, “este tiene una leche bárbara”. Eso implica que no ha largado semen, es decir, no ha tenido encuentros con alguna mujer. No “tener leche” es signo de virilidad. Y Nacho me había sugerido que sus relatos se corresponden con los hechos. Es decir, todos los relatos previos sobre las cantidades “de polvos echados”, eran certificados por mí. Tal vez por eso fui invitado a la reunión, más allá de mi hipótesis de que Nacho no quisiera compartir a Jimena con alguien de su tamaño corporal. Aunque Jimena parecía estar dispuesta al placer y al goce, sin evaluar dimensiones corporales, Nacho se colocó como un aspirante a la virilidad, diría

²³⁴ El toro es quien provee el espermatozoides necesario para la procreación de la especie, identificando así, el rol del macho en la práctica de reproducción. El toro es un ejemplar seleccionado dentro de su especie por sus cualidades. Es en muchos casos el único encargado de la fecundación y por ende de la “propagación” y la “pureza” de la especie.

Gilmore, que logra una identidad social como un bien social, en relación a la atención a las mujeres. Para Nacho, sacar toda su leche simboliza una conquista viril, por supuesto que realizada con o sobre o dentro del cuerpo de una mujer.

La relación entre Nacho y su virilidad estaba sólo relacionada a verlo en los partidos de competencia, donde realmente no era de los jugadores más potentes. Sin embargo, siempre sus relatos hacían referencia a sus atributos sobre la potencia sexual. Supongo que con esa secuencia no tiene dudas que yo le creo cada vez que me cuenta alguna aventura sexual.

7.4. ¿Qué es ser hombre, entonces?

Dos años después, con Nacho ya en pareja, y con un alto grado de confianza en nuestro vínculo, compartimos charlas sobre temáticas diversas, sin mucha atención en alguna. Excepto en su relación con su nueva novia. Me contó sus “malestares”, “miedos” e “incomodidades”, en el medio de mi rutina en su Gimnasio. Me dijo que él pretendía que su novia le “entregue, lo mismo que él le entregaba”. Que para él era “todo”. Me dijo que siente que para su novia, él no es prioridad. Lo aconsejé diciéndole que esté tranquilo, que para mí ella estaba pendiente de él, y que lo quería porque, de alguna forma, lo estaba eligiendo a él para ser su pareja. Pareció tranquilizarse. Mientras yo estaba terminando mis ejercicios, llegó su madre con comida (eran casi las 13.00 horas). Justo antes yo le pregunté qué comía todos los días, y me dijo “Mi vieja (por su madre) siempre me trae algo”.

Un par de días después, a eso de las 13.30 llegué al Gimnasio. Ni bien ingresé, Nacho me recibe con una frase (con tono de broma, y algo de seriedad): “¿vas a entrenar en serio, viejo? así no va eh”. Nos reímos, y nos saludamos. Yo intuí que se había olvidado que yo los miércoles no puedo ir al Gimnasio. Igualmente, me llamó la atención (luego, pude empezar a construir mi hipótesis de por qué me esperaba). En el Gimnasio estaban su madre y su padre (haciendo trabajos en el sector del patio del Gimnasio. Los días que fui al mediodía, coincidimos con su padre o con su madre²³⁵), su hermano (estaba entrenando), un alumno que no conocía, y un *forward* del club, al que llamaré Silvio. A Silvio lo apodan “paraguayo”. Según Nacho, le dicen

²³⁵ Nacho en ese momento había vuelto a la casa de sus padres. Donde hoy es el Gimnasio, era donde Nacho vivía. En el relato de Nacho, esta decisión significó que “es un emprendimiento para mi futuro, donde mi familia se rompe el culo por mí”.

“paraguayo” porque se construyó su casa. Es decir, puso su mano de obra. Silvio fue quien, en mi primer entrenamiento, bromeo junto a otro *forward*, dándome besos en uno de mis lóbulos, desplegando juegos homoeróticos delante de parte del grupo. Lo saludé, dándole la mano y un beso. Él estaba entrenando. Yo arranqué mi rutina. Mis dudas pasaban por entablar una charla iniciándola yo, o dejar que él me hable (si es que me hablaría, claro). Decidí dejar que surja lo más espontáneamente posible. Yo estaba haciendo abdominales en un sector del Gimnasio, cuando pasa Nacho, me mira y con un gesto con su mano (con su dedo índice) se señala a él, e inmediatamente me muestra otro gesto con el pulgar para abajo. Todo esto, sin emitir una palabra. Y nuevamente, con un tercer gesto, me explica con el dedo índice haciendo círculos imaginarios en el aire, que después hablábamos. Silvio estaba de espalda. Yo percibí rápido que la presencia de Silvio, de su madre, de su padre, o de todos, condicionaba a Nacho para contarme por qué estaba “abajo”, como entendí a través de sus gestos.

Continué con mis ejercicios, cuando en un momento cruzamos miradas con Silvio, y me dio a entender (o yo quise entender) que estaba cansado. Entonces le dije, para lograr empatía y romper el hielo: “estás deseando terminar, ¿no?” (todo esto, sin hacer ninguna alusión a situaciones anteriores que habíamos compartidos). Y me contestó: “Sí, pero igual lo duro es a la noche”, haciendo referencia al entrenamiento del club. Aproveché para preguntar algunas cuestiones que yo había observado en varios entrenamientos. Por ejemplo, de cómo se habían golpeado, dos días antes de jugar el partido oficial (quise reforzar mi condición de forastero). Pregunté si era conveniente eso. Tanto Nacho, como Silvio, me contestaron que eso fue porque el entrenador de aquella época “no sabía nada”.

Fui al baño, y cuando volví, Silvio le estaba contando a Nacho que a su hija pequeña la había mordido un perro que tienen. Los dos se reían y me volvían a contar. Nacho me explicaba diciendo “en vez de que el perro muerda a la nena, ¡la nena muerde al perro! ¡Imaginate!. ¡Y esa es la nena eh! El nene, (luego le pregunté a Silvio cuántos hijos/as tenía. Me dijo que tres: dos nenas y un nene) ¡es un faquir! ¡duerme en camas de clavos! Se está preparando”. Silvio se reía, y me miraba moviendo la cabeza, con gestos de resignación. Los dos le otorgaban un carácter “natural” (y celebratorio) a la anécdota, mostrándome a mí, en realidad, cómo estaba criando Silvio a sus hijas/o. Silvio expone un relato y un gesto de consagración masculina, que tiene que ver con sobreponerse al dolor físico. Cuestión que ellos creen haber aprendido “viendo” y

“estando”. Es que la propuesta masculina es ser duro y valiente. Inclusive en la inculcación hacia su hija, respecto al relato ante mí.

Se fueron yendo de a poco: el hermano de Nacho, el alumno que no conocía, su padre y su madre, y finalmente Silvio. Ni bien se fue Silvio, Nacho no me dio tiempo a nada, se sentó y comenzó a hablar mucho. El tema: su novia, y la aparente separación, transcurrida esa semana. Me contó sus sensaciones en relación a casi todas sus parejas. Sus angustias, sus miedos, sus inseguridades relativas a “qué hacer para que Soledad²³⁶ esté bien. No sé qué hacer. Al final es preferible que la trate como su ex novio la trataba”. Nacho hablaba mucho, como desahogándose. Sacando palabras contenidas. Parecía que esa contención la venía practicando hace unos días. Necesitaba hablar. Y yo puse en práctica algo que decidí ejercitar: dejar que hable e interrumpirlo lo menos posible. Me contó que su novia había decidido distanciarse de él, que necesitaba estar sola. Y que él no lo podía entender. Que le daba bronca, impotencia, porque, me dijo “Yo soy un buen tipo. Me lo dicen mis amigos, mi familia. Soy un laburante, respetuoso, tengo mi emprendimiento propio (se refiere al Gimnasio). Soy un buen partido para cualquier chica. Pero yo la quiero a ella. Y se lo dije. Pero no sé. Me duele. Me siento frustrado como hombre”. Yo intentaba tranquilizarlo y aconsejarlo en que esté tranquilo, que le serviría a él de aprendizaje. Le dije que la historia tendría que ver con un desencuentro momentáneo, que se serene. Que no se sienta frustrado, que él había hecho todo lo que pudo. Comencé a esgrimir consejos parecidos a los que se enuncian desde el campo de la autoayuda. No sé si estaba bien o estaba mal, pero sentí que Nacho se estaba desahogando conmigo, y que necesitaba algún tipo de sostén emocional. O, por lo menos, que lo escucharan.

Le dije que disfrute de volver a jugar al rugby (luego de una lesión en la mano), que tanto a él le gustaba. Me dijo que le costaba, y que encima hoy, en el entrenamiento, no quería que le pregunten sobre su situación sentimental porque tendría que dar explicaciones que no quería dar. Y me dijo: “no es un lugar donde se pueda hablar de estas cosas. Mis amigos están en otra”. “¿En cuál?”, le pregunté. “Y...en la joda, en el descontrol”, refiriéndose a salidas. “Con el único que puedo hablar de esto, es con Tato”. Sigo sosteniendo mis preguntas sobre la masculinidad que, a través del relato de Nacho y lo observado, he construido. Esto es: *¿hasta dónde llegan los límites de la educación sentimental de los hombres, entre un grupo de hombres? ¿qué es lo decible y*

²³⁶ El nombre es de ficción.

lo no decible? ¿qué se puede mostrar y qué no? ¿cómo nos han educado emocionalmente a los hombres?

En su incompreensión por lo sucedido con Soledad, Nacho me contó (no es la primera vez que lo hace) sobre la situación de Soledad. Me dijo:

“Es una chica con muchos problemas de familia. Hoy tiene un buen laburo, se puede dar sus gustos. Se compra pilcha de marca y hace lo que quiere. Pero la pasó mal. Cuando me presentó a sus viejos, es como que le dio vergüenza llevarme a la casa. Una casa humilde, de laburantes. Imaginate: es difícil sobrellevar eso. Yo la entiendo, porque el viejo, ¡no sabés! (puso énfasis, como entusiasmado para contarme) no mete una ‘s’ para hablar, es un desastre. La vieja trabaja en una delegación municipal de Romero. Son los típicos ñoquis peronistas que en los noventas se iban a Brasil”.

Nacho me contaba cómo era, para él, la familia de Soledad y, desde ahí, intentaba comprender el alejamiento de ella. Finalizando, me reveló: “me siento solo, y no quiero sentirme así. Tengo 32 años y me había puesto las pilas. No descontrolar más. Pero no me sale una”

Como consejo, le dije que se tomara una cerveza con Tato y que charle con él. Que no se sienta solo, porque tenía un montón de gente alrededor que lo quería. Entre ellos, sus compañeros de rugby. A esto, no me respondió nada. Para finalizar, le dije que cualquier cosa me llamara, si necesitaba charlar.

Al lunes siguiente, ni bien llego al gimnasio, Nacho me recibe diciendo: “¡Me dejó nomás! Estoy re caliente. No pego una loco. Pero quedate tranquilo que estoy entero. No se merece que se me caiga una lágrima. Ella se lo pierde...seguramente se va a cruzar con algún hdp (hijo de puta) y va a valorar tarde que me perdió.” Antes de responderle, vaticiné de quién hablaba. No era necesario comprobar que se refería a su novia. Sólo atiné a decirle que se tranquilice, que tenía que pensar que su novia no estaba en el momento justo para estar en pareja (no sabía muy bien qué comentario hacer). Y él me respondió: “Si Juan. Estoy bien. Decepcionado nada más. Mañana hablamos”, y siguió trabajando con el resto de los alumnos.

Pensando en las recurrencias de sus relatos, me llamaron la atención las reiteradas manifestaciones en relación a su sentimiento de decepción. Creo, revisando las charlas anteriores, que esta cuestión de su decepción tiene que ver con lo que pude establecer como impedimento, para Nacho, en relación a ciertos lugares que son representados como contrapartida al honor. En este caso: “ser abandonado por una

mujer”. O en el caso de “Tacho”, ser descubierto por una mujer. El sentimiento de decepción es generado por el supuesto “abandono” de una mujer, o por no poder legitimar su lugar como “macho”, con los atributos asociados a esa posición, dentro del rugby y de sus esferas sociales de participación. Hay un lugar, en esos modos masculinos, para sentirlo como una decepción. Lo que vendría a significar la decepción en un campo donde el honor, la caballerosidad y el sacrificio, son características que cada integrante debe poseer y hacer valer ante sus pares, más que nada.

Esa misma semana, no pude concurrir al Gimnasio ni martes, ni miércoles, ni siquiera verlo a Nacho. Pero ese jueves, estaba trabajando y me sonó el celular. Tenía un mensaje que decía “Hola Juan, cómo estás?”. Era Nacho. Me sorprendió. Le contesté que bien, aunque con mucha tarea. Y le pregunté cómo andaba él. Me dijo que muy mal, que estaba “hecho mierda”. En seguida entendí que tendría ganas de charlar con alguien, y le dije que si estaba en el Gimnasio, y quería, iba para allá. Me dijo que fuera. Llegué, y había un alumno (Nacho los llama alumnos). Me atendió con los ojos con lágrimas, rojos. Sospeché que había llorado mucho. Sin embargo, no le pregunté si había estado llorando. Con tono bajo (para que no escuche su alumno), me contó porqué estaba mal. Su novia le había dicho que quería cortar con la relación. Dejar de verse. Nacho habló mucho. Otra vez parecía como que se detenía el tiempo para él. Se olvidó del alumno, y su rol de coordinador de Gimnasio. Compartió sus angustias, malestares y ansiedades. En varios pasajes dejó caer algunas lágrimas (si es que podemos regular el llanto...). Pero al mismo tiempo desviaba la mirada (de mirarme a mí, y al verse interrumpido por las lágrimas, miraba para el costado), apretaba los dientes, y con el puño del buzo que tenía puesto secaba las lágrimas. Le dije que trate de estar tranquilo que, según lo que él me había contado, su novia no estaba pasando un buen momento y que, lamentablemente, él no podía hacer nada con eso. Intentaba calmarlo. Sus malestares eran indicados como: “no sé qué más hacer. Al final hay que ser un hijo de puta. Tratarlas mal. Yo soy un buen tipo. Estoy solo, me siento solo. Necesito una mina para cuando me acuesto abrazarla. Y sé que hoy, no la voy a tener más. En mi casa ya no aguanto más. Necesito tener mi espacio”. A raíz de esta última demanda, le sugerí, dado el espacio del Gimnasio (que tiene, en el fondo del local, una habitación que hace las veces de depósito), que acondicionara esa habitación y que fuera a vivir ahí. Ni bien lo dije, la fuimos a ver. Caminamos hasta la habitación. Nacho, definitivamente, se olvidó del alumno, que estaba en una bicicleta fija. Me empezó a explicar, entusiasmado, cómo ordenaría la habitación, y empezó a pensarlo como una posibilidad

para irse de la casa de sus padres. Luego volvimos a la sala central del Gimnasio y, aunque siguió angustiado, me dio la sensación de que se había calmado. Y pensé cuán necesario sería para él hablar.

Le dije que me tenía que volver a trabajar, y me dijo que no me haga problema. Me abrazó, me dio un beso, luego la mano, y me dijo “Gracias Juan, es muy importante para mí que hayas venido”. Sigo entendiendo mi lugar en el vínculo con él, como posible lugar de *fuga* para varios temas asociados a lo que no puede compartir en su grupo de sociabilidad. Ahí volví a decirle que se apoye en Tato. Me dijo que iba a hablar. Pero enseguida me dijo: “Igual, mis amigos están en otra. Casados o en la joda”.

Otra vez la dimensión sensible impedimentada. Suprimida por una dinámica de relaciones de hombría que clausuran el efecto del llanto, la angustia, la añoranza por una mujer. La domesticación de la sensibilidad es el contralor y el sustento de la verdadera hombría.

7.5. ¿Cómo recuperar la virilidad?

Nacho no venía bien anímicamente. Sus constantes demostraciones de angustia lo confirmaban. Es domingo y son las 19.30 horas. Acabo de volver del Gimnasio de Nacho. Me escribió un mensaje aproximadamente a las 15.30 horas. Me dijo que me esperaba, que iba a estar arreglando la pieza. Aproximadamente a las 18 horas pasé por el Gimnasio. Estaban Nacho, su madre y su padre. Su madre acondicionando la pieza, y su padre algunas máquinas. Enseguida preparó el mate y comenzamos a charlar. Nuestro diálogo no se dio con toda comodidad. Nacho hablaba en tono bajo, y me hacía gestos con sus ojos y cejas indicándome que no podía hablar mucho (señalando la presencia de sus padres). Me dijo que estaba más tranquilo. Me contó que el sábado fue a ver a Albatros, que jugó en Marcos Paz. Luego volvió, comió en su casa y se reunió con sus compañeros del club. Fueron a un bar y bebieron mucho fernet. Luego, con dos compañeros, se dirigieron a otro bar de la ciudad. Me contó que mientras estaban charlando y tomando un trago, cuatro chicas comenzaron a mirarlo, y a “hablar entre ellas”. Las chicas se acercaron a él, empezaron a halagarlo y a acariciarle el pecho. Decía Nacho que admiraban sus atributos corporales vinculados a las formas y a la consistencia muscular. Le acariciaban el pecho. Me dijo: “yo no lo podía creer, me sentía superman. Los chicos (sus amigos) no lo podían creer y me miraban. No entendían nada. Me sentía ‘Coginson’”. Con “Coginson” quería expresarme, mediante

el juego lingüístico-fonético, como indicador, el lugar de quien coge, y de experimentado o acostumbrado a coger. Era el mismo inventario (y las adjetivaciones) de relatos e historias vinculadas a su vínculo sexual con alguna mujer. Presté atención a algún detalle que pudiera mostrarme algo de lo que me interesa: cómo construye su identidad masculina. También me recordé a mí, haciendo algo similar, en otros tiempos, con algunos de mis amigos. No era tan distante a mi experiencia lo que estaba haciendo Nacho, transformando una situación con cuatro mujeres en una travesía erótica. Y me lo estaba mostrando. Me contó que las cuatro le decían que querían “hacer el amor ” con él.. Y me advertía: “Ojo, yo sabía que no se iba a dar. Pero me sentía bien. Me hacía bien eso”. Dispongo de una pregunta a discutir, basada en un fundamento que reconstruí: las historias que siempre Nacho contaba tienen sus regularidades en el modo de narrarlas. Podría cambiar el nombre de las mujeres, y las historias –casi- serían las mismas. Como si tuviesen una matriz narrativa que las guía. Pero mi interrogación, o mi detenimiento tenía que ver con que si era sólo por este momento, que él entendía de malestar/soledad, que Nacho debía mostrarme a mí, que podía reivindicar su honor masculino, multiplicando por cuatro su capacidad de seducción. Me pregunto por eso. No estoy dudando de su historia, sino, pensando en el desenlace de la misma, y pensando (como siempre) en cómo se sostiene el atributo viril.

Siguió contando la historia. Me decía que volvió con sus dos amigos a charlar, y me repetía: “no sabés cómo me miraban los chicos. No lo podían creer”. Me dijo que sus amigos se fueron, y que él decidió quedarse un rato más en el bar. Luego de dar unas vueltas por el lugar, encontró a las cuatro chicas. Me contó que dos de ellas estaban sentadas, cansadas, y que las otras dos seguían halagándolo. Me dijo que al final, terminó su noche con una de las dos (me dijo “era linda, petiza, chiquitita, con tetitas, culito, linda boca. Una mina de veintiocho años. Linda mina”. Debo aclarar que nunca le pregunté cómo era la chica), en una habitación de un hotel alojamiento. Le pregunté si estaba contento, y me dijo: “sí, la maté, la reventé (así se ubica –y ubica a quien se relaciona- siempre en sus experiencias sexuales). Y la verdad que sí, la pasé bien. Volví a sentirme macho. Me sentí macho. Eso es lo que necesito”.

Me quedé pensando en esta última frase. Yo debía volverme a mi casa, y él tenía que sacarse una radiografía de su tórax. Nos despedimos. Le dije que me alegraba verlo mejor, y que al día siguiente tal vez pasara.

Nacho recompuso su estado varonil, según él. Eso que Gutmann (1998) expone como una oportunidad de diferenciar la verdadera masculinidad a partir de la idea de la

virilidad. Dice que algunos hombres, inherentemente o por adscripción, son considerados “más hombres” que otros hombres, tomando como patrón su rendimiento sexual (actuado, practicado o narrado) en relación, por supuesto, a la potencia sexual.

7.6. Esto es rugby. “No estamos jugando a las muñecas”

“Bueno, sí, te golpeaste, ya está, no llores porque no estamos jugando a las muñecas, ya va a pasar, les digo”, me cuenta Sabrina cuando algún niño se golpea. Sabrina incorpora la matriz diferenciadora interiorizada socialmente de lo que es *ser macho* o ser “marica” (podría asociarse al significado de ser gay). Y me sigue explicando:

“Es como que eso de ser macho, de jugar a las muñecas o... bueno, si no te gusta anda a baile, ¿viste? Esas cosas del machismo que, dentro de todo, también se los tengo que incorporar, porque son hombres. Pero a la vez a mí me respetan en todos los sentidos, no importa que sea mujer”

La misma diferenciación que me cuenta cuando, en los “tercer tiempo”, ella se ocupa de poner la mesa, servir a todos los comensales e, inclusive, sus compañeros hombres dan por sentado que ella no toma cerveza, y me cuenta: “y, tal vez, piensan que no queda bien que una mina tome cerveza a las seis de la tarde”.

Sabrina me cuenta que ha “aguantado cualquier cosa” que le digan, “como que las mujeres no sirven para el rugby, que no sé para qué juegan, que es un deporte de hombre, no sé, millones de cosas”. E incluso, me comenta como una humorada, que con el correr del tiempo en vez de decirle por su nombre, sus compañeros le pusieron “Mario”, y ella me dice, “yo me cago de risa, y hasta a veces es mejor. Hablan tranquilos, como si yo fuera uno más. Soy Mario de acá, Mario de allá, Mario traeme un fernet”. Sabrina sabe que atravesará su experiencia en una institución, como dice Sirimarco (2004)²³⁷, sobre-masculinizante como el rugby, encuadrándose en las representaciones que los agentes dominantes de ese espacio construyen sobre ella, más allá de su anatomía, del género (como registro de una forma de actuar, dice Segato), y de que alguna marca y posesión de virilidad, debe poseer. El cambio de nombre, de uno de mujer a uno de hombre, testimonia la eficacia en donde las relaciones entre género y poder tienen que ver con relaciones relativas. A decir de Sirimarco,

²³⁷ Sirimarco se refiere, en su trabajo, a la institución policial.

“La masculinidad, en tanto modalidad de actuación que presenta ciertas características, bien puede ser ejercida por mujeres...elijan posicionarse en el entramado jerárquico a partir de un discurso y una actitud que incorpora el imperativo de la virilidad —ser activo, prepotente, desafiante— y remeda el lenguaje masculino.” (Ibíd.)

En este caso, es cómo se la nominaliza y se la masculiniza al llamarla “Mario”. Para Sabrina implica una pérdida nominal, además de atributos asociados a lo que ella imagine sobre qué implica ser y sentirse mujer. Pero sabe que está en un mundo de y entre hombres, y que los valores de la institución la atraviesan de manera potente y eficaz, siendo ella una fiel portavoz y ejemplar institutriz de la verdadera hombría.

7.7. Caballeros y honorables

Hemos recorrido históricamente cómo se estructuró —y estructura- el rugby en Argentina y en la ciudad de La Plata. Desde los documentos históricos institucionales que ordenaron una ética en base al espacio deportivo practicado, hasta los relatos de los interlocutores que hoy le siguen otorgando la distinción moral que recae en dos categorías que venimos nombrando a lo largo del trabajo: *honor y caballerosidad*. Hemos hecho caso a Pitt-Rivers (1980) cuando expone que es necesario revisar cada cultura en determinados momentos históricos, porque el concepto de honor varía según las formas de legitimar los significados culturales. Es decir de desaprobado o aprobar determinadas formas de actuar o de pensar en relación al colectivo social al cual se pertenezca.

Aquí también se produce y reproduce el sentido del **honor** —y por lo tanto el deshonor-, que tendrá que ver con la puesta del cuerpo, con dirimir en cancha —y través de la fuerza física- aquel coraje físico, pero manteniendo la legitimidad histórica²³⁸ y por sobre todo la legalidad institucional²³⁹. Así se va estructurando lo que representa el *honor y el deshonor*. Que a su vez está revestido de gran importancia, porque será la marca distintiva que permitirá o no, pertenecer al espacio del rugby, cuyo acceso estará regulado en relación a la acumulación de capital social, económico y cultural, como ya

²³⁸ Asociado al carácter civilizatorio —histórico- argumentado desde el espacio del rugby.

²³⁹ Esto es, suprimir todo tipo de discusión entre rivales, o compañeros o el juez que impone el reglamento. Aunque en las observaciones realizadas durante distintos partidos disputados, aquella legalidad respetada por sobre todas las acciones —y sostenida en los relatos- no se cumpliera (hemos observado agresiones fuera del marco del reglamento y cuestionamientos varios ante fallos del árbitro).

hemos explicado. Pero a veces, el límite de lo *justo* o lo *injusto* (líneas divisorias que guardan relación con lo construido como honorable) recorren márgenes borrosos. Algunos interlocutores nos comentaban que aplicarle un golpe ilícito a un rival, durante el juego, significa la expresión máxima de la cobardía (es decir, de lo deshonroso). Sin embargo, es legítimo aplicar un golpe que dentro de la legalidad sería penalizado, cuando el rival sobrepasa –en alguna situación del juego- los límites del reglamento. Esto significa, según nuestros interlocutores “hacer justicia”. Es “vengar” una acción ilegal mediante la disposición de la fuerza, que llevaría a los cauces normales de lo que se considera *justo* en el rugby. Como diría María Verónica Moreira²⁴⁰ (en Alabarces, 2004), este tipo de acciones buscan nombrar el *código de honor* y organizar las pautas culturales –y corporales- del colectivo. Así, se intenta regular -todo el tiempo- la base del honor en el rugby, e implica dirimirlo, según Moreira, en combate, en duelo, y si es necesario, en venganza.

Se delimita así otro borde. Lo que sucede dentro de la cancha, y fuera de ella. Los agentes logran separar tiempos y espacios. Acceden a concebir dos espacios que, en apariencia, consideran diferentes: antes y después del partido²⁴¹. Luego de la disputa también se hacen cuerpo el *honor* y la *caballerosidad*, que se traducirán en el “olvido” de toda acción agresiva (propia o ajena), y donde la noción de tiempo se transforma. Queda evidenciado, ante la relajación de los cuerpos, que ya no se buscará justicia, que el tiempo para eso, pasó. Sólo se mantienen reglas de camaradería y cortesía, históricamente argumentadas. La deshonra de volver el tiempo atrás, intentando salvar el honor (afectado en alguna acción del juego), podría desembocar en la expulsión del espacio de pertenencia.

Según Hilario,

“el rugby es un deporte agresivo ya de por sí, es un deporte que se golpea. Vos fijate la cantidad de lesiones que se podrían llegar a producir si vos no tuvieras honor y caballerosidad: un montón. Porque vos en muchas situaciones de partido tenés un rival metiéndote con la cara de tu lado, que si vos sos mala leche, al pibe ese le rompés la cara o le rompés un hueso. Y no suceden esas cosas.”

²⁴⁰ María Verónica Moreira piensa los códigos de honor entre grupos de hinchadas del fútbol argentino. Su observación nos permite también pensarlo para el espacio del rugby, teniendo en cuenta las diferencias y las lógicas distintivas de los dos espacios.

²⁴¹ Ya hablamos del “Tercer tiempo”. Aquí se pone en juego la expresión de *cordialidad*, *camaradería* y *cortesía* hacia los rivales. Es interesante pensar en el consumo de alcohol como práctica de tolerancia, emparentada con los modos masculinos de *soportar* mayor grado de ingesta de bebidas. En las observaciones realizadas durante los “Tercer tiempo”, todos los participantes consumían alcohol.

Los agentes estructuran así las formas de pertenecer a un espacio distintivo, como es la práctica del rugby en Argentina. Y además, son cuidadosos en respetar y mantener los *códigos de honor*, que les permiten, ni más ni menos, identificarse con formas de legítimas de *ser hombre*. Garantía necesaria –y suficiente- para reforzar identidades en juego.

“¡Ahí se demuestra la caballerosidad! La palabra clave en eso es caballerosidad, pero es una cuestión de respeto, ellos son los rivales y vienen ellos acá, esta es tu casa; vos tenés un invitado a tu casa”, dice con euforia Agustín, asociando la caballerosidad a la capacidad de demostrar valores de camaradería a los demás. Y delimita el “tercer tiempo” como la posibilidad para demostrar cuán caballero se es. George Mosse (2000) rastrea el concepto de caballerosidad en la Inglaterra del Siglo XIX, y cómo es reapropiado según las prácticas de las clases medias para validar sus formas morales de actuar y ver el mundo, y de sus costumbres. Dice Mosse, como dijimos más arriba, que la caballerosidad no sólo se emparenta con las capacidades físicas (fuerza, coraje, virilidad) del caballero, sino que también se imbrica con los comportamientos que recomienda el modelo civilizatorio: educado, correcto, medido, refinado. Complemento de virtudes asociadas al rugby desde los comienzos de la práctica en Argentina, y en La Plata. Ya nos detuvimos en la función paraestatal de formación de caballeros del rugby. Pero el pasaje hacia ser un verdadero caballero, dice Mosse, estaba vinculado con la práctica del duelo, como demostración de una “forma de ser” distintiva:

“El duelo se celebraba en virtud del honor masculino, y el concepto de honor habría de perdurar, relacionado con el valor o la sangre fría que se necesita para defenderlo. El honor aristocrático estaba ligado al poder de la sangre, iba unido al noble linaje y a la estirpe. La negación del respeto debido al rango de una persona era una de las causas más frecuentes para el duelo. El honor, según la tradición de la caballería, iba unido al propio individuo, a su reputación, categoría y dignidad. Pero el concepto de honor también conllevaba un ideal de virilidad –ser llamado cobarde era el peor insulto-. Edmund Burke no fue el único escritor que igualó caballería con virilidad para referirse al heroísmo y al sentimiento generoso. Coraje y osadía eran algunas de las virtudes que un hombre debía poseer; también se esperaba por fuera compasivo, leal y ennoblecido por el amor puro de una mujer[...]Las llamadas cualidades masculinas del honor aristocrático habrían de durar, al igual que el ideal de la caballería, no sólo como una metáfora muy utilizada, sino como medio de suavizar las aspereza de la masculinidad” (Mosse, 2000:23-24)

Gerardo me explicó, contundentemente, qué es la caballerosidad para él y la forma de poseerla y conservarla.

“La caballerosidad ya te lo dije, vos te terminás de cagar a palos con un flaco, termina el partido y lo saludás. Charlás en el tercer tiempo y muchas veces te podés llegar a cagar a puteadas en el partido, pero en el tercer tiempo lo tratás de atender bien. Dentro de la cancha le das un golpe bárbaro. Te dan un golpe bárbaro y yo si tengo tiempo le doy la mano para que se levante, que se yo, capaz que ahí está la caballerosidad, porque es contacto extremo, porque vos ponés el cuerpo y el otro también, y al mismo tiempo no buscas lastimar. Sí buscas lastimar pero buscas lastimar para ganar, no para lastimarlo al flaco. De última si lo lastimas ‘che, ¿estás bien?’. Eso es constante, yo lo hago y los demás clubes lo hacen, cuando te quedás debajo de un codo de un rugby tenés el aire contado y no te siguen clavando el codo para que te mueras, te ayuda a levantar. Ahí es el gesto caballeroso. Y el honor, en mi experiencia, es nunca bajar los brazos, seguir siempre como sea, con lo que te queda, tanto en el entrenamiento, como jugando. Eso es honor. Si a vos te embocan y vas a la mitad de cancha tenés que ir así, a buscar de nuevo y buscar y buscar. Eso es el honor, el amor propio, es algo que no se tiene que perder”

El honor es algo que se posee, se alcanza. Pero también se puede perder, dice Gerardo. Pero si se pierde, vuelve a decir, se puede recuperar. La caballerosidad recubre una forma honorable de actuar en el rugby. Una imagen que expone Gerardo es la de “el rugby es un deporte de animales jugados por caballeros”. Es la bravura y el impulso agresivo, complementado con la templanza. Con la verdadera característica de un heredero de aquel legado y aquellas tradiciones que marcaron a los “de afuera” y a “los de adentro” del rugby. Damián, que además es portador del honor de su padre, sostiene que ser un caballero es domesticar esos impulsos, esa agresión inherente a la dinámica del juego:

“Yo por ahí lo veo por ejemplo en un partido cagarse a palos o tener mala onda, y cuando termina el partido te saludás. Vas el tercer tiempo y terminás hablando. Por ahí muchos lo piensan como una falsedad, pero yo te digo cagarse a palos en el buen sentido, yo a mí, si me dan una patada en la cabeza no lo saludo, chau. Eso no es honor, no del tipo que te da una patada en la cabeza y después te salude; si te da una patada en la cabeza es mala gente y no le interesas.”

Ser caballero implica un sistema moral de “buenos” y “malos” tipos. Los que responden a ideales que se reproducen éticamente en el rugby, son los “buenos”. El resto es deshonorado. Y eso se aprende, se reproduce, se interioriza, según Agustín, en el ejemplo que los más experimentados le dan a los niños y jóvenes. En la manera de entrenarse, de manejarse fuera de la cancha, de “enseñar con el ejemplo”. Ya hablamos de la jerarquización etaria, y es fundamental según Agustín. Porque el honor se consigue de arriba hacia abajo. Y demanda un esfuerzo, dentro y fuera de la cancha. Dice que afuera de la cancha “hay que comportarse como caballero. Tenés que ser un

señor”. Un señor para Agustín es reproducir el imaginario emparentado con “lo inglés”. Hombres medidos, educados y elegantes:

“Sí, de elegancia, más en el deporte de origen, del inglés viene eso. Se transmitió, durante décadas. ‘La camiseta adentro, las medias arriba’. Es un poco eso, elegancia, pero viene de esa tradición, justamente de los ingleses.”

Recorrimos los sentidos asignados a la cultura inglesa y francesa vinculada al deporte y a las clases sociales en Argentina. Lo que dice Agustín parece encarnarse en los cuerpos. La cultura del *gentleman* y del *fair play*, emparentado con lo denominado como “lo inglés” se reprodujo, desde los boletines históricos fundacionales hasta los actuales. Se incorpora esa noción de honor desprendida de ese sistema cultural y moral mediante, por ejemplo, los “banderines de honor” entregados a fin de cada año, a los niños y los adultos jugadores. Sabrina dice que ahí ves “lo que es el verdadero honor. Cuando se entregan los banderines”. Es mediante otra ceremonia, donde se certifica y cualifican esos atributos a los jugadores que mejor los portaron, los poseyeron, los cuidaron, no los perdieron. Sabrina explica el argumento meritocrático entre los niños:

“El banderín de honor se lo damos al chico que respetó al profesor, al chico que no faltó nunca. No al que mejor juega, no. Siempre se lo aclaramos a eso. El banderín de honor no se le da al que mejor juega, es el que se portó bien en las clases, es al que respetó al profesor, al que se mandó menos líos, al que, cuando el profesor habla, escucha. Como que se valoran todas esas cosas, no el, “Ah, qué bien jugás”. Porque el que juega el día de mañana va a ser premiado de otra forma, porque va a jugar bien. Pero se trata de... Bueno, por ejemplo, tenés el banderín de honor que se lo das, ponele, al más aplicado.”

El banderín como la materialidad de lo “bien hecho”. De la conquista de lo esperado. Una razón disciplinante y educadora. Toda institución materializa su sistema ético y moral de alguna manera. El banderín constituye la certificación hecha cosa de que se alcanzó el honor, según los preceptos morales que marcan el espacio.

Pero la categoría de honor atraviesa fuertemente el espacio del rugby en Argentina. Y no es casual. Si dijimos, como hipótesis, que el rugby era una de las instituciones que reponía los valores morales, éticos, políticos, culturales y sociales de la modernidad, y del proyecto denominado civilizatorio, dice Gayol (2008) que la exaltación del honor, justamente, era un componente esencial para la Argentina en formación. Sobre todo, para la cultura burguesa.

El honor, en el rugby, se emparenta con la reputación. Con una forma de ver y ser visto, de considerar y ser considerado, de evaluar y ser evaluado, de respetar y ser respetado. Dice Gayol al respecto de la necesidad de los sectores dominantes (en su espacio de sociabilidad y hacia el exterior del mismo) de instaurar jerarquías en el plano, también, de lo simbólico,

“La preocupación por la diferencia, el afán por instaurar las jerarquías e imponer criterios distintivos naturalmente no eran nuevos, pero sí adquirieron a partir de 1880 un vigor y una intensidad inusitados. En la fiebre por el dinero, la transformación de la riqueza en el factor más gravitante de estratificación social, la vocación por el ascenso, logrado por algunos y anhelado por todos, las elites vieron una amenaza real o imaginaria a su existencia, lo que desató un frenesí por marcar su distinción y una disputa por fijar e imponer criterios a partir de los cuales se dirimieran las jerarquías de prestigio. La retórica del honor y la praxis del duelo tienen que inscribirse en este horizonte de referencias” (Gayol, 2008:16)

Como insiste Gayol, el honor proveyó un lenguaje. Es la retórica del honor y la caballerosidad que la contiene en el rugby, como cimientos de la respetabilidad social lograda por sus participantes y, a su vez, como mecanismo de diferenciación. Para Gayol ser un *gentleman* no era un atributo obtenido de la posición social que se ocupase. Era una condición lograda, “con esfuerzo y esmero. Un determinado despliegue de gestos, actitudes y palabras, expresados con naturalidad pero evidentemente aprendidos, hacía un caballero” (Ibid.:21). Lo que se lograba, era la distinción. Esa marca que separa y que une a un colectivo respetable y honorable: de verdaderos caballeros. Esta marca que es al mismo tiempo el destierro de todo lo que tenga que ver con la irracionalidad y la bravura, atribuida a otros grupos sociales, otra vez, como operación de identificación.

Nacho supone entender la operación simbólica del honor, diciendo que:

“El honor para mí es ir al club y que me reconozcan, ‘Uh, mirá quien está’. Y que me conozcan todos, que todos los pendejitos del club sepan quién soy y que te mimen, sentirte perteneciente a un grupo, sentirte perteneciente a un lugar, que vas al club y hago lo que se te canta el culo en el club, siempre con respeto, pero hago lo que se me canta el culo en el club; llevo a quien quiero y es mi casa y yo la muestro con honor a mi casa, con felicidad que es mi casa. Hay cosas que me hacen sentir parte de eso, o sea, yo hoy estoy construyendo para el club y eso es lo que te genera el honor. El honor es de repente leer el diario del domingo y leerlo en la formación del equipo titular de la primera. El honor es saber que vos vas y te reconocen los dirigentes, en Albatros, no sé qué pasará en otros clubes porque lo desconozco. En Albatros saben quién sos, saben a qué te dedicas, los pendejos acuden a vos a preguntarte: che, vos que sos profesor de educación física, ‘¿hago esto?, ¿hago lo otro?’. Los pibitos del club te ven, te toman como ejemplo, o por lo que sea, pero saben quién sos, ¿me entendés? Eso es honor, el honor me lo

tomo así, no el honor por salir campeón que estaría bárbaro. Pero, como te digo, el honor por darte cuenta que con esfuerzo, de romperse el orto yo llegué a ser lo que estoy siendo hoy.”

En el caso del rugby, el honor específico intragrupal²⁴², y el beneficio que trae aparejado resistir, someterse al dolor corporal, tanto en los entrenamientos como en competencia, vinculado –históricamente- a garantizar un espacio estructurado en base al modelo de masculinidad moderno. Quizás sea el reconocimiento de mayor valía: garantizar, institucionalmente, los modos de ser *macho*. Emparentado, claro, con la dimensión social de clase. Sostener la autopercepción relacionada al prestigio social atribuido, demanda el sacrificio de exponer el cuerpo al dolor. Y excluye, por contrapartida, a quienes no se sometan a la práctica, ni puedan (por “naturaleza biológica”) solventar materialmente la lógica *amateurista* del rugby.

Ser caballero y honorable se demuestra, dicen los interlocutores. El silencio en los entrenamientos señala respeto a las autoridades. La cuestión jerárquica hacia el capitán, también es una prueba de solventar los atributos dignos de un caballero. Como describe Nacho:

“por ejemplo el respeto al capitán; si el capitán dice ‘todos al piso’ y es todos al piso. Que a veces parecen absurdas pero sirven para el orden, no es de facho, sino es una cuestión de orden, de referencia, cuestión de que al tipo más viejo hay que respetarlo, que el pendejo tiene que cerrar el orto”

Gayol nos recuerda que el honor fue y es un derecho constitucional, garantizado por el Estado mediante el Código Penal. Se refiere al honor y su validez, en relación a lo que un individuo pueda demostrar en tanto su honestidad laboral, de administraciones de bien público, del intelecto y coraje para enfrentar diferentes situaciones peligrosas, con calma y racionalidad. Como también se refiere al manejo del cuerpo y sus destrezas.

Aquí hay una concordancia entre el modelo europeizante instaurado en 1880, y en los modos que derivaron en la regulación de un Estado que optó por el plan civilizatorio, en tanto las conductas de sus ciudadanos, y la estructuración moral vinculada a la institución rugby: desterrar los gestos de bravura, de barbarie. Ni más, ni menos que responder al imaginado orden y respectivo código de conducta pública instaurado por el proyecto de la Argentina moderna (Gayol, 2008). El rugby educa hombres, les enseña a responder ante agresiones, dicen los interlocutores. Modera y media en la interposición de agresividad y racionalidad. El rugby prepara verdaderos

²⁴² Hemos discutido también la cuestión del honor, en el trabajo ya citado, elaborado junto a Julia Hang.

caballeros: viriles, fuertes, corajudos y pensantes. El rugby produce verdaderos ciudadanos. Pero el dilema para pensar una supuesta reproducción de las desigualdades es, como diría Elias (2009 [1977]), que el movimiento civilizatorio de las costumbres, las prácticas, y el lenguaje, más allá de la emergencia de los Estados-Nación, implicó la privatización de todas las funciones corporales. Es decir, todo lo que no haya estado al alcance del Estado y sus instituciones reguladoras, podrá significar un modo de concentrar, conservar y reproducir un orden desigual de las prácticas sociales y culturales, al constituirse en espacios privados y círculos de producción de privilegios.

7.8. Los otros. Relatos ¿subalternos? en torno a la masculinidad en el rugby

Cuando hablamos de posiciones y relatos subalternos, la intención es reponer la cuestión del poder. Y sobre todo, la cuestión de procesos que tienen que ver no sólo con las diferencias de clases, sino con los proyectos políticos y culturales puestos en acto y recreados –continuamente– por diversos colectivos. Pero en este caso pensaremos al proyecto que organiza política, ideológica y culturalmente la institución rugby que, como ya describimos, mantiene relación a nivel macro con grandes proyectos políticos, económicos, culturales y sociales. Pero la eficacia de ese proyecto hegemónico justamente se puede analizar pensando en qué es lo “otro”, y qué es lo que se adhiere a lo hegemónico, respondiendo a lógicas de dominación en la manera de mirar, sentir, pensar y actuar en el mundo.

La hegemonía permite volver inteligibles las relaciones entre diferentes grupos desde el punto de vista cultural. Expresa el resultado de tensiones entre diferentes fuerzas con equilibrio precario, que debe ser cotidiana y constantemente renovado en todos los ámbitos de la vida social y colectiva, a pesar de ser capaz de aglutinar en torno a “su cultura” al conjunto del bloque social (González, 1986). La hegemonía jamás puede ser individual, su trascendencia está dentro de otra escala de representación en la cual las clases-estatuto entran en juego (Fossaert, 1980). Para analizar la construcción de hegemonía, se debe pensar en la legitimación como el funcionamiento de espacios sociales y la adhesión de los agentes a sus correspondientes reglas de juego. Hay legitimidad cuando se da un reconocimiento por parte del conjunto de los agentes de la necesidad de esa relación desbalanceada de autoridad cultural (González, 1986). Es la autoridad la que confiere a la *fuera bruta*, el reconocimiento de que no solamente es fuerte, sino justa, buena, bella, útil y necesaria (Accardo, 1983). Por lo tanto, el

dispositivo de legitimación de una dominación tiene siempre un doble mecanismo: por un lado, es un acto de reconocimiento y, al mismo tiempo, un acto de desconocimiento de las raíces sociales de la dominación (González, 1986).

Estudiar ese doble mecanismo en el deporte y sus diferentes apropiaciones sociales, significa hacer visibles las lógicas de producción legítimas de sus usos y configuraciones que marcan, siguiendo a Bourdieu (1998[979]), distinciones entre la construcción del gusto, y por consecuencia, de las diferencias y desniveles en la economía cultural entre los estamentos sociales.

Hemos narrado la historia de Sabrina y de Fabián, marcando un rasgo distintivo en sus trayectorias, su origen social y, en el caso de Sabrina, su dimensión subalterna en clave de género, en un mundo pensado, modelado, narrado y practicado por hombres. También agregaremos la historia de Claudio, para pensar en el poder y en la autoridad de un proyecto dominante, en tanto la legitimidad que le confieren sujetos que, dentro del campo, son la excepción: en la posición y disposición material y simbólica. Desde la estructuración del lenguaje, hasta la modelación de los cuerpos, denota la autoridad y la potencia de la legitimidad de un proyecto estructurado para formar pequeños espacios de sociabilidad. En Sabrina, Fabián y Claudio, la pregunta que nos cabe es la pregunta por “los carentes”, siguiendo a De Certeau (2006 [1999]), en relación a la tendencia de las trayectorias dentro del campo del rugby. Ninguno de los tres nombrados tiene punto de contacto alguno en relación a las trayectorias dominantes dentro del rugby. Es decir, a través de ellos, podemos pensar la eficacia de un proyecto dominante, pero desde posiciones subalternas. La subalternidad entendiéndola como el lugar del “débil”, aunque con la esperanza de que la astucia lo lleve a subvertir el orden del “fuerte” (Ibíd.). Pero claro, pensar en la fuerza colectiva de una inversión del orden, sería muy dificultoso y es propósito para otra tesis.

Hablar de lo subalterno, entonces, implica asumir que pensaremos en lo dominado, dentro de una escala jerárquica, en el nivel de “lo otro”, de lo que está en inferioridad en situaciones de hegemonía (Alabarces, 2002a)

Sabrina dice que, muchas veces, padece su estadía en el Club. Desde cambiarle su nombre a uno masculino como ya explicamos (y aunque ella acepta ese gesto de coerción y autoridad), a ubicarla en el lugar que, supuestamente, significa la protección maternal de los niños, la sensibilidad necesaria (y justa) para su educación sentimental. Con sólo pensar que hay una sola mujer en el *staff* de entrenadores en todo el club, es un dato que, en términos de igualdad de género, la sitúa en posiciones desniveladas: en las

formas de reproducir lenguaje, de inscribir sus marcas y gestos corporales y, sobre todo, tener que actuar de forma eficaz frente a sus aprendices bajo los preceptos performativos de la masculinidad dominante.

Fabián no recorrió todas las instituciones ni los grupos de sociabilidad necesarios y habilitantes para pertenecer al rugby. Él asegura que es feliz jugando rugby. Sin embargo, su esquema de percepción y clasificación le permiten distinguir y distinguirse, rápidamente, en cuanto quién es él, en relación a sus compañeros. Tanto, como para sentir que no persigue la tendencia estética y retórica de su grupo de sociabilidad deportiva, ni los gustos en los consumos culturales. Su relato exhibe una soledad de un “otro”. Un “otro” en un espacio para “otros”. Desde la pertenencia barrial, a la ocupación suya y de sus padres, el capital escolar acumulado, no comulgan con la disposición necesaria para integrar el espacio. Pero la garantía, la variable que Fabián muestra, es la credencial que le aporta su tío y sus años en el Club, ya sea como jugador o como prestador de servicios comerciales. Tanto Sabrina, como Fabián, sin embargo, reproducen exactamente aquella retórica del honor y la caballerosidad, con todo lo que eso recubre cultural y simbólicamente. Que se materializa en sus cuerpos y en sus destrezas performativas a la hora de compartir espacios en el club. La pregunta que nos moviliza es qué los lleva a jugar al rugby, al igual que a Claudio, que a continuación pensaremos en su historia. Pero la pregunta no expone un impedimento. La clausura ya está marcada desde las formas institucionalizadas de practicar rugby históricamente. Tal vez ellos tres sean parte de las excepciones que dichas instituciones (constructoras de criterios de privilegios sociales) admitan, excluyendo de los sujetos de excepción, las propiedades que sirven de legitimidad primera y fundamental.

7.8.1. Claudio, el “changarín”

Luego de varios encuentros con Claudio decidí profundizar en la charla y en algunos temas que a mí me interesaban saber sobre él. Otra vez un viernes (yo tenía estipulado que los viernes, cerca del mediodía, lo encontraba regularmente), nos encontramos en el Gimnasio de Nacho. Luego de saludarnos y de preguntarnos cómo andábamos, dejé pasar un momento, me acerqué a él, y le pregunté con quién vivía. Me dijo que vivía en una pensión, con ocho hombres más. Y enseguida me dijo que se quería mudar, pero que los costos de un posible alquiler de departamento, eran muy elevados para él: “por las inmobiliarias, más que nada”. Aproveché para preguntarle si

trabajaba, y me dijo que “no, sólo unas changas de pintura y colocación de durlock”. Claudio habla con una tonada que, en tendencia, no tiene que ver con la entonación y la pronunciación habitual de quienes viven en la provincia de Buenos Aires. Los datos de la pensión ubicada en la zona de la terminal de trenes, espacio donde los alquileres son menos costosos (dado el estigma construido en relación al establecimiento de varios prostíbulos, entre otras actividades que se enmarcan fuera de “lo legal”), sus prácticas de “changarín”, y los modos en que Nacho se dirigía a mí, delante de él, me generaron una pregunta que atraviesa mis prejuicios sobre el campo estudiado: *¿por qué Claudio juega al rugby?*, y a la vez *¿por qué no podría hacerlo?* Desde mis prejuicios, pero también desde mis intereses de indagación, comencé a pensar en el lugar de Claudio, dentro del rugby. Nacho estaba relajado, y se dirigía a mí como siempre. Era la primera vez que no lo había percibido distante, siendo que había un compañero de su club. En el resto de las situaciones, Nacho establecía una distancia en la manera de dirigirse hacia mí, lo cual me permitía percibir la separación de su mundo de pertenencia, del construido conmigo. Pero esta vez no. Y me llamaba más aún la atención, reconstruyendo la información que Claudio me había contado sobre su vida.

Mi rutina duró cuarenta minutos aproximadamente. En el gimnasio sólo quedábamos Nacho, Claudio, una joven colombiana (le pregunté a Nacho de dónde era, porque su tonada me indicaba que no era argentina) y yo. Claudio terminó su rutina, se dirigió a su mochila, sacó su frasco de proteínas en polvo, y fue a los vestuarios. Quedamos los tres y Nacho, sin reparar en la escucha de la joven, de nuevo me expresó sentimientos de incomodidad en relación a su pareja. Percibí que esta vez no le importaba que la joven lo escuche, ni que Claudio, a la vuelta del vestuario, también escuchara sus malestares de pareja. Esto, creo, es la primera vez que ocurre: Nacho hablando conmigo de sus intimidades de pareja, delante de un compañero de su club. Esto refuerza una pregunta que tal vez me indique las formas de actuar de Nacho, en referencia a mostrar su dimensión sensible, frente a quién y en dónde: *¿por qué Nacho habla, relajadamente, delante de Claudio, y no de otros de sus compañeros?* La relación y los supuestos que podría establecer, en primer orden, es la condición de Claudio dentro del grupo, tal vez. De nuevo la exposición sobre las representaciones jerárquicas de la grupalidad.

Claudio trajo mate y comenzamos a dialogar los tres. En realidad, Nacho hablaba sobre sus “problemas de pareja”, yo de vez en cuando preguntaba algo o lo aconsejaba, y Claudio sólo escuchaba. Sentí que ese era el momento para abrir el diálogo hacia

Claudio, en presencia de Nacho. Entonces le pregunté a Claudio (aprovechando una de las pausas de Nacho), si tenía novia. Me contestó: “no, ojalá. Estoy más sólo que un perro”. Le pregunté si salía a la noche a tomar algo, como dispersión, y si lo hacía con alguien, o si tenía alguna compañera de facultad que le gustara (me equivoqué en preguntarle sobre alguna “chica”, en vez de categorizar como “alguien”, dejando abierta la posibilidad de que Claudio, en el caso de ser *gay*, no tuviera problemas en compartirlo. También entiendo, con más o menos prejuicios, que el rugby no es precisamente, el espacio contemporáneo para desplegar otro tipo de identidad de género que no sea la masculinidad moderna tradicional). Me dijo que “nada”. Además de “no puedo, vivo con lo justo”. Fue ahí donde Nacho me explicó, sobre Claudio, “el gordo hace de todo, cualquier tipo de changas. Contale gordo lo que haces”, como habilitándolo a hablar. Claudio no es de hablar demasiado, por ejemplo, comparándolo con Nacho. Me contó que hace trabajos de albañilería, pintura, y “lo que sea, aprendo”. Con esa información, le pregunté (luego) a Nacho si le cobraba la cuota por ir a su Gimnasio. Nacho me dijo que no, “pobre gordo, anda justísimo”. Lo creo importante porque luego Nacho, se dirigió a Claudio, y de modo imperativo le dijo: “Gordo, me tenés que hacer una copia de una llave, acá a la vuelta, en la cerrajería”. Luego me miró a mí, y le agregó a Claudio “yo porque no quiero dejar el Gimnasio solo”. Claudio asintió con la cabeza, a lo cual Nacho dijo “¡Grande gordo! sos un genio!”. Yo me pregunté por qué no me lo pedía a mí. Como supuestos, para desarmar tuve tres respuestas iniciales: 1-que yo le estoy pagando a Nacho para ir al Gimnasio, lo cual podría condicionar su pedido. 2-La edad de Claudio. Es el más joven de los tres, y la jerarquía generacional se aprueba y se confirma en cada momento. 3- La posición subalterna de Claudio en relación a Nacho, dentro de su grupo de rugby.

Retomaremos en las conclusiones cómo se interioriza, en estos tres casos que entendemos como sujetos en posiciones subalternas, la cultura que estructura, nivela y desnivela la economía cultural del rugby.

9. Reflexiones finales: ¿por qué pensar la clase social, el género y la identidad desde el rugby? Preguntas para abrir el campo de análisis

El rugby, en la ciudad de La Plata, enmarcado en un contexto nacional, ha sido y es un espacio de sociabilidad de los sectores mejor posicionados en la estructura socioeconómica. Pero también, quienes han tenido y tienen la legítima autoridad cultural que les confiere esas posiciones para nombrar el mundo, vivirlo y determinar como dominantes ciertos valores e ideas, como hemos pensado a lo largo de esta tesis.

Como dijimos, ha sido, desde las primeras décadas del siglo XX, uno de los espacios de garantía para crear y recrear un círculo de privilegios. Para construir la distinción, frente a otros campos del espacio social, con notable capacidad de diferenciación, tanto en el sistema de valores construido como legítimo, como en la posibilidad de modelar un cuerpo acorde a esos valores, distinguido por materializar una estética dominante entre los diferentes colectivos sociales. De la misma manera que se construía material y simbólicamente la diferencia y la distinción, se produjo la deslegitimación de otros grupos sociales que elegían (el fútbol, por ejemplo) como espacio de operador de identidades sociales.

Entre las discusiones y desplazamientos de los sectores dominantes de la Argentina de principios de siglo XX, hacia deportes como el rugby, el polo o el hockey, se fue consolidando una matriz de pensamiento y un esquema de percibir y actuar en el mundo. Es el correlato del afianzamiento del proyecto político, económico, social y cultural de la Argentina de 1880. Basado en las pautas civilizatorias, a decir de Elias, exportadas directamente desde Europa por la clase dirigente –y dominante- local. Se trataba, directamente, de la emulación de un proyecto que civilice a los nuevos ciudadanos que, bajo la órbita del Estado emergente, modele sus prácticas y guíe sus pautas morales hacia la del “ciudadano ideal”: educado, refinado, noble y honrado. Un ciudadano “decente” que, justamente, coincidía con las características étnico/sociales de los nuevos colectivos integrados a la Patria naciente. Es el modelo europeizante, sostenido bajo el precepto del “progreso” y la razón como sistema para des-cubrir el mundo, un mundo de relaciones de producción capitalista. Pero a pesar de la fuerza homogeneizante del nuevo Estado, también se construyeron y administraron las diferencias desde la órbita estatal. Se delimitó, por oposición, y por una operación de diferenciación imaginaria (y material) a quienes no entraban en ese sistema moral, productivo, a la idea de “ciudadano ideal”. Los límites fueron más allá de nombrar lo legítimo: los “invisibles” fueron contruidos como los “no decentes”, los “indeseables” de una Nación que se erigía bajo estándares morales cuya marca en el comportamiento sería regulada por el Estado, y sería resguardada por el refinamiento de las costumbres

bajo la interiorización de pautas de convivencia, alejadas de la violencia social y cultural. Se estaba gestando una Nación civilizada, donde los conflictos se dirimirían institucional, legal y legítimamente en el campo de la política, y ya no por iniciativas individuales o prácticas ilegales.

Hay un nuevo modelo donde basar y guiar el comportamiento. Es el de la razón, que se liga con los ideales europeos, y coincide con el de la “gente decente” que comienza a construir, por iniciativa del Estado, un imaginario de un “ser argentino” que suscribe al modelo civilizatorio exportado, como modo legítimo y correcto para moverse en el mundo social. Es el proyecto de las elites argentinas, que mediante instituciones como la escuela u otras dependencias estatales manifiesta su absoluta adherencia a la idea de una “paz”, una “armonía social” y un “respeto mutuo” entre sus ciudadanos, a partir de las costumbres que empiezan a ser controladas desde el Estado, y su esquema moral dominante, que no es ni más ni menos, que el de los sectores que ocupan posiciones de privilegio, tanto en la órbita estatal, como en la privada. Es el tiempo de la sensibilización de las prácticas, de forjar una identidad nacional que, a su vez, discipline a los sectores subalternos, en el marco de un proyecto hegemónico sustentado y contenido no sólo en las relaciones capitalistas en auge, sino en el sistema moral que implicaba y traía añadido ese modo de vincularse cotidianamente, respecto a los nuevos modos de producción. Esa identidad nacional, coincidirá, justamente, con argumentos étnicos/territoriales/morales dominantes: de origen blanco, cuya conducta moral se sostenga en la razón como modo de alcanzar el ideal de ciudadano. Frente a lo “otro”, que se identificaba y cualificaba (de forma estigmatizante) como lo “no deseable” para una verdadera patria civilizada. Es que había sectores que el Estado debía domesticar mediante la escuela principalmente, y bajo un orden coercitivo y legal.

Estos criterios de diferenciación y estos “regímenes de clasificación” fueron impulsados por las elites, pero naturalizados, según Heredia (2012), por los grupos más y menos perjudicados. Es decir, podemos pensar en la relativa relación de fuerzas, dentro de un proyecto hegemónico, entre dominantes y dominados. Esto es, como afirma Adamovsky (2012) que el mito de la Argentina “europea” no fue sólo un invento de las elites, sino que también era un proyecto alimentado por los nuevos inmigrantes, debido a que esa imagen de una Argentina de tierras abiertas iba a ser ocupada y “civilizada” por ellos, desplazando a los “bárbaros” locales, que no eran otra cosa que una imagen del pasado.

Comienzan a edificarse en los círculos privados, aunque también algunos estatales, los criterios de respetabilidad que marcarán la verdadera distinción de clases, de posiciones y disposiciones en la nueva Argentina capitalista. Los “regímenes de clasificación” empiezan a operar (y ser operados) con una eficacia notable. El agrupamiento social, a partir de la acumulación de capital cultural, económico y social, comienza a demarcar y construir, para siempre, una sociedad jerárquica y desigual. Los circuitos de las clases dominantes, que ya internalizaban pautas civilizatorias en el seno de sus familias (debido al continuo contacto con la cultura europea), se iban conformando en diferentes campos del espacio social. El deporte será fundamental, en la ciudad de La Plata y en Argentina, para delimitar qué sentido se le otorga al tiempo libre y al ocio según la posición de clase vivida y experimentada por los colectivos dominantes, en relación a los dominados, claro.

El rugby, desde la década de 1910 en adelante, se cristalizará como el círculo de contención y tránsito de personajes que obtuvieron u obtendrán prestigio social. El rugby será uno de los espacios donde se reproduzca esa cultura europea deseada por las bases de conformación de una nueva Nación. Será el espacio deportivo de distinguibilidad en la ciudad de La Plata, ciudad inventada bajo la mirada iluminista y racional del proyecto civilizador. Será el lugar donde se perpetúe el sistema moral que distingue a los caballeros y a los honrados hombres, cuyo prestigio social atribuido en la ciudad, se confirmará en la participación de un juego cargado de rudeza y agresión física. Es que también es el espacio donde se reproducirá el modelo masculino dominante por excelencia, según los criterios de clasificación de lo que, para el Estado, será un *verdadero hombre*: templado, racional, culto, educado. Pero complementariamente viril, corajudo, audaz y valiente, con una hombría a sostener ante cualquier contingencia.

El rugby significa, como hemos repasado en la ciudad de La Plata, dentro de un contexto nacional, el espacio de atribución y conquista de un prestigio social reconocido entre círculos de privilegio. Es una escuela moral distintiva, donde se clasificó, históricamente, lo que significa ser un verdadero hombre, a partir de un sistema de pautas dominantes y hegemónicas, emparentadas con el atributo de la heteronormatividad y con la exaltación de la virilidad, dentro y fuera del campo del rugby. El origen social y las trayectorias de los sujetos investigados demarcan las propiedades y la legitimidad propia y reconocida como principal para pertenecer al campo. El capital cultural adquirido, más una trayectoria emparentada con una “buena

familia distinguida” (reforzando la idea de los legados, como modo de reproducir y sostener el prestigio social), se emparentan no sólo a la posición compartida, en términos de clase, en relación a la posición en la estructura social y económica de los sujetos, sino también en la capacidad, destreza y poder de administrar las diferencias culturales y simbólicas.

Desde la estética, la retórica y la moral, el rugby se ha erigido como un espacio de distinción, y a la vez de invisibilización de unos “otros”. Bajo el relato del amateurismo, también se configura el límite de las posibilidades materiales y simbólicas de participar o no del espacio.

El rugby es “escuela de vida”, dicen los interlocutores. Espacio de sociabilidad de sujetos semejantes en el origen social, biografías, trayectorias y capitales acumulados. Dijimos que contribuyó y contribuye a forjar identidades personales, pero también colectivas, que colaboran con la idea de un Estado en la producción de ciudadanos “deseables”, “honrados”, “decentes”. Más allá que advertimos y somos conscientes de los cambios del Estado, a lo largo de doscientos años de historial estatal argentino, para darnos cuenta que el Estado varía sus formas, sus actores, y sus marcos interpretativos para pensar sus políticas públicas.

El rugby se convirtió en uno de los espacios para mantener y contribuir a la ilusión de *estar cerca* de Europa. Donde se perpetraron y se conservan tradiciones, costumbres y valores emparentadas con la cultura inglesa y francesa como posibilidad distintiva de “lo local”. Es un giro hacia la distinguibilidad, directo y asociado a un privilegio autopercibido por los sujetos participantes del rugby. Es el espacio donde se enseñan las buenas y legítimas costumbres que, estratégica y eficazmente, construyen distinción moral, pero también estética, a la vez que se edifica una narrativa en donde la retórica del honor y la caballeridad, diría Gayol, proveen un lenguaje propio. Donde además de nombrar ese mundo como legítimo, se pone a prueba poniendo el cuerpo y exhibiéndolo, ya que el honor en el rugby, se asocia a la reputación social. Es la forma que se aprende a *ver y a ser visto*, de ejercitar los criterios de clasificación moral, además *de evaluar y ser evaluado*. La masculinidad se evalúa constantemente. Es un espacio estrictamente jerárquico donde la posición de prestigio, emparentada con la forma de mostrar la hombría son constantemente puestas a prueba. Como condición heteronormativa, emparentada a la clase (que también se pone a prueba) y a los modos dominantes de reproducir una verdadera hombría.

El rugby mantiene la obsesión por instaurar jerarquías: económicas, culturales, etarias, étnicas y de género. Allí radica la eficacia de su carácter exclusivo y de privilegio. Someterse a esa jerarquización y lograr sostener el escalafón conseguido, es la prueba a pasar. Ese lugar se mantiene con esfuerzo, con dedicación, y con la performatividad tanto práctica como retórica. Palabras, gestos, actitudes normativas dentro del campo de una masculinidad hegemónica, deben asimilarse y reproducirse en el espacio que hemos estudiado, más allá que intentamos mostrar que las identidades y las valías que las recubren, son situacionales. Y que los hombres que juegan al rugby pueden, a la vez, estar atravesados por un tipo de masculinidad subalterna para los criterios de evaluación del campo. Y también pensamos, con Fabio, con Claudio y con Sabrina, que el origen social y las trayectorias (transformadas en propiedades legítimas para estar y permanecer en una red de relaciones de privilegio), pueden admitir excepciones, valorizando propiedades secundarias. Esto nos otorga la posibilidad de pensar en las múltiples formas que se construyen y se nos presentan (ya desde el punto de vista analítico) las identidades y las dinámicas de funcionamiento institucionales. Que no son estancas, que varían, según condicionantes propios, coyunturas, o constricciones externas.

A modo reflexivo, debo confesar que no ha sido fácil desarmar “el rompecabezas de la masculinidad”, siendo o sintiéndome hombre al observar hombres. Como diría La Cecla, y más allá de mi esfuerzo de vigilancia epistemológica, los contornos analíticos estuvieron desdibujados (todo el tiempo), y más aún, he transitado el campo con categorías que resultaron embarazosas, porque miro y he mirado el mundo a través de esa masculinidad que estudié, que aprendí y que llevo hecha cuerpo. Es algo que sabía, y he intentado desarmarlo,

“Esto que me concierne, esta manera de tratar el mundo y ser tratado por él, la masculinidad como algo que sé anterior a mí y que no sólo debo acompañar o secundar, sino también en cierto modo preparar continuamente, es una cosa de la que sólo se puede hablar en primera persona. La masculinidad no es una autobiografía, sino más bien una ‘mitobiografía’ en el sentido de Ernst Bernhardt (1985): la inscripción personal en una historia y en un destino más amplio ‘cuyos contornos se desdibujan’. Tal vez por eso no se puede elegir entre ser hombre y ser mujer. Porque los contornos de ambos se desdibujan. Para definirlos sólo disponemos de categorías embarazosas.” (La Cecla, 2004:11)

Por último, pensar en una masculinidad dominante, implica pensar en una o en varias dominadas. Sin embargo, durante todo el trabajo, intentamos romper con una idea

lineal y mecánica para concebir los modos masculinos de producción social, cultural y simbólica. Esto nos llevó a construir los datos, a partir de nuestra referencia empírica, pudiendo afirmar que el rugby es un espacio donde se conserva y garantiza un modelo masculino basado en la heteronormatividad y la virilidad exhibida en forma constante. Que hay un cuerpo que es atravesado por esa cultura masculina. Pero sin embargo, seguimos creyendo que existen otros modos de construir identidad de género. Otros modos masculinos de *ver, sentir, pensar y actuar* en el mundo, emparentados con lo sentimental, con lógicas de resolución de situaciones que muestran la capacidad amorosa de las prácticas. Debemos discutir seriamente (en todos los espacios: público y privados) qué tipo de masculinidad deseamos, y de cuáles hemos sido cómplices para tener los escenarios que se nos presentan, tan desnivelados y vinculados a las desigualdades de género. Otros tipos de masculinidades son posibles: siempre y cuando no estemos obligados (como único recurso) a demostrar mediante gestos viriles o violentos que somos hombres. Pues el *verdadero hombre*, no existe.

Bibliografía

Accardo, Alain, *Initiation a la sociologie de Ilusionnisme social*. Le Mascaret: Bordeaux. 1983.

Adamovsky, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina*. Buenos Aires: Grupo editorial Planeta, sexta edición. 2012.

Alabarces, Pablo, *El deporte en América Latina*. En *Enciclopedia Latinoamericana*, Rio de Janeiro: CLACSO. 2006.

Alabarces, Pablo, *Entre la banalidad y la crítica: perspectivas de las Ciencias Sociales sobre el deporte en América Latina*. En *Memoria y civilización. Anuario de Historia de la Universidad de Navarra*, Vol. 7 (2004): "Ocio e historia", Pamplona: Universidad de Navarra, 2005.

Alabarces, Pablo, *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*, Capital intelectual, Buenos Aires, 2004.

Alabarces, Pablo, *Futbologías. Fútbol, Identidad y violencia en América Latina*. Clacso. Argentina. 2003.

Alabarces, Pablo, *Fútbol y patria*, Prometeo Ediciones, Buenos Aires, 2002.

Alabarces, Pablo, *Cultura(s) [de las clases] popular (es), una vez más: la leyenda continúa. Nueve proposiciones en torno a lo popular*. VI Jornadas de Investigadores en Comunicación. Córdoba. 2002a.

Alabarces,, Pablo y Rodríguez, María Graciela, *Resistir al otro. El "aguante" y el imaginario masculino y popular en el fútbol argentino*. En Alabarces, Pablo (comp.), *Fútbol e identidad en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO. 2001.

Alabarces, Pablo, *Los estudios sobre deporte y sociedad: objetos, miradas y agendas*, en Alabarces, P. (comp.), *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO-ASDI. 2000.

Alabarces, Pablo, *"Aguante" y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina*. En Alabarces, Pablo (comp.), *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO-ASDI. 2000a.

Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela, *Football and Fatherland. The crisis of the national representation in the Argentinean Football*. En Finn, G. y Giulianotti, R. (eds.), *Football Culture: Local Contests and Global Visions*. Londres: Frank Cass. 2000b.

Alabarces,, Pablo, *¿De qué hablamos cuando hablamos de deporte?*, en *Nueva Sociedad*, N° 154, Caracas, marzo-abril. 1998.

Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela, *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura*, Buenos Aires, Atuel. 1996.

Archetti, Eduardo, *Estilos de juego y virtudes masculinas en el fútbol Argentino*. En Melhus, Marit y Stølen, Kristi, Anne (Comp.) Buenos Aires: Editorial Antropofagia. 2008.

Archetti, Eduardo, *Masculinidades, fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia. 2003.

Archetti, E. *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, Buenos Aires: FCE. 2001.

Archetti, Eduardo, *Calcio; un rituale di violenza?*, en Lanfranchi, P. (ed.), *Il calcio e il suo pubblico*. Edizione Scientifiche Italiane: Nápoles. 1992.

Archetti, Eduardo, *Fútbol y ethos*. FLACSO, Serie investigaciones, Buenos Aires. 1985

Badinter, Elizabeth, *Hombres ≠ Mujeres. Cómo salir del camino equivocado*. Buenos Aires, FCE, 2003.

Badinter, Élizabeth, *XY la identidad masculina*. Barcelona: Norma. 1994.

Banchs, María A., *Aproximaciones procesuales y estructurales al estudio de las representaciones sociales*. En *Papers on Social Representation. Threads of discussion, Electronic Version*, 8. Peer Reviewed Online Journal. 1-15. www.sps.uni-linz.ac.at/content/psr/psrindex.htm. 2000.

Bajtín, Mijaíl, *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores S.A. 2008 [1979].

Barbero González, José Ignacio, *Introducción. Materiales de Sociología del Deporte*". Madrid: Ediciones de la Piqueta. 1993

Benedict, Ruth, En *Patterns of Culture*. Mentor: Nueva York. 1957

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc, *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI editores argentinos. 2008.

Bourdieu, P. *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Ed. Siglo veintiuno editores argentinos. 2008[1973]

Bourdieu, Pierre, *El sentido Práctico*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI argentinos. 2007[1980].

Bourdieu, Pierre, *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama. 2000.

Bourdieu, Pierre, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Editorial Taurus. 1998[1979].

Bourdieu, Pierre, *Deporte y clase social*. En *Materiales de sociología del deporte*. Barcelona: Ediciones de La Piqueta. 1993.

Bourdieu, Pierre, *L'illusion biographique*. En : *Actes RSS*, N° 62/63, pp.69-72. 1986

Bourdieu, Pierre, *Le Capital Social*. En: *Actes RSS*, N° 31. Pp. 2-3. 1980.

Branz, Juan Bautista y Garriga Zucal, José Antonio, *Poder, cuerpos y representaciones sobre lo masculino, entre policías y jugadores de rugby*. (En línea). Educación Física y Ciencia, 15(1). Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5842/pr.5842.pdf. 2013.

Branz, Juan y Garriga Zucal, José, *Civilizados y animales. Representaciones publicitarias de la identidad nacional en el rugby*. Revista Oficios Terrestres “Comunicación y ciencias sociales en Latinoamérica”. Publicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. N° 27. 2012.

Branz, Juan Bautista, *Rugby y Masculinidad: dos caras de una misma moneda...sólo para hombres*. En En Branz, Garriga Zucal y Moreira (comp.), *Deporte y Ciencias Sociales: claves para pensar las sociedades contemporáneas*. Editorial: EPC, Ediciones de Periodismo y Comunicación. La Plata, Buenos Aires. pp. 52-76. 2012.

Branz, Juan Bautista, *Honor y Masculinidad: el sentido construido en el campo del rugby en la ciudad de La Plata*. En Resúmenes del Primer Congreso Uruguayo de Sociología. Repensando los desafíos de la integración social. 1a ed. Montevideo, Uruguay. 2011.

Branz, Juan Bautista, *Abordajes sobre la práctica del rugby: significados culturales en torno a la construcción de masculinidad*. En Gabriel Cachorro y Ciria Salazar (coordinadores), *Educación Física Argenmex: temas y posiciones*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, <http://www.argenmex.fahce.unlp.edu.ar>. 2010.

Brohm, Jean-Marie, *Sociología política del Deporte*. F. C. E. México, 1982.

Burin, Mabel y Meler, Irene, *Varones: género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras. 2009.

Butler, Judith, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós. 2007.

Butler, Judith, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y los discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós. 2002.

Caggiano, Sergio, *Lecturas desviadas sobre Cultura y Comunicación*. EDULP, La Plata, 2007.

Chejter, Silvia, *Lugar Común. La Prostitución*. Buenos Aires: Eudeba. 2011.

Collins, Tony, *A Social history of English Rugby Union*. New York: Routledge. 2009.

Collins, Tony, *Rugby's Great Split. Class, Culture and the Origins of Rugby league Football*. Londres: Routledge. 2006.

Cummings, Laura, *Carne con Limón: Reflections on the Construction of Social Harmlessness*. En *American Ethnologist*, Vol. 18, No. 2, pp. 370-372. 1991.

Da Matta, Roberto et al (comp.) *Universo do Futebol: Esporte e Sociedade Brasileira*. (Rio de Janeiro: Pinakothèque). 1982.

De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*. México: Iteso. 2006[1999].

Di Giano, Roberto, *Peronismo y fútbol. El triunfo sobre Inglaterra en 1953*. Trabajo presentado en el IIº Encuentro de Deporte y Ciencias Sociales Facultad de Filosofía y Letras – UBA. Organizado por el Area Interdisciplinaria de Estudios del Deporte - 6 de noviembre de 1999.

Di Giano, Roberto, *Avatares de la modernización en el fútbol argentino*. En Alabarces, Pablo et al. (eds.), *Deporte y Sociedad*. Buenos Aires: Eudeba. 1998

Di Giano, Roberto, *El Gráfico y sus distintas miradas sobre el fútbol*. En *La marea. Revista de cultura, arte e ideas*. Buenos Aires, marzo, 1996.

Di Giano, Roberto, *Efectos de la modernidad en los estilos de fútbol*. En *La marea. Revista de cultura, arte e ideas*, Buenos Aires, abril-julio, 1995.

Dine, Philip, *Corps et genre: de la masculinité au rugby. Corps* 1/2007 (nº 2), p. 37-41. <www.cairn.info/revue-corps-2007-1-page-37.htm>. En línea. 2007.

Dio Bleichmar, Emilce, *La sexualidad femenina. De la niña a la madre*. Buenos Aires: Paidós. 1998.

Dumazedier, Joffre y otros, *Ocio y sociedad de clases*. Barcelona: Ed. Fontanella. 1971

Dunning, Eric, *El fenómeno deportivo. Estudios sociológicos en torno al deporte, la violencia y la civilización*. Barcelona: Paidotribo. 2003

Dunning, Eric, *Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización*. En AA.VV.: *Materiales de sociología del deporte*, Madrid: Ediciones de la Piqueta, Genealogía del Poder/23. 1994

Durkheim, Émile y Mauss, Marcel, *De ciertas formas primitivas de clasificación. Contribución al estudio de las representaciones colectivas*. En Marcel Mauss, *Obras II. Institución y culto*, Barral, Barcelona. 1971

Elias, Norbert, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: FCE. 2009 [1977].

Elias Norbert y Dunning, Eric, *Deporte y Ocio en el proceso de la civilización*. México: FCE. 1992.

Elias, Norbert, *La Sociedad Cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica S. A. 1982.

Evans-Pritchard, E., *Los Nuer*. España: Anagrama, 1987.

Errandonea, Alfredo, *Sociología de la dominación*. Montevideo: Editorial Nordan-Comunidad. 1985.

Fonseca, Claudia, *Philanderers, Cuckolds, and Wily Women: Reexamining Gender Relations in a Brazilian Working-Class Neighborhood*. In Gutmann, Matthew C. (Ed.) *Changing Men and Masculinities in Latin America*. Durham and Londres: Duke University Press. 2003.

Fortes, M. y Evans-Pritchard, E., *Sistemas políticos africanos*. En Llobera J.R. (comp.), *Antropología política*. Anagrama: España. 1979.

Fossaert, Robert, *Les structures ideologiques*. La Societe (Tomo VI) È Du Seuil, Paris. 1983.

Frydenberg, Julio, *Redefinición del fútbol aficionado y del fútbol oficial. Buenos Aires, 1912*. En Alabarces, P. et al. (eds.), *Deporte y Sociedad*. Buenos Aires: Eudeba, 1998.

Frydenberg, Julio, *Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires 1900-1910*. En *Entrepasados*, Revista de Historia, VI, 12, Buenos Aires. 1997.

Frydenberg, Julio, *El espacio urbano y el inicio de la práctica masiva en el fútbol. Buenos Aires 1900-1920*. En *Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires*, 14. Buenos Aires: MCBA, 1995.

Frydenberg, Julio, *La fundación de los clubes de fútbol: ¿fenómeno de la cultura popular?* Ponencia ante el Simposio de Cultura y Política, 3ras Jornadas de Historia, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA, septiembre, 1991.

Fuller, Norma, *Fronteras y retos: varones de clase media del Perú*. En Valdés, Teresa y José Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional. 1997.

Garriga Zucal, José, *El aguante: Prácticas Violentas e identidades de Género Masculino en un grupo de simpatizantes del fútbol Argentino*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social, Universidad de Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 2001.

Garriga Zucal, José, *Soy macho porque me la aguanto: Etnografías de las prácticas violentas y la conformación de las identidades de género masculinas*. En: Alabarces, Pablo et al (comp.). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo, p. 39-57. 2005.

Garriga Zucal, José y Moreira, María Verónica, *El aguante: Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia*. En Míguez, Daniel y Semán, Pablo (eds), *Entre santos, cumbias y piquetes: Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos, p. 55-73. 2006.

Garriga Zucal, José, *Ni “chetos” ni “negros”: cumbieros*. Revista Transcultural de Música. Número 12, Barcelona. 2008.

Gayol, Sandra, *Honor y duelo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 2008.

Gerth, H. y Wright Mills, C., *Carácter y Estructura Social*. Buenos Aires: Editorial Paidós. 1963.

Gilmore, David, *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Editorial Paidós. 1994.

Giménez, Gilberto, *Teoría y análisis de la cultura. Volúmen I y II*. México: Conaculta. 2005.

Goffman, Erving, *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu editores: Buenos Aires. 2006.

González, Jorge, *Entre cultur@(s) y Cybercultura@(s). Incursiones y otros derroteros no lineales*. La Plata: EDULP, 2007.

González, Jorge, *Convergencias paralelas: desafíos, desamores, desatinos entre antropología y comunicación*. En *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época 11- Vol. V. Num. 10. Colima. Diciembre, pp. 9-17. 1999.

González, Jorge, *Coordenadas del imaginario. Protocolo para el uso de las cartografías culturales*. En *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época II, Vol. I, Núm. 2. Programa Cultura. México, Universidad de Colima, 1995.

González, Jorge Alejandro, *Frentes culturales: identidad, memoria, ludismo en las ferias de Colima*, Siglo XX S/E Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales U. Iberoamericana, Colima, México. 1986.

Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones Era. 1981.

Guber, Rosana, *El salvaje metropolitano: Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós. 2004.

Gutmann, Matthew C., *Traficando con Hombres: La Antropología de la Masculinidad*. Revista de Estudios de Género. La ventana, núm. 8, diciembre. pp. 47-99. Universidad de Guadalajara, México. 1998.

Hall, Stuart, *Estudios Culturales: dos paradigmas*. En Revista Causas y azares. N° 1. Buenos Aires, 1994.

Herzfeld, Michael, *Honour and shame: some problems in the comparative analysis of moral systems*. Man, New Series, Vol. 15, No. 2. 1980.

Iuliano, Rodolfo, *Apuntes para el estudio del ocio y las formas de sociabilidad de los estratos superiores en la Argentina contemporánea*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UNLP. 2010.

Iuliano, Rodolfo, *Me encantaría vivir del Golf: apuntes sobre las categorías identitarias operantes en torno a la práctica del golf*. En Revista Question. Vol. 1, número 18. La Plata: EPC. 2008.

Kimmel, Michael S., *Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina*. En *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Eds.: Teresa Valdés y José Olavarria. Isis Internacional, Santiago de Chile, pp. 49-62. 1997

Laclau, Ernesto, *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2005.

La Cecla, Franco, *Machos. Sin ánimo de ofender*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2004.

Le Breton, David, *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. 1999.

Lins Ribeiro, Gustavo. *Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica*. En: Boivin, M.; Rosato, A.; Aribas, V. *Constructores de otredad*. Buenos Aires: Antropofagia. Pp 194-198. 2004.

Losada, Leandro, *La educación de la clase alta argentina. Vida doméstica e instituciones*. En Ziegler, Sandra y Gessaghi, Victoria (comp.), *Formación de las elites. Investigaciones y debates en Argentina, Brasil y Francia*. Buenos Aires: Ediciones Manantial. 2012

Marx, K. Engels, F., *Obras escogidas*. Moscú: Editorial Progreso. 1975

Mandell, Richard, *Historia cultural del Deporte*. Bellaterra, Barcelona. 1988.

Melucci, Alberto, *Identità e azione collettiva*. En Balbo et al, *Complessità sociale e identità*. Milán: Franco Angeli. 1985.

Míguez, Daniel, *Reciprocidad y poder en el sistema penal argentino. Del "pitufeo" al motín de Sierra Chica*. En Isla, Alejandro (Comp.), *En los márgenes de la ley. Inseguridad y violencia en el cono sur*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2007.

Míguez, Daniel, *Inscripta en la Piel y en el Alma: Cuerpo e Identidad en Profesionales, Pentecostales y Jóvenes delincuentes*. Religião e Sociedade, N° 1, Vol 22, Porto Alegre, UFRGS. 2002.

Moreira, Verónica. *Trofeos de guerra y hombres de honor*. En Alabarces, Pablo et al (comp.), *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo, p. 75-90. 2005.

Moreira, M. V., *Honor y gloria en el fútbol argentino. El caso del club Atlético Independiente*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social, Universidad de Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. 2001.

Moscovici, Serge, *Des représentations collectives aux représentations sociales: éléments pour une histoire*. En D. Jodelet (ed). *Les Représentations Sociales*. PUF. París. Francia. 1989

Mosse, George, *La imagen del hombre*. Madrid: TALASA Ediciones. 2000.

Olavarria, José, *Los estudios sobre masculinidades en América Latina*. En *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe*. Número 6, Flacso/Unesco/Nueva Sociedad, Caracas, pp.91-98. 2003.

Palermo, Elisa, *Deporte y clases sociales: notas sobre las significaciones sociales del rugby y el hockey en el Hurling Club*. En *II Seminario de discusión Investigación histórica y etnográfica sobre las clases medias en la Argentina*, Buenos Aires, IDES. 2010.

Parkin, Frank, *Marxismo y Teoría de Clases. Una crítica Burguesa*. Madrid: Espasa-Calpe, S. A. 1984.

Parrini, Rodrigo y Cabrera, Patricio, *Sexualidad entre Hombres Encarcelados: género, identidad y poder*. Una versión del escrito está disponible en <http://www.eurosur.org/FLACSO/artparr.htm>. 1999.

Pitt-Rivers, Julian, *Antropología del honor o política de los sexos*. Barcelona: Editorial Crítica. 1980.

Piva, Adrián, *Monsieur Le Travail, Monsieur Le Capital y Madame La Terre. Notas críticas sobre la noción marxista de clase*. En *Bajo el Volcán*: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México. Vol. 7, núm. 13, pp. 103-135. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28611804008>. 2008.

Parrini, Rodrigo y Cabrera, Patricio, *Sexualidad entre Hombres Encarcelados: género, identidad y poder*. Una versión del escrito está disponible en <http://www.eurosur.org/FLACSO/artparr.htm>. 1999.

Saintout, Florencia, *Abrir la comunicación. Tradición y Movimiento en el Campo Académico*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación. 2003.

Segato, Rita, *Indagaciones sobre violencia y género. Construyendo nuevas categorías*. Entrevista a Rita Segato. Revista “Al Sur de Todo”. Por Celeste Pérez Álvarez. 2009.

Simmel, Georg, *The Sociology of Georg Simmel*. Free Press, Glencoe, Illinois. 1950.

Sirmarco, Mariana, *Marcas de género, cuerpos de poder. Discursos de producción de masculinidad en la conformación del sujeto policial*. En *Cuadernos de Antropología Social*. Número 20. Versión On-line ISSN 1850-275X. Buenos Aires, jul./dic. 2004.

Sloan, Tod y Reyes Jirón, Rubén, *La desconstrucción de la masculinidad*. Nicaragua. <http://www.edualter.org/material/masculinitat03/deconstruccion.htm>. 2005.

Tiramonti, Guillermina y Ziegler, Sandra, *La educación de las elites: aspiraciones, estrategias y oportunidades*. Buenos Aires: Paidós. 2008

Thompson, Edward P., *Costumbres en común*. Barcelona: Editorial Crítica, grupo editorial Grijalbo. 1995 [1991].

Thompson, Edward P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Tomo I. Barcelona: Editorial Crítica, grupo editorial Grijalbo. 1989.

Thompson, Edward P., *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Editorial Crítica, grupo editorial Grijalbo. 1984[1979].

Tonkonoff, Sergio, *Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropas deportivas*. En *La sociología ahora*. Buenos Aires: Siglo XX editores. 2007.

Tyson Smith, R., *El dolor en la Acción: Los significados del dolor que experimentan los luchadores profesionales*. En Auyero, Javier y Hobert, Rodrigo (compiladores), *Acción e interpretación en la sociología cualitativa norteamericana*. FLACSO-Ecuador. 2011.

Verón, Eliseo, *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Editorial Gedisa. 1998.

Wacquant, Loic, *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI editores argentina S.A. 2006[2000].

Williams, Raymond, *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Primera edición. Buenos Aires: Nueva Visión. 2003.

Ziegler, Sandra y Gessaghi, Victoria (comp.) *Formación de las elites. Investigaciones y debates en Argentina, Brasil y Francia*. Buenos Aires: Ediciones Manantial. 2012.

Documentos históricos

Cafasso, Jorge, *Los canarios vuelan alto. Historia de La Plata Rugby Club. Setenta años de rugby y poco más. 1934 -2004*. Buenos Aires: Papiros, 2005.

De Luca, Ruben Mario, *Familias Platenses*. Buenos Aires: Edigraf S. A. 2003.

Documentación publicada por Daniel Chiarenza en "*Historia General de la provincia de Buenos Aires*". <http://profesor-daniel-alberto-chiarenza.blogspot.com.ar/2009/11/19-de-noviembre-de-1882-fundacion-de-la.html>

Memoria y balance de la Unión Argentina de Rugby. Correspondientes a la temporada de 1954 - Noviembre 1º/1953 a Octubre 31/1954

Memoria y Balance correspondiente a la temporada de 1939 de la Unión de Rugby del Río de La Plata

Portal La Plata Mágica <http://www.laplatamagica.com.ar>

Portal del profesor de Historia Daniel Chiarenza <http://profesor-daniel-alberto-chiarenza.blogspot.com.ar/2009/11/19-de-noviembre-de-1882-fundacion-de-la.html>

Veiga, Gustavo, *Deporte, desaparecidos y dictadura*. Buenos Aires: Alarco Ediciones, 2010.

Documentos periodísticos

-Búsico, Jorge y Cloppet, Alejandro, *Ser Puma. La apasionante historia del seleccionado argentino de rugby*. Buenos Aires: Zona de Tackle. 2012.

-Diario *El Día* del 19 de noviembre de 1971.

Diario Hoy del 31 de enero de 2000.

La historia del Rugby Platense...y su futuro. Suplemento especial Diario El Día. Año 1992

Boletines y material institucional consultados

Boletín LPRC

-Noviembre de 1961 - N 26

-Noviembre 1959 - N 1

-Julio de 1960 - N 22

-Junio de 1962 - N26

-Agosto de 1956 - Año 3 - N 16

-Marzo de 1956 - año 3 - N 14

-Agosto de 1953 - año 1 - n 4

-Mayo de 1953 - año1 - n 1

-Junio de 1953 - año 1 - n 2

-Julio de 1953 - año 1 - n 3

-Septiembre/octubre 1953 - año 1 - n 5

-Noviembre 1953 - año 1 - n 6

-Julio y agosto de 1954 - año 2 - n 10

-Agosto de 1955- año 3 - n 13

-Septiembre /octubre 1954 - año 2 - n 11

Revista Institucional CULP: 1928-2008. 80 años de rugby.

Revista La Plata Ragby Club. Todas las ediciones desde el Año 1, 2, 3 y 4.

Anexos

Observación y descripción partido Universitario vs. San Patricios.

Cancha Universitario. Fecha 15/5/2010

Llama la atención la regulación del control y el autocontrol en referencia a no agredir al rival, luego de un episodio donde los jugadores se chocan sus cuerpos y se agreden en busca de la pelota. Dos acciones fueron evidenciadas:

-una fue constante: cuando un jugador tenía algún cruce y se predisponía a amedrentar y agredir a un rival, un compañero lo sacaba de esa escena tironeándolo de la camiseta. Era un compañero el que establecía el control.

-Cuando había alguna instancia con un grado de agresión mayor al habitual, el público levantaba la voz y murmuraba con un tono quejoso. Fue ahí cuando el entrenador del equipo local extendiendo los brazos hacia delante y luego moviéndolos hacia arriba y hacia abajo continuamente, indicaba el silencio del público. Otra estrategia de control. En este caso de adentro hacia afuera.

Más allá de esto, no se observa una discreción en la economía de movimientos, y en la graduación de los tonos de voz de parte del público. Siempre haciendo referencia a otros deportes (y a otros públicos) como el fútbol.

Observación Universitario vs Albatros. Cancha Universitario. Fecha 13/6/2010

-En una jugada en el primer tiempo, cerca de las tribunas, un jugador de Albatros *tackleo* a uno de Universitario, y lo sacó del campo, demostrando fuerza y destreza para mover a su rival. De inmediato, el jugador de Universitario le pegó una tropada en la cara. El de Albatros respondió, mientras que un par de jugadores (de los dos equipos), imitaban a los dos que habían iniciado la secuencia de golpes de puños. Las agresiones no duraron más de 20 segundos. Nadie intervino para separar, porque tampoco se hicieron masivas las agresiones. Desde las tribunas nadie incentivaba para que siguieran tomándose a golpes de puños. Luego que terminaron los incidentes, los dos equipos se juntaron a dialogar a modo de reflexión. En unos minutos continuó el partido. Nadie tuvo que mediar. Parecía una prueba de tolerancia para los dos jugadores que habían iniciado los golpes, y para el resto (para no imitarlos). No necesitaron de nadie para apaciguar, y volver a la normalidad del juego. Parecía un ejercicio de templanza.

-También, a la hora de patear un penal, el público permanecía en silencio.